



SERIES

VOLUME

PART

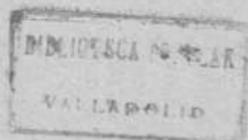
L
29



<i>Est.</i>
<i>Tab.</i>
<i>N.º</i> 1785

SL •
3629

301

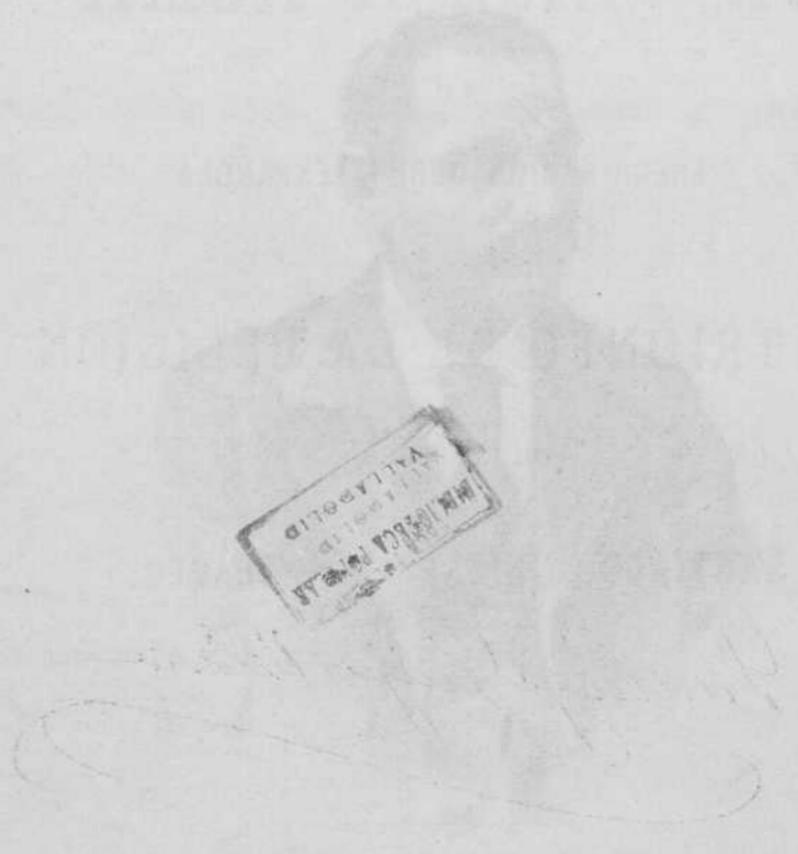


UN VIAJE Á ROMA.



EL OBRERO SANTIAGO GUIJAR Y VELASCO

AUTOR DE ESTA OBRA



EL SEÑOR SANTIAGO GONZALEZ Y TRINIDAD
ACTOR DE ESTA OBRA

R. 2679

UN VIAJE A ROMA

EN

PEREGRINACIÓN OBRERA ESPAÑOLA

Ó SEA

EL TRIUNFO DE LA RELIGIÓN

POR EL OBRERO

SANTIAGO GUIJAR Y VELASCO.

Santiago Guijar Velasco

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS



VALLADOLID-MADRID

Imprenta, Litografía, Encuadernación y Libros Rayados
DE LEONARDO MIÑON,

Acera de San Francisco, 12 y Perú, 17

1896.

UN VIAJE A ROMA

ARRIBA ESPAÑA

EL TRIBUNO DE LA RELIGION

Es propiedad de su autor.

SANTIAGO GARCIA Y YERAGO

CON LAS ILUSTRACIONES DE YERAGO

JOSE HOSPITAL Y FRAGO

Deán del Cabildo Metropolitano

DE
VALLADOLID

Emmo. Sr.:

Cumpliendo gustoso el encargo de V. Emma, de examinar la obra escrita por el obrero Sr. D. Santiago Guijar y Velasco, titulada UN VIAJE Á ROMA EN PEREGRINACIÓN OBRERA ESPAÑOLA, Ó SEA EL TRIUNFO DE LA RELIGIÓN, es mi deber manifestar á V. Emma, que nada he hallado en ella que no sea expresión de un alma fervorosa, adicta sobre toda ponderación á las enseñanzas de la iglesia y templada en los heróicos ejemplos de los Santos Mártires de nuestra religión sacrosanta

Toda ella está escrita en lenguaje sencillo y llena de verdad, en la que relata las penas, trabajos y aflicciones que sufrimos los peregrinos en Valencia y en el mar, así como las satisfacciones inmensas que Dios nos tenía reservadas en Roma, sin duda por aquella ley de que no existe triunfo sin pena, ni se experimenta satisfacción sin lágrimas, las que corrieron en abundancia al contemplar en Roma los efectos morales y materiales de tanta obstinación y perversidad, de tanta ceguedad, de entendimiento tan vil y desvergonzada hipocresía desplegadas por la revolución italiana en contra del Sumo Pontífice, es decir, de Dios, esencia pura y sencilla que ama y que amando se entrega á las criaturas y sacrifica en estos momentos á su Vicario en la tierra, como víctima propiciatoria, en la cárcel del Vaticano, y al que el mundo oficial parece no sabe sino humillar, despreciar y aun odiar, y por designio de la Providencia es objeto regalado del amor, fidelidad y sacrificio de los muchos hombres, guiados por sus divinos pastores los SS. Obispos, y unidos en lazo santo hacia Dios, hacia Roma.

Por todo lo cual, es mi humilde parecer que V. Emma. puede dar su superior permiso para su impresión y difusión

Valladolid 26 de Enero de 1896.

Dr. José Hospital,

Deán del Cabildo Metropolitano.

Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Valladolid.

ARZOBISPADO
DE
VALLADOLID.



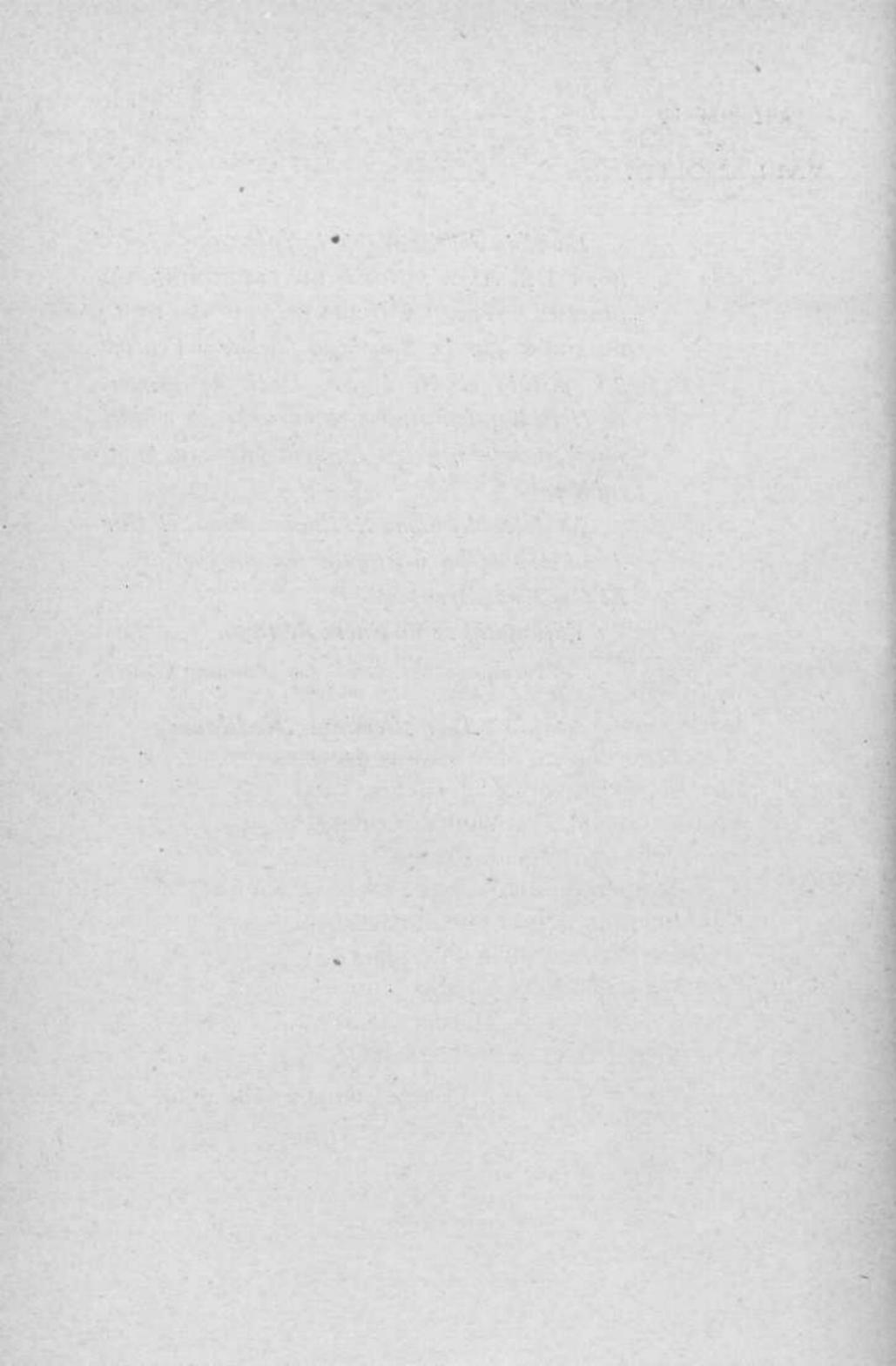
En vista del favorable informe que sobre el libro UN VIAJE Á ROMA EN PEREGRINACIÓN OBRERA ESPAÑOLA, Ó SEA EL TRIUNFO DE LA RELIGIÓN, por D. Santiago Guijar y Velasco, ha emitido el M. I Sr. Deán de nuestra S. I. M. á quien dimos el encargo de examinarle, damos nuestra licencia para su publicación.

*Lo decretó y firma S. Emma. Rma. el Cardenal Arzobispo mi Señor de que certificado.—
El Cardenal Arzobispo.*

Valladolid 28 de Enero de 1896.

Por mandado de su Emma. Rma. el Cardenal Arzobispo
mi Señor.

Lic. Domingo Rodríguez,
Canónigo Magistral.





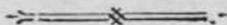
AL AUTOR

¡Pensamiento sublime, sorprendente,
fruto de pensamientos inmortales!
dióle á su engendro formas colosales
la viva llama que abrasó tu mente.

La antorcha de la fé resplandeciente
hizo brotar sus rayos eternos
y un compendio de santos ideales
logró feliz tu reducida frente.

El germen de bondad que en él se encierra
brotará como planta que en Octubre
reposa en las entrañas de la tierra
y de fragancia en el Abril se cubre.
Tal vez la flor de su eternal memoria
ciña luego tu sienes en la gloria.

PEDRO GOBERNADO P.

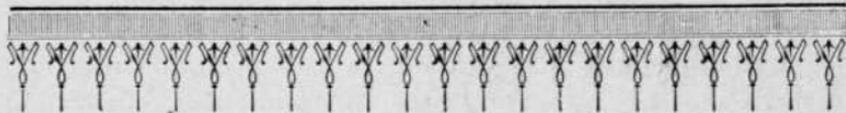




NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN



INUESTRA SEÑORA DEL CARMEN



A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

INMACULADA MADRE DE DIOS
Y SEÑORA NUESTRA DEL CARMELO.

A vos, Madre mía, del Carmelo, dedico esta pequeña obrita como fruto de mis desvelos; recibidla pues; no atendáis, Señora, el que en ella no haya profundidades de ciencia, que pudieran ilustrar á mis queridos lectores, porque yo, miserable é indigna criatura, no la tengo; ella no tiene más que sencillez, como sencillo es este indigno hijo vuestro que os la dedica, pues nunca tuve tiempo para dedicarme al cultivo del entendimiento. Siempre estuve sujeto á las faenas campestres ó encerrado en un taller para proporcionarme el sustento diario para mí y para mi querida familia.

Recibidla, Madre mía, que aunque ciencia no tenga, por lo menos está dictada por el fondo de un corazón sincero que os ama con delirio. ¿Y cómo no amaros, Madre mía, y amaros con frenesí? Cuando en el regazo de mi madre natural, en aquella escuela, ó más bien fragua del amor sincero, donde se templan los corazones con el fuego maternal, para que

sean después fuertes en el amor divino; allí Madre mía, mi lengua balbuciente aprendió á invocaros pronunciando con respeto vuestro santo Nombre, comenzando desde muy niño á gustar de las dulzuras de vuestro amor, para mi sinigual en la tierra. Desde tan temprana edad ya sabéis, Madre mía, que ocupábais un puesto preferente en mi sincero corazón, consagrándoos todos sus latidos y afectos, de tal suerte que, según han ido creciendo en mí los años, así ha ido creciendo mi amor hácia vos, Señora mía.

Quisiera haber podido durante ellos, conquistar todos los imperios de la tierra, para haberles depositado á vuestras plantas, pero todavía me parecería demasiado poco: porque para vos, Señora, no serían de vuestro agrado. Lo que mejor aceptaríais sería un corazón puro, lleno de virtudes, pero ¡ah Madre mía! no las tengo: envueltas están entre espinas las pocas que brotaron del riego de tus gracias. Alcanzadme, Madre mía, de vuestro divino Hijo la gracia de que esas espinas sean arrancadas de mi corazón rociándole con su preciosísima Sangre; y entonces las virtudes crecerán tan frondosas como la palmera en el valle, pues deseo poseerlas para podéros las ofrecer, cual un hermoso manojó de flores.

A mis hermanos peregrinos protégeles con generosidad, pues también son vuestros hijos. ¡Acordáos, Madre mía, de las fervientes súplicas que os hacían en la memorable noche del 12 de Abril en el Golfo de León, cuando rujía la tempestad, y las encrespadas olas amenazaban sumergirnos en sus abismos! ¡Entonces! sola vos, Madre mía, érais nuestro consuelo, nuestra esperanza y el áncora de nuestra salvación.

¡Acordáos, Madre mía que en aquel tan apurado trance se oía por doquier el lastimero ¡ay! de tus hijos que á tí se dirigían con estas consoladoras palabras! ¡Ampáranos Madre nuestra del Carmen! ¡Ay! ¿Sin vos qué hubiese sido de tantos atribulados corazones en tan terrible peligro?

¡Vos entonces, Madre mía, derramáis á torrentes el bálsamo del consuelo en nuestro abatido espíritu!, pues serían las ocho y cuarto cuando las sacudidas eran tan terribles, que la nave no era sino el juguete de las furiosas olas,

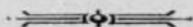
y cuando por consiguiente tus hijos á tí con más fervor dirigían sus clamores: y en aquel momento la embarcación de repente marcha tan serena cortando las olas que á su paso se presentan, sin la menor señal de peligro.

Entonces fué cuando os hicieron la promesa de visitaros en vuestra veneranda Imagen, en su Ermita (extramuros de Valladolid), y allí, en acción de gracias, ofreceros el Santo Sacrificio, con una Misa solemne; voto que fué cumplido con toda la solemnidad posible el 14 de Septiembre: y allí, todos prosternados ante vuestra Santa Imagen, os tributamos las más rendidas gracias salidas de tan nobles como sinceros corazones.

Yo, Madre mía, el más indigno de vuestros hijos, que aunque muy imperfectamente y por una gracia especial me habéis concedido sin ningún mérito propio, el que sea el cronista de este viaje trascendental y de tanto mérito para nuestra santa Religión, haced, Madre mía, que se conserve para recuerdo eterno de vuestras Misericordias, que mis hermanos peregrinos hallen complacencia al recordarlas, y que tengan en cuenta que, si algo bueno hallasen en mi pobre escrito, á vos Señora mía, os lo debo, pues vos habéis movido mi pensamiento y dirigido mi torpe pluma, en los ratos que he empleado para escribirla, que tan gratos me han sido, pues jamás me molestó el cansancio, y mucho menos porque todo mi primer pensamiento fué dirigido para dedicarlo á vos.

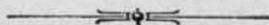
Pluguiera á Dios fuese para su mayor gloria y honra vuestra, y bien para cuantos la lean, para que honrándoos aquí en la tierra, merezcamos todos juntos un día, por vuestra poderosa intercesión, cantar vuestras alabanzas en el Cielo.

Así sea.





Á MIS AMADÍSIMOS LECTORES



Os ofrezco esta obrita, que á fuerza de desvelos, juntamente con mis buenos deseos, he conseguido arreglar aunque sea imperfecta, y que tan satisfactoria os ha de ser cuando tengáis el gusto de leerla, porque en ella hallaréis uno por uno todos los episodios ocurridos durante los quince días que duró nuestro inolvidable viaje á la Ciudad eterna, desde el día 10 de Abril, en que todos juntos en nuestro Círculo, á las doce de la noche, oímos la santa Misa y nos preparamos recibiendo el Pan de los fuertes, para emprender el deseado viaje, hasta que tuvimos la dicha de vernos llenos de salud é ilesos otra vez en el mismo Círculo á las ocho de la mañana del día 24. ¿Y cómo no será agradable una lectura que os recuerda cuantos acontecimientos tuvieron lugar así en la tierra como en la mar; y las sensaciones que os causó en Roma, y sobre todo la presencia sagrada de aquel venerable anciano cuyo poder y grandeza encierra la primera autoridad del mundo? Los que no hayan sido peregrinos, no hallarán grandes profundidades de ciencia, pero sí hallarán agrado contemplando cuanto de bueno ó malo nos ha ocurrido en el feliz viaje, y con especialidad, al contemplar la suntuosidad de los monumentos más principales que encierra la gran ciudad de Roma, con todos sus detalles, desde su fundación;

y mayormente en la suntuosidad que tiene el primer templo del mundo, pues aunque no ha habido ni habrá quien dignamente lo pueda explicar ni escribir, he tratado de hacerlo con la mayor claridad posible para que cualquiera lo pueda comprender; y además sabrán cómo se han ido sucediendo los Papas, desde San Pedro hasta nuestro santo Padre León XIII, que actualmente rige y gobierna la Santa Iglesia.

Ya sé que esto no es nuevo en los escritos; me ha parecido conveniente porque en su mayoría, y muy particularmente entre clase obrera, no es muy conocido.

Mi primer pensamiento al emprender nuestro viaje, fué escribir sólo una memoria para mi familia; mas luego que ví con harto dolor (solo por un instante) el libro que nos ofrecieron en la embarcación; y digo con dolor porque el libro está escrito por hombres de mucha ciencia y que en sus páginas encierra profundidades científicas, pero del viaje que hemos hecho y donde tantos episodios han ocurrido, tiene demasiado poco y en diferentes puntos.

Y además no dán á conocer quién es su autor ni en qué imprenta está impreso, que parece una obra de incógnito; pues á mi modo de pensar diría que no ha sido peregrino el que le ha escrito, y aun más, me parece que ni ha visto el viaje. Y si ha visto el viaje y también ha sido peregrino, se olvidó del viaje y echó mano de su ciencia.

Y como comprendo muy bien que los peregrinos lo que desean es un viaje bien detallado que les recuerde paso por paso cuanto en él ocurrió, he aquí el primer móvil para que yo me inclinara á publicarle en la presente obrita.

De seguro que en él encontraréis muchas faltas de estilo en mi manera de expresarme, pero tened en cuenta que está escrita por un peregrino hermano vuestro, que no ha cursado en otra Cátedra que en la del campo, donde ha pasado gran parte de su vida, comiendo el pan amasado con el sudor de su rostro, hasta que, hace once años, logró una plaza de ayudante de herrero en la Estación del Norte, donde continúa presutando sus servicios. Este es el motivo de escribir este prólogo, para poner á mis lectores al corriente de quién lo ha escrito.

Una vez que mis queridos lectores están enterados de quién lo ha escrito, bueno será que sepan los medios de que me he valido para hacerlo.

Bien saben todos que para escribir hace falta tener mucho asiento, es decir, mucha tranquilidad, y de ésta yo no he podido disfrutar nunca, pues mi condición de hijo del pueblo me obliga á trabajar diariamente, y al mismo tiempo por no alterar la costumbre adquirida de levantarme en todo tiempo á las cinco de la mañana; de suerte que lo he tenido que escribir por la noche, sacrificando así mi cuerpo cuando debiera estar descansando de las fatigas del día.

¿Para qué lo he escrito? Esto es lo que me resta decir. No ha sido por lucro, ni mucho menos por vanagloria, pues son dos cosas que distan mucho de mi pensamiento. Solo una más noble, más grande y más trascendental; esta es, para que se perpetúe en cuanto sea posible en nuestra memoria, y en las generaciones venideras este viaje á la gran Ciudad de los Gracos, Césares y Nerones, pero no hecho por interés de recuerdos ilusorios de novedades, sino para que se recuerde siempre lo desinteresado del viaje en que España entera ha tomado parte, para mandar una Comisión compuesta de quince mil hombres, en su mayoría hijos del trabajo, con el sólo objeto de que éstos hayan llevado el consuelo y la alegría al Santo anciano prisionero, al Vicario de Jesucristo, habiendo sido esta gran manifestación de adhesión y cariño hacia el Santo Padre, el terror de los enemigos de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

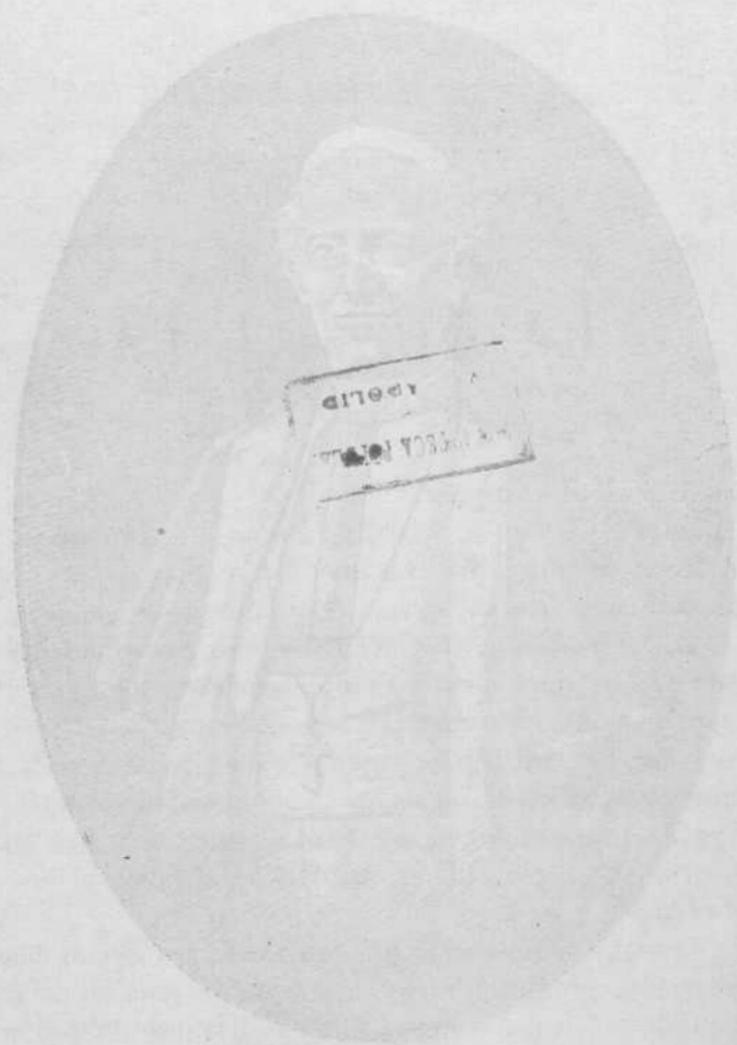
Pluguiera á Dios que fuera del agrado de mis queridos lectores, y que al leerla encontraran complacencia y gratitud, como yo la he hallado al escribirla, pues las horas de que he podido disponer, para mí no han sido de trabajo, sino de recreo solaz lleno de gratitud recordando uno por uno los episodios ocurridos durante el felicísimo é inolvidable viaje á la Ciudad llamada, en otros tiempos, la Señora del mundo.



Huizar



EL PAPA LEÓN XIII



L. B. BROWN



LA VOZ DEL PAPA

Es preciso dar el oportuno auxilio á los hombres de las clases humildes, ya que, sin merecerlo, se hallan la mayor parte de ellos en una condición desgraciada.....

La Iglesia es la que, del Evangelio, saca doctrinas tales, que bastan para dirimir completamente la contienda Social ó por lo menos, á quitarla toda aspereza..... ella es la que con muchas utilísimas instituciones promueve el mejoramiento de la situación de los proletarios; ella lo que quiere y pide es que se aunen los pensamientos y las fuerzas de todas las clases para poner remedio á las necesidades de los obreros.

Los que dicen que lo pueden hacer; los que al desgraciado pueblo prometen una vida exenta de toda fatiga y dolor, le inducen á error engañándole con fraudes de que brotarán algún día males mayores que los presentes.

A los que carecen de bienes de fortuna, enséñales la Iglesia á no tener á deshonra, como no la tiene Dios, la pobreza, y no avergonzarse de tener que ganar el sustento trabajando. Todo lo cual confirmó con sus obras y hechos Cristo Nuestro Señor, que para salvar á los hombres se hizo

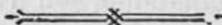
pobre siendo rico; y aunque era hijo de Dios, quiso, sin embargo, mostrarse y ser tenido por hijo de un artesano; y aun no rehusó gastar una gran parte de su vida trabajando como artesano. ¿No es este el artesano hijo de María? Quien este divino ejemplo tuviere ante los ojos, entenderá más fácilmente lo que sigue, á saber: que la verdadera dignidad y excelencia del hombre en las costumbres, es decir, en la virtud, consiste: que la virtud es patrimonio común á todos los mortales, y que igualmente lo pueden alcanzar los altos y los bajos, los ricos y los proletarios.

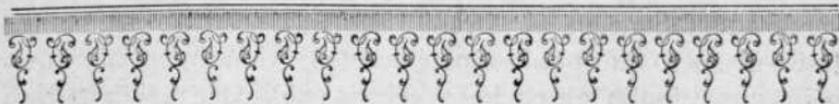
La concordia engendra en las cosas hermosura y orden, y al contrario, de una perpétua lucha no puede menos de resultar la confusión junta con una salvaje ferocidad. El remedio para detener el mal que padece la sociedad humana, no puede ser otro que la restauración de la vida é instituciones Cristianas.

Cuando las Sociedades se desmoronan exige la rectitud que, si se quieren restaurar, vuelvan á los principios que les dieron el ser.

La salud se ha de esperar de una gran efusión de Caridad Cristiana, en que se compendia la ley de todo el evangelio y que dispuesta siempre á sacrificarse á sí propia para bien de los demás, es al hombre, contra la arrogancia del siglo y el desmedido amor propio, antídoto eficazísimo.

Encíclica De conditione ópificum, del Santo Padre León XIII.





INTRODUCCIÓN.

Motivo del viaje del autor y preparación de los peregrinos de Valladolid.

EL motivo ó causa principal para hacer el viaje el autor de esta obrita sin pertenecer al Círculo de obreros, fué como sigue. Tres meses antes de emprender el viaje, ó sea á primeros del mes de Diciembre de mil ochocientos noventa y tres, me habló un señor canónigo en esta forma.

—¿Qué sabes del viaje de peregrinación á Roma?—y le respondí que nada sabía pues era la primera vez que oía hablar de semejante viaje, diciéndome entonces que se estaba preparando un viaje en peregrinación á Roma, y que en su mayoría serían obreros los que la compondrían, costeando los gastos entre el Círculo de Obreros, Asociaciones y demás Protectores católicos, y que él tendría el gusto de pagar todo ó parte del viaje á un obrero. Pero yo que nunca jamás salgo de Valladolid pensar en ir á Roma, era para mí entonces imposible hasta el pensarlo, y como cosa que conceptuaba (según mi baja clase) irrealizable, no hice el mayor caso y así quedó por entonces, hasta que transcurrido más de mes y medio ya se hacía público en todas las conversaciones y no se hablaba de otra cosa.

Y en efecto, en el Círculo Católico entraba en suerte todo el socio que ponía cinco pesetas; viendo yo la animación que reinaba entre los obreros católicos, y siendo uno de ellos por la misericordia de Dios, no teniendo recursos para hacer el viaje de mi cuenta, y ni aun pertenecía todavía al Círculo, movido por ese amor verdadero hacia el Vicario de Jesucristo, como católico de verdad ¡cuánto sentí haber hecho tan poco caso de lo que aquel señor me habló! (cuyo nombre no publico por respeto á su digna persona). Lleno mi corazón de un gran deseo de ver á nuestro Santo padre León XIII, me dirigí á su casa y después de haberle saludado respetuosamente le dije:—vengo á su casa á recordarle lo que hablamos hace ya tiempo con respecto al viaje de Roma, sino se ha comprometido usted,—y me dijo que ya había dado alguna cantidad, que tuve ocasión entonces y ahora ya era tarde,—y le respondí con mi amabilidad de costumbre; en ese caso nada vengo á exigir á usted, dispense mi atrevimiento, pero sepa que es nacido del buen deseo que tengo como católico de verdad, de ver al Santo Padre, y decir después como el profeta Simeón: he logrado lo que tanto deseaba; ahora puede el Señor cuando le plazca disponer de su siervo.

—Haré cuanto esté de mi parte, me dijo, de aquí á dos días ó tres te pasaré recado con lo que haya. En efecto, á los tres días me mandó una tarjeta en la que me decía, está casi arreglado para que V. pueda ir á Roma, véase conmigo el domingo próximo en la sacristía ó en casa. En el día señalado pasé á su casa y me dijo:—el Círculo ha destinado para V. cien pesetas, y puesto que como empleado que es en la estación tiene derecho á los pases, que suponen cincuenta pesetas, ya tiene lo suficiente para su viaje; puede verse usted con el señor marqués de la Solana en el Círculo, y le advierto que se lo agradezca al Círculo no á mí.—Yo comprendí que todo era un preámbulo para de ese modo hacer el bien con reserva y humildad, cumpliendo así aquella máxima del Salvador cuando dijo: tened cuidado que una mano no sepa lo que dá la otra. En el mismo día por la noche me ví en el

Círculo con el señor marqués y le hice presente cuanto se refiere al caso, y me dijo que con respecto á mí tenía recibidas cien pesetas y que contando con los pases era lo suficiente para tener arreglado el viaje. El contento que yo sentí en virtud de lo bien que se me había arreglado lo que tanto deseaba no tiene límites, sólo lo puede comprender todo aquel que, en casos análogos, logra lo que de todas veras desea. Muy pocos podían decir entonces lo que yo, porque no había la suerte decidido todavía quién era el que iría. Solo me restaba hacerme socio del Círculo, toda vez que tenía que viajar en su compañía, y desde aquella noche quedó mi nombre inscrito en los libros. Por fin llegó el día del sorteo, siendo favorable á unos cincuenta de noventa y tantos que entraron en suerte, habiendo mucha alegría, como es natural, por los primeros, y tristeza por los segundos. Al domingo siguiente ya se dijo que la mayor parte de los que habían entrado en suerte que probablemente irían; y por fin, á fuer del entusiasmo que reinaba entre los católicos pudientes, y el celo y donación de nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, de las corporaciones religiosas, socios protectores y varias señoras piadosas que tanta parte tomaron, pudo la Junta del honroso Círculo Católico, y en particular su dignísimo presidente el señor marqués de la Solana, hacer saber á los individuos en plena sesión, donde reunidos el M. I. Sr. Deán D. José Hospital en representación de nuestro dignísimo Prelado, con los señores que componían la Junta diocesana y escogido acompañamiento, incluso el Reverendísimo Padre Vicent, que la mayor parte ó todos acaso irían. Y para fin de esta tan santa como piadosa animación, el domingo 2 de Abril de 1894 quedó acordado el total de peregrinos (que fueron todos los que entraron en suerte) que habíamos de emprender el viaje el día 10 de Abril á las tres y cincuenta de su mañana, y con esto queda hecha una reseña aunque demasiado pálida, de la preparación del viaje colosal que tanta alarma ha causado á los enemigos de la Religión y que tanto llenó de entusiasmo y de alegría á los generosos pechos de todos los Católicos, ya fueran ricos ó pobres, ya fue-

ran los que quedaban ó los que voluntariamente íbamos á hacer el sacrificio de marchar aunque fuera exponiendo nuestras vidas, pues en nuestros pechos ardía el luminoso rayo de la fe, que, por sí sóla, unida con la esperanza y la caridad, estrecha con la verdadera fraternidad á todos los corazones que saben latir llenos de entusiasmo á impulsos del amor de Dios y de sus semejantes.

Gloria pues, á Dios, como autor y causa principal de todo bien, y un viva eterno á nuestro Santo Padre León XIII, á nuestro Excmo. é Ilmo. Prelado, al Excmo. Sr. marqués de Comillas, al Excmo. Sr. marqués de la Solana, Sr. Deán y Junta Diocesana, y demás señores y señoras que hayan tomado parte en el general entusiasmo; y también un viva á nuestra Santa religión y á todos los Católicos del orbe y peregrinos, para memoria de todos los siglos.





CAPÍTULO PRIMERO

Salida de la Estación de Valladolid.—Llegada á Madrid y recibimiento de los peregrinos.—Salida y despedida de los mismos.—Gran recibimiento en varias Estaciones del tránsito —Llegada á Valencia.—Sucesos ocurridos en el Grao promovidos por los enemigos de la Religión, y embarque en el vapor Vellver en el puerto de Valencia.

Día 10 de Abril de 1894. Este tomaremos como punto de partida.

¡¡A Roma Españoles!!

Por fin amaneció el por tantos titulos deseado día 9; desde muy temprano, veíanse cruzar por todas direcciones grupos de peregrinos preparando lo necesario para el viaje que á la mañana siguiente muy temprano habían de emprender... ¡Qué lección tan provechosa para todo aquel que por un momento se detiene á considerar en el viaje eterno!

Yo mismo me preguntaba y decía á varios de mis compañeros de viaje que al paso encontraba:—¿Qué os parece amigos? ¿no contempláis el afán tan grande que tenemos para

arreglar lo necesario para que nada nos falte en un viaje que al fin y al cabo no ha de durar más que quince días?

¿No habéis pensado alguna vez siquiera en aquel viaje del cual depende nuestra eterna felicidad ó desgracia eterna? ¡Cuán poco lo pensamos, y cuán breve ha de pasar el tiempo! Es verdad, amigos míos, que vivimos en un error, ó mejor dicho, en un engaño que en breve será realidad; esforcémonos para preparar lo necesario para ese viaje eterno y que no sabemos cuándo ha de ser la partida, para que, cogiéndonos bien preparados, sea un viaje feliz en las moradas eternas de los justos. Serian las diez de la noche, cuando pude observar que varios compañeros de viaje ya estaban en el Círculo católico en traje de marcha, yo por mi parte lleno de cansancio por los afanes referidos durante el día, también fui á casa y encontré á varios amigos que me esperaban para despedirse de mí, lo que hicimos con muestras de ternura y á la par con una alegría santa que sólo los corazones que laten con el amor de Dios y de la religión, saben aun en las tribulaciones ó peligros, mostrarse complacientes y serenos, confiando siempre en aquel Dios Omnipotente que ha prometido no abandonar á los que andan por sus caminos. Serian las once y cuarto cuando después de haber arreglado cuanto me hacía falta, y dado algunas instrucciones á mis hijos y esposa para que nada les faltase durante mi ausencia y quedarles convencidos de mis buenos ánimos y deseos, me despedí de ellos lleno de alegría y esperanza, prometiéndoles volver á su lado en breve tiempo.

A las once y media entraba en el Círculo, y dejando el equipaje en la portería para mayor tranquilidad, subí á los extensos salones, donde lleno de asombro no pude menos de exclamar en mi interior al ver tanta gente, no solo peregrinos sino de todas las clases de la sociedad, sexos y condiciones á pesar de ser cerca de la media noche: ¡Bendito sea Dios que de este modo quiere hacer manifiesto el sentimiento de gratitud que experimentan los corazones cuando son movidos á impulsos de su amor! Y dando un paso más hacia la pequeña pero hermosamente decorada ca-



EMMO. SR. D. ANTONIO MARÍA CASCAJARES Y AZARA

CARDENAL-ARZOBISPO DE VALLADOLID

LIBRERIA
VALLEJO
1900

LIBRO DE DON ANTONIO MARIA CASILLAS Y AZAR

CAROLINA-ARISTO DE CALABO

pilla, donde estaba ya nuestro amadísimo é Ilustrísimo señor Arzobispo, que aunque quebrantado de salud con semblante de alegría aguardaba sin duda que diese el reloj las doce para empezar el Santo Sacrificio de la Misa; en efecto, sonó la hora deseada y en el mismo instante se revestía ayudado de su Secretario D. Pedro Gaspar, del P. Mendía y el R. P. Marcelino de la Paz, y en este momento dió principio el Santo Sacrificio de la Misa titulada del alba, sin duda por ser á primera hora de la mañana, y en este momento tan grandioso, tuve el gusto de observar que las dos pequeñas naves de la capilla estaban tan llenas de gente que apenas podíamos movernos, habiendo mucha más en los salones, deseosa también de oír la Santa Misa, deseos que no pudieron cumplir á causa del excesivo número de fieles, siendo de notar la compostura y buen orden, la devoción y entusiasmo Santo que reinaban. Al mismo tiempo que nuestro amadísimo Prelado celebraba el Santo Sacrificio, el R. P. Marcelino de la Paz, desde el púlpito, con su elocuencia y autorizada palabra, según acostumbra, pone de manifiesto el estado tan deplorable de salud de nuestro dignísimo Prelado, y que á pesar de eso, lleno de amor hacia sus ovejas, todo lo sobrelleva con suma alegría deseoso de dar el alimento Espiritual por sus manos á los que con el pecho lleno de fe tenían que partir á prosternarse á los pies del Vicario de Jesucristo. También anima y conforta con su palabra á los peregrinos haciendo, por decirlo así, un panegírico del viaje que iban á emprender.

Llega por fin aquel momento ansiado de acercarnos á la Sagrada Mesa. ¡Cuántas lágrimas de amor y gratitud sinceros se derramaron en aquellos momentos! ¡Qué espectáculo tan conmovedor se ofrece á la vista del que medita allá en el fondo de su corazón! Primero la hora tampoco en uso, segundo ser como Viático para emprender un largo viaje, tercero la generosidad y amor con que le administra nuestro dignísimo Prelado, como diciendo á sus fieles peregrinos: tomad y comed este alimento bajado del cielo, que él os dará la fortaleza para que llevéis con paciencia las adversidades

y molestias del penoso viaje que vais á emprender. Era de notar con qué compostura y devoción se acercaban los peregrinos, no sólo los que lo hacen con mucha frecuencia, sino también aquellos que algo descuidados no se acercan más que alguna vez al año.

¡Bendita Religión brotada del corazón de Jesús y amasada con su preciosísima Sangre, confirmada y sellada con la de innumerables mártires, que tantos consuelos llevas á los corazones de los que sufren! Terminado el incruento Sacrificio y dado gracias á Dios, pasamos á los salones del Círculo, pero no sin sufrir hasta llegar varios incomodos y empujones debido á la mucha aglomeración de gente. Llegamos por fin, aunque con bastante trabajo, y allí se nos sirvió el desayuno á los peregrinos; nuestro amadísimo Prelado se despidió de todos dando muestras de su amor, y verdaderamente conmovido. ¡Quién jamás habrá contemplado lo grandioso de esa noche y mañana inolvidables, ver allí personas respetables por su dignidad y categoría, Sacerdotes, padres, hijos, hermanos, esposas, pobres y ricos, todos confundidos, guiados por la fe y llenos de entusiasmo santo!

A poco más de la una y media salíamos del Círculo los peregrinos que habíamos de marchar, acompañados de los parientes, amigos, esposas é hijos que con dolor llegaron hasta el andén para allí hacer su despedida. Jamás habrá presenciado la capital de Castilla un espectáculo tan conmovedor á hora tan temprana, pues siendo las dos de la mañana parecía la misma hora por la tarde, viéndose con frecuencia grupos de gente por todas direcciones y las calles adyacentes á la estación materialmente cubiertas de un inmenso gentío; ya en el andén, á las tres y minutos, parecía que los corazones de todos latían con mayor violencia, sin duda los que habíamos de marchar esperando la hora ó momento de partir, y los que quedaban por volverse á casa sin los seres que más aman, unos y otros por tener que separarse. Aunque los que allí se hallan reunidos son amamantados con la fe, criados con la espe-

ranza y unidos por la caridad; pero infunde respeto pensar que hay que viajar en un tren que es facil de descarrilar, en un vaporcito en medio de un mar alborotado y puede naufragar, y entrar en un reino extranjero y á poquito tener grandes disgustos, pero no importa, nada les arredra, son poseedores de las tres principales virtudes y tienen á Dios, autor de todas las cosas, y eso les basta, cual otro pueblo de Israel caminando á la tierra de promisión, llevando la columna de fuego que les dirige y muestra el camino.

Así es que, al primer silbido de la máquina en señal de preparación, se les vé llenos de alegría ir cada uno á colocar su maleta y demás cosas de viaje en el coche que hasta Madrid les había de llevar, y en esos cinco minutos que restan se aprovechan dando cada uno á los seres más queridos un abrazo y un ósculo, y á los amigos y á los parientes un fuerte y entusiasta apretón de manos. (A mí me cupo la suerte de ir en el mismo coche que el querido Director espiritual de la peregrinación, Sr. Deán D. José Hospital.)

El Reverendo P. Mendía, Rector del Colegio de San José, el P. Marcelino Sanz y varios señores que nos seguían alentando con fervientes palabras, no se retiraron hasta que no se perdió de vista el tren. Silbó por última vez la locomotora, y un ¡viva el Papa-Rey! ¡viva la Religión y la Peregrinación Española! salido del pecho de aquella apiñada multitud, llena de ansiedad y entusiasmo sincero, repiten los peregrinos que marchaban y que agitando los pañuelos pusieron fin á la inolvidable despedida. Nada más lisongero y nada más entusiasta que aquella multitud en la que estaban confundidos los que se quedaban con los que se iban; minutos antes de partir, y bien reflexionado, nada más triste y hasta doloroso que una despedida de seres tan queridos, aunque ésta sea para breves días, como la que nos ocupa, pero unos y otros fortalecidos con la fe y la esperanza, quedan llenos de complacencia considerando que la despedida es de cuerpos que se separan, pero que quedan unidos en

espíritu aunque llenos de temor y de esperanza; pero dejamos á los que quedan que disfruten de su descanso, volviéndose á sus respectivos hogares, y prosigamos nuestro viaje empezado con tanta alegría y regocijo, que es el objeto que me he propuesto.

Ya llevamos indicado cómo el día de partida en que estamos es el 10 de Abril, y que el momento glorioso de partir fué á las tres y cuarenta y cinco minutos de su mañana, y desechando la impresión que había producido en los ánimos la despedida, en seguida en todos los departamentos con todo el fervor posible, se entonó á dos coros una hermosa salve en acción de gracias á la Reina de los Cielos, reinando en los ánimos de los portadores de la fe mucha alegría.

Acto seguido en todos los departamentos se rezó el Santo Rosario con una devoción edificante aun en aquellos que no tienen la costumbre de rezar con frecuencia, pues entre los peregrinos no hay ninguna distinción en clases, sexos y condiciones más que aquella reciprocidad de verdaderos hermanos, sin duda porque la fe y el sentir es el mismo, ó bien porque en un viaje á tierras desconocidas jamás faltan peligros y graves obstáculos que vencer, y sin duda correríamos todos la misma suerte, ó bien porque esa religión bendita nacida entre los sufrimientos más atroces en el Calvario, y su divino fundador nuestro buen Jesús quedó recomendado á sus apóstoles con estas palabras: amaos los unos á los otros como yo os he amado. De suerte que si la verdadera religión es un lazo de amor y caridad en todo tiempo, lo es mucho más en el viaje que vamos narrando, porque, en este inolvidable viaje no había nada de nadie sino que todo era de todos porque todos acatábamos las órdenes de que primero hablaba, con verdadero entusiasmo, pues aunque iban personas de bastante respeto y jefes encargados de la disciplina, no era necesario que hicieran uso de la autoridad y atribuciones que tenían, porque donde impera el amor y la caridad y la unión de verdaderos sentimientos, ya están demás todas las leyes con respecto á los abusos. Concluido de rezar el santo Rosario, fué repartiéndose en todos los

coches ó departamentos por los decuriones,, aquel precioso signo de la Cruz morada que cada uno llevábamos puesto en el pecho al lado izquierdo, como diciendo, no tengo otro altar más precioso que sea digno de llevarte que mi corazón, y he aquí que como un gran trofeo te llevo en mi pecho, signo querido, acordándome que te escogió mi dulce Redentor para morir en tí, y con su muerte darme vida y vida abundante y eterna.

Reflexiones que sin duda alguna se harían los peregrinos como hijos de la fe, y creo no exagerar porque así lo dábamos á entender con el semblante de alegría que cada uno mostraba al recibir aquel signo que conmemoraba nuestra Redención, signo que para los hijos de la fe le considerábamos como un baluarte en la empresa que habíamos comenzado, y que ninguno hubiera cambiado por el Toisón de oro más brillante. Aún no habíamos terminado de saborear cuanto llevo narrado, cuando se presenta en nuestro departamento, estando en marcha el tren, nuestro dignísimo é incansable representante de la peregrinación y Presidente del Círculo Católico, el Excmo. Sr. Marqués de la Solana, que con semblante risueño y muy amable para todos, iba repartiendo entre los decuriones el carnet ó librito que contenía el complemento de pasaje de trenes, embarcación, hospedaje, etc., y librito de ordenanza, para que éstos los repartieran á cada uno de los peregrinos; cruz y libritos que deberán de conservarse para eterna memoria del viaje. Con estas dulces sorpresas, y ensayando el precioso himno compuesto expresamente para los peregrinos vallisoletanos por el P. Conrado Muiños y el Sr. Goicoechea, y con repetidos vivas al Santo Padre y á nuestra sacrosanta Religión, pasamos las estaciones que hay hasta Avila de los Caballeros, donde llegamos á las siete de la mañana; grande era la alegría que reinaba en todos los peregrinos al ver y contemplar la multitud de gente apiñada, hijos de la ciudad insigne de Santa Teresa de Jesús, de tantos recuerdos para los españoles católicos y en particular para sus compatriotas los castellanos viejos. ¡Con qué entusiasmo se repetían los

vivas á la insigne Patrona Santa Teresa de Jesús! y con el mismo ardor eran contestados por los hijos de la ciudad. Entre la multitud se hallaba una comisión de Padres del Carmelo, agregándose estos Reverendos Padres á la peregrinación, con bastantes más de clase obrera de la provincia, aumentando considerablemente el número de peregrinos. En los quince minutos de parada, los peregrinos, que en su mayoría no habían pasado nunca por allí, con mucho placer contemplaban el pintoresco paisaje que ofrecen á la vista del viajero los alrededores de la ciudad. Una mañana hermosa y serena con un sol radiante, dando vida y vigor á la variedad de arbustos que se veían por sus cortaduras y grandes escabrosidades, entre tantos peñascos y desigualdades de que se halla dotado aquel terreno por la naturaleza. Absortos estábamos contemplando las grandes maravillas y el orden admirable con que la Divina Providencia ha colocado todas las cosas de la creación, cuando un silbido de la máquina nos anunció que llegaba el momento de seguir nuestro viaje; y en efecto, todos nos apresuramos á ocupar nuestros respectivos puestos en los vagones que nos conducían, y volvióse á repetir ¡viva Avila! ¡viva Santa Teresa nuestra compatriota! ¡viva el pueblo católico y viva la peregrinación obrera española! Y á un segundo silbido se puso en movimiento el tren, y con un afectuoso adiós pronunciado por los nobles pechos llenos de fe y agitando con entusiasmo por los que nos íbamos y los que se quedaban los pañuelos, puso fin á aquel momento de tanta alegría y distracción. Poco me detendré en este trayecto por ser tan conocido de muchos que han viajado hasta la coronada villa de Madrid, pero bueno es hacer, aunque sea á la ligera, una pequeña descripción sobre el terreno que vamos caminando, porque para ser francos diremos que la mayoría de los peregrinos no han viajado jamás por este trayecto, que resulta grandioso é imponente por sus muchas desigualdades.

A poco de salir de Avila, ya se ven enormes piedras y peñascos formidables, causando admiración lo agreste y di-

ficil, para que el brazo del hombre á fuerza de sudor y constancia haya podido vencer tantas dificultades, taladrando formidables puertos, abriéndose paso á través de enormes montañas, pues sólo en el trayecto desde Avila al Escorial se cuentan once túneles, habiendo algunos que era ó es de necesidad el encender las luces de los vagones que conducen á los viajeros; pero los peregrinos van animados de una fe viva y no conocen el miedo, ó por lo menos dan muestras de hacerse superiores á todos los obstáculos, pues en todos los coches y departamentos se oye cantar y ensayar el himno favorito, y en particular unas jóvenes que se hacían notar en el canto por la melodía de su voz, y de cuando en cuando repitían los vivos al Papa-Rey, sobresaliendo en todo el camino una anciana de ochenta ó más años, causando admiración á todos lo agil y animada que iba y el acento firme y seguro con que se la oía con mucha frecuencia repetir ¡viva el Santo Padre! ¡viva el Papa-Rey! ¡viva la peregrinación vallisoletana!

De suerte que, sin desaparecer la animación y la alegría que reinaba entre los peregrinos, llegamos á la estación del Escorial (sin hacer mención de las estaciones que atrás se dejan por su escasa importancia), tampoco la tiene la que nos ocupa en estos momentos sino fuera por el nombre célebre adquirido por estar próxima al grandioso convento de este mismo nombre. Llegamos á dicha estación á las once de la mañana, y ya nos esperaban varios compañeros de viaje de los pueblos limítrofes sin duda, y algunos empleados de la gran fábrica de chocolates que allí posee la viuda de D. Matías López, que nos acompañaron en la peregrinación; también había una comisión de los reverendos padres del ya referido convento, y confundidos unos con otros como si formáramos un núcleo, por decirlo así, de una sola familia, se cambiaban los afectuosos saludos y halagüeñas frases, no interrumpidas más que por las acordes notas de los que cantaban el himno y los vivos al Papa-Rey y á nuestra Sacrosanta Religión.

Engolfados íbamos contemplando, aunque desde lejos, el

Gujar

hermoso monumento del Escorial y el no menos alegre panorama que representa el frondoso valle que circunda sus alrededores, cuando anunció la máquina que llegaba el momento de abandonar la estación, y entre los vivos más entusiastas y alegres canciones, en breve tiempo desapareció de nuestra vista cuanto habíamos contemplado. La locomotora con su paso de gigante, no tardó en recorrer el trayecto y quedar atrás las siete estaciones que hay desde el Escorial á Madrid, no ocupándonos de ellas porque nada de notable ocurrió; á las doce y media llegamos á la estación del Norte de la coronada villa de Madrid, donde estuvimos parados sin bajar de los coches unos cuarenta minutos, sin duda esperando alguna orden, y este tiempo se aprovechó en su mayoría en tomar algún alimento, pues el que más y el que menos teníamos apetito. Transcurrido este tiempo se puso el tren en marcha, y por el camino de circunvalación nos condujo á la preciosa cuanto elegante estación del Mediodía.

¡Qué sorpresa tan grande se experimenta en este momento de la llegada! El magnífico andén, que por su elegante construcción y grandes dimensiones merece ser uno de los primeros de España, estaba cuajado de gente, no pudiendo dar un paso sin ser molestado por todos lados. Al bajar los peregrinos de sus coches, se prorrumpe en entusiastas y atronadores vivas al Papa-Rey, á la Católica Española, á la unidad católica y á la peregrinación española.

¡Con qué regocijo podrá compararse este espectáculo que no tiene semejante! La multitud que había esperando, llena de un entusiasmo santo agita sus blancos pañuelos en ademán de saludar á los peregrinos que llegan, y son correspondidos de la misma manera enardecido los pechos de unos y otros los prolongados y nutridos vivas, y todos confundidos no se sabe por dónde hallar paso para salir. Allí se ve entre la apiñada multitud á los grandes de España y á la dama aristócrata luciendo sus vistosos trajes, lo mismo que los menos acomodados que visten la honrosa blusa, al industrial y gran parte del clero y corporaciones de

religiosos ó comisiones de ellos, varias autoridades civiles y militares de diferentes graduaciones. Y para más realce ó coronamiento de la gran obra, aparece entre la multitud el Sr. Nuncio de S. S. que con su acompañamiento recorría los trenes ó coches atestados de peregrinos, mostrando en su semblante bondadoso y risueño la grande satisfacción que su pecho sentía, y con entusiasmo santo daba la bendición á todos, y los peregrinos en su presencia llenos de fuego su pecho prorrumpían en calurosos vivas, dándole así pruebas inequívocas de adhesión y cariño, como digno representante ó delegado de Su Santidad. Aún hay más todavía; como si no fuera bastante lo que llevo explicado, un Padre agustino sube sobre el techo de un vagón y desde aquel púlpito improvisado pronuncia con fogoso entusiasmo un elocuente discurso, haciendo saber el objeto primordial del viaje, animando más y más á los que con intrépido valor estaban dispuestos á hacerse superiores á todos los obstáculos que á su paso se opusieran, y á derramar su sangre hasta la última gota, si para defender la fe que en sus corazones tienen depositada fuese necesario. El referido padre sigue con entusiasmo su tarea comenzada, se esfuerza más y más para hacerse oír, pero es interrumpido varias veces por los vivas y el estrépito de las palmas. Pasado ya este tiempo de regocijo y de santo entusiasmo, solo se ocupan los peregrinos, en particular los que llevábamos pases de favor, en arreglar y proveerse de los correspondientes á la línea del Mediodía, y aquí fué troya, un gran grupo de Valladolid nos acercamos á las taquillas, y según parece, bien fuera por la mucha gente aglomerada ó bien porque los señores encargados no tuvieran expresa orden para despacharnos, el caso es que el tiempo pasaba y nuestra paciencia también iba perdiendo su equilibrio, sugiriéndonos de pronto un pensamiento que fué el más acertado, el de buscar á nuestro nunca bastante elogiado jefe, representante de los peregrinos vallisoletanos, el excelentísimo señor marqués de la Solana. Cuando por casualidad aparece en aquel momento y nos manda ir con él á la taquilla, y solo

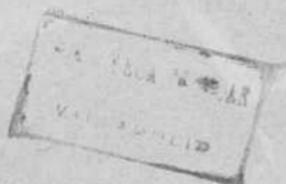
con su presencia fué lo bastante para que los señores encargados del despacho que pocos momentos antes se habían negado rotundamente á hacerlo, dejaran de despachar á toda clase de gente y solo atendieran á los peregrinos, por lo que quedamos llenos de satisfacción, y mayormente al contemplar lo que vale un hombre del temple de nuestro digno jefe, dispuesto á llenar cumplidamente su cometido haciéndose superior á todos los obstáculos.

Ya habían transcurrido dos horas, ¡cuán fácilmente se pasa el tiempo! pues nos parecía que acabábamos de llegar; si ese tiempo se hubiese pasado en desazones, claro está que nos hubiese parecido que no tenía fin, pero pasado entre delicias y un mar de emociones y de santa libertad, no tenía principio cuando tocó á su fin. En ese espacio de tiempo se cambiaron los trenes, y reunidos allí más de tres mil romeros, á las voces de un agente encargado para que estén los viajeros prevenidos, cada cual fué ocupando su asiento.

El Sr. Nuncio de Su Santidad acompañado de gran parte del clero, continuaba en su santa tarea de visitar cuantos coches podía, animando á aquellos intrépidos atletas de la fe, recibiendo en recompensa del cielo que por la gloria de Dios mostraba, entusiastas vivas y frases las más simpáticas y halagüeñas. En este estado de cosas, el tren se pone en movimiento, primero el que llevaba los romeros de Valladolid y provincias limítrofes, y después á muy corta distancia el segundo que conducía á los de Madrid y sus alrededores. La despedida fué grandiosa y muy sentida, repitiéndose los vivas con fogoso entusiasmo por los que nos retirábamos, y contestando con iguales sentimientos los que se quedaban, agitando en el aire millares de pañuelos. Con mucha animación, en todos los coches se cantaba el precioso cuanto agradable himno, pues ya parece que habíamos armonizado las voces con los ensayos anteriores. Las estaciones de Jetafe, Pinto, Valdemoro y Ciempozuelos estaban completamente llenas de gente, que con mucho ardor daban frecuentes vivas á la peregrinación. En las indicadas estaciones se



EXCMO. SR. MARQUÉS DE ALONSO PESQUERA
PRESIDENTE DE LA JUNTA DIOCESANA



AMERICAN ...

veía entre la mucha gente que de los pueblos inmediatos había salido (sin duda unos por curiosidad y otros guiados por sus ideás católicas) se veían, repito, de toda clase de la sociedad, pero en particular jóvenes del bello sexo, que con entusiasmo vitoreaban calurosamente agitando los pañuelos, siendo correspondidos sus saludos por los romeros con frases amables, llenas de patriotismo, repartiendo en las estaciones del tránsito gran número de hojas, que leían con avidez, escritas con gran elocuencia por los señores que componían la Junta Diocesana de la ilustre ciudad de Valladolid y firmadas ó autorizadas por su digno presidente don Teodosio Alonso Pesquera, y que reproduzco aquí para memoria de los tiempos venideros, que dice así

PEREGRINOS:

«Vais á partir. La fe os guía, la esperanza os acompaña, la voluntad de Dios, inclinada por vuestro anhelante deseo, hará que lleguéis pronto y felizmente al término de vuestro piadoso viaje.

Sencillo en la apariencia el acto que os disponéis á realizar, es grave y de trascendental importancia. Cuando la Europa, en gran parte materializada y descreída, se agita por desvanecer intranquilizadoras utopias, ó por resolver pavorosos problemas, vosotros la indicáis, con vuestro ejemplo, el único camino para que desaparezcan aquéllas y tengan tranquila y facil solución.

A la voz del Padre común de los fieles, millares de personas, ejércitos enteros abandonan sus hogares; deja su palacio el potentado, su cabaña el pobre labrador, su modesta casa el de la clase media; y van juntos el prócer ilustre y el ciudadano obscurecido, el rico y el pobre, el fabricante y el obrero, lo mismo el joven que el viejo, la debil mujer que el agil y robusto mancebo, todos alegres, todos contentos, todos satisfechos emprendéis una larga peregrinación. ¿Qué

fuerza os impulsa? ¿qué lazo une elementos tan heterogéneos, y que algunos se esfuerzan en presentar con intereses opuestos y encontrados? La fe; nuestra Santa Religión de amor, de paz, de caridad; la única capaz de resolver la llamada cuestión social. Ella nos enseña, por boca de nuestro Sacratísimo Redentor, que no se encuentra la felicidad en esta vida y que, aun la relativa, que aquí obtenerse puede, no se halla casi nunca en las riquezas, ni en las altas posiciones, que llevan tras de sí tremendas responsabilidades, al tener que dar á Dios estrecha cuenta del buen ó mal uso que de ellas se hiciera; la comunicación y el frecuente trato de unas clases con otras, demuestra á los humildes las grandes amarguras, que muchas veces sufren los favorecidos por la fortuna, y les hace no envidiables, así como soportar resignados las escaseces de su pobreza; conózcanse, únense para estos objetos piadosos, padezcan juntos sus dolores, mezclen juntos sus lágrimas, que nadie en esta vida deja de derramarlas muy abundantes, y entonces aprenderán, los unos, el santo placer que proporciona socorrer la desgracia de sus hermanos, y los otros, que no son desamparados por sus hermanos cuando los años ó las enfermedades no les permitan proporcionarse con su trabajo el diario sustento.

Marchad, marchad pues, á Roma para cumplir vuestra misión social y cristiana. Acercáos al célebre obelisco, orgullo un tiempo de las ciudades egipcias de Ramsés, adorno más tarde de los jardines del tirano Nerón, y sostén humilde hoy de un trozo del árbol santo de nuestra Redención; atravesad los hermosos pórticos elípticos, que hicieron para siempre famoso el nombre de Bernin, y penetrad, al fin, en la gran basílica de San Pedro, acobijaros bajo la inmensa cúpula que lanzó á los cielos el genio inmortal de Miguel Angel. Una vez allí, en medio de tanta grandeza, de tanta magnificencia, de tanta suntuosidad, de riqueza tanta como durante siglos y siglos acumularon la generosa piedad de los cristianos y el entusiasmo artístico de los Pontífices, y cuando entre las nubes del incienso y al eco de las celestiales armonías de Palestina, que os harán creer que han descen-

dido á la tierra los coros de ángeles del cielo, llegue el para vosotros ansiado momento de caer postrados á los pies del venerable anciano que, aunque es un rey sin soldados, es más fuerte que todos los reyes, por representar al Dios de los ejércitos y, aunque monarca sin territorio, domina en toda la tierra, por la autoridad que le da la representación del Creador de los mundos y, aunque violentamente desposeído de sus bienes materiales, ejerce poder y manda sobre las almas y las conciencias de gran parte de la humanidad; cuando caigáis de hinojos ante esta gran figura, la personalidad más alta que hay en la tierra, decidle que la Europa entera tiene puestos sus ojos como en el único que puede poner remedio á los males que la conturban y agitan; decidle que nos aliente, que procure volvernos aquella fe tierna y sencilla que tenían otras generaciones, menos adelantadas tal vez, pero seguramente más felices que la nuestra, aquella fe que, para vengar la desastrosa afrenta del Guadalete, nos tuvo en incesante lucha con la morisma durante ocho siglos, hasta que la gran reina Católica consiguió ver la cruz coronando las altas torres de Granada; aquella fe que en los siglos XII y XIII nos hizo derramar torrentes de sangre, para rescatar de manos de los infieles el Sepulcro; aquella fe que en Lepanto nos dió fuerza y bravura, para hacer trizas el orgulloso poder de la media luna, aquella fe que lanzaba en lo tenebroso y desconocido de los mares á unos pocos hombres, para descubrir nuevos mundos en que se practicase la religión del Crucificado; decidle también que nos quite esta insaciable sed de bienes y de honores, que nos materializa y nos pone en continuo batallar los unos contra los otros, y de esta manera, es decir, con la práctica de las doctrinas de Jesucristo, conseguiremos la paz y la tranquilidad del alma, y que mirándonos todos como hermanos, lleguemos á constituir la verdadera fraternidad universal.»—*Teodosio Alonso Pesquera.*

Llegamos á la estación de Aranjuez á las cuatro y media de su tarde; poco ó nada de particular que llame la atención hay que decir de esta que nos ocupa, sino fuese por la parada de diez minutos que hizo el tren, los que aprovechamos los romeros en su mayor parte, para proveernos de agua el que llevaba vasija, y saciar la sed, que ya se iba haciendo verdadera necesidad, pues el calor era mayor que lo acostumbrado en Castilla la Vieja, en el 10 de Abril, que es el que vamos narrando. En esta estación como en las pasadas ó anteriores se incorporaron bastantes peregrinos de los pueblos inmediatos.

Y á propósito, ya que nos hallamos en la población privilegiada por haber en ella edificado nuestros reyes palacios para su morada en ciertas temporadas del año, y verdaderamente que lo merece, pues parece que el divino Hacedor se esmeró en dar fertilidad á su suelo al que riega el Tajo con sus cristalinas aguas y la naturaleza toda parece que se presenta á la vista del viajero, en aquel rincón, lozana y risueña; su campo cultivado por la mano del hombre, con mucho arte y delicadeza, sus flores y follaje, con el vigor y lozanía, que demuestra una primavera anticipada, su arbolado cubierto de hojas, sus palmeras formando fila recta, cual gigantes puestos en batalla. Nosotros los hijos de Valladolid acostumbrados en aquel tiempo al clima frío todavía, ó cuando más si algunas que otras flores cuidadas con mucho esmero, van abriendo su caliz, aunque temerosas que un día venga (como suelen) con mucho rigor y las haga retroceder. Los arbolados y jardines hermosos que encierra en su seno, todavía desnudos, y la naturaleza toda como adormecida; al vernos transportados en pocas horas en aquel edén (en particular una mayoría de los romeros, poco acostumbrados á viajar) exclamábamos ¡bendito sea Dios, origen de tanta hermosura! Parece que ha colocado su divina omnipotencia, con mano pródiga en este rincón, todo el esplendor de su gracia.

Los diez minutos no se hicieron mucho de esperar, avisados por el silbato de la máquina, cada uno fué ocupando sus respectivos asientos, y con un viva al Papa Rey, á la

peregrinación obrera española, y otro á los vecinos de Aranjuez, y entonando el himno, se puso el tren en marcha.

Quedando en breve tiempo atrás la última estación de la provincia de Madrid, que según datos del «Guía general de España» es Aranjuez, y después de pasar las de Castillejo y Villasequilla, Huerta, Tembleque, el Romeral, Villacañas y Quero, se llegó á la de Alcázar de San Juan, terminando de rezar el santo Rosario, las anteriores las pasamos cantando á dos coros la Salve. ¡Con qué afectos tan tiernos cantaban nuestros labios las palabras tan consoladoras que en sí encierra, brotadas con tanto entusiasmo de lo más recóndito de nuestros corazones.

Los que tenemos la dicha, aunque miserables é indignos pecadores, de ser hijos de tan bondadosa Madre... nuestro regocijo llega al colmo, cuando cantamos sus alabanzas; porque como todos sabemos ¿qué es la Salve sino un compendio de peticiones y súplicas que el hijo ferviente dirige á su cariñosa Madre? y estas son más vehementes cuanto mayor sea el grado de amor que la profesa. Yo cuanto á mí toca, no puedo menos de decir que, aunque lleno esté de pesar y atormentado por las vicitudes que me rodean á cada paso, y tener que ganar con mi sudor y trabajo el pedazo de pan tan necesario para la vida, cuando rezo esa preciosa oración tan breve y tan sencilla, dirigiéndome á mi querida Madre la Santísima Virgen, en ademán suplicante..... parece que se llena de alegría mi corazón, y en mis labios brota la sonrisa, olvidando todo pesar.

Sin duda alguna, mis compañeros y hermanos peregrinos, en su mayoría más fervientes hijos de María que yo, sentirían en aquellos preciosos momentos rebosar en su corazón con el almibar más delicioso que figurarse puede, cuando al exterior lo manifiesta su rostro apacible, con la más sincera sonrisa en sus labios. Con tan precioso argumento nos olvidamos de nuestro deber, y se hace preciso volver á continuar con nuestro cometido. Llegamos como he dicho, á la estación de Alcázar de San Juan, á una hora en que la luz del día se iba apagando y la noche tendía su manto

negro por el horizonte, y sin duda porque la noche se acercaba, nuestro dignísimo jefe principal el Sr. D. José Hospital, Deán de la Santa Iglesia Metropolitana de Valladolid, dió la orden oportuna para que se rezase el Santo Rosario y se cantase á dos coros la Salve.

Se me olvidaba decir que dicho señor, pudiendo hacer el viaje con la comodidad posible y según convenía á su alta categoría, renunció voluntariamente el hacerle en primera prefiriendo las incomodidades que un largo viaje en tercera clase trae consigo, siendo el consuelo de los más débiles, y manteniendo el buen humor en todos los que, como yo, tuvimos la dicha de ir en el mismo coche. Durante el largo trayecto, siempre se observaba en dicho señor la más completa alegría, no desdeñándose en tener animadísimas conversaciones con los peregrinos que íbamos en su compañía, sin temer la noche que le esperaba y sin más cama que un pequeño trozo del asiento que ocupaba, nada le impide el tener siempre un semblante risueño, lleno de dulzura para todos, cual padre cariñoso que sabe captarse el aprecio de sus hijos.

Como la noche no se hacía esperar, á poco que el tren paró en dicha estación obscureció; ya no se oían los vivos en las estaciones del tránsito ni las canciones alegres del día, ni las miradas investigadoras á los pintorescos paisajes del tránsito, sino cada cual en su departamento, tomando algún alimento ó bien refiriendo los casos más notables que habian ocurrido durante el día, ó rezando en particular sus oraciones de costumbre, pero sin decaimiento de ánimo, conservando siempre esa paz interior que todo lo domina. De suerte que, con el silencio de la noche recorrimos las estaciones siguientes: Criptana, Záncara, Socuéllanos, Villarrobledo, Minaya, La Roda y la Gineta, sin sentir el sueño, pasando el tiempo en conversaciones alegres y divertidas, hasta que llegamos á Albacete á poco más de las diez; en dicha estación paró el tren veinte minutos, y tuvimos tiempo de saciar la sed que ya se hacía sentir con bastante insistencia. Satisfechas las necesidades más apremiantes, y siguiendo el tren

su camino, pasamos las estaciones de Chinchilla, Villar, Alpera, Almansa, La Encina y Fuente la Higuera, entre estas dos últimas hay un túnel que mide un largo trayecto, acaso el mayor de cuantos se hallan en esa línea.

Todas las estaciones que se pasaron de noche no ofrecen nada de particular que llame la atención, pero haremos como una reseña para no omitir nada. La noche iba adelantando en su carrera, y los viajeros, en su mayoría poco acostumbrados á pasarla de la manera que se pasa en los trenes, con tanto incomodo, mayormente haciendo el viaje en tercera clase como era la que nos ocupa, dicho se está que se dejaba sentir la pesadez del sueño, y como vulgarmente se dice el cuerpo no perdona nada, y se hacía necesario dormir, y para conseguirlo no tardamos en proporcionarnos y proveernos de las camas correspondientes, camas si se quiere y se me permite la frase, fabricadas en el taller del amor y el cariño, cual gavilla de hermanos que sin distinción se echan los unos sobre los otros, oyéndose con frecuencia estas ó semejantes palabras: «me habéis cogido debajo y hago las veces de colchón, ahora bueno es que yo me cargue sobre vosotros», y en efecto así era, de modo que se pasó aquella inolvidable noche alternando, una vez debajo y otra encima.

Noche fué aquella si se quiere feliz, aunque como llevo dicho (y todo el que viaja lo sabe), se padece bastante por la pesadez del sueño, mayormente cuando van ocupados todos los asientos del coche, pero entre los peregrinos no hubo uno que se quejara, porque en todos brillaba la fe y la esperanza de que, para llegar al término de nuestro viaje era necesario sufrir con paciencia las consecuencias que trae consigo.

Otro tormento aún mayor que el sueño nos aquejaba en aquella noche, y era el de la sed, como en las altas horas de la noche en las estaciones no hay quien venda agua, y las comidas en los viajes por lo general son atractivas para la bebida, he aquí por qué se hacía sentir y con bastante rigor, pero sin quejarse nadie, todo al contrario, el buen hu-

mor no cedía su puesto á la pesadumbre que suele observarse en otros viajes forzosos.

Algunos compañeros y aun yo mismo nos divertíamos con grande fiesta al llegar á las estaciones, voceando ¡agua fresca! y respondían muchos á un tiempo ¡aguador acá! y lo celebrábamos con risas diciendo:—voceamos al aguador, porque no se nos puede olvidar la sed que tenemos,—de suerte que, en vez de tener mal humor por esa pesada molestia, nos divertíamos como el que nada le falta. Al pasar por Fuente la Higuera ya se conocía el crepúsculo del nuevo día 11, en que dábamos gracias á Dios, haciendo nuestras oraciones (particularmente cada uno) como de costumbre de todo buen cristiano, Porque ¿quién será el que de cristiano se precie que en despertando y viendo la luz del nuevo día no dé con mucho fervor, gracias al divino Hacedor de todas las cosas, por haberle conservado en aquella noche y dejado ver el nuevo día?

Pensar de otro modo sería injuriar á todo el que por cristiano se tenga, y en particular á mis hermanos y amigos peregrinos, porque así lo comprendí cuando comenzó á amanecer, dando señales inequívocas por el silencio que noté.

A poco de salir el sol estaba llegando el tren á la primera población de la provincia valenciana, ó sea á la estación de Mogente, cuando ya cerca se oye el repique de campanas y se ve lleno el andén de todos los moradores de aquella población insigne, que con su clero y autoridades, todos reunidos, grandes y pequeños, pobres y ricos, sin excluir delicadas doncellas y tiernos niños, nos hicieron un afectuosísimo recibimiento amenizando el acto una bien ordenada banda de música, tocando la marcha real.

¡Precioso cuadro presentaba en aquellos momentos todo un pueblo unido dando pruebas fehacientes de su fe en la Religión Santa! Y si no, ¿qué indica ese acto tan solemne y en aquellas horas (tan temprano), abandonando el lecho, tan atractivo el sueño en la primavera, y con especialidad en la juventud? ¿Salían atraídos por ver pasar algún monarca acompañado de su corte y de su ejército, coronado de lau-

reles en medio del triunfo y la victoria conseguidos en la batalla? Ya estarían bien convencidos aquellos honrados vecinos de Mogente que nada de eso ni cosa parecida salían á ver, sino que llevados á impulso del amor santo, de la fe y de la religión, salían á ver y contemplar, no á grandes magnates que con su brillo quedan asombrados á todos los que los miran, porque al fin y al cabo, todo ese brillo y grandeza ha de quedar como yerto cadáver en el sepulcro.

Era que su fe y creencia católica les había guiado á aquel sitio para ver y contemplar (siquiera fuera por cinco minutos) á sus hermanos de Valladolid, Madrid y de otras provincias, que habiendo abandonado sus familias queridas y sus comodidades, iban alegres y contentos arrostrando las incomodidades de un largo viaje para ver la piedra y fundamento de nuestra Sacrosanta Religión, y dar ante el mundo entero un claro testimonio de su amor hacia nuestro Santo Padre, el Vicario de Cristo en la tierra.

Por eso salen de sus lechos tan de mañana, llenos de fe y de entusiasmo santo, y por eso se les ve tan alegres tocando sus músicos la marcha real, como diciendo; vosotros, hermanos, que por la misericordia de Dios, tenéis la dicha de ir á ver á aquel venerable anciano, constituido en sucesor de Pedro, y que haciendo las veces de Cristo en la tierra (y ahora preso, aunque en carcel dorada, rodeado de amarguras), decidle, hermanos peregrinos, que mitigue sus penas, que no está solo, que aunque no vais en muy crecido número representáis muchos millones de fieles que suspiran por tener en prisiones á su querido Padre, y que estamos dispuestos, si necesario fuese, á morir en su defensa cual valerosos hijos.

Estas ó parecidas palabras dirían en aquel arranque de la fe que brillaba hasta en su semblante alegre y risueño.

Así que la música cesó por un momento, los aplausos y los vivas al santo Padre, á la Unión Católica y á los peregrinos españoles era cual un trueno prolongado; pero en expansiones como ésta que llenan el corazón de entusiasmo santo y hacen brotar lágrimas en los ojos, cinco minutos no

tienen ni aun principio. ¡Qué lástima que en tan feliz momento no se hubiese prolongado el tiempo! pero el tren no aguarda así que llega la hora que le han trazado, y al ponerse en movimiento, la música comienza á trazar con sentidas notas la marcha real, como á la llegada, y con afectuoso saludo nos despedimos de aquellos honrados compatriotas.

¡Gloria pues, á Dios, que así dispuso los corazones y buenos sentimientos de aquellos honrados vecinos de Mogente, y un recuerdo eterno de gratitud y de amor quede en los corazones de los peregrinos para memoria de los siglos!

Las siguientes estaciones, Villada y Montesa, no ofrecieron cosa que llame la atención, aunque había bastánte gente en ellas que daban algunos vivas, pero dos minutos de parada poco pueden tener que contar. En la estación de Alcudia, que á imitación de Mogente se hallaba lleno su anden de gente con acompañamiento del clero y autoridades, nos recibieron con muestras de fe y de alegría, con su banda de música, y con vivas á la Religión y al Santo Padre.

¡Todo era júbilo! ¡Todo alegría! ¡Todo alabar y bendecir á Dios que por tan prodigiosos caminos nos guiaba, llenando nuestros corazones de las más entusiastas emociones! ¡Bendito día 11 de Abril, que desde muy temprano has comenzado á embriagar los corazones de los peregrinos llenándoles del dulce y consolador bálsamo de las tres principales virtudes; fe, esperanza y amor, ó sea caridad!

Porque, ¿qué es lo que significa todo ese argumento de felicitaciones con que nuestros hermanos nos reciben, dando muestras de lo que sienten en su corazón, sino de fe, porque esa antorcha divina les ilumina y les guía á creer lo que nosotros creemos, y la esperanza, á tenerla en alto grado, esperando como nosotros en las promesas de nuestro Señor Jesucristo, que quiso derramar hasta la última gota de su preciosa Sangre, entre tantos tormentos, allá en la cima del Calvario, para con ella lavar nuestras culpas y sellar y confirmar todo lo que nos había prometido, y de amor ó caridad, amando á ese divino Ser como nosotros le amamos, con todas sus fuerzas, obligándonos (digámoslo así) por tan-

tos beneficios como en todos momentos nos dispensa, y al prójimo como así mismo, como dice en aquel código divino llamado Decálogo?

¡Bendito sea Dios que con tanta y tan admirable sabiduría quedó este mismo suelo sembrado de maravillas, que por sí solas publiquen sus grandezas!

¡Y benditos los corazones que saben unirse por amor á Dios y á su prójimo, en fe, esperanza y caridad!

Pero queda más aún. ¿Quién había de pensar, ni siquiera imaginarse, que en aquel mismo día que, parece que la divina Providencia tenía dispuesto todo placer y alegría, amaneciendo entre músicas y aclamaciones, con tantos vivas á la Religión, al Santo Padre y á los peregrinos, había de tener su fin (si se me permite la frase) en el calvario? A su tiempo lo veremos, cuando lleguemos á la última capital de nuestra España.

Porque aquí, según parece, hay algo que imita á la entrada triunfal que nuestro Redentor hiciera allá en Jerusalem, en el Domingo de Ramos, como todos sabemos, pero con la diferencia que allí son unos mismos los que le cantan el hosanna, y le aclaman por su rey, y al tercero día con toda la fuerza de sus pulmones gritan: ¡Tolle! ¡Tolle! ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! y aquí son diferentes; los primeros dan muestra de pacíficos y de que su corazón late al compás que el nuestro, porque creen y esperan lo que nosotros creemos y esperamos, y los otros, al contrario, dan pruebas de que en su corazón orgulloso y altivo, bulle la soberbia, el rencor y el odio, á todo lo santo, lo grande y lo sublime, porque ellos creen al revés que nosotros, y como que nada esperan más que morir como la bestia, desean saciarse en esta vida de bienes materiales, y como esto no lo consiguen, he aquí su encono contra los que buscamos los bienes eternos.

Volvamos á tomar el hilo de nuestro viaje. Aquellos cortos momentos que tanta impresión causaron en los ánimos de los peregrinos, á causa de los nutridos vivas y aplausos, y las acordes notas de la música, como es de suponer, fué demasiado breve, pero en el instante de marchar el tren, los

vivas y los aplausos arrecian cual la tormenta en medio de su furor. ¡Triste es la despedida de los que en tan poco tiempo se comprenden y hasta se aman porque caminan á un mismo fin!

Con aquel afecto que dos amigos se despiden, y aquellas cordiales palabras que se pronuncian con el corazón más que con los labios, de adios hermanos, que el Dios vencedor de sus enemigos os guie por el camino de la paz, y que volvais al lado de vuestras familias con felicidad... Estas ó parecidas frases salían de los labios de nuestros hermanos alcuñados, y correspondiendo por nuestra parte, cuanto nos era posible, nos alejamos con la rapidez que los trenes acostumbran.

No tardamos en llegar á Játiva, ó sea á la estación que lleva ese nombre, sin duda por estar demasiado cerca la población, que tiene un aspecto muy pintoresco por estar á la falda de una montaña de bastante elevación, poblada de arbolado, viñedos y olivos, no ofreciéndose nada de particular tanto en esa como en las de Manuel, Puebla Larga, y Carcagente. Todas estas son sus terrenos bastante áridos y sólo se advierte que hay mucho viñedo y olivares.

Los viajeros peregrinos, sin perder su buen humor, hacían recaer la conversación sobre los acontecimientos sorprendentes de aquella feliz mañana, sin acordarse, ni siquiera pensar que habíamos pasado parte del tabor y en breve tiempo llegaríamos al calvario.

Siguen después las estaciones de Alcira, Algemesí, Alginet, Benifayó, Silla, Catarroja y Alfafar. Esta es la más próxima de Valencia; desde la estación de Alcira se presentó ante nuestra vista el cuadro más precioso que imaginarse puede. ¡Qué cuadro ó panorama tan bello! ¡Qué jardín tan delicioso! ¡Qué encantadora y galana se muestra allí la naturaleza.

Los peregrinos que en su mayoría no habían visto (1) las

(1) Digo que la mayor parte, porque yo y varios más ya habíamos recorrido otros terrenos parecidos.

delicias que ofrecen los campos vestidos de frutales de tanta variedad, quedaban absortos al contemplar tanta hermosura, y mayormente haciendo el viaje en tan poco tiempo, pues apenas si hacía treinta horas que habíamos dejado nuestro suelo, que aunque muy hermoso también, por cierto, todavía estaba frío y sus arbolados desnudos (como mas arriba se dijo), y en ese corto tiempo, transportados en aquel encantador paraíso, no se podía menos de exclamar: ¡Qué delicia será habitar en este tan hermoso jardín, donde el Dios Omnipotente se ha complacido en poner tanta belleza! El hacer una descripción detallada de sus hermosas huertas, tarea sería para mí bastante difícil. Sólo diré, aunque de paso, que desde la estación que dejo referida de Alcira, hasta llegar á Valencia, se presentó á nuestra vista una desconocida naturaleza. El calor era bastante fuerte, su suelo estaba cubierto por todas partes de un verdor sin igual; infinidad de naranjos y limoneros llenos de exquisito fruto, que formaban un contraste indescriptible por la diversidad de sus colores; su campo, de trecho en trecho, formando perfectos cuadros, cual estanques ó balsas llenos de cristalinas aguas.

Estos cuadros que tanta gracia dan á aquellos hermosos campos, son los arrozales, cuyo fruto comenzaba á crecer y se veía por encima del agua, con sus acequias ó regaderas por los costados, por donde dirigen las aguas á los referidos cuadros.

En las estaciones de este dilatado jardín, nos apeábamos, con el objeto de comprar naranjas, pero como éramos tantos ocurría con frecuencia á varios peregrinos que las pagaban y no las cojían, por ser el tiempo de parada demasiado corto y mucha la aglomeración de gente, y otras veces viceversa. Saboreando íbamos las delicias de un caminotán hermoso y agradable, cuando á lo lejos se presentó ante nuestra vista un grande lago que parecía ser el mar con su continuo oleage, (1) magestuoso é imponente, causando

(1) La mar estaba picada cuando llegamos.

Quijón



admiración á todos, y con especialidad á los que por primera vez habíamos de arrostrar las consecuencias que consigo trae una navegación, aunque ésta sea corta, haciendo exclamar á una gran parte:

¡El mar! ¡El mar! y en efecto todos convencidos, decíamos, el mar es, donde esta noche, Dios mediante, tendremos una nueva cama en que podamos descansar mejor que la noche pasada. Nos disponíamos, con mucha alegría, para hacer la entrada en la católica Valencia, y ensayábamos con entusiasmo santo el himno, llenos de regocijo, por llegar con tanta felicidad á la última capital de nuestra querida patria. Población insigne, que poco tiempo antes había dado pruebas inequívocas de su amor á la Religión Santa que nuestro amado Redentor sellara con su sangre en la cima del Gólgota, con la solemne celebración del Congreso Eucarístico, del cual dice un periódico católico, que no se vió jamás en la tierra española otro acto más solemne, de amor y de respeto, al misterio augusto del Santísimo Sacramento.

Por esa confianza, los peregrinos que llevábamos nuestro pecho adornado con la rica antorcha de la fe, decíamos: llegamos ya donde nos esperan nuestros hermanos en creencias religiosas, nuestros hermanos que aman lo que nosotros amamos, y creen lo que nosotros creemos, pues si en el largo trayecto que hemos recorrido nos han dado pruebas las más sinceras y afectuosas de que sus corazones laten al compás de los nuestros, con muchas más razones nos recibirán en la culta Valencia.

¡Qué deseos teníamos de llegar! no solo por contemplar sus hermosos edificios, sino por visitar sus suntuosos templos y prosternarnos de hinojos ante la Sagrada Imagen de María Santísima de los Desamparados, para dirigirla nuestras plegarias en acción de gracias por el buen éxito hasta entonces obtenido en nuestro feliz viaje y pedirla su protección y amparo en los peligros del mar.

Y en efecto, ya muy próximos de la Estación, cantábamos la Salve á dos coros con todo el afecto de nuestra

alma, así como para decir á nuestros hermanos valencianos; somos hijos de María y por eso cantamos sus alabanzas, y jamás se nos puede apartar de nuestro pensamiento tan buena y cariñosa Madre. Cuando terminaba de parar el tren concluíamos de cantar la salve y nos disponíamos á descender de los coches que ocupábamos, ó por mejor decir la mayor parte ya estábamos en tierra... Pero ¡oh, qué desengaños sufrimos en las ilusiones que hacia muy poco nos habíamos forjado en nuestra mente! pues lo que primero vimos en aquella estación, fué un pelotón de hombres de uniforme, es decir, de orden público, con sus respectivos jefes, que según se supo tenían orden terminante para hacernos subir á los coches á los que estábamos en tierra, y para que no se bajasen los que aún no lo habían verificado.

Por nuestra parte se oyeron algunas protestas contra aquellas arbitrariedades, cometidas en una ciudad española y católica por excelencia, contra unos hombres que acabábamos de llegar, sin más armas que la señal de la Cruz, que en nuestros pechos llevábamos, sin voces ni vivas de ninguna especie, (1) sin más voces que las que salían del fondo de nuestros corazones, llenos de amor hacia la Madre de Dios, cantando sus alabanzas.

¿Serían esas las ofensas que los peregrinos habíamos cometido contra el buen orden y gobierno de aquella capital?

¿Cómo, pues, podremos llamar católicos, ni aun siquiera españoles, á los representantes de las autoridades que así tratan á los verdaderos católicos españoles?

En tanto que esto sucedía, vimos á nuestro digno representante hablando con los jefes de orden público, gobernador y demás autoridades, (el Sr. marqués de la Solana), que debió padecer bastante, luego que habló con las mencionadas autoridades, toda vez que veía frustradas las esperanzas de sus amados peregrinos.

(1) Se advierte no ser cierto que los peregrinos diesen voces subversivas, ni llevasen boinas, ni los bigotes cortados como algunos periódicos han dicho.

Y así pudo ser cuando con semblante bondadoso sí, pero advirtiéndosele algún pesar, se le vió dar la orden á los decuriones encargados por la junta diocesana del buen orden de sus grupos para que todos ocupásemos los asientos otra vez, porque no permitian que parásemos en Valencia. Duro golpe fué este para los romeros que, sin hacer la menor observación sobre el por qué nos trataban tan inicua-mente; cada uno volvió á ocupar su puesto en el coche en que había llegado. Pero hay más, sin miramiento alguno al dolor acerbo que nos causa, se nos manda despojar del signo bendito de nuestra Redención, de la Cruz, que con orgullo y entusiasmo santo llevábamos al pecho... Y exclamamos: ¿En qué tierra estamos? ¿No estamos en España ó nuestros conductores se han equivocado y estaremos entre infieles? no siendo así, ¿cómo es que en España y particularmente en la católica Valencia se nos manda despojar de ese signo bendito? Porque sí, verdad es, (pena da el decirlo) que en estos tiempos de materialismo y de anarquismo y de enseñanza libre, tiene la cruz muchos enemigos.

¿Pero, tantos son éstos para que en la ciudad de Valencia no tengan las leyes establecidas y sancionadas por la nación, la fuerza suficiente para aplicárselas con todo rigor á los infractores de ellas, ó para ponerlos á raya con la fuerza material, si á eso diesen lugar?

Porque de este modo dan pruebas las autoridades de su impotencia, ó si así no es, de culpabilidad, prestándoles su apoyo.

Estas y otras preguntas análogas nos hacíamos desde el momento en que se dió á saber la infausta noticia, noticia que cayó sobre nosotros como una fiebre destructora, quitándonos aquel gozo que hubiésemos sentido al realizar los planes que arriba dejó explicados. Se pone el tren en marcha á los quince minutos de haber llegado, y el corto trayecto que media desde Valencia al Grao, fué como una pesadilla, en la que se nos figuraba no ser cierta aquella disposición arbitraria que contra nosotros había tomado el gobierno de Valencia, pues parece mentira que siendo personas

de pundonor y honradez, aunque en su mayoría hijos del trabajo, robustos y llenos de salud, se nos tratara como á espúrios y apestados, no permitiéndonos entrar en una de las poblaciones más importantes de nuestra querida patria.

Al ver y contemplar este desengaño, no esperado, en nuestro suelo español, nos decíamos; ¿si así nos tratan en nuestra patria, qué será á donde vamos que son extraños? Pero no por eso decaían los ánimos de los que, como valientes héroes estaban dispuestos á dar testimonio, no sólo á Valencia sino al mundo entero, de que la fe que profesan es pura y santa, que cual hijos obedientes á los llamamientos de su cariñoso padre van dispuestos á arrostrar todos los obstáculos y peligros que á su paso se opongan hasta conseguir su anhelado objeto.

Y por eso se les vé tranquilos, sin perder su buen humor, y alegres cual una primavera en sus hermosos días; así que el tren se puso en marcha se les oye decir, adiós Virgen Santísima de los Desamparados, ampáranos con tu grande poder como Reina y Señora de cielos y tierra. Ampáranos Madre nuestra, á estos tus hijos que llenos de pena y dolor en este valle de miserias á tí dirigen sus súplicas, no porque el infierno ruja en sus avernos, sino porque sentimos como buenos hijos no haber podido cumplir nuestros buenos deseos de visitaros en vuestro santo templo, como á Madre cariñosa; vuelve á nosotros esos tus piadosos ojos de misericordia; te rogamos, Madre, tengas compasión de nuestros hermanos valencianos; rogad por ellos, para que vuelvan al rebaño del buen pastor y al aprisco de donde han desertado. Mientras que esto tenía lugar llegamos al Grao, y una vez allí, se nos comunica la orden por nuestros inmediatos jefes que podíamos esperar hasta que tuvieran nueva orden que darnos.

Y en efecto, fuimos saliendo de la estación, y á poca distancia y dando vista al mar y al bonito puerto lleno de elegantes vapores y otra clase de embarcaciones cubiertas de banderas y gallardetes, acampamos cada cual donde mejor le parecía, formando una especie de ranchería, en

que regularmente nos reuníamos en pequeños grupos los más conocidos ó parientes y amigos de cada población, y como era ya cerca de las doce del día teníamos apetito, y como daba la coincidencia de estar aguardando la determinación, aprovechamos ese tiempo en tomar alimento, y así lo hicimos toda vez que estábamos provistos de lo necesario, por eso digo que formábamos grupos, imitando las rancherías campestres y familiares.

Allí nadie se mostraba intranquilo, todo al contrario, no se pensaba ni se hablaba más que de lo venidero, que era el deseo de llegar al término del viaje, objeto principal de nuestras aspiraciones.

Allí estuvimos algo más de tres horas, las que nos parecieron un siglo, por lo menos así me pareció á mi y á otros que pregunté.

Varios compañeros y yo y algunos peregrinos de otras provincias, unos por curiosidad y otros ó los más por proveerse de alguna cosa que les hiciese falta para la embarcación, recorrimos la parte más pública del Grao (1), sin ningún temor ni recelo, ni aun siquiera pensar que estábamos en una capital donde sus gobernantes nos habían lastimado y herido en lo más recóndito de nuestro corazón, con un arma cruel cual es la del desprecio.

Nada de eso nos acobarda ni detiene en cuantos negocios teníamos que hacer, ni aun pensábamos en tal cosa, antes al contrario, nada ni nadie nos pone impedimento en nuestras frecuentes excursiones por aquella población, ni siquiera oír una palabra mal sonante en el espacio de tres horas que permanecemos allí, ni se observó que hubiese demasiada gente, de manera que ninguno de los viajeros llegó á sospechar lo que después sucedió. ¡Parece cosa increíble quisiera pasar adelante y con un velo cubrir tanta infamia, borrón de tanta ignominia que obscurece la brillante historia de una civilizada población, como es la que nos ocupa.

(1) Hay que advertir que el Grao forma hoy una gran población con buenos y aun suntuosos edificios.

Pero cómo hacerlo así, me es imposible, por haberlo hecho ya público periódicos y escritos sin distinción de colores, ya aumentando unos, ya disminuyendo otros; yo pasaría de corrido sin hacer caso de lo ocurrido en aquellas tres horas, que han de ser de eterna memoria para los hijos de Valencia, pero sería para mí una falta imperdonable si á mis lectores no diese cumplido detalle de lo ocurrido, como testigo ocular que fui.

Serían pocos minutos más de las cuatro de la tarde del inolvidable día 11, cuando nos dijeron nuestros jefes de grupo que nos dispusiéramos para embarcar (tal era la orden que tenían recibida) cosa que estábamos deseando, disponiéndonos en aquel momento á poner por obra cuanto se nos había ordenado... ¡Qué terrible espectáculo se nos presenta en este momento! Nos disponíamos con presteza á ir al sitio donde nos esperaba magestuoso é imponente el vapor Vellver que nos había de conducir (ó llevar) al puerto de Civita-Vecchia, y en este mismo instante... parece que el infierno, cual volcán desenfrenado vomita por todas direcciones terrible lava, es decir, hombres que, cual mónstruos del mismo averno pretenden estorbar é impedir á los intrépidos hijos de la fe lleguen donde su cariñoso padre les espera con los brazos abiertos, para fortalecerlos más y más en las creencias de la única y verdadera religión santa, que tiene dulzuras para templar los rigores de la adversidad en esta vida, y por término la felicidad eterna en el cielo...

Es que tiemblan las turbas infernales al considerar que con estas pruebas de adhesión, cariño y homenaje que llevan al colosal gigante representado en su Padre, sean aplastados cual lo fuera Lucifer y sus secuaces cuando desde lo más encumbrado de los cielos, el Dios omnipotente les precipitara á lo más profundo de los abismos, en recompensa de su soberbia.

Es que están rabiosos y muerden la cadena que les aprisiona, y cuanto más pugnan por verse libres de sus ligaduras más oprimidos quedan entre sus eslabones.

En este momento (como ya queda apuntado) aparece cubierto por todos lados el trayecto que media desde donde quedamos como acampados (que será de unos quinientos metros), de enemigos que intentan hacernos miedo con sus desaforadas voces, insultos é improperios. Provistos de sus correspondientes pitos, hacían la música más infernal que darse ó imaginarse puede, y en medio de aquella confusión, de aquel chillido monótono, y de aquel enjambre de hombres, ó mejor dicho de abortos del infierno, sin ninguna educación y menos dignidad, caminábamos sin vacilar ni siquiera darnos cuenta de aquel insulto, que no alcanzaba solo á los peregrinos allí presentes, sino á tantos millares de católicos como representábamos; en fin, aquello era un terrible insulto á nuestra Sacrosanta Religión que dá pena el referirlo. ¡Y que esto pase en una de las más principales provincias de nuestra querida España!...

Habrá alguno de mis lectores que con sobrada razón pregunte; ¿pues dónde estaba la justicia con sus leyes y tanto empleado para mantener el orden y hacerlas respetar, y en particular su primer jefe el señor gobernador?

A esa pregunta no me es posible por ahora contestar; mis compañeros y yo también nos lamentábamos y decíamos: ¿dónde están las fuerzas que un gobierno como este de Valencia tiene á su disposición para conservar incólume su autoridad, su prestigio y el buen orden público? ¿ó es que el gobernador se hace el desentendido, ó tiene culpabilidad en el desborde de esta gente perdida y desalmada?

Y en efecto, en todo el trayecto no se veían más que tres ó cuatro parejas de la benemérita Guardia civil, que en elogio de ella y para decir verdad, trabajaron sin tregua ni descanso, pues á no haber sido así y con el infatigable celo que mostraban acudiendo con suma rapidez en todas direcciones, abriendo paso, atropellando á muchos de los perturbadores, y en varias ocasiones dando estacazo limpio con el sable de plano haciéndoles caer en montones.

¿Pero cómo tres ó cuatro parejas habían de poder contener á más de dos mil quinientos ó tres mil hombres que

serían (según cálculo) enseñoreados como estaban porque comprendían que todo lo toleraba aquel gobierno tan mal entendido?

Era imposible, pues á cada paso que dábamos nos estrechaban más y más; yo confieso la verdad, enseñado toda mi vida á las continuas molestias de rudos trabajos nunca me sentí tan cansado, mayormente cuando vi á una señora peregrina tan fatigada con la molestia ya explicada y cargada con una maleta bastante grande, que me dió compasión verla en tal estado y la pedí que mediera la maleta con el solo objeto de que pudiera caminar más aprisa y con más comodidad; de suerte que yo llevaba dos, una de cada mano, el calor natural era bastante fuerte, la aglomeración de gente, mucha, la estrechez á cada instante mayor, el trayecto demasiado largo, los brazos se me cansaban con el peso de las maletas, siéndome imposible descansar un solo momento porque hubiese sido atropellado por las feroces turbas.

¿Qué hacer, pues, en trance tan apurado? No me quedaba otro remedio que sacar fuerzas de donde no había más que cansancio; sudores terribles y empujones por todos lados y rodeado de enemigos como todos mis hermanos peregrinos, no me confortaba en estado tan lamentable otro consuelo que la paciencia y la esperanza de que el Dios omnipotente nos daría el valor necesario para poder salir de entre los enemigos y nos sacaría con brazo fuerte á imitación del pueblo de Israel cuando le sacó de entre los Egipcios, que para conseguirlo mandó á su Angel exterminador y en un solo momento degolló á todos los primogénitos, incluso el de Faraón.

También me acordé en aquellos momentos de angustia, y no poco me confortó, la memoria de nuestro dulce Redentor cuando con tantas fatigas y tormentos caminaba con la Cruz á cuestas, quebrantado con el enorme peso del sagrado leño, entre crueles enemigos, atropellado, y á fuerza de empujones caer en tierra hasta tres veces; sudando y lleno de inmundas salivas y sin tener las manos libres para enjugarse el mortal sudor.

Estas y otras análogas reflexiones me hacia cuando me hallaba cerca de la embarcación, pero era tanta la muchedumbre revoltosa que se agrupaba á la orilla del mar, que se retrocedía en vez de adelantar, mas un fuerte empuje de la pareja de Guardias que iba abriendo paso, atropelló muchos de ellos con los caballos cayendo hacinados unos sobre otros; varios peregrinos nos aprovechamos de aquella ocasión pudiendo en aquel momento entrar en la barcaza y descansar.

No tengo frases para poder dar á conocer el placer con que pisé por primera vez aquella barcaza dentro del mar; algún tanto libre de los atropellos de aquella gente sin educación y blasfema, lo primero que hice fué recitar una oración, salida de lo más profundo del corazón, dando gracias al Dios Eterno y á su Santísima Madre por haberme concedido el descanso que tanto necesitaba, y sacado con bien de entre mis enemigos.

Antes de pasar más adelante, parece conveniente hacer una observación en tono de pregunta.

—¿Quiénes eran nuestros enemigos que tanto rebajaban su dignidad de hombres para convertirse ó ponerse al nivel de la fiera que ruge en el desierto?

¡Ah! sin temor de equivocarme podré responder á esta pregunta... Son nuestros hermanos, que se han dejado llevar á donde les place á unos cuantos que, echándose de filósofos sabios, les arrastran por el lodazal de los vicios más repugnantes, con sus falsas teorías, haciéndose los redentores de la sociedad actual con sus palabras huecas de libertad, llenas de hipocresía, arrastrando tras de sí una gran parte de hombres que de buena fe dan crédito á sus falsas doctrinas y venden su criterio al denigrante precio de una copa de vino, á los que tienen como esclavos pendientes de su voluntad y á su disposición cuando se les antoja (1). Así, ni más ni menos, si bien se examina, son los que reunidos hoy

(1) Entre esta clase de gente los hay que son muy buenos, pero se dejan arrastrar por las palabras huecas de libertad y república y otras por el estilo.

al llamamiento de sus jefes (cuyo panegirico queda hecho), componen la gavilla que podemos llamar infernal, pues tuve muy buen cuidado de examinar con atención aquellas turbas y no pude encontrar entre todos ellos más que jóvenes vagabundos é infelices trabajadores, que insinuados por aquéllos, habian abandonado su trabajo, dejando á sus hijos quizá sin el pedazo de pan que hubieran ganado aquella tarde.

De estos jefes ó redentores, ó mejor dicho ante-cristos, en todas las capitales los hay (como todos sabemos), y es preciso á todo trance conocerlos, no sea que también nos arrastren á nosotros, aunque lo veo bastante difícil, porque el católico que tenga raices en la Religión que profesa, es inútil que le hablen de libertad fingida, porque sabe muy bien que la verdadera libertad no se halla en los placeres mundanos, sino en las palabras de nuestro Divino Salvador cuando dijo á sus apóstoles, y en ellos á todos nosotros: «amaos los unos á los otros como yo os he amado.» Ese es el verdadero amor y la verdadera fraternidad. ¡Bendita Religión que tus esperanzas llegan más allá de la tumba!...

A esta clase de hombres, políticos á su antojo, que con sus miras particulares y falsas teorías conducen al pueblo al logro de sus ambiciones, pertenecen los que hoy en Valencia llevan á la degradación más repugnante á sus correligionarios, teniendo no poca parte los directores de cierto periódico que allí se publica, y que me reservo su nombre por no ser digno de figurar en estas páginas, habiéndose gastado unos cuartos en pitos para repartirlos gratis entre aquellos infelices, que les usaban á su placer, dando la serenata más importuna que imaginarse puede; distinguiéndose una máquina que transportaba materiales, que podía estar en combinación con los directores de la orquesta, pues en sus frecuentes viajes dada á conocer bien á las claras el interés que tenia en complacer á sus maestros, ó sean los ministros del error.

Entre la mucha gentè que allí se reunió como por encanto, no todos eran de esos que sus delicias las hallan en hacer

el mal que pueden á sus semejantes, si no que gran parte de ellos creen y adoran lo que nosotros creemos y adoramos, pues con voz muy alta y con mucha energía decían con frecuencia, estas ó parecidas palabras:

¡Adelante peregrinos! no os acobardéis, porque esta gente no son más que unos miserables, la hez de la sociedad, cobardes como el que más, y si quieren arrostrar las consecuencias que lo prueben, que levanten la mano á algún peregrino, y entonces verán lo que son los católicos valencianos.

Tales palabras pronunciadas con tanta energía en tiempo tan oportuno, daban alientos para continuar con más ánimos, por eso se vé á los intrépidos hijos de la fe en medio de tantos enemigos caminar con la frente erguida y semblante sereno, porque saben muy perfectamente que el infierno y sus secuaces aunque rujan imitando al león enfurecido, no deja de ser como perro atado que no llega más allá que hasta donde su dueño y señor le permite, y por eso caminan con ánimo tranquilo sufriendo con paciencia los denuestos y atropellos que les dirigen, sin proferir amenazas ni voces de ninguna especie contra sus enemigos, antes todo al contrario, van rogando por ellos á imitación del Divino Maestro cuando caminaba al Calvario.

La experiencia adquirida en bastantes años que llevo en compañía de muchos hombres de clase trabajadora, me ha enseñado á distinguirlos, así es que se pueden clasificar en la forma siguiente.

Los primeros tienen puesto todo su entendimiento y todo el afecto de su alma y de su corazón, en las verdades eternas, y cual soldados valientes no temen que vengan los peligros y que arrecie la tempestad, estando dispuestos á derramar su sangre por defender la fe que arde en su corazón; de estos hay demasiado pocos por desgracia.

Los segundos son casi tan buenos como los primeros, pero les hacía falta estar entre compañeros de costumbres religiosas, y como es al contrario, siendo su natural bueno hacen lo que ven y oyen y así van siguiendo la corriente para

que no les molesten con sus chanzonetas y sus burlas, y se retraen de practicar la religión que en su corazón adoran; en fin, que son soldados del gran capitán Jesucristo, pero tan flojos y cobardes, que desmayan en la pelea y quedan miserablemente vencidos por la maldita vergüenza. El número de estos es bastante grande.

Los terceros tienen un exterior al parecer desesperado, su lengua es cortante como un cuchillo afilado que nada perdona; no ven sus malas acciones por grandes ó feas que sean, y lo pequeño en los verdaderos católicos es para ellos, según su modo de pensar, un terrible crimen, pero tienen un fondo bastante bueno. Si se reunieran con buena compañía, buenos serían ellos, pero son pocos y se unen con la clase peor, haciendo alarde de desmoralización y blasfemando con frecuencia, pareciéndoles á ellos que no es hombre valiente el que no lo hace así é insulta todo lo más sagrado, lo más santo, y todo lo más grande.

Los cuartos, ó sean los últimos (no quisiera continuar, me dá pena el seguir este triste relato aunque es harto verdadero por desgracia), son los que no tienen ninguna creencia en lo espiritual, pues según ellos todo concluye en el sepulcro; de aquí el que cual caballos sin freno, nada hay que les pueda hacer contener en el desbordamiento de sus pasiones y vicios repugnantes, queriendo llevarlo todo á sangre y fuego, si así se me permite expresar, no siendo bueno para ellos más que el que sigue sus máximas. En fin, por no continuar detallando esta triste biografía, diré que son nuestros hermanos, que han perdido la fe, la vergüenza y la dignidad, rebajándose hasta ponerse al nivel de la bestia. De estos, por desgracia, los hay en mayor número.

Que el Dios eterno se apiade de ellos y les ilumine su ciego entendimiento, para que conozcan su yerro y vengan al redil de la Iglesia Santa, y de ese modo obtendrán la paz y caridad que une á todos los corazones, salvándose la sociedad entera del peligro terrible que la amenaza.

Mucho me he retirado del camino emprendido, y es un deber volver á él. Mis lectores recordarán que marchába-

mos poco tiempo hace como mansos corderos, en medio de aquella confusión y desorden, que bien pudiera llamarse una nueva babel, dándoles de ese modo el ejemplo de humildad más grande que jamás vieron los siglos.

¿Quién detuvo la fuerza de ocho mil ó más hombres (peregrinos) que allí ya estábamos reunidos, y tantos otros valencianos católicos que con su animación nos daban una fuerza superior, pues aunque sin más armas que la fe y la esperanza del triunfo, hubiéramos podido dar una lección á nuestros enemigos, puesto que su número era tres ó cuatro veces menor que el de los peregrinos; sin contar como llevo dicho, con la mayor parte de los allí agrupados, dispuestos en su favor como buenos católicos?

Pero ¡ah! ya se la dimos, no solo á Valencia sino al mundo entero, más grande y más elocuente, con nuestro silencio, observando y obedeciendo las órdenes de nuestros queridos jefes, que nos habian encargado la prudencia ¡Lección hermosa! ¡Lección admirable! ¡Lección digna del mayor encomio!

Por fin, todos los que teníamos que hacer la travesía en el magnífico aunque pequeño vapor Vellver, ya nos hallábamos á bordo y tomado posesión de nuestros correspondientes camarotes, cuando al poco tiempo, á las cuatro y media, al sentir el toque de la campana del vapor, nos preguntábamos los unos á los otros; ¿á qué tocan? á prevenirnos para hacer la primera comida á bordo, y en efecto, nos sirvieron la cena, que comimos con apetito, en pequeños grupos de diez en diez, consistente en alubias, macarrones y carne de vaca con arroz, muy bien condimentado, dando á cada uno su cacerola ó plato, su cuchara y vaso para beber; estos cacharros eran de zinc nuevos.

El vino, según oí decir á los que lo bebían era bueno, y el pan que nos servían también muy bueno y tierno.

Ya allí, nos hallábamos más tranquilos y hasta pudiéramos decir seguros de las molestias de nuestros enemigos pero ¿cómo había de ser completa nuestra tranquilidad cuando contemplábamos escenas más asquerosas y repugnantes

que las anteriores? Nos causaba alegría por un lado, y por otro tristeza y horror; alegría porque se veían las torres engalanadas con banderas y gallardetes, y reemplazando las campanas con sus elocuentes voces de metal el chirrido monótono de los revoltosos. La multitud de gente católica y fervorosa, que allí había, agitaba sin tregua ni descanso sus blancos pañuelos; todas estas demostraciones de entusiasmo manifestaban que el Ilustrísimo Sr. D. Ciriaco María de la Sancha, Arzobispo-obispo de Valencia, salía de su Palacio con dirección al hermoso muelle, acompañado del Sr. Gobernador, el Sr. marqués de Comillas y el Sr. marqués de la Solana; con una pequeña escolta de la Guardia civil, donde les esperaba magestuoso el elegante vapor Montevideo, en que habían de surcar el mar en compañía del resto de la peregrinación.

Tristeza porque vemos con harto dolor repetir las escenas feas y asquerosas de parte de un pueblo ciego y envilecido, engolfándose más y más en el lodazal de su desmoralización, pretendiendo ciego é ingrato, atropellar al Ilustrísimo Sr. Arzobispo-obispo, dignísimo Prelado de aquella Diócesis, del que tienen pruebas inequívocas de su acendrado amor, de su grande caridad para con el pobre y desvalido, cariño paternal para todos, como verdadero pastor que pone todo su cuidado y esmero en atraer á sus ovejas al verdadero camino con sus buenos ejemplos, su elocuente palabra y con su prodigalidad, fundando hospitales y socorriendo toda clase de necesidades. Vergüenza da el decir que todas sus buenas cualidades no le libren del furor de aquella gavilla infernal, atormentándole con el chirrido de sus pitos y oponiéndose á su paso.

Entonces fué cuando el Gobernador que le acompañaba pudo comprender (aunque demasiado tarde, que su autoridad y su prestigio estaban arrastrados por el lodo y por el fango más repugnantes. En uno de esos arranques, tan comunes en los hombres, sin darse cuenta de lo que se hace, á imitación de los héroes ó de los débiles chicuelos cuando son agredidos, quiere recuperar su energía y su autoridad perdi-

das empezando á bastonazos con los perturbadores del orden, hasta que consiguió hacerle pedazos... ¡Pobre bastón! lástima es que no hubieras caído en manos de más energía ó más previsoras que hubiesen hecho respetar las leyes de un buen gobierno, dando órdenes con oportunidad y anticipación, para que de ese modo hubiese evitado tu rotura y la de su dignidad, salvando así del borrón tan feo que sobre ella pesa... á la noble y hermosa ciudad de Valencia.

¡Pobre España, que tienes en tu seno hijos tan degradados é infames que atropellan, apedrean é insultan á los obispos, á indefensos peregrinos y á débiles mujeres! ¡Pobre España, á este paso vas á llegar pronto á ser el ludibrio y escarnio de las demás naciones, cuando en tu historia no se lee otra cosa más que grandezas de hombres célebres que supieron con su valor y constancia arrojar de tu seno al musulmán, enseñoreado de él por espacio de ochocientos años, consiguiendo ver limpio tu suelo de los enemigos de tu mayor tesoro, la Religión Sacrosanta, y á principios de este siglo, derrotar á los ejércitos de Napoleón el grande, porque tus hijos, patria querida, eran hijos nobles y en ellos brillaba la fe y la verdad, y como descendientes del gran Pelayo, lleno el corazón de entusiasmo por su patria, no admitían vergonzosos yugos de servidumbre extranjera!

Siempre pelearon con valor inaudito por defender su independencia y su Religión Santa; para ellos su mejor divisa era llevar por doquiera el trofeo de la Santa Cruz, esa enseña bendita, donde quiso nuestro dulce Redentor Cristo Jesús derramar su preciosísima Sangre, elevándola á tal dignidad que no se desdeñan tus Católicos Reyes en llevarla en su diadema real, las doncellas como una de sus mejores joyas, y todo el que de español se precia, como símbolo de sus hazañas.

¿Qué dirán hoy de nuestra querida España las demás naciones, cuando lean las tristes páginas en que se consignan los hechos acaecidos á últimos de este siglo llamado (no se si por mofa) de las luces? ¿Que dirán cuando esa bendita Religión, que nuestros mayores conservaban incólume y en su

mayor pureza, dispuestos siempre á derramar su sangre por defenderla, y hoy por sus mismos hijos se la pisotea y se trata nada menos que de desterrar de la sociedad y de muchas familias al divino Crucificado, persiguiendo sin descanso á sus ministros, para que la reemplace el libertinaje y la blasfemia? ¿Y sino qué indican tanto insulto y atropello á la Religión, como los cometidos en Valencia, en presencia de sus débiles autoridades, que imprevisoras ó tal vez cómplices, dejan á los secuaces del averno á su libre albedrio, para que cometan todo género de vejaciones?

Estos son los resultados de la enseñanza libre, pues los hombres sin religión que les ponga freno, son cual arbol sin cultivo que tarde ó nunca llega á dar fruto, y éste demasiado amargo.

Se les ha enseñado por sus maestros de libertinaje que no hay más infierno ni más gloria que lo presente, diciéndoles al mismo tiempo que son cuentos de curas y frailes, y que todo termina con la muerte; y los desgraciados así lo creen, pues lo ponen de manifiesto con sus obras; en una palabra, les robaron esos maestros del error, el rico tesoro de la fe, y he aquí cómo se advierte en ellos tanto odio, odio de muerte al Pastor supremo, á todos sus Ministros y á esa Religión Santa que condena sus obras; mostrando con más descaro su rabia contra los que tenemos que ganar el pedazo de pan con el sudor de nuestro rostro, y que tenemos la honrosísima dicha, por la misericordia de Dios, de pertenecer al rebaño del buen Pastor Cristo-Jesús.

Dejemos, pues, á los alborotadores del orden, que las autoridades tienen el ineludible y gravísimo cargo de hacer respetar las leyes é imponer á sus infractores la corrección á que se hayan hecho acreedores, y volvamos á los ilustres peregrinos, Ilmo. Sr. Obispo D. Ciriaco María de la Sancha y Excmo. Señor marqués de Comillas, alma y fundamento de la ruidosa y entusiasta peregrinación, reunidos con nuestro dignísimo jefe de esta provincia de Valladolid Excmo. Señor marqués de la Solana. Estos respetables señores, habiendo presenciado por sí mismos todo lo ocurrido en aquel desor-

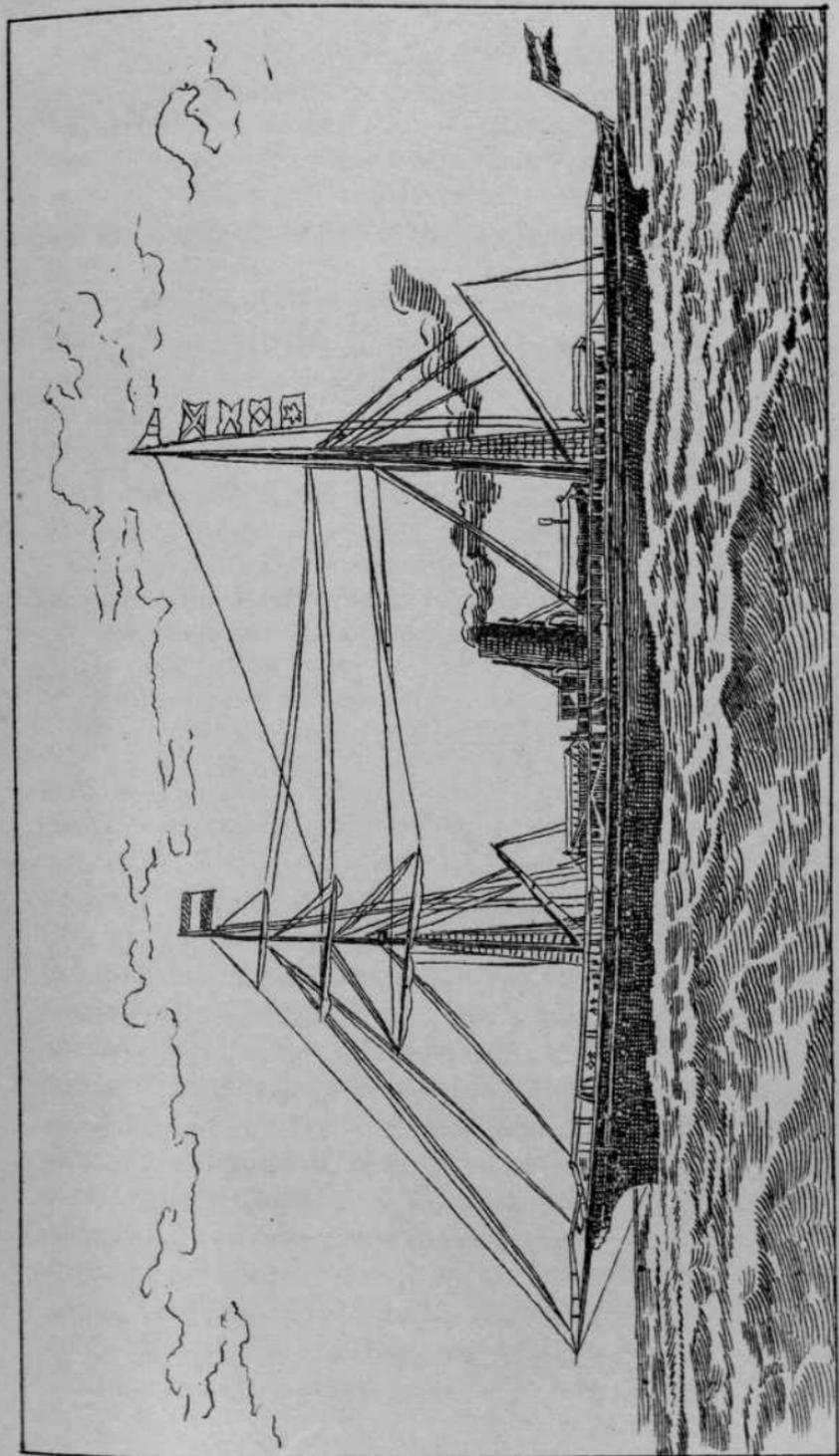
Gujar

den y confusión tan terribles producidos por unos cuantos desalmados, no quisieron hacerse á la vela en aquella tarde, mientras no viesen que quedaba todo tranquilo y hasta que no diesen algunas explicaciones al Gobierno: y según nos han referido, salieron el 12 á media tarde, á bordo de los magníficos y elegantes vapores, Baldomero Iglesias, Rabat, Buenos Aires y Montevideo.

Dejemos pues, á nuestros ilustres hermanos de la fe, que con gozo y alegría atraviesen el Mediterráneo, en compañía del resto de la peregrinación, y pongan toda la confianza en Dios, para que lleguen con felicidad al término de su viaje, olvidando y perdonando á los infelices ciegos de Valencia, y volvamos al vapor Vellver, que es el que conduce á los peregrinos de Valladolid, Avila, Zamora y Madrid y entre los cuales tengo la dicha de ir yo, y ocupémonos de los sucesos ocurridos en éste, sin olvidarnos de nuestros hermanos peregrinos, que aunque van en barcos distintos y no he podido por tanto ser testigo presencial, he adquirido noticias exactas de lo acaecido.

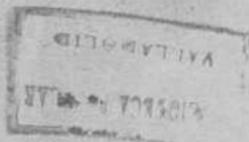
Solo me resta decir para terminar este capítulo, que entre los peregrinos obreros que lleva el Vellver vá un obrero ilustre, digno del mayor encomio, este es el ilustre Señor Deán de la Catedral de Valladolid, D. José Hospital, que no abandona á sus queridos obreros, pues como llevo dicho, salió con nosotros en tercera clase, porque su gusto fué siempre ir en compañía de la clase humilde para ser su consuelo en las tribulaciones que pudieran ocurrir en un viaje arriesgado como el que nos ocupa; así es que, habiendo venido hasta Valencia en nuestra compañía, también quiso honrarnos con su presencia en la mar, siendo nuestro consuelo, y como un padre cariñoso para todos, animando á los fuertes y confortando con su palabra y ejemplo á los débiles.





EL VAPOR VELLVER

ET AVAQB AEFCEAEM





CAPÍTULO II

Salida del vapor Vellver del puerto de Valencia.—
Sucesos ocurridos en el mismo puerto y durante
las sesenta y tres horas que duró la travesía
hasta el desembarque en Civita-Vecchia.—Em-
barque en el tren y llegada á la Estación de Tras-
tévere (Roma).

SERIAN las seis y media del día 11 cuando el vapor, después de haber levado anclas, empezó á tener movimiento. Yo, en compañía de tres peregrinos más, llevados de la curiosidad, nos subimos á una especie de armario que se elevaba más de dos metros por encima de popa, agarrándonos á una maroma fuerte que allí había, pues en caso de un descuido hubiera sido funesta la caída, y digo que llevados de la curiosidad, porque es muy bonita la salida de un puerto, hermoso como el de Valencia, y á una hora ya tan avanzada, cubierto por doquiera en sus dilatadas orillas de un inmenso gentío, dando voces estrepitosas en señal de júbilo, agitando en el aire los blancos pañuelos por los que se quedaban y por los que nos íbamos como señal de despedida, y las campanas tocando á vuelo... Solo los encarni-

zados enemigos de la Religión voceaban como desesperados llenos de rabia infernal, porque quedaron frustradas todas sus perversas esperanzas. Ya el vapor llevaba una marcha regular y llegábamos á dar frente á una lengua de tierra que se interna bastante en el mar, que se hallaba cubierta de un inmenso gentío que al parecer nos despedía batiendo palmas y agitando en el aire sus pañuelos, demostrando con sus ademanes que eran de los que como nosotros creen y adoran en ese Dios omnipotente, cuyo poder y bondad no tiene semejante; nosotros fiados de sus manifestaciones al parecer afectuosas, creyéndoles de buena fe, también les despedíamos agitando nuestros pañuelos y con sinceras frases... Pero ¡oh vergüenza! con terror lo escribo, para más ignominia y afrenta de los hijos de Valencia... ¿Quién de nosotros nunca jamás había de pensar que la gente que al parecer nos despedía entusiasmada, era como los instrumentos del infierno, y que se había de atrever á cometer una acción tan ruin y tan baja y llegar á degradarse y ser cobardes hasta ese extremo? ¿Pues quién los contuvo en su furor cuando todos mezclados y en medio de terrible confusión, estábamos en tierra?... ¡Ah, sin temor diré que fué el miedo!... Porque todo miserable que obra mal es cobarde, y solo cuando vé partido muy ventajoso es cuando se atreve á cometer sus iniquidades. Comprendían que ya en el mar y en marcha el vapor no se les podía responder á sus maldades, y hacían lo que el cocodrilo, atraer á su víctima con muestras de cariño, para que más confiada, caiga en sus redes; de este modo tan digno de la civilización moderna, obraron los hijos del error, ó más bien los abortos del infierno, como tendrán lugar de observar mis lectores.

En aquel momento, digo, cuando nos hallábamos de frente á la multitud que cubria la lengua de tierra (que queda hecha mención), descargan á un tiempo una fuerte granizada de piedras, de un tamaño bastante grande, que fueron á caer con mucho acierto en la proa y popa del vapor, acabando con eso de coronar la obra que el infierno les había sugerido.

Ya he dicho y lo vuelvo á repetir, que no es Valencia la que apedrea á los peregrinos, insulta á los Obispos y comete tantas crueldades con sus semejantes, haciendo guerra tan infame á la Religión... es el infierno que ruje y se conmueve agitándose con furor al ver aquellas naves tan magestuosas materialmente cubiertas de denodados atletas de la fe, que obedientes al mandato del supremo Pastor de la Iglesia, surcan el mar con intrepidez. Llenos de júbilo y de alegría, deseosos de llegar pronto, van sus hijos amantes para ofrecer á su afligido y cariñoso Padre un consuelo que mitigue su pena, en la prisión, y á protestar contra todos los enemigos de la Iglesia Santa, llevando la misión de representar ante el venerable anciano en la populosa Roma, á tantos millones de españoles que no pudiendo ir en grande masa mandan á estos, en su mayoría humildes hijos del trabajo, que comen el pan con el sudor de su rostro... hombres humildes, sí, pero llenos de amor, de fe y de constancia hacia el Vicario de Cristo, al que van á decir: no temáis venerable anciano aunque ruja el infierno, que todavía tenéis por la misericordia de Dios muchos millones de hombres, que nosotros representamos, para salir en defensa de la Iglesia Santa y sacaros un día de vuestra prisión, triunfando la Iglesia de sus enemigos, porque así se lo dijo Jesucristo su fundador á Pedro, que contra aquella piedra se estrellaría el poder del infierno; y su palabra se cumple á pesar de sus enemigos, pues no puede engañarse ni engañarnos.

Por eso el infierno tiene en todas partes secuaces, que llenos de furor procuran á todo trance trastornar el orden, y al ver éstos marchar la navecilla con tanta magestad, conduciendo á los hijos de la fe, sumisos y humildes, hacen el último esfuerzo valiéndose de medios ruines y cobardes. Colocados en aquella pequeña porción de tierra que la mar ha respetado sin duda para más altos fines dispuestos por su divino Hacedor, apedrean á los indefensos peregrinos, no consiguiendo más que dar con su mala conducta, un ejemplo al mundo entero de la perversidad de que está poseído su

corazón y sin ellos comprenderlo añaden (digámoslo así), una corona de inmortal memoria á la Religión Santa, brillando más y más las tres principales rosas de que se compone, fe, esperanza y caridad, cuyas tres virtudes son bellas flores que jamás se marchitan.

Los que, como antes he dicho, íbamos en lo más alto del vapor, sin darnos cuenta de una cosa tan imprevista, de un salto nos tiramos á la cubierta. A mí parecer no debieron de hacer más que una descarga, porque el vapor llevaba ya mucha marcha y no les dió tiempo para más.

El caso es sencillo, pero parece providencial. El vapor de popa á proa iba cubierto de peregrinos, de suerte que las piedras no hubiesen podido caer dentro del vapor sin haber herido ó matado á muchos; pero sin duda alguna la mano omnipotente las quitó la fuerza ó la dureza que naturalmente tienen, ó las piedras, más compasivas y más blandas que los corazones ingratos que las arrojaron, respetaron á los valientes atletas de la fe, pues tan sólo á cuatro peregrinos hicieron pequeñas contusiones, de los cuales tres eran de Valladolid; el primero de los heridos fué D. Pedro Gaspar, dignísimo secretario del Ilmo. Sr. Arzobispo, este señor fué herido en la barcaza antes de llegar al vapor; el segundo un joven de veintidós ó veintitres años, llamado Jacinto Hebrero, este joven fué herido en la cabeza cuando la descarga de piedras, la herida era regular y derramó bastante sangre pero no tuvo novedad ninguna, el tercero fué otro joven del Seminario, fué herido también en la cabeza, de muy poca gravedad.

El vapor marchaba con toda fuerza cortando las cristalinias aguas, el mar estaba un poquito más que rizado, el firmamento muy hermoso y claro, nosotros tendíamos la vista por todos lados en busca de tierra sin conseguir distinguirla, y como á la luz del día iba sustituyendo el negro manto de la noche, ya no se percibía más que la vasta inmensidad del mar y el crujido de las agitadas olas al estrellarse contra la nave... Un buen observador, en estos momentos, hubiese contemplado con bastante calma la mudanza de

muchos de los que íbamos en aquella embarcación, pero yo, que no tengo tacto para observar, todavía comprendí algo que no me parecía igual á cuando se pisa sobre tierra firme.

Allí, encima de aquel enorme cetáceo de madera, ya no había diversas ideas, distintas opiniones ni altercados de ninguna especie como suele suceder aunque sea entre parientes y amigos; allí no había más que un solo pensamiento, puesto en Dios, autor de cielos y tierra. Quién al tender su vista sobre aquellas inquietas y juguetonas aguas no recoge sus sentidos y los eleva hacia el cielo como en ademán suplicante y dice; ¡Señor, grandes son tus obras, pues con poder y sabiduría infinita, disteis logro á la naturaleza y pusisteis freno de leve arena al soberbio mar!

Así que nos retiramos, ó mejor dicho, quedamos libres de nuestros enemigos y algún tanto repuestos de lo ocurrido, la conversación se animó recayendo como es natural, sobre la despedida de los valencianos, que usaron de tales ardidés, ó de una emboscada cobarde, pero no censurando su conducta cual lo hacen los rabiosos enemigos, sino con caridad, perdonando su alevosía y teniéndoles compasión como ciegos instrumentos de Satanás. Preguntando unos y otros por los heridos se supo enseguida que solo había cuatro entre dos mil quinientos á tres mil que allí estábamos sobre cubierta, y éstos de poca gravedad. ¡Con qué fervor se daban gracias á Dios al saberse la noticia que sólo cuatro eran los heridos, todos á porfía buscábamos á los que habían tenido, no la desgracia (como se dice en otras ocasiones), sino la dichosísima suerte de haber derramado su sangre por amor del que quiso derramar la suya que era de valor infinito, sin reserva de una sola gota, allá en el Calvario, por librarnos de la esclavitud eterna!

Todos queríamos haber corrido esa suerte, pues parecía que les teníamos así una cosa parecida á la envidia, pero no como la envidia mundana, sino una envidia de amor y deseos de padecer alguna cosa por quien tanto hizo y padeció por nosotros. Por todos lados que me dirigía se hablaba del

mismo asunto, y muchos decían: ¿cómo se explica este portentoso tan raro? ¿No íbamos todos sobre cubierta cuando nos hicieron la terrible descarga de piedras, que era capaz de habernos herido á la mayor parté y sin embargo sólo cuatro son los que han tenido la suerte de derramar su sangre? ¿Quién no vé en este caso la mano omnipotente del Creador, como en la lucha del gigante Goliat, vencido por el rapacillo David, á aquel gigante que era el terror y asombro del pueblo de Israel, escogido por Dios?

¡Gracias os damos Señor, pues vuestro es el poder y la fortaleza, pues por medios tan extraordinarios quedáis humillada la soberbia de vuestros enemigos!

La noche con su crespón negro cubría aquella vasta superficie de las inquietas aguas, que transparentes se divisaban por la claridad que despedía la plateada y argentina luna, próxima ya á esconderse en el ocaso; los peregrinos desconociendo en su mayoría las escenas nocturnas del mar, llenos de curiosidad miraban por todos lados de la embarcación, y otros en pequeños grupos rezaban el santo Rosario, (algunos le habíamos ya rezado aisladamente, paseando sobre cubierta) estos últimos que tenemos la costumbre de pagar este tributo diario en la tierra á la Reina y Emperatriz de los cielos María Santísima, no era posible que se olvidasen de hacerlo en la embarcación, expuestos como estábamos á los peligros del mar.

Embebidos en estas y otras contemplaciones estábamos, los unos paseando, los más y particularmente las señoras peregrinas, sentadas en grupos á los lados de las vergas del vapor contando las tragedias ocurridas desde nuestra salida de Valladolid, cuando aparece el Sr. Deán, que risueño y con semblante muy alegre dice:—señores, se va haciendo ya bastante tarde, recemos el santo Rosario y cada cual después puede irse á descansar; tan pronto como hizo esta alocución, rápida como un meteoro cuando cruza el espacio así se divulgó esta noticia hermosa para los peregrinos, que son amigos de honrar con el santo Rosario á la Madre de Dios, María Santísima. Reunidos allí como por encanto, sin dis-

tinción de provincias ni pueblos, se dió principio, dirigiéndole el Sr. Deán D. José Hospital, acompañándole cinco ó seis y respondiendo todos los demás.

Para poder trazar ó dibujar un cuadro tan hermoso hacia falta una pluma más hábil que la mía y una idea profunda en materias religiosas, pero yo pobre criatura, ocupado siempre en faenas campestres me temo que las pinceladas que dé le quede obscurecido, pero mis lectores me dispensarán, sabiendo que soy hijo del trabajo y no me mueve otro interés más que dar á conocer lo mejor que me sea posible, las grandezas de la religión santa que tenemos la dicha de profesar, y lo hago (bien lo sabe Dios) con el corazón henchido de alegría al recordar aquellas escenas que tanta impresión me causaban y que las más de las veces hacían salir las lágrimas de mis ojos, no por pena ni pesar, sino por la alegría que rebosaba en mi corazón al contemplar á tantos hermanos llenos de fe, embriagados en la esperanza y ardiendo en la caridad, manifestando exteriormente lo que sentían sus corazones.

¡Qué cuadro tan bello! ¡Qué espectáculo tan sublime! Quisiera poner á mis lectores delante de aquella muchedumbre de hombres para que pudiesen contemplarles y disfrutasen como yo en el momento solemne de rezar el santo Rosario... ¡Con qué devoción más tierna se pronunciaban las hermosas palabras de que se compone la oración dominical! aquella oración sublime enseñada por nuestro Redentor Jesucristo á los Apóstoles, comenzando los directores, Padre nuestro que estás en los cielos, etc., y respondiendo tantos hombres, como si fuese una sola voz, sin confusión ni algarabía, el pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, etc., etc. Continuaban los directores diciendo ¡Dios te Salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo! etc., y respondía la muchedumbre, Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesús. En el gloria se usaba poco el latín, quizás porque éramos en su mayoría gente poco versada en las letras. Pero á mi

juicio era con otro fin más alto; nos parecía poco el latín y usábamos la lengua castellana, diciendo: ¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo! por todos los siglos de los siglos. Amén. Palabras que pronunciábamos no con los labios, sino con el corazón. ¡Bendita Religión que tienes un paladar más dulce y atractivo que la miel! pues todas las palabras de que se compone tu doctrina son de consuelo y de esperanza para los desterrados en este valle de dolor. Para terminar, se rezó con toda devoción posible el Credo según costumbre, y se cantó la Salve, no recordando que música alguna recreara mis oídos como aquellas armoniosas voces ensayadas ya varias veces. Con qué entusiasmo y con qué fervor se repetían las hermosas palabras de ¡Dios te salve Reina y Madre! etc., etc.

Contemplan, pues, y reflexionen con detención los que tienen la buena costumbre de meditar, el tiempo oportuno en que se rezaba el santo Rosario, con el fervor que se rezaba por una multitud que formaba un hermoso coro, con el fin que se rezaba, y el templo en que esto sucedía.

He aquí lo que yo discurría. El tiempo no puede ser más oportuno, toda vez que para impetrar los favores del cielo, la llave maestra es la oración; que nosotros lo hacíamos como despedida para después entregarnos al descanso, como los buenos hijos que se despiden de sus queridos padres antes de retirarse á descansar; respecto al fervor con que se rezaba, comprendo que todo buen cristiano, práctico en nuestra santa Religión, debe hacerlo con el corazón vacío de las inmundicias del error; pero en aquella ocasión, una mayoría ó todos, reconociéndonos miserables pecadores, y estando en peligro, se recitaba la oración con ese fuego santo que albergan en su corazón los buenos cristianos, era unánime, sencillo, verdadero, sin ningún fingimiento ni hipocresía, y si sólo con el fin principal de que fuera agradable á Dios y á su bendita Madre. Del templo en que esto tenía lugar ¡qué diré Dios mío! diré que estábamos entre dos abismos terribles é incomprensibles. Solo los que hayan surcado los mares y hecho largas travesías

pueden contemplarlo... pero yo pobre ignorante, qué he de decir sino que llevábamos por peana de nuestros pies un grano de anís.

¿Qué significa una nave, aunque esta sea una terrible mole, en medio del Mediterráneo, sino mucho menos que un grano de anís? Pues bien, diremos que el templo era terrible. Templo sin límites, sus preciosas esculturas las bulliciosas olas, sus bóvedas azuladas inmensas é infinitas, como infinito es el divino Arquitecto su fundador. Todo en conjunto forma una idea exacta de las grandezas del Creador. Las voces que salían de aquella multitud de pechos fervientes, llenos de fuego santo, se perdían en el mismo templo cuya descripción acabamos de hacer.

Concluído de rezar el santo Rosario, serían las ocho y media, todos nos retiramos á nuestros respectivos camarotes con objeto de poder dar al cuerpo el descanso de que tanta necesidad tenía, pues desde la noche en que salimos de Valladolid, noche de emociones y recuerdos inolvidables en que nada se pudo descansar por tener que despedirnos de los seres queridos que quedaban en casa y asistir á la misa que se celebró en el Círculo, como la siguiente que se pasó en el tren, donde más se quebranta el viajero que descansa. Lo ocurrido en Valencia fué otro nuevo motivo para estar más y más quebrantados; sólo en aquella tercera noche esperábamos tener el reposo necesario para dar á los miembros fatigados lo que por necesidad se les debía.

Como llevo dicho, pocos peregrinos se veían sobre cubierta á las nueve de la noche; yo después de tener todo preparado para entregarme al descanso, quise subir á meditar por un momento sobre el contraste que ofrecía el cuadro de que antes se hizo referencia, y en efecto, muy pocos eran los que estaban de pie, y para mejor pensar me paseaba sólo desde proa á popa y viceversa. ¡Qué tristeza me causaba ver aquella nave donde no se sentía otro ruido que el que producían las furiosas olas que por momentos arreciaban, ayudadas con el aire de levante, viniendo á estrellarse contra la nave, haciendo eco con el crujir de las altas ver-

gas! ¡Qué contraste, digo, tan triste ofrecía el cuadro en esta ocasión! Poco antes lleno todo el pavimento de seres amigos que se divertían hablando cada uno por su lado, ó por mejor decir unos con otros como hermanos cariñosos, rebotando alegría, ó bien rezando, y mayormente cuando se cantaba la salve, dando envidia (digámoslo así) á los mismos Angeles del Empíreo, y ahora contemplando todo solitario como he dicho, sin más bulla que la que producían las olas al chocar contra los costados del barco y el aire que hasta hacia poco había estado como dormido y ahora se agitaba con alguna violencia, era lo que dominaba en aquel vasto horizonte.

Como me hallaba solo sobre cubierta y no tenía quien me llamase la atención, todo mi pensamiento estaba en la contemplación de la infinita sabiduría con que el Creador de todas las cosas había dado leyes á la criatura. Miraba por uno y otro lado y quedaba como atónito al contemplar tanta maravilla en la grandeza de los mares, las olas sucederse las unas á las otras con aquella fuerza y furor que amenazaban tragarse la embarcación; verdaderamente es un cuadro demasiado imponente de noche y estando casi solo sobre cubierta, entonces es cuando la criatura confiesa su impotencia y reconoce su pequeñez, admirando las portentosas maravillas y grandezas de su Creador. Llevaba mi vista á lo alto de los cielos y no menos admirado quedaba. La luna, que es el faro luminoso de la noche, ya se había ocultado á mi vista, no quedaban más luminares que las resplandecientes estrellas esparcidas por el despejado firmamento, reflejándose sobre las inquietas aguas, todo me parecía grande y terrible, aquel silencio sepulcral que causaba terror, hasta la luz que los marineros colocan en lo más alto del palo mayor parecía que su destello era triste. Mis compañeros ya estaban en su mayoría en los camarotes, yo también tenía como ellos necesidad del descanso, y después de haber dado gracias á Dios y pedirle que me llevara con felicidad á puerto seguro, me bajé al mío, pues para más recuerdo de esta primera noche de embarcación, tenía que

hacer la hora de guardia de honor de la Virgen Santísima, como individuo que soy y asociado al Rosario perpétuo (1). A pesar de que me hacía falta el descanso, con qué placer y satisfacción recordaba yo al tiempo de acostarme que tenía que levantarme á la una y media de la mañana para estar preparado á las dos y dar principio, hasta las tres que es la hora que tengo destinada. Y así me dirigia á la Santísima Virgen y decia: ¡Madre mía; no permitáis que el sueño se enseñoree de mis miembros quebrantados y se pase la hora, pues aunque indigno y miserable pecador, soy vuestro hijo, y mis deseos son de cumplir lo mejor que me sea posible con el compromiso que solemnemente con vos tengo contraído!

En efecto, dormí tranquilo como el que se acuesta descuidado, y á la hora en que tenía que hacer la guardia, estaba en mi puesto cumpliendo mi obligación. ¡Qué consuelo (aunque sea en las tribulaciones) encuentra todo el católico en la oración y mayormente cuando sabe que se dirige á una Madre tan bondadosa, que cree con todo su corazón que le puede socorrer en las aflicciones y peligros á que estamos expuestos á cada momento en este destierro de miseria y de dolor! Confieso la verdad, si en todo tiempo hallo gran consuelo en la oración, ¿cuál sería el que sintiese en aquella tan agradable hora, y que tan corta me pareció? Nada había que turbase mi atención, pues mis queridos compañeros dormían tranquilos, y yo era el guardián que velaba su sueño.

Solo la embarcación con sus movimientos y sacudidas fuertes me hacían caer de cuando en cuando de mi posición ¡Qué madrugada tan feliz! ¡Qué recuerdo tan grato y de tanta satisfacción! Terminada la hora, ó sea á las cuatro y cuarto de la mañana del día 12 de Abril, me volví á mi camarote, pero no pude dormir pues sentía á muchos compañeros atacados de los efectos naturales de la mar, dán-

(1) El día 12, de dos á tres de su mañana de todos los meses, es el que tengo destinado por el Director del Santo Rosario.

dome pena verlos con terribles vómitos que parecía que llegaba su fin, no faltando entre ellos algunos que en vez de estar apocados, con sus palabras chistosas y de buen humor, nos excitaban la risa, pasando la primera mañana de embarcación bastante divertidos (1). A las seis ó poco más ya estábamos la mayoría sobre cubierta... ¡Qué transformación tan terrible se notaba en las fisonomías de los valientes hijos de la fe! Cualquiera que les hubiese contemplado al embarcarse, tan robustos y contentos, y les hubiese vuelto á ver á la mañana siguiente (que es la que nos ocupa), diría y con razón; ¿qué enfermedad tan terrible les ha transformado? Y en efecto, poco ó nada acostumbrados á viajar por agua y como la mar estaba bastante picada, el barco se balanceaba continuamente, siendo lo suficiente para que aquella noche no solo mudáramos de color, sino que muchos quedaran como aletargados, siendo necesario para trasladarse de un lado á otro hacerlo con mucho cuidado, pues más parecían niños á quien hay que llevar de la mano al dar los primeros pasos, que hombres ágiles y robustos; y para hacer más triste este cuadro, se veía salir, al que podía hacerlo, de los camarotes, arrojados con las mantas del vapor, que nos daban un aspecto deforme. A las ocho nos sirvieron el café, que lo mismo aquella mañana como las siguientes fué muy bueno. A las diez nos sirvieron la comida, muy buena por cierto, pero como la mayoría estábamos mareados se comió muy poco.

Réstame decir, que tan pronto era salir de los camarotes como subir sobre cubierta, preguntándonos unos á otros con inusitado afán, ¿se vé tierra? no oyéndose más que una negativa, pues allí ya no se veía más que agua... elemento terrible, agitada en gigantescas olas, y el cielo dilatado en grandes proporciones, pero no un cielo despejado como el día antes, sino cubierto de densas nubes que despedían algunos aguaceros y hacían sentir el frío.

En la mañana que voy narrando, á pesar de haber mu-

(1) Hubo algunos, aunque pocos, que no provocaron, y uno fui yo.

chos sacerdotes, no se dijo ninguna misa, y lo recuerdo con dolor por estar acostumbrado á oirla todos los días, á causa de estar todos mareados sacerdotes y seglares, y ser, por lo tanto, imposible poderla celebrar ni asistir á ella.

Día de recuerdo triste fué este, pues parecía que no había en la embarcación ser viviente alguno sino espectros, que en su mayoría y durante el día no salieron del camarote. Llegó la hora de comer, y aunque el alimento era sabroso y bien condimentado, eran muy pocos los que le probaban, arrojándolo los más al mar.

Poco podré decir de este día que sea halagüeño, pues como ya he tenido ocasión de exponer, la mayor parte estaban mareados y recogidos en sus camarotes, y los más valientes agrupados alrededor del puente, animando con sus palabras y exhortaciones á sus hermanos (1) sin acordarse de sí mismos, deseando únicamente que volviera á reinar entre todos la animación y alegría que desde aquel momento había dejado de sentirse.

Llegó la hora de que nos sirviesen la cena, que solía ser á las cuatro de la tarde, y muy pocos eran los que se acordaban de comer; yo que me hallaba muy bien hasta entonces, salí de mi camarote á aquella hora, no por la comida, sino casualmente, presenciando un lance que por ser bastante curioso no quiero pasarle en silencio, y es como sigue: habiendo subido á cubierta para tomar el aire, me encuentro con mis nueve compañeros, con los cuales comía en grupo, alegrándose bastante cuando me vieron (pues ya habían preguntado por mí), yo también tuve placer en verles á todos juntos; tenían dentro del círculo que formaban la cena que los sirvieron y viéndoles bastante desanimados para comer quise infundirles ánimos, diciéndoles: ¿por qué no coméis? haced ánimo y no tengáis pena, comed y divertirte, y no hacer caso de nada más que de salir con bien de

(1) Digo hermanos porque realmente una familia que mucho se estimen no serán tan felices como nosotros unos con otros en aquel peligro, nada había de nadie, todo era de todos.

nuestros apuros; y me respondieron: no tenemos vino ni podemos ir por ello ninguno. A lo que les repliqué con mucho ánimo y para consolarles, si por eso no coméis, aunque á mí no me gusta, iré por ello; efectivamente, decir y obrar fué cosa de un momento, tomé el cacharro de zinc y fui por el vino, bajando muy bien, pero al pasar cerca de mi camarote un vaivén de mucha fuerza de la embarcación me quedó casi sin sentido y no sé si se me cayó solo el cacharro que llevaba ó le tiré; viendo que de todo punto me era imposible volver á donde me esperaban mis compañeros, me retiré á mi camarote, sabiendo luego que la comida la habían arrojado al mar.

En este día, primero de navegación, y que como he dicho arriba amaneció con mar muy picada, y esto fué sin duda la causa de ser en él tan fuertes los mareos en los peregrinos, se iba aumentando por momentos la furia de la mar, y mayormente cuando próximo á la una de su tarde se empezó á pasar el Golfo de León, para desconuelo de los peregrinos, porque según se decía y se oía á los marineros, era el paso más peligroso que había en la travesía.

Al poco tiempo se vieron, aunque muy distantes, algunas sombras que debían ser tierra, que á pesar de no saberlo con certeza nos alegraba algún tanto. ¡Con qué poco se consuela el que ha perdido de vista la tierra que es nuestro elemento, todo el que navega por los mares, aunque esto sea por poco tiempo, como nosotros los peregrinos! Y no hay que dudarle; así como el enfermo desea recobrar la salud perdida, el que se vé en el mar anhela llegar cuanto antes al puerto.

Los peregrinos, á pesar del malestar que sentíamos con los efectos del mareo, teníamos un consuelo especial que jamás se apartaba de nuestro pensamiento, diciendo, llenos de fe y de esperanzas en ese Ser supremo que rige y gobierna todas las cosas; para llegar al tabor es preciso antes pasar por el Calvario. Verdaderamente que padecemos alguna cosa, pero cotejemos la alegría que nos causará ver á nuestro santo Padre, y las grandezas que encierra el Vatica-

no, y será mayor lo que gozamos que lo que padecemos. Así pasábamos algunos ratos distraídos y como embriagados con esa dulce esperanza; de suerte que, aunque he dicho que en este día todo era tristeza, no he dicho verdad completa, porque con ésta iba mezclada la alegría.

Y ahora que hablamos de la esperanza, no puedo menos de hacer una reflexión y exclamar: ¡Bendita Religión en cuyo seno (por la misericordia de Dios) he sido acogido!

¡Qué sería de mi y de tantos que como yo sudan para poder comer el pedazo de pan!..... Tú nos confortas y nos das alientos, bendita esperanza, pues robustecidos contigo, caminamos por este mar tan agitado en deseos de poseer bienes que no son otra cosa que terribles lazos para perderlos. ¡Cuántos infelices que tienen la desgracia de no poseerte, al parecer viven tranquilos con su suerte, (lo digo porque si yo no la tuviese no viviría conforme con la mía), porque oigo mucho hablar de eso por desgracia, y siento decir que todo acaba con la vida presente.....

¡Terrible debe ser vivir y morir desconfiado en la misericordia divina! puesto que si en vida dá consuelo, mucho más dará en la hora de la muerte, al que la posea en alto grado.

Dejemos, pues, estas reflexiones y sigamos nuestro relato. A medida que el día iba avanzando y nos internábamos en el citado Golfo de León, la mar se ponía más soberbia, los peregrinos llenos de consternación y algún tanto aterrados dirigian sus miradas al Cielo, de donde podían alcanzar el consuelo que esperaban, confiando más y más en su misericordia. Solo se vió seguir en todo aquel día, como mensajeros enviados del Cielo para consuelo de los decaidos ánimos de los peregrinos, á dos volátiles llamados generalmente gaviotas, cosa que nos parecía extraña no habiendo tierra en muchas leguas, pues aunque su vuelo es de mucha resistencia y sin duda están acostumbradas á hacer estos viajes, pues no se las vió quedarse un momento atrás, mas cuando llegó la noche tendrían ganas del descanso; habiendo quien aseguraba que se agregan para des-

Quijar

cansar en las altas vergas del vapor, y así lo creo porque al día siguiente se las vió continuando su viaje, sin duda por hacernos compañía en aquellas soledades, compañía que nos hacía mucha gracia y algún tanto nos servía de consuelo.

Otras veces, ya en aquel Golfo agitado por sus inquietas olas, nos distraían llamándonos la atención, los raros pescados (llamados golfines), que en grandes bandadas se les veía desde muy lejos venir saltando con muestras de alegría, y seguir por algún tiempo la embarcación.

Como la mar estaba muy fuerte y los peregrinos en su mayoría mareados, no sabiendo dar cuenta de lo que pasaba, los marineros decían que era muy probable que al comenzar la noche la tempestad fuese mucho más fuerte; la consternación en los viajeros se aumentaba, yo como antes dije, al no poderme tener de pie, lo mejor que á mi modo de pensar hice, fué echarme en mi camarote, en el que descansé por espacio de tres horas, serian las ocho de la noche cuando desperté, tranquilo como el que descansa en su casa rodeado de su cara familia. Así ni más ni menos estaba yo en mi camarote, cuando me despertó aquella terrible y nunca bastante ponderada confusión que reinaba entre los viajeros, mis queridos é inolvidables compañeros.

Al pronto me quedé sin saber lo que pasaba como el que sale de un letargo cuando ha perdido el sentido, y pregunté á los compañeros más próximos: ¿Qué es lo que sucede que hay tanto alboroto? Entonces comprendí el apuro y peligro en que estábamos, mas yo, no solo en este viaje sino en otros en que haya habido peligro, aunque me haya visto mal, siempre me ha gustado trabajar cuanto he podido para consuelo de mis semejantes.

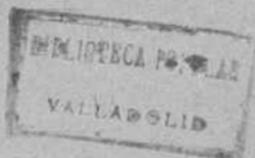
De suerte que, en este lance verdaderamente tan apurado en vez de afligirme como mis compañeros, procuraba infundirles cuanto valor me era posible.

A las terribles sacudidas de las furiosas olas, la nave, cual una endeble pajueta, era juguete de ellas, tan pronto subía como bajaba con una rapidez que estremecía, pero lo que más consternación é impresión causaba, era la revolu-



EL M. I. SR. D. JOSÉ HOSPITAL Y FRAGO

DEÁN DEL CABILDO METROPOLITANO DE VALLADOLID



Dr. J. de José Hospital y Ermita

ción que traían tantos cacharros de zinc, dispuestos como estaban en montones, de treinta en treinta (1) y que á los continuos movimientos de la embarcación formaban un estrepitoso ruido, llegando entonces los clamores y lamentos á su colmo, mas yo, queriendo restablecer el orden, les decía en alta voz: Compañeros, tened más firmeza en la fe, que no es de verdaderos creyentes tener desconfianza en la divina Providencia, pues Jesucristo ha prometido que, donde se juntaran dos ó tres en su nombre, él estaría en medio. ¿Y estando Jesucristo con nosotros todavía temeremos? ¿Hemos de tener duda en las palabras del que por nosotros quiso morir en una Cruz?

Repito pues, que no es de verdaderos católicos el desconfiar en sus promesas, ó sino tendré que aplicaros aquellas palabras que él mismo dijo á sus Apóstoles, ¿hombres de poca fe, por qué teméis? Y entonces los que oyeron estas palabras, dichas en confianza, recobraron algún tanto la calma.

La tempestad rugía con gran fuerza, la mayoría encontraban algún alivio en la oración y en los cánticos piadosos, asiéndose á ellos cual tabla de salvación.

Por doquiera que se fuese se hallaban grupos ó corros de peregrinos que rezaban el santo Rosario..... ¡Entonces era el contemplar aquella multitud de hombres invocando con fervor los dulcísimos nombres de Jesús y de María! ¡Cuántos de los que allí rezaban, aunque católicos, tendrían en olvido la oración, pudiendo aplicarles muy bien aquella máxima que tiene el libro de los niños: «A Dios inmenso olvidamos cuando en la vida hay bonanza..... mas cuando afligidos lloremos, solo es Dios nuestra esperanza.» Entonces es cuando al hombre se le cae la venda que le cubre, y su soberbia queda anonadada, entonces es cuando confiesa su impotencia, y reconoce el poder y grandeza de su Creador. ¡Cuán-

(1) Ya hice referencia más atrás que cuando embarcamos nos dieron á cada uno tres cacharros de zinc, y á cada diez un perol grande y otro cacharro para vino, y reunidos los de cada grupo hacen treinta y dos, y muchos grupos juntos hacen un número crecido.

tos, repito, demasiado poco acostumbrados á la oración, en aquel momento de angustia y dolor levantarían sus manos al Cielo demandando socorro, y su oración sería más fervorosa, y por lo tanto más agradable al divino Hacedor!

En aquel supremo momento de angustia, muchos de los peregrinos se acordaron de la Reina de los Cielos María Santísima del Carmen, (si volvíamos con felicidad á Valladolid) ofreciendo hacerla una solemne función, en su antiguo monasterio de Carmelitas descalzos (extramuros de dicha ciudad) con asistencia de todos los peregrinos de la provincia; y el Señor Deán D. José Hospital, de buen grado se ofreció para celebrar la santa Misa; y en efecto, fué cumplido el día 16 de Septiembre con toda la solemnidad posible, asistiendo todos los peregrinos y una inmensa multitud de parientes y amigos; celebrándola, como así lo prometió, el Señor Dean y dos sacerdotes peregrinos, de Diáconos; predicando en ella (estando muy acertado sobre lo ocurrido en esta noche que vamos narrando, el Rev. P. Marcelino de la Paz (1). ¡Conqué júbilo caminábamos los peregrinos en este día (que se dió cumplimiento á la oferta) hacia la hermosa Ermita, recordando unos con otros el acontecimiento ocurrido en la noche del día 12 de Abril!

Como hijos fervorosos, íbamos á dar las gracias á nuestra bendita Madre; y en efecto, llenos de fe y confianza en su divina protección, hincados de rodillas ante la Veneranda Imagen la tributamos nuestro sincero homenaje, agradecidos á tan grande beneficio. En aquel recinto sagrado la cantamos la siguiente estrofa:

A la Virgen del Carmen
gracias queremos dar,
porque es nuestra Madre
y Reina sinigual.

Tú nos has llevado
como hijos de la fe,

(1) Se dilató tanto tiempo la función, á causa de haber estado fuera de esta Ciudad el señor Deán.

á ver á nuestro Padre
que es el Papa-Rey.

Allí reunidos
á todos nos dió,
como hijos humildes,
su Santa bendición.

Humildes peregrinos
que muy llenos de fe
el mar traspasamos
por ver al Papa-Rey.

Adiós Virgen del Carmen
Madre del Salvador,
adiós, oh Madre mía,
adiós, adiós, adiós.

Como recuerdo inolvidable, (antes del santo sacrificio de la Misa) se dió á todos los peregrinos una medalla de metal blanco con el busto del santo Padre, regalo de nuestro querido Presidente diocesano D. Teodosio Alonso Pesquera, y que durante la santa Misa ostentábamos todos puesta al pecho.

También la peregrina D.^a Leandra López, antes de dar principio, pidió permiso, y concedido que la fué, hizo con voz alta y clara una reseña de lo ocurrido durante el viaje, demostrando mucho fervor y buena explicación, terminando con dar las más sinceras gracias á la Santísima Virgen.

Volvamos á nuestra narración. Bien quisiera yo no sólo poder dar colorido á mis palabras de suerte que mis lectores quedasen al corriente de los acontecimientos de angustia de esta noche, sino trasladarlos al vapor Vellver, para que allí contemplasen como yo contemplaba, aquel cuadro desgarrador, donde se mezclaba el abatimiento y la esperanza con la súplica al Todopoderoso, demandando socorro, pues de este modo aprenderían á orar con mucho fervor..... Y pluguiera á Dios que ese modo de orar no lo echen en olvido, y con la fe que allí lo hacían continúen en el tiempo de bonanza, dando ejemplo á tantos que por desgracia lo tienen como en

olvido ó por cosa de poco mérito. Nuestro amadisimo y estimado Sr. Deán, en aquella noche de recuerdo tan terrible, trabajó cuanto le fué posible y estuvo á su alcance, siendo el consuelo de los más alligidos, infundiéndolos valor, animándolos con sus palabras elocuentes de esperanza, y sosteniendo á los fuertes para que sus ánimos no decayesen, siendo el consuelo de todos. Como persona respetable que era, estaba en comunicación con el capitán y demás tripulantes, y daba conocimiento á los demás, de las opiniones que estos formaban. ¡Qué trabajo tan penoso el del pobre marinero! ¡Cuántas fatigas y desvelos pasarían en aquellas siete horas de tempestad! ¡Qué recuerdos tan terribles se agolpaban á la mente de todos los que íbamos en aquella cáscara de nuez (1) pensando en la querida familia, que estaría en casa en aquella hora ajena de que su esposo ó su padre se hallaba con la sepultura abierta entre aquellos abismos, dispuestos para tragarle de un momento á otro!

Sería asunto demasiado largo querer referir todo lo ocurrido en esta célebre noche, porque por doquiera que se tendiese la vista, lo mismo en el primero que en el segundo piso, sin excluir clases ni sexos, por todos lados se veían grupos en los que se reflejaba el temor, ese temor santo que eleva á la criatura á la contemplación del poder soberano de su Creador. Entonces es cuando se recuerda el pasado, poniendo la conciencia de manifiesto las faltas é imperfecciones de una vida disipada, ó cuando menos el tiempo pasado en frivolidades pueriles ó indiferentes, y reconociéndose á sí mismo lo ingrato que hasta aquel momento ha sido para pagar tantos beneficios como ha recibido del Creador, no pudiendo menos de exclamar con el real profeta David: ¡Señor, tened misericordia de mí, no me juzguéis según la multitud de mis iniquidades, sino según vuestra grande misericordia! ¡Todos clamábamos é implorábamos el auxilio del Todopoderoso y de su bendita Madre la Virgen Santísima!

(1) Cáscara de nuez, como ya he dicho en otro lado, ó menos viene a ser una embarcación en medio del Mediterráneo, en una tempestad.

¿Qué hubiesen hecho en caso tan apurado los hombres sin ninguna creencia religiosa, y por consiguiente sin ninguna esperanza, más que haber quedado entre los abismos sepultados ó servir de alimento á los peces? ¡Ah! páreceme á mí (como acostumbrado á su trato) que hubiesen caído en el más profundo abatimiento, ó en la más horrible desesperación prorrumpiendo en las más degradantes imprecaciones. ¡Terrible momento sería este para los hijos del error!

Contemplad, hombres descreídos, la lección que en este momento de angustia y de dolor recibirían, escudriñad bien todos los rincones del Vellver y veréis á los intrépidos hijos de la fe con cuanta mansedumbre esperan el resultado de la tempestad. Ellos sí, se estremecen al recuerdo de la muerte entre los abismos, dando prueba clara de que la humanidad es débil, y mayormente al pensar en los seres queridos que han quedado en sus casas... pero engrandecidos con la esperanza que tienen puesta en el divino Dueño y Señor de los mares, y en María, refulgente estrella que los guía, se oye con frecuencia salir del fondo de su corazón esta exclamación: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria, Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo! ó bien Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, libranos Señor de todo mal. Sin duda esta fué una prueba que el Todopoderoso quiso hacer con los hijos de la fe pasándoles por la lima, para ver si eran valientes en la tribulación como en el tiempo de bonanza; yo ví á los hombres lo mismo jóvenes que viejos, sin excluir el sexo femenino, ser valientes como héroes en medio del fragor de la batalla; los ví resignados y conformes por doquiera prorrumpir en estas palabras: ¡Señor, tened misericordia de nosotros! ¡Virgen Santísima, ampáranos! ¡Cúmplase vuestra santa voluntad! ó bien, ¡sea lo que Dios quiera! Con estas y otras semejantes palabras estábamos invocando la protección de lo Alto, confiados en sus promesas, que dijo; que como buen pastor cuidaría de sus rebaños, y que no queda-

ria á sus ovejas á merced del hambriento lobo, cuando en este instante que serian las nueve, se oye por todas partes que el mar había cambiado de aspecto, y que acabábamos de pasar el Golfo.

En efecto, la embarcación caminaba tranquila, sin aquellas sacudidas fuertes, ya los cacharros de zinc se quedaban sosegados en sus puestos, ya renacia por doquiera la alegría, ya dábamos gracias á Dios... ensanchando nuestros antes oprimidos corazones, ya se oía por todas partes á los sacerdotes predicando las alabanzas del Señor y su grande misericordia para con nosotros miserables é indignos pecadores. Ya la calma restablecida fué cuando se supo por el capitán y los marineros el grande peligro en que habíamos estado; pero ya lo pasado nos causaba poco temor, antes nos estimula más y más á dar gracias á Dios, que con brazo fuerte nos había sacado de tan inminente peligro.

Serian las nueve y cuarto cuando ya todo iba quedando en el más profundo silencio, los peregrinos que hasta entonces habíamos estado intranquilos, llenos de sobresaltos y temores á causa de la ya descrita tempestad, íbamos llenos de júbilo cada uno á buscar su camarote, solo pensando en el descanso que tanta falta nos hacía, sin acordarnos de que muy bien podría reanudarse la tempestad, sólo recordábamos con cierta alegría el peligro de que nos habíamos libertado.

Y en efecto, á poco más de la hora indicada, ya descansábamos tranquilos, no como el que se acuesta con alguna pena ó pesar de que podía ocurrir algún conflicto, sino como el que lo hace rodeado de su cara familia; allí ya nada se oía, hasta las olas que furiosas hacia muy poco empujadas por la fuerza del huracán rugían á la par que se estrellaban con fuerza contra la nave, parecía que también dormían, y querían con su quietud y tranquilidad velar el reposado sueño de los valientes hijos de la fe..

¡Qué lección tan sublime! ¡Cuán buena es y qué bella, por sí sola se brinda á la contemplación más profunda!...

¡Quién no habrá tenido en su vida días aciagos y de ho-

rrible tempestad, que agitándose las gigantescas olas del vicio ó del pesar, ó bien del infortunio ó de la afrenta, hayan venido con furor á estrellarse contra la navecilla de nuestro abatido corazón? Y no hay que hacerse ilusiones; vivimos en medio de un mar, pero este mar siempre inquieto y lleno de contrariedades, que cual agitadas olas vienen á destruir nuestros planes. En la noche que nos ocupa, y que tan buena lección nos dá, considerad lo que hacían el capitán y marineros, sino trabajar, y trabajar con todas sus fuerzas, á fin de no ir á parar con la nave donde se estrellase contra los escollos que á cada paso se encontraban.

Ya por fin amaneció la mañana del 13, tan risueña y alegre (digámoslo así) ataviada de sus mejores galas, no una mañana como la anterior, encapotado el firmamento con sus densas nubes, que nos traían un día frío y lluvioso, sino un cielo límpido y azulado, aunque con una brisa más bien fría que cálida; pero sobre todo, lo más alegre que se notaba era que en mis hermanos y compañeros peregrinos ya se advertía otro aspecto diferente al del día anterior, ya restablecidos de las molestias de los mareos, salíamos de nuestras madrigueras (1). Lo primero que buscábamos tan pronto como poníamos la planta sobre cubierta, con toda la avidez posible, dirigiendo nuestras miradas por todas partes de aquel vasto y dilatado horizonte, era la tierra... ¡Tan apegados estamos á ella, que todas nuestras aspiraciones no eran otras más que verla aunque fuera desde muy lejos, Y verdaderamente que yo creo que se la tiene ese cariño, porque de ella dependemos, ó más bien porque del polvo fuimos formados, y en un día, no muy lejos, á ella volveremos; y como quiera que sea, la alegría se mostraba en nuestro rostro según llegábamos á proa escudriñando el horizonte por todos lados.

Veíamos hacia el mediodía ciertos bultos negros que nos parecían tierra, y al contemplarlos aunque lejos y en duda, nos alegraba de manera extraordinaria... En aquel momento

(1) Madriguera, título que yo daba á los camarotes.

veo á algunos de mis compañeros de grupo y nos saludamos con todo el cariño posible, haciéndonos varias preguntas del estado de cosas pasadas y presentes, siendo todas satisfactorias, dándonos así como el parabién de felicidad.

Mucho me contristé, y al mismo tiempo me dió alegría, cuando me dijeron que ya habían oído Misa, y yo pasando el tiempo en frivolidades sobre cubierta, sin saber que tanto madrugaban los sacerdotes para celebrar tan pronto.

Como el día anterior y la noche la pasamos muy molesta á causa de los mareos y de la tempestad, me decía, y con razón bien fundada, hoy habrá misas pero no serán temprano por efecto del malestar anterior, y me sorprendió al decirme que ya habían oído misa. Me dirigí á la capilla y con satisfacción ví que era cierto, y que había sin interrupción sacerdotes que celebraban. ¡Conqué júbilo y conqué devoción oían los peregrinos el santo Sacrificio!

Salgo de la capilla, después de terminada la santa Misa, y en aquella hora ya estaban los peregrinos en su mayoría sobre cubierta, manifestando en su rostro la alegría que sentía su corazón; haciéndome yo también participante de aquella escena de consuelo, pregunté á los primeros que á mi paso hallé en qué consistía, y me dicen; porque los puntos negros que esta mañana se divisaban eran verdaderamente tierra... y según el rumbo que lleva la embarcación vamos á pasar demasiado cerca.

Todo este día fué de emociones y de entusiasmo; á las ocho de la mañana tenía que haber Misa cantada sobre cubierta, celebrada por el Sr. Deán; todo se estaba preparando para improvisar un altar, los marineros andaban llenos de avidez preparando lo necesario (sin duda mandados por el capitán); colocaron una gran mesa, que hizo de Altar, sobre el lado de popa, adornándole cuanto les fué posible; para ello emplearon (y lo hicieron con maestría) las banderas de colores nacionales que ponen en el palo mayor cuando se llega á los puertos. Todo así bien preparado con sus mejores galas, y habiendo tomado ya los peregrinos el desayuno, dió principio el santo Sacrificio á las ocho y diez minutos, cele-

brando el Sr. Deán, como dejo dicho, con asistencia de otros dos sacerdotes que le ayudaban.

¡Qué espectáculo tan conmovedor! Bien quisiera yo hacer participar á mis lectores del entusiasmo y alegría de que estaban inundados nuestros corazones ¡qué cuadro tan consolador se ofrecía á la vista del católico contemplativo. Si bien la fe en nuestra sacrosanta religión nos enseña á creer con toda firmeza y con todo nuestro corazón, en las verdades dichas y reveladas por nuestro dulce Redentor á su Iglesia, y una de ellas es el santo sacrificio de la Misa, donde sabemos que es la renovación de su sagrada pasión y muerte, con la diferencia que allí derramó su preciosísima sangre real y verdaderamente, y sin reserva de una sola gota, en medio de las burlas y escarnios del populacho, y aquí sin derramarse se realiza el mismo sacrificio que en la Cruz ofreciera á su eterno Padre, en satisfacción de nuestras iniquidades.

¡Conqué atención, conqué humildad, conqué confianza, y conqué amor debemos asistir los cristianos, que estamos bien penetrados de estas verdades, á un acto como este, el más sublime de nuestra santa religión! Y si en todo tiempo y en todas partes, donde quiera que nos hallemos, tenemos la ineludible obligación de oírla en los días de precepto y con devoción, debe también de oírse siempre que se pueda, y oírse con la sumisión y respeto que corresponde á un acto tan divino. ¿Cuál sería, pues, el respeto y humildad conque los peregrinos la oiríamos en aquel improvisado templo cuyas bóvedas eran el firmamento, que tan dilatado tiene sus horizontes, y cuya base donde estaba cimentado, eran los profundos abismos del Mediterráneo?

Venid, venid conmigo hermanos católicos (también debía de convidar á los herejes é impíos); pero no, dejémosles, que el Dios de las eternidades se apiade ellos y les ilumine con un rayo de su divina luz, y entonces, cuando hayan arrojado la nociva venda que les cubre... entonces podrán comprender cuán sublimes, grandes y hermosos son los encantos y maravillas que encierra en su seno nuestra religión santa.

Venid como he dicho, hermanos católicos de todo el mundo (sin exclusión de sexos ni condiciones); venid todos al vapor Vellver allá en medio del Mediterráneo, que allí, entre dos abismos, va á dar principio la celebración del más grande y portentoso de todos los sacrificios, el sacrificio de nuestros altares, donde se inmola el divino Cordero para rescate de los hombres presos por la culpa.

Venid y contemplaréis como yo, con el corazón rebosando de alegría y las lágrimas en los ojos, al ver conqué recato, conqué humildad y conqué recogimiento se postran de rodillas ante el altar Santo los hijos de la fe, y así aprenderéis todos á tener devoción en el santo sacrificio de la Misa... Pues aquí echo de menos á los judíos que presencian el sacrificio... Aquí en este templo no hay quien escarnece ni quien ríe, ni hable ni vaya por pasatiempo... Aquí todos están humildes cual hijos que van á ver sacrificar á su estimado y carísimo Padre. Aquella multitud de peregrinos que me parece ver con tanta humildad arrodillados mirando al poniente (1) me encanta, al observar conqué devoción dan principio á la santa Misa con la señal de la Cruz, invocando la Santísima Trinidad, imitando al ministro celebrante que así comienza.

Paréceme ver á los hijos de San Luis Gonzaga, con sus papeles de música en la mano, jóvenes bizarros, con su cordón y medalla que ostentaban en el cuello, y con sus melodiosas voces cantar el Introito (2), al que siguen los kiries invocando la misericordia de la Beatísima Trinidad. Luego después el celebrante dice gloria in excelsis Deo. Gloria á Dios en los cielos y paz á los hombres en la tierra y en el mar, y los cantores con toda fuerza continúan entonando sus alabanzas. El celebrante se vuelve á la multitud y dice: Dominus

(1) Como el altar estaba colocado á la popa y llevábamos la dirección al saliente, es natural que la gente tenía que mirar al poniente para dar cara al altar.

(2) Los cantores eran de Madrid, como ya he dicho, de la Congregación de San Luis Gonzaga.

vobiscum; que quiere decir el Señor sea con vosotros, y dice el celebrante, Oremus, en donde nos exhorta á la oración. Sigue la Epístola, convidándonos para oír el Evangelio, como la voz de los profetas. Sigue el Evangelio, que es la voz del divino Maestro en su predicación, y para oír el mandato divino y como preparados á la obediencia, toda aquella multitud se pone de pie. Llega el Credo y se arrodilla al Incarnatus est, adorando al Verbo de Dios encarnado, rezando el Credo en que confiesa y cree cuanto Dios ha revelado á su Iglesia. Y los cantores entonces entonan, Et incarnatus est de Spiritu Santo, et Maria Virgines et Homo factus est, al que sigue el ofertorio, donde nos recuerda cómo nuestro buen Jesús se ofreció en sacrificio agradable á su Eterno Padre por redimirnos de la esclavitud de nuestros enemigos, y con el mismo amor que se ofreció de nuevo por todos los hombres tantas, cuantas veces se celebra el santo sacrificio de la Misa.

El celebrante echa en el cáliz las gotas de agua, que significan las misteriosas aguas que manaron del costado del divino Redentor cuando el atrevido soldado se le abriera con la lanza, dándonos á entender que nuestras almas han de bañarse en su Sangre divina para que sean agradables á Dios. Síguese como el sacerdote se vuelve á los peregrinos y dice: Orate Fratres, como diciéndoles; orad hermanos, como nuestro buen Jesús en el huerto de Getsemaní decía á sus discípulos: ¡Contemplad hermanos en este momento á nuestro Redentor entre tantas congojas y angustias abrirse los poros de su bendito cuerpo y cubrirse de un fuerte sudor de sangre y agua á la sola representación de nuestros delitos! ¡Cuál sería su tormento al ver delante de sí en aquel momento todos los pecados de los hijos de Adán, presentes y futuros! exclamando á su Eterno Padre... ¡Padre mío, que no se haga mi voluntad, sino la vuestra! Y el Eterno Padre oye á su Hijo y manda un angel para que le conforte.

Después sigue el Prefacio y Santus, que nos recuerda la entrada triunfal en Jerusalem del Rey de Reyes y Señor de los que dominan. Páreceme oír á los cantores entonar con

sus voces sonoras las alabanzas del Rey de la gloria Cristo Jesús. Santo, Santo, Santo, y todos los peregrinos repetir las en voz baja dándose golpes en sus pechos.

Sigue el Canon y empieza la parte principal de la santa Misa, y preparase el celebrante para la consagración... no me detengo porque todo cristiano sabe muy bien que, al alzar la Sagrada Hostia el celebrante nos recuerda, cómo nuestro buen Jesús fué crucificado y levantado en alto. Contemplad bien, hermanos, la humildad con que el sacerdote se prepara orando en silencio por su pueblo, imitando al manso Cordero Cristo Jesús, cuando rogaba á su Padre Eterno por sus mismos verdugos.

También nosotros debemos de imitarle, hermanos peregrinos, rogando por nuestros enemigos, olvidando cuanto nos hayan ofendido. En este momento y antes de levantar la bendita Hostia (que es el verdadero cuerpo de nuestro Redentor) hace la consagración, y por virtud de las palabras que dice, el obedientísimo Jesús baja de los cielos. ¿Y podremos tener miedo, aunque estamos en medio del Mediterráneo, estando con nosotros real y verdaderamente el que es autor y dueño absoluto de los mares?

No, y repito que no, porque si alguno hubiese, ese tal no tendría fe ni confianza en sus promesas, y entre los valientes hijos de esa misma fe, que aquí vamos en esta nave, no creo que haya uno. Y por virtud de esta verdad que confesamos, adoremos en la Hostia consagrada su Sacratísimo Cuerpo, ya que en el Calvario fué por nosotros tan escarnecido estando pendiente de tres duros clavos. Y ahora el celebrante hace la consagración del cáliz convirtiéndose la sustancia del vino en la preciosísima Sangre de Jesucristo.

Contemplad peregrinos, ahora que el sacerdote levanta el cáliz, á nuestro Redentor derramando hasta la última gota, estando pendiente de la Cruz. Considerad con el amor y caridad que la derrama toda, para que se laven y purifiquen nuestras almas de las manchas terribles del pecado.

Aquí ahora, el celebrante ruega por las almas de los difuntos en este instante llamado Memento.

El celebrante se dá tres golpes en el pecho pidiendo á Dios perdón y misericordia por nosotros al Nobis quoque peccatoribus. Las cruces que hace nos recuerdan el sacrificio de la Cruz que continuamente se renueva. Dice el Pater noster, que se sabe, tiene siete peticiones y nos traen á la memoria las siete palabras que dijo en la Cruz. Divide el sacerdote la Hostia, y nos hace recordar cómo en el modo de partir pan le reconocen los discípulos en el castillo de Emaús, pedidle también vosotros peregrinos, que ilumine nuestro entendimiento para que conozcamos las grandezas y perfecciones del augusto Sacramento.

Dice el sacerdote Pax Domini y Agnus Dei, dándonos la paz á imitación del dulce Redentor á sus discípulos.

Comulga el sacerdote, imitémosle hermanos peregrinos, cuantas veces nos sea posible, recibéndole con mucho amor y con mucha limpieza, en el alma y en el corazón, porque es el Sacramento de su amor, y el amor fué y es el que le obliga á darse á sí mismo en ese augusto Misterio.

¡Qué agradable me es este recuerdo! ¡no me cansaría de hablar (ó por mejor dicho de escribir)! ¡Qué panal tan dulce, y tan delicado bocado! ¡pluguiera á Dios que fuera nuestro alimento cotidiano! pero al menos comulguemos espiritualmente en este momento que es, sin duda, el más aceptable al Eterno Padre, pero con mucha fe y confianza, detestando el pecado de todo corazón. Llega el momento de terminar aquel acto tan solemne de la santa Misa, y todos postrados de rodillas como hijos sumisos de la Iglesia, recibimos la bendición, y el celebrante canta el último Evangelio, y todo aquel grupo de gente que, con un mismo y recto fin han oído la Santa Misa, se ponen de pie con suma ligereza, dando á entender que están dispuestos para emprender el viaje y derramar su sangre si preciso fuese, para defender la santa religión que profesan.

Y se termina dando gracias á Dios por el beneficio que acaba de dispensarnos y tantos como en todo tiempo nos dispensa.

¡Hermoso y bello espectáculo, digno de que no se borre

nunca de la memoria de los afortunados peregrinos del año noventa y cuatro!

Paréceme ver siempre delante de mis ojos aquel hermoso cuanto precioso cuadro.

Paréceme ver siempre, con tanto entusiasmo como entonces, á los marineros que afanosos andaban para cumplir con las órdenes que su capitán les diera, poniendo todo lo necesario para que nada de lo más preciso faltase, al adorno y decorado del improvisado altar, y para más recuerdo colocan ó se ponen á los lados tres riquísimos estandartes bordados en oro y ostentando en ellos (digo) en los dos primeros, el dulcísimo Corazón de Jesús...

El uno era del vecino pueblo de Boecillo, y el segundo de Laguna de Duero, el tercero era de Villarreal, que era también muy hermoso y ostentaba la efigie de San Pascual Bailón, y en el centro del altar también habían puesto un hermoso corazón bordado en oro que llevaba un peregrino de Valladolid.

Todo contribuía á dar más realce y esplendor á la solemne fiesta que los peregrinos, agradecidos de haber salido con bien del mal paso del golfo de León, prepararon en la mañana del día 13 que vamos narrando.

Sólo falta un recuerdo, y un recuerdo grande de nuestra capital vallisoletana, y este es el hermoso estandarte con la efigie del patrono de los obreros, el glorioso patriarca San José, que llevamos del Círculo Católico. En su mayoría los de Valladolid clamábamos por él, para tener la honra de verle tremolar en medio del Mediterráneo en el acto de más alegría para los peregrinos vallisoletanos en particular, y después de pasado un poco de tiempo se nos dá á saber que el que venía encargado de él, con las ocurrencias de Valencia le quedó olvidado ó le perdió, y he aquí el motivo (1) de faltar en aquel solemne acto la enseña gloriosa que ani-

(1) Se advierte que lo que se quedó en Valencia no fué el paño, sino el palo, y por eso no se pudo poner al lado del Altar con los otros, costandó un disgusto á los peregrinos de Valladolid.

ma á los soldados valientes que la siguen. Paréceme ver también á las olas juguetonas agitadas algún tanto, pero no imponentes como el día y noche antes, sino que el mar un poquito picado, era lo bastante para que sacudiesen contra la nave, y un sacerdote de los que ayudaban tuviese que tener casi siempre asido el cáliz para que á las suaves sacudidas no cayera.

Concluido ya aquel sublime acto de nuestra sacrosanta religión, digno de eterna memoria, porque como antes he dicho fué celebrado, no en la capilla hermosa del vapor, sino sobre cubierta y al lado de popa, y en el Templo que ya expliqué, cuya suntuosidad no tiene semejante, donde el astro hermoso del día esparcía sus rojos resplandores con toda su brillantez, orgulloso sin duda de acompañar y esparcir su luz para la celebración del Sacrificio de la Cruz, con la diferencia que en éste no se derrama su sangre realmente como allá en la cima del Calvario que, horrorizada al presenciar aquel deicidio, se ocultó entre densas nubes, quedando á la tierra en las más lóbregas tinieblas; y aquí, por el contrario, conoce que su Creador es inmolado místicamente y es ofrecido como víctima de expiación por nuestros pecados al eterno Padre. Allí se oculta por no presenciar los insultos, las mofas, los ultrajes y las risas de sus mismos verdugos y del populacho. Aquí, sobre el azulado cielo, presencia con alegría á su Creador inmolarse para remedio de los hombres, y vé que el mismo ministro le ofrece á su eterno Padre. Aquí, en medio del Mediterráneo, le contempla rodeado de hijos fieles que, con el corazón compungido y lágrimas de alegría en sus ojos, le piden perdón, dándose golpes en sus pechos, le adoran con todo su corazón y le ruegan por sus amigos y enemigos. ¡Qué contraste tan diferente! Allí es insultado y afrentado ignominiosamente, y aquí es adorado como Rey, como amoroso Padre y como Señor Soberano.

Verdaderamente que era un acto hermoso y digno de meditarle, yo cuando contemplaba aquella escena, me decía; el santo sacrificio de la Misa es real y verdadera-

Quijar

mente el mismo que tuvo lugar en el Calvario, pues allí había gente que se burlaba, reía y escarnecía al presenciar aquel sacrificio, y también había quien se daba golpes de pecho, y decía verdaderamente que este era el Hijo de Dios.

¿Y qué sucede cuando se celebra en nuestros Templos? también hay quien lleno de dolor de sus pecados y de los pecados ajenos le pide una y mil veces perdón, mientras que otros juegan, ríen y parlan, y sin ellos quererlo, hacen la misma representación que los judíos. Pues bien, apliqué aquí el sentido, en el santo sacrificio que se ha terminado y observé que faltaban los judíos, es decir, los cristianos indevotos. ¡Conqué devoción se oía la santa Misa! Yo como acostumbrado á oirla con frecuencia, tendía mi vista por la multitud, no por curioso, porque jamás tengo costumbre de serlo, sino por observar si había como jamas faltan en los Templos, alguno distraído ó con poca reverencia, y no pude encontrar más que corazones sinceros llenos de amor y respeto hacia el divino Jesús, humanado por nuestro amor; sólo sí veía, y yo también lo hacía, dirigir algunas miradas hacia los abismos del Mediterráneo, y entonces reconociendo la grande omnipotencia del Creador de todas las cosas, daba más lugar á la contemplación de los divinos misterios.

Terminada la santa Misa, como ya he dicho, tuvimos una nueva alegría; á lo lejos se divisaba tierra, y según el rumbo que llevaba la embarcación, teníamos que pasar cerca, pero antes de llegar á la tierra, veamos en qué se ocupa ese tiempo.

Un joven sacerdote de Valladolid, lleno de entusiasmo santo, se subió á una especie de armario que había cerca del puente del vapor, y desde aquel improvisado púlpito dirigió la palabra á sus queridos hermanos peregrinos, que, con un silencio sepulcral oían las frases de amor y cariño que salían de su corazón. Con una elocuencia admirable, puso de manifiesto la diferencia que existe entre la fraternidad mentida que las falsas sectas del liberalismo predicán, y la verdadera fraternidad y amor que nos enseñó

el divino Maestro de la verdadera sabiduría, Cristo Jesús, desarrollando con acierto admirable una materia de tanta importancia, mereciendo el aplauso de todos sus hermanos que le escuchaban con júbilo.

Después, como regocijados, se formaban corros de peregrinos y jóvenes peregrinas, que con mucha gracia cantaban el himno, compuesto —como ya he dicho,— por el Reverendo padre Conrado Muiños, Religioso Agustino; con música del inspirado Maestro de Capilla de la Catedral de Valladolid, y que transcribo para memoria, como también el himno de los peregrinos de Madrid y Zamora.

HIMNO DE LOS PEREGRINOS DE VALLADOLID

¡A Roma españoles!
Del Papa á los pies,
Juremos unánimes
Morir por la fe.

Y viene en nosotros la hidalga Castilla
La Reina del Mundo, la patria del Cid,
Y viene de Ansurez la histórica villa,
Que somos los hijos de Valladolid.

Allí se han dictado las leyes al Mundo,
De Carlos de Gante cuando era mansión;
La luz allí ha visto Felipe Segundo
Y ha escrito Cervantes, y ha muerto Colón.

De glorias católicas guardamos la herencia,
Católica sangre sentimos hervir;
¡Jamás con la infamia manchar la conciencia!
¡Católicos todos queremos morir!

¡A Roma, Españoles! A Roma volemos
Del santo Pontífice besemos el pie,
Y á fuer de españoles, resueltos juremos
Morir por el Papa, morir por la fe.

Juremos unánimes que siempre en España
La fe tan brillante será como el sol
Si el sol nuestros campos espléndido baña,
La fe baña el alma del pueblo español.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ,

Agustino.

Valladolid, 5 de Abril de 1894.

HIMNO DE LOS PEREGRINOS DE MADRID

Del Papa las enseñas
El triunfo enarbolemos
¡Viva la fe Católica!
Clamemos con ardor;
Y que este grito santo
Que con el alma demos
En mil girones rasgue
Las nieblas del error.

Pues descendientes somos
Del ínclito Pelayo,
Unámonos valientes
En apretada grey;
Y si el peligro arrecia
Sepamos sin desmayo
Morir por la fe santa
¡Y por el Papa-Rey!

HIMNO DE LOS PEREGRINOS DE ZAMORA

Obreros, á Roma
por tierra ó por mar
al gran León XIII,
todos aclamar.

Que no haya en España
quien deje de ir
á sus pies sagrados
su voto á rendir.

Y todos unidos
con santa efusión,
á ofrecerle fieles
vida y corazón.

Él es el Vicario
del que en una Cruz
murió en el Calvario.
divino Jesús.

Y no hay como el suyo
poderío igual,
ni al que más combata
el genio del mal.

Ovejas humildes
de su inmensa grey,
vamos á postrarnos
ante el Papa-Rey.

El Papa querido
del trabajador,
al que ha distinguido
con paterno amor.

Y á recibir juntos,
cual célico dón,
de su augusta mano
santa bendición.

Obreros, á Roma
por tierra ó por mar
al gran León XIII,
todos aclamar.

No había entre todo aquel pequeño ejército de peregrinos uno siquiera que no se contase como dichoso, de entusiasmo y alegría que sentía en su pecho, al formar parte en aquella aglomeración de cariñosos hermanos.

La noche anterior, cuando las olas embravecidas por la furia de la tempestad rujían terriblemente al estrellarse contra la navecilla bamboleándola de estribor á babor, y de popa á proa, estremeciéndose los peregrinos, aun los mas valientes, sólo al contemplar afligidos á sus hermanos más débiles, así en este día (de gran memoria) se vé y se observa divertidos aun aquellos que raras veces se divierten.

En esto comprendí, y como yo cualquiera que lo hubiese observado, el amor recíproco que reinaba y reina siempre entre los verdaderos creyentes, que en el tiempo de adversidad sienten y padecen los unos porque ven padecer á los otros, de suerte que, ahora en el tiempo de bonanza, la alegría es general. ¡Oh, bendita Religión, qué atractivo tienes entre los que te siguen! ¡Bien se conoce que fué divino tu fundador! Esta es la verdadera fraternidad, de la cual tanto hablan los del libre pensamiento, y cuanto más la vociferan más retirados de ella se encuentran.

Vengan pues, al vapor Vellver, y aquí la hallarán en sus formas normales, cual la enseñó su divino fundador Cristo-Jesús, que dijo: amaos los unos á los otros como yo os he amado. Sería nunca concluir querer referir las simpatías de amor y de cariño que se profesaban los peregrinos entre sí. Allí nada había de nadie y todo era de todos. En estas ú otras análogas distracciones estábamos (sería la una de la tarde), cuando pasábamos como á mil quinientos metros de la cordillera de Córcega, junto al faro del mismo nombre, alegrándonos sobremanera al tener tan cerca la tierra tan deseada, pues los puntos negros de que he hablado antes

sin duda eran estas cordilleras, que no se veía en ellas otra cosa que sierras muy escarpadas (1).

Serían las tres y media de la misma tarde cuando dió principio el santo Rosario, organizándose en breve tiempo una procesión, que recorrió la embarcación, por encima de cubierta, de popa á proa y viceversa, cantando á dos coros el santo Rosario...

¡Qué efecto tan admirable causaba! ¡Qué contraste tan sorprendente! ¡Qué bonito espectáculo!

El Sr. Deán, como jefe de la Religión, iba en medio de los muchos sacerdotes que allí formaban parte en la procesión, cantando como primer coro, á los cuales iban agregados los congregantes de San Luis Gonzaga, de Madrid. Los estandartes de que he hablado en otro lugar, iban delante, abriendo el cortejo, como las banderas en la campaña, y detrás todo el resto de peregrinos, que formábamos el segundo coro.

Ya habíamos perdido de vista las referidas cordilleras de Córcega, y nos hallábamos otra vez entre los dos abismos de cielo y agua, pero duró poco tiempo, pues al concluir el santo Rosario ya veíamos otra vez tierra, y en breve tiempo dimos alcance á las costas de Cerdeña, y antes de la postura del sol pasábamos el estrecho llamado de Bonifacio. De suerte que ahora ya íbamos entre dos costas, que nos alegraba grandemente, aunque altas sierras con muchas quebraduras, presentaban un bello panorama; mayormente porque se veían pueblecitos de buen aspecto con muy blancos edificios.

Terminado ya de pasar el estrecho, otra vez nos vimos en un mar muy dilatado, pero sin dejar de ver tierra, aunque muy lejos. A la postura del sol, al lado del Norte y muy cerca del rumbo que la embarcación llevaba, había un promontorio de grandes piedras, como de unas seis á ocho obradas, ó unos doscientos metros cuadrados; también había un fuerte pilar ó columna que parecía que era hecho

(1) Unas sierras peladas sin ninguna vejetación.

por mano del hombre; cosa rara por cierto y nos llamaba mucho la atención, sin haber tierra en muchas leguas. Todo lo cual nos daba pruebas de que nos hallábamnos próximos á terminar nuestro viaje por el mar.

Los que habían ya hecho aquella travesía en otras ocasiones y aún los marineros, calculaban poco más ó menos la hora que llegaríamos á Civita-Vecchia al siguiente día, con lo que se iba terminando el día 13 con una conversación tan agradable, como cuando un preso recibe la noticia de que ha llegado el tiempo de salir de su prisión.

En efecto; la noche ya había tendido sobre el horizonte su grande crespón negro, pero no tan negro como su costumbre, porque el astro luminoso, con su luz, aunque opaca, disipa las tinieblas y hace la noche algún tanto más agradable.

El mar, ese soberbio depósito de agua, enfrenado con maestría admirable por la mano omnipotente del Creador, parecía estar como descansando de sus enormes sacudidas de la noche anterior.

Los peregrinos que, después de haber pasado la noche anterior, en su mayoría llenos de sobresaltos é inquietudes por las dos escenas que ya he explicado; la una no pequeña por el malestar del mareo, y la otra mayor si se quiere, llegaron á ver la luz del día 13, en el que todo él fué de alegrías y emociones, y de gracias al Dios tres veces Santo por habernos librado de aquel inminente peligro en la tempestad.

Todo había variado de aspecto, todo parecía sonreír á nuestra vista; la noche serena y agradable, el horizonte sembrado por doquiera que se tendía la vista de bellísimas estrellas esparcidas sobre el azulado firmamento, el mar como ya hemos dicho, con un aspecto encantador, rizado con la poquita brisa que suavemente corría; la nave donde íbamos sin tener apenas movimiento, sólo se sentía el ruido acompasado de la quilla al cortar el agua con aquella ligereza que llevan los vapores, impulsada por la potencia de su máquina.

De suerte que todo contribuía y convidaba á los peregrinos á estar un poco más tiempo sobre cubierta, llenos de júbilo y esparcidos por todas partes, en su mayoría formando pequeños grupos, unos contemplando lo hermoso del mar, la belleza de la magestuosa luna que se reflejaba sobre las apacibles aguas; en fin, contemplando todo aquel conjunto de maravillas de la obra magnífica del Creador de todas las cosas; otros se divertían contándose unos á otros las ocurrencias del viaje; otros cantando con mucha gracia los himnos, compuestos cada cual en su provincia, y los más, con mucha devoción rezando el santo Rosario.

¡Qué hermoso y qué bien parece este magnífico cuadro, trazado aunque de un modo muy imperfecto!

¿Conqué gusto y armonía se vive donde quiera que uno se halle, cuando sus vecinos ó moradores caminan á un mismo fin? Aquí, en esta mansión vivíamos (digámoslo así) como los moradores del cielo; nadie tenía envidia uno del otro, nadie tenía disputas ni altercados, ni criticaba de la conducta del otro. Aquí vivían los verdaderos hermanos, el rico y el pobre, todos unidos como una sola familia. Esa es, sabios de falsa sabiduría, la verdadera fraternidad, que vosotros tanto predicáis en vuestros centros de perdición, y que nunca llegaréis á tomar posesión de ella sino adjuráis de vuestros errores; porque esta fraternidad verdadera, sólo se halla en las doctrinas que nos legó el hijo putativo del carpintero de Nazaret, nuestro divino Maestro y Redentor, Cristo Jesús, el que tratáis de que desaparezca de las escuelas y centros de enseñanza de la juventud, y qué bien manifiestos están sus frutos. ¡Quiera Dios que todo esto se concluya, y vengan todos á formar un sólo pueblo, reconociendo á un sólo pastor; y este sea el pastor supremo de la Iglesia como Vicario de Jesucristo!

¡Qué felices serían los pueblos, las naciones y las familias!

¡Quién tuviera la dicha de disfrutar en este valle de miserias de esa tranquilidad!

Lo digo así, porque me encanta sólo la memoria de los

viajeros del Vellver, en él éramos de distintas y diferentes provincias y pueblos, y á pesar de eso, no había diferencia de nada entre todos; si alguno se hallaba algo indispuerto, cada uno trataba por sí de ser su consuelo sin preguntar de dónde era, de suerte que, como ya he dicho, en las tribulaciones no se sentía más que por el que se hallaba más decaído, tomando parte todos y tratando de consolarle; y ahora en el tiempo de bonanza, todo es contento y júbilo, es decir, que todos tomamos parte en la alegría.

Ya eran las nueve de la noche, cuando la mayor parte de los peregrinos nos retiráramos de cubierta en busca de nuestros camarotes, porque todo cansaba; con las molestias y fatigas del día anterior y las emociones del presente, teníamos necesidad del reposo; á no haber sido así, hubiéramos estado sobre cubierta largo tiempo contemplando aquel bellissimo panorama.

Aquella noche tan feliz, ¡qué bien descansamos! yo, como mi costumbre del descanso es siempre poco más ó menos de seis horas, en esta noche no fué más que de cinco, pues á las dos de la mañana ya me hallaba sobre cubierta. El Cielo continuaba límpido y azulado, cubierto de muchas más estrellas que al principio de la noche (1), la Luna ya hacía mucho tiempo que se había ocultado, dando de ese modo más esplendor á las estrellas, que cual lumbreras se reflejaban sobre las cristalinas aguas, la brisa, aunque suave, dejaba sentir el frío, el mar estaba nada más que rizado, pero yo iba envuelto en la manta (2) y no me hacía impresión el fresco de la brisa. Tan pronto como me ví sólo sobre cubierta, miré en todas direcciones en busca de algún peregrino, que curioso como yo hubiera salido de su camarote para tener compañía en aquella madrugada del día 14, en la cual habíamos de llegar al término de nuestro viaje, para compartir con él las expansiones de

(1) Ya habrán notado los que hayan dormido al raso, que contra la mañana se ven muchas más estrellas.

(2) Mantas que dan á cada uno en el vapor para abrigo.

placer y de alegría de una conversación que se hubiese animado al contemplar el resultado que en aquella mañana tendría nuestro viaje, y al efecto, di varios paseos desde popa á proa y nada ví. ¡Qué silencio reinaba! nada se oía más que los acompasados golpes de la máquina y el ruido del agua al empuje del vapor. ¡Qué ocasión aquella más á propósito para la meditación!

En efecto, di principio á mis oraciones cotidianas, empezando por dar gracias á Dios, después de haber contemplado la magnífica obra del universo, y aquel golfo de agua tan sabiamente encauzado.

Absorto estaba yo en esa meditación profunda, contemplando la variedad de las estrellas y la inmensidad de los mares, apoyado sobre la barandilla del lado de estribor, cuando veo cerca de mí un peregrino que se dirigía á donde yo estaba, sacándome de mi abstracción, y al saludarnos con la amabilidad posible, reconocí en él á un amigo y hermano de la V. O. T. de San Francisco de Asis, de Valladolid (de la cual, aunque indigno, soy secretario). ¡Cuán agradable me fué la compañía en aquellos momentos! Tomamos la palabra dando unos paseos, admirando tanta belleza como se contemplaba desde aquel magnífico mirador, y ¡cuán grande será el artífice y autor de la Creación! Ya habíamos pasado un rato paseando y distraídos en nuestra conversación, eran las tres, pocos minutos más, y ya reflejaban los primeros albores de la mañana (1) y se notaba que muchos peregrinos abandonando sus lechos, subían sobre cubierta atraídos sin duda por los encantos de una mañana hermosa de primavera, y por lo bello que es el ver reflejar los primeros rayos del sol sobre pacífica mar, y le dije á mi acompañante, parece que suben muchos y nos interrumpirán nuestro diálogo, ¿no sería más acertado que nos fuéramos al lado de popa y rezáramos el santo Rosario? Su contestación fué satisfactoria conforme á mis deseos, y

(1) Se hace notar que ya allí, amanece cinco cuartos de hora antes que en Valladolid.

en efecto, así lo hicimos, nos pasamos al lado ya indicado de popa, y allí solos contemplábamos los misterios de gloria, correspondientes á aquel día, que era sábado. Concluído de pagar el tributo diario á nuestra buena Madre la Virgen Santísima, satisfechos como el buen hijo que ha cumplido bien y fielmente cuanto su querida madre le ordenara, nos retiramos de aquel sitio para confundirnos con nuestros hermanos, pues era de día claro y había muchos sobre cubierta. Ya de día, como he dicho, todo nuestra afán siempre era la tierra, y no viendo más que los dos abismos, el cielo y el agua, nos decíamos: ¿cómo es posible que á las nueve ó las diez de esta mañana lleguemos á Civita-Vecchia según dicen los marineros y gente ya experimentada, sino se alcanza á ver tierra? A lo que respondían otros más prácticos. ¿No veis á modo de niebla ó puntos negros al lado de saliente? pues de aquí á una hora veremos las costas de Italia. En estas dulces conversaciones íbamos pasando el tiempo, cosa por cierto muy agradable para nosotros, que nos encantaba ese relato (como al niño de la historia, cuando su abuelita le contaba los prodigios y grandezas de la gran ciudad de Jauja), cuando nos preparamos para ver la salida del sol...

¡Qué espectáculo tan hermoso se contemplaba en aquel momento! El sol se presentó sobre el horizonte, radiante y esplendoroso, dando un colorido á las pacíficas aguas con sus luminosos rayos que parecían perlas esparcidas por aquel vasto y dilatado Mediterráneo. ¡Cuán precioso cuadro, lleno de dibujos caprichosos sobre las olas que blandamente y con mucho sosiego se sucedían unas á otras, para los que hasta entonces no habíamos tenido la suerte de presenciar un cuadro de tanta belleza; nos quedábamos como extasiados al presenciar su hermosura. En ciertas ocasiones, hablando con personas que habían hecho viajes por los mares, las oía contar los episodios de sus aventuras, y nada pintaban más bello y más bonito que la salida del sol en el mar cuando estaba tranquilo y el cielo despejado; y verdaderamente que les escuchaba con placer, pero no contando que yo, an-

dando el tiempo, llegaría un día en que fuese testigo ocular, como lo he sido, y he aquí el motivo de tenerlo presente, y tan pronto como se preparó el viaje, ya pensaba en la salida del sol; mas luego que me vi embarcado, y la mar tan terrible, se me desvanecieron mis ilusiones, pero la noche antes á esta mañana cuando la vi tan pacífica como ya queda explicado, renacieron de nuevo las esperanzas y me acordé, siendo esa la causa de haberme apercebido tanto de los encantos que tiene la salida del sol en el mar, en una hermosa mañana como esta; y por mucho que quiera el que no lo haya visto, formarse una idea, siempre será como una tosca pintura comparada con la realidad.

Pero antes de pasar más adelante, haremos referencias de los puntos negros que hace poco veíamos, pues todo nuestro objeto y entusiasmo era el de ver tierra; en efecto, se llegó á completar nuestra alegría, á estas horas, después de la salida del sol quedamos muy bien cerciorados de que era tierra... ¡y la tierra que buscábamos!

La niebla que aparecía en el horizonte se iba disipando á medida que avanzaba la embarcación, y aunque lejos, divisábamos de frente al sol las costas de Italia; y al lado del Norte las de Francia. En este rato, así distraídos estábamos cuando ya varios sacerdotes se preparaban para celebrar el santo sacrificio de la Misa, pasando muchos á la capilla con grande recogimiento á oírla y con mayor motivo los que nos acercamos á la sagrada Mesa eucarística, que fuimos muchos los que en este día comimos el pan de los Angeles. ¡Acto solemne y divino, digno de eterno recuerdo, digno también de meditación profunda y sincera!

¡Oh Dios omnipotente, á quien adoran y bendicen sin cesar los moradores de la celestial Jerusalem! En la tierra los redimidos con la preciosa Sangre de tu unigénito, á tí clamamos hasta que sea deshecho este destierro. Los peregrinos que en tu santo Nombre atraviesan los mares, en medio del Mediterráneo te reciben, para que sean fortalecidos con ese precioso manjar bajado del cielo, para ser nuestro alimento. Gracias, pues, Dios mío, que así os dig-

náis, no sólo visitarnos á los desterrados hijos de Eva, sino ser nuestra fortaleza dándonos todo en ese misterioso manjar. Si en todo tiempo los cristianos que se acercan con fe viva á la sagrada Mesa, habiendo antes meditado bien sobre los profundísimos misterios, quién es el Señor que van á recibir, se consideran indignos y como anonadados cual viles gusanillos, pero confiados en los méritos de su preciosísima Sangre, y en los méritos é intercesión de su Santísima Madre, se acercan con mucha confianza y como abrasados en el fuego santo de su divino amor; ¿conqué fe, conqué amor, y conqué confianza se acercarian en este día los peregrinos? No hay lengua que lo pueda explicar ni pluma que lo pueda escribir, los afectos de amor y de agradecimiento que estos tendrían al solo pensamiento de que en medio de aquel abismo, y sin perder nada de su marcha veloz el vapor, y muy expuesto á que ese rico bocado que recibíamos fuese por última vez, y como viático para prepararse al viaje eterno... eso es indescriptible...

Católicos todos del mundo. Almas amantes del augustísimo Misterio de nuestros altares... á todos me dirijo, bien considero los transportes de amor y de alegría de que se inundará vuestro abrasado corazón al acercaros á la Sagrada Mesa... pero no habéis concebido cuánta sea la alegría del que navega por los mares y tiene la dicha de acercarse confiado con toda la fe posible sabiendo que va á recibir el misterioso Maná, en una palabra, al Divino Señor de todo cuanto tiene vida, comó también de los abismos por donde navega.

Ya serían las ocho de la mañana cuando todo lo que se veía daba indicios bien claros de que nos acercábamos al término de nuestro viaje; ya veíamos perfectamente las costas, y hasta se distinguían aunque lejos, las fortalezas de que está rodeado el puerto de Civita-Vecchia. En todas direcciones se veían lanchas pescadoras, que con sus grandes lienzos parecen á lo lejos, enormes pájaros marítimos sobre las aguas.

En este tiempo, y como á una legua del puerto, se veían

dos vapores de grande calado, los cuales ya que nos aproximamos como unos trescientos metros de ellos, comprendimos que eran los que conducían á nuestros hermanos peregrinos, y que salieron del puerto de Valencia muy pocos minutos antes que el Vellver, que nos conducía á nosotros. Estos dos elegantes vapores eran el Buenos Aires y el Baldomero Iglesias, que magestuosos hacían frecuentes correrías, sin duda aguardando al práctico para poder entrar en el puerto. Pasamos los de el Vellver por medio de los dos á una distancia muy corta, dándonos todos los peregrinos de los tres vapores, sobre cubierta, frecuentes saludos con los pañuelos, y con afectuosas voces, digámoslo así, como el parabién del feliz viaje. ¡Qué momentos aquellos tan felices! Allí, en un tiempo tan oportuno y próximos á desembarcar con feliz éxito, hallarse reunidos nada menos que tres elegantes vapores, tremolando en sus altos palos la bandera española, que los marineros, por orden superior, habían enarbolado en aquellos momentos, y cargados de más de seis mil hijos de España, y estos con un mismo pensamiento y con el mismo latir en su corazón, llenos de entusiasmo y de fé... la alegría llegaba al colmo como rayando en frenesí.

Sólo hubo un poco de mezcla en la alegría en muchos que no estábamos muy al corriente de lo ocurrido en Valencia, y nos decíamos así como en tono triste: ¿No eran cuatro los vapores que salieron de Valencia, pues cómo es que el uno falta? ¿Qué le habría sucedido? Y echando cuenta qué vapor faltaba, era el Montevideo, sacándonos de la duda otros compañeros que estaban más enterados y decían: El Montevideo es donde vienen los Señores marqueses de Comillas y de la Solana y el Sr. Arzobispo de Valencia, que al ver tanto atropello, sin ningún motivo más que el de ser hijos fieles de la Iglesia, y llenos de fé, traspasar los mares para dar una prueba de adhesión y cariño al vicario de Cristo, no salieron de Valencia hasta no pedir una satisfacción de lo ocurrido al Gobierno, y acaso llegarán esta tarde ó mañana pronto, si Dios quiere... Volviendo de este modo á renacer por completo la alegría. En este tiempo llegamos a

puerto... Y para decir verdad, como en Valencia habíamos sufrido aquel terrible desengaño no esperado (y mayormente en nuestra patria), teníamos algún recelo... pero se desvaneció enseguida que vimos, aunque desde lejos, las tropas italianas de gala, y llegarse al vapor varios empleados del puerto en ademán de confianza.

Con respecto al puerto de Civita-Vecchia, es, no tan bueno como el de Valencia, pero en muy buenas condiciones, pequeño y de menos fondo que el de esta ciudad, había en él vapores de diferentes naciones. Los vapores españoles que conducían los peregrinos ya hemos dicho que eran cuatro, pero como los que venían en el Montevideo no habían llegado, sólo eran los tres ya citados; primero llegó á su puesto donde ancló, el Baldomero Iglesias, después el Buenos Aires, y entre los dos el Vellver; ya anclados en el puerto, se tardó más de dos horas en desembarcar, pero antes daremos algunas noticias del puerto, aunque sean breves.

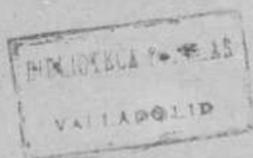
Antes de llegar al susodicho puerto, como á una distancia de tres kilómetros, presentan sus alrededores un aspecto pintoresco y al mismo tiempo grave é imponente por sus fortificaciones, que parece estar rodeado de fuertes murallas y castillos, y bastante en el centro del mar, tiene un castillo que en caso de defensa será muy útil, y próximo al mismo un fuerte torreón donde está la farola.

Cuanto á su fondo, como ya he dicho, debe ser menor que el de Valencia toda vez que en aquél llegan los vapores á la orilla, y en éste no llegan lo menos con doscientos metros. Enseguida que ancló el Vellver andaban alrededor varias barcas, unas que vendían naranjas, limones y variedad de frutas; y otras que debían ser para el servicio de los empleados del puerto, con objeto de prestar auxilio en caso necesario, y algunas que se acercaban (á mi entender) guiados por hambre ó ambición, porque pedían se les diera pan, y como los viajeros que allí habíamos llegado eramos católicos de verdad y sólo entre esta clase de gente es donde reside la caridad y el verdadero amor de sus semejantes, (fuera de algunas excepciones) dicho se está, que teniendo



EMMO. SR. D. BENITO SANZ Y FORÉS

CARDENAL DE SEVILLA



pan en abundancia y poca gana de comer (1) fueron aquellos infelices socorridos con prodigalidad, tirándoles pedazos de pan á sus barcasas, y que ellos procuraban cojerlo en el aire con mucha avidez, en ellos se conocía una especie de alegría y que tendrán recuerdo de los peregrinos españoles para siempre. . . ¡Conqué poco se conforma el pobre que con el sudor de su rostro gana el pedazo de pan para sí y para sus queridos hijos!

Aquel día, memorable para ellos y nosotros, lo tuvieron en abundancia, y por eso se les ve tan risueños y alegres, y á los peregrinos saltando su corazón de gozo al contemplar la sabia disposición de la omnipotencia divina, que después de habernos probado en la adversidad de la tormenta, y llenos de consternación clamando á su divina misericordia, nos ha llevado al seguro puerto, y rebosando alegría, darle gracias no sólo por haber llegado con feliz éxito á puerto seguro, sino también por haber podido ejercitar la caridad con nuestros semejantes.

Y mucho mejor cuando en aquel instante nos sirvieron el almuerzo, y á pesar de no tener ninguna queja del servicio que durante la travesía nos habían hecho en el vapor, en aquella mañana (por ser la despedida) nos sirvieron garbanzos buenos y en abundancia, ricamente condimentados; y después, también con abundancia, bacalao muy exquisito, tanto que la mayor parte de los peregrinos que veníamos en tercera (2) no habíamos comido en la travesía sino demasiado poco (3), y en esta mañana parece que generalmente comíamos con apetito; el pan que nos daban era tierno y bien amasado, y como ya no teníamos necesidad de hacer más comidas por nuestra cuenta, sino en casa de los patro-

(1) Todos los grupos de diez que comíamos juntos, como la mayor parte (desde que empezó el mareo no había ganas de comer), teníamos de sobra gran cantidad de pan.

(2) Digo de tercera porque con arreglo á nuestra clase nos cuidaron muy bien, y los de primera y segunda con arreglo á su clase, les oí decir lo mismo.

(3) Comíamos poco á causa de estar mareados.

Gujar

nos, dicho se está, que llenos de complacencia se tiraban panes enteros. Sería demasiado molesto si fuese á referir minuciosamente cuanto ocurrió en aquella ocasión tan digna de memoria; se celebraba la llegada al referido puerto rezando y complaciéndose los peregrinos entre sí; cada cual buscaba en su equipaje pan ó alguna cosa que poder dar á aquellos infelices hijos de Italia.

¡Cuánto se complace el corazón del que siendo pobre puede remediar á su hermano necesitado! ¡Y cuán grato debe ser el corazón generoso ante el divino Juez de vivos y muertos! pues así lo dió á entender el divino Jesús, cuando cansado de un penoso viaje se sentó junto al pozo de Jacob, aguardando á la Samaritana para convertirla, y pidiéndola un poco de agua la dijo: yo te daré á beber de un agua de las fuentes de salud, que nunca dan sed.

En tanto que esto tenía lugar, llegó la hora de desembarcar, que serían las diez; pero antes haré una observación. Desde que salió el sol tan radiante como ya he dicho, con un cielo tan limpio y azulado, así continuó; la brisa que á estas horas corría, era demasiado poca, la mar parece que nos despedía sonriente, pues apenas se movían sus aguas; sus olas agitadas antes con tanta furia, ahora apenas se advierten, pues vienen tan suaves á dar contra sus orillas que casi se perciben; ¡el sol! esa espléndida lumbrera colocada en lo más alto de los espacios infinitos por la mano del Dios omnipotente, vivificando con su calor á las plantas, para que sean el sustento del hombre; y ese hombre que fué colocado sobre la tierra, como rey de la Creación, para que reconozca la grandeza y poder del que le creó y reconociéndole, eleve su mirada al cielo y le dé gracias por tantos beneficios: ese sol, digo, es el que tenía todo su dominio, con todo su esplendor y magestad, que nos parecía estar transportados á aquellos climas abrasadores del Africa, según nos cuentan los que por allí han viajado; de suerte que era únicamente lo que nos causaba alguna molestia.

El desembarco se hizo muy cómodamente y en breve tiempo. Según íbamos pasando por la aduana, sin detener-

nos nada, y con amabilidad nos hacían estas preguntas: —¿Lleva usted armas ó tabaco?—No señor, contestábamos; y ese era el reconocimiento y preguntas que hacían, siguiendo nuestro camino con dirección á la estación, que distaría del muelle unos quinientos metros. Todo el trayecto estaba cubierto de largas filas de agentes de orden público y de soldados, que vestían unos y otros uniformes de gala, y eran muy galantes y risueños; aunque no entendíamos el idioma, comprendíamos perfectamente que nos recibían con afectuoso cariño.

Nosotros nos decíamos unos á otros, ya estamos fuera de nuestra patria, y sin embargo parece que nos reciben mejor que en Valencia, y verdaderamente, que no se puede recordar sin tener amargura en el corazón, lo ocurrido allí; en nuestra querida España, entre hijos de una misma nación, se nos ultraja alevosamente sin otro delito que el que ya están al corriente mis lectores, y aquí, que somos de diferente nación nos reciben con muestras de cariño: ¡qué amabilidad entre todos en general! pero en particular entre los empleados de la vía férrea, convertidos todos como igualmente los de orden público (no solo los simples empleados, sino los mismos jefes) en sirvientes muy finos de los peregrinos españoles, ayudando á unos y á otros á que se colocaran en los carruajes, dando la mano al que conocían más debil, y trabajando y afanándose cuanto les era posible para complacer á los en aquel entonces expatriados peregrinos. ¡Rasgo heroico, digno de perpetuarse para orgullo de los hijos de Italia, y confusión y rebajamiento de los no católicos de Valencia!

En aquel instante recordé una cosa que me causó mucha alegría por una parte, y por otra tristeza; alegría porque desde el momento que dejamos de pisar tierra española también se dejaron de oír esas horribles blasfemias que, por desgracia, los hijos de nuestro querido suelo, en particular los que se tienen por hombres adelantados en las ciencias y se titulan librepensadores, y no pocos que se dicen católicos, apenas abren su boca, dan principio á sus hablajes, con

imprecaciones blasfemas (1). Y ahora que hablamos de ese mal, contagioso en nuestra querida patria, razón es que, como verdaderos creyentes é hijos de la fe, robustecidos con la Sangre preciosísima del Cordero inmaculado, hagamos una reflexión ó protesta contra esa horrible maldad. ¿Qué es en sí la blasfemia? La blasfemia es un terrible mal, contagioso de generación en generación; es la criatura, ese vil gusano que lleno de altivez y de soberbia asesta directamente los tiros de su envenenada lengua contra su Creador. ¿Y ese hombre ingrato que así muestra su soberbia, no conoce que se hace reo de lesa magestad divina y que en su día será juzgado como tal?

Sobre todo, no me extraña en esto más que una cosa, y es la siguiente: ¿Por ventura encuentra en ello algún lucro el blasfemo? Yo estoy segurísimo, y conmigo todos los hombres honrados y prudentes, que no. Comprendo que en todos los vicios que el hombre pueda tener (aunque hablando de vicios todos tienen fatales resultados), hallarán: el ladrón, lucro en sus robos; el lujurioso, placer; el glotón ó bebedor, hartura y cumplidos sus deseos (aunque todo esto ilícito); pero el blasfemo, repito una y mil veces que no y que no, ¿pues qué ventajas puede tener? las ventajas que puede tener es corromper más y más la Sociedad actual y la venidera, y conducirla al precipicio. Por tanto, hermanos católicos verdaderos, aunque pequeños é indignos somos, unámonos y formemos nosotros y nuestras familias un pueblo creyente, y elevemos nuestras súplicas al Dios omnipotente, y que nuestra lengua le dé continuas alabanzas, y con toda la fuerza de nuestros pulmones protestemos contra ese terrible mal. De ese modo habremos hecho cuanto está de nuestra parte para que nuestra querida España, hoy en tanta decadencia en materia de religión y moralidad, vuelva á sus antiguas creencias, y con esto obtenga las ben-

(1) Digo que por otro lado de pena, porque pena he tenido al ver que en esos días que hemos estado en Roma, no hemos oído palabra mal sonante, y sí solo entre los hijos de España, que tanto deseo su felicidad temporal y eternal.

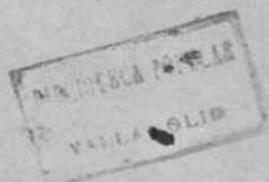


EXHIBIT NO. 10
JANUARY 1900



EXCMO. SR. D. CLAUDIO BRU
MARQUÉS DE COMILLAS

diciones del Cielo, y la prosperidad de sus antiguas grandezas, y de este modo sus hijos serán siempre felices.

Antes de terminar este capítulo, me parece conveniente y hasta indispensable, hacer una breve reseña del vapor en donde hemos hecho la travesía hasta Civita-Vecchia.

El vapor Vellver, que es el que nos ha transportado al seguro puerto ya indicado, es un vapor si se quiere pequeño, pero en muy buenas condiciones. De largo mide ochenta y ocho metros, y su dimensión á lo ancho es de once y medio, sus camarotes de tercera en muy buenas condiciones, cada camarote bajo, tenía su colchoncito relleno de yerba, bastante cómodo, y todos su manta nueva de pelote que daba buen abrigo, su cabezal y su chaleco de corcho forrado de fuerte tela de cáñamo (1).

Su capitán, joven y amable, su Médico muy complaciente, y una buena tripulación. Los alimentos á cada uno según su clase donde iba, buenos y bien acondicionados, regularmente los que íbamos en tercera; el desayuno café bastante y bueno, á las diez la comida, que consistía casi siempre en un plato de alubias ó macarrones, y otro de garbanzos, carne y arroz, y por la tarde, á las cuatro, la cena, que regularmente era lo mismo. Vino, cerca de dos cuartillos en las dos comidas, el pan tierno y bien acondicionado. Camarotes sobrantes en los que cabían bastantes más peregrinos.

HIMNO EN ACCION DE GRACIAS

DESPUÉS DE SALIR Á TIERRA

Que Dios le dé salud
al capitán del Vellver,
y á los valientes marinos
que tripulan en él.

(1) Los chalecos de corcho son para caso de necesidad, como salvavidas.

Mandaba con intrepidez,
y los marinos valientes
trabajan con afán
para salvar á la gente.
El Sr. Deán, cual padre cariñoso,
á los peregrinos anima,
diciéndoles tengan fe
en Dios Todopoderoso.
En el Golfo de León
rugiendo la tempestad,
el Sr. Deán decía,
en el Señor confiad.
Todos los peregrinos
llenos de temor,
no por morir ahogados,
sino por su esposa é hijos de su amor.
Ya cesó la tempestad,
demostramos gracias á Dios
y á la Virgen del Carmelo
que nos libró de naufragar.
Viva el vapor Vellver,
viva su capitán valiente,
viva la tripulación,
vivan los peregrinos
que no temen la muerte.
Que viva León XIII,
pastor de la grey,
que viva, que viva,
nuestro Papa-Rey.
Los peregrinos españoles
que vivan también,
porque han pasado el mar
con alegría y placer.
Que viva el Catolicismo
en perfecta unión,
y viva León XIII
y la santa Religión.

Que viva la Iglesia
santa de Dios,
que viva San Pedro
y León XIII su sucesor.
Y ya que va de vivas,
que viva Jesús,
y su afligida Madre
al pie de la Cruz.
Que Jesús con su Sangre
la santa fe selló,
la fe que pura arde
en nuestro corazón.
Peregrinos, conservad
la fe en vuestro corazón,
para que así más pura brille
nuestra santa Religión.
Que si en Valencia
nos apedrean,
los de Mogente
nos vitorean.
Con grandes músicas
y gran contento
salen de aquel pueblo
al recibimiento.
Dando vivas al Papa
y á los peregrinos,
salen de aquel pueblo
las autoridades y vecinos.
Si queréis hermanos,
agradar á Dios,
sed siempre humildes
de todo corazón.
Hermanos peregrinos,
si queréis amar á Cristo
cumplid sus mandamientos
respetando á sus ministros.
A los ministros de Cristo

respetad con amor,
y así triunfará siempre
nuestra santa Religión.
A las imágenes sagradas
adorad con devoción
y con humilde atención
el que sean veneradas.
Humillad la frente altiva
ante Dios Sacramentado,
y pedidle con agrado
que en su gloria nos reciba.





CAPÍTULO III

Arranque del tren de Civita-Vecchia.—Llegada á Roma.—Cinco dias de estancia.—Detalles de la entrada.—Detalles de los monumentos más notables.—Episodios ocurridos durante la estancia en la capital

Ya hemos dicho en el capítulo anterior, y dado explicación de la llegada y desembarque feliz en el puerto de Civita-Vecchia, que fué á las diez de su mañana del día 14, que vamos narrando, y también dado detalles del buen recibimiento que nos hicieron los vecinos italianos, y como ya quedamos colocados todos en sus respectivos coches, siendo servidos los peregrinos con mucha amabilidad por los agentes de la autoridad y empleados. Réstanos pues, seguir adelante con la tarea empezada.

Eran las diez y veinte minutos, cuando la locomotora hizo su última señal y arrancó de la estación. Un trayecto bastante largo va costeando la vía férrea el mar, el terreno es muy pedregoso y muy desigual, pero por donde va la vía está bien desmontado, y con la rapidez que llevan los trenes de

Italia, no tardamos en llegar á la estación (1) de Ulcita, donde tuvo cinco minutos de parada, y enseguida continuó su marcha.

El terreno que hay antes de llegar á la estación mencionada, de donde salimos ahora, y un trayecto después, es montañoso y desigual, pero tiene magníficos valles; algunos sólo de pastos, que son muy abundantes y varios de agricultura, pero más si se quiere en arbolado y follaje; en muchos de los matorrales se veían varias reses vacunas, todas de color aplomado, muy cornialtas, con las puntas derechas hacia arriba, que parecen venados; la vejetación del arbolado está como aquí en la fuerza de la primavera. Sus sementeras de trigo y cebada algo menos adelantadas que en Valencia, pero con señales de prometer abundancia en la cosecha, aún mayor que en Valencia.

Llegamos á la segunda estación llamada Palidoro, y aparece otra vez á mano derecha el mar, que se le vuelve á costear un trayecto corto, y así que se pierde de vista, quedan á la derecha grandes matorrales de mucha espesura y frondosidad, y á mano izquierda, montañas muy elevadas, vestidas de un bonito verdor con repetidos y prolongados valles como los de atrás, con buen terreno para la agricultura y abundancia de pastos.

Llegamos á la tercera estación llamada Pontegadera, y la cuarta cerca, llamada Mogaeste. El terreno por aquí más variado, con abundantes pastos, sembrados de cereales y alternando con bonitos matorrales. La quinta estación llamada Magriana, de aquí en adelante, al lado derecho grandes llanuras de agricultura, ya se comprendía que pronto habíamos de llegar á la Ciudad deseada. Por el lado izquierdo continúan los hermosos valles con sus alturas, pero también dan muestras de que nos aproximamos al término de nuestro viaje, por sus valles y laderas vestidos de viñedos y de olivos, y en los bajos hermosas huertas; muy cerca de esta

(1) No hago mención de las estaciones pequeñas ó apeaderos, que eran muchas, y sí sólo de las de alguna importancia.

estación pasa el famoso río, que tanto se menciona en los hechos y costumbres de la antigua Roma, el Tiber, del cual ya se darán detalles más adelante, cuando corresponda.

Pasado como unos cinco kilómetros más adelante, el terreno que se alcanza á ver es sumamente buenísimo, al lado de la derecha hay mucha llanura con hermoso campo sembrado de agricultura (cereales), con muchos caseríos; y siguiendo la vista al lado del río, por la derecha, hay un caserío, que por su aspecto parece una quinta romana, como de las que hablan las historias, en la cual se ven cuatro torres, que más bien deben ser castillos. A la izquierda continúan los hermosos valles, si bien ya en mejores condiciones que los de atrás, pero sin tanto arbolado, sólo hermosos huertos que nos hacían agradable el tiempo, y según iba éste transcurriendo con tan deleitables paisajes, sin sentir ninguna molestia nos íbamos acercando al término del deseado viaje. ¡Conqué cuidado íbamos todos á la llegada! Nos hacíamos mil ilusiones sobre si estábamos ó no cerca. ¡Cuánta alegría rebosaba en nuestro corazón! mayormente cuando pensábamos que en aquel mismo día, y acaso en breve tiempo habíamos de estar en aquella Ciudad, de la que tantas maravillas cuentan las historias, donde tantos Santos derramaron su sangre por conservarse puros en las creencias de la santa religión. Sobre todo, donde San Pedro Apóstol, como primer Jefe de la Iglesia Santa, se estableció como roca inconmovible, y derramó su sangre, para así sellar con ella las doctrinas que predicaba, á imitación de su divino Maestro Cristo Jesús.

Por fin, ya tuvimos la dicha de verla por nuestros ojos, aunque todavía faltaban algunos kilómetros para llegar á la estación. ¡Conqué entusiasmo contemplábamos desde las ventanillas de los coches la grande Cúpula del Vaticano, que era lo que primero se vió, y por muy poco tiempo!

Ya la máquina que con tanta velocidad y fuerza arrastraba los carruajes que nos llevaban, tocó su atronador pito, dándonos á entender que llegábamos á la última estación. Y en efecto, era la una menos cuarto cuando el tren llegó á la de Trastévere...

¡Qué campiña más hermosa ofrecen á la vista aquellas llanuras tan extensas, matizadas y perfumadas con los exquisitos aromas de las flores de una primavera en toda su fuerza y lozanía! ¡Cuántos caserios tan próximos unos á otros, y qué bonito contraste hubiese causado á otra clase de viajeros! Era capaz por sí sóla aquella vega tan hermosa, de ilusionar con sus encantos primaverales á todo aquel que con despacio y sabiduría, hubiese contemplado aquel bello panorama, que la naturaleza parece se había esmerado en dibujar para que el hombre, transportado como en un edén, levante su mirada al cielo donde mora el autor de la creación, y le dé repetidas gracias.

A los peregrinos también les agradaba todo esto, y reconocían en ello la sabiduría y grandeza del Dios omnipotente, su creador; pero no era ese el objeto que allí les había llevado, habíamos llegado allí con el fin de ver por nuestros ojos á nuestro Padre, ese Padre cariñoso de todos los fieles, y como se nos figuraba que tardábamos, mostrábamos nuestra impaciencia y no hacíamos caso de la hermosura de los campos cubiertos de belleza, que desde allí se veían.

Antes de pasar adelante, me parece bien dar á conocer á mis lectores, en qué punto ó lado de la ciudad se halla la estación de Trastévere, que es á donde hemos llegado. La estación es una buena obra, pero no que llame demasiado la atención. Su construcción, poco mejor que la que se está haciendo en nuestra capital de castilla (Valladolid), si bien más grande, su cubierta de tres vías, y se halla enclavada al lado del mediodía de la ciudad, distando ésta unos mil quinientos metros, que no se ve la población á causa de hacer bastante cuesta, que está por delante, como ya se ha dicho, del camino, desde Civita-Vecchia hasta Roma. Al lado izquierdo no dejan de sucederse los valles y las alturas, así es que la Ciudad se halla al Norte de la estación, ó bien á la izquierda de la vía férrea, de suerte, que está entre cuestras y cerros, y aún en la misma Ciudad se advierten alturas bastante elevadas, y en otras partes muchos bajos.

Y como quiera que al lado derecho de la vía se observa

desde muy lejos mucha llanura, por eso da frente á la estación aquella vega tan hermosa, que queda descrita; estando ésta en llano pero próxima al arranque de la cuesta, dicho se está que se ve demasiado poco la Ciudad.

Ya de aquí á muy poco tiempo, estaremos en la población más feróz que registran las historias en los pasados tiempos de los Césares; en esa Roma donde tantos hechos de armas (siempre victoriosos) se cuentan; en esa población que destruyó á Jerusalén, con las tropas ó ejército al mando de su valeroso Emperador Titó, hijo del Emperador Vespasiano; en esa Roma, en fin, dominadora y Señora del mundo. Pero la Roma que hoy existe, aunque sea la misma de entonces, ya no es feróz, ya no es conquistadora con las armas, ya no hace temblar á las naciones como en aquellos tiempos á que me refiero, sino que es la Ciudad santa, la Ciudad pacífica, cuyos honrados moradores son amables y complacientes. Saben que venimos los peregrinos españoles en gran número y no se alarman, antes por el contrario, nos esperan, digámoslo así, con los brazos abiertos.

Saben muy bien que no vamos con otro fin más que el de ver y consolar con nuestra visita á nuestro querido Padre León XIII, á ese gigante colosal, que á la manera que los antiguos Nerones hacían temblar el mundo entero, y llenos de pavor se postraban las naciones á sus pies, así este venerable anciano, con su grandeza de espíritu de que Dios le ha dotado, conmueve á las presentes generaciones, dando á todos el ósculo de paz, atrayendo con sus doctrinas que esparce por el globo, á todas las ovejas que le han sido confiadas, al redil de la Iglesia, como supremo Pastor de ella.

Y he aquí, hermanos peregrinos, por qué vamos á entrar, no en la Ciudad de los tiranos Nerones, sino en la Ciudad donde reside el buen Pastor, ó por mejor decir, en la Ciudad de nuestro cariñoso Padre, que con ansia nos espera con los brazos abiertos. Por eso, los primeros hijos de esta nación que hemos visto, nos han tratado con benevolencia y amabilidad, como Dios mediante, esperamos nos traten en la Ciudad Santa.

El tener que hablar (ó escribir) de las grandezas que esta ciudad encierra dentro de sus fuertes y antiguos muros... me dá miedo, porque ¡quién soy yo!... ¿qué estudios tengo hechos en las ciencias, y sobre todo en las maravillas que encierra? ¿Quién soy yo, sino un obrero que tengo que sudar y trabajar diariamente para comer un pedazo de pan, sin otros bienes que el sudor de mi rostro, robándole á mi cuerpo el descanso que de noche necesita?

Me he tomado con mucho gusto esta tarea, pero al tener que dar detalles superiores á mi entendimiento, temo, porque siempre resultará pálido todo cuanto yo pueda encomiar las grandezas de la primer maravilla del mundo (1), pero tengo la confianza, no en mí, por lo que ya he dicho, sino en Dios omnipotente, autor de la sabiduría, y en su bendita Madre la Virgen del Carmelo, á quien dedico este mi pobre trabajo, que iluminará mi escaso entendimiento, así como cuando estableció su reinado en la tierra (2), que para ello no se valió de magnates ni de filósofos sabios, sino de doce rudos pescadores, que después de haber recibido al Espíritu Santo, ellos solos fueron bastante para convertir al mundo entero y confundir así á los falsos sabios.

Al recordar lo que tengo leído en los hechos de los Apóstoles, me da un poco de confianza, porque como de ellos se desprende, Dios nuestro Señor siempre se vale de los pequeñuelos y humildes para grandes cosas, y confundir la soberbia y orgullo de los sabios, y por otra parte, también confío en que mis lectores, siendo católicos y en particular peregrinos, que han hecho el viaje en mi compañía (aunque sean de diferentes puntos de España) sabrán ser indulgentes con su hermano obrero, que tanto les aprecia.

Ya hemos dicho más arriba que llegamos á la estación de Trastévere, última de nuestro viaje, á la una menos cuar-

(1) Maravilla primera del mundo, el Vaticano.

(2) Su reinado en la tierra. Su Iglesia.

to de la tarde del día 14; y también he dicho que estábamos impacientes, y en verdad que así era, nosotros que todo nuestro deseo era el de llegar cuanto antes á aquella populosa ciudad, mayormente con el objeto que ya saben muy bien mis queridos lectores: digo que nos parecía un siglo cada vuelta que á la pequeña esfera del reloj daba el segundero. Pocos minutos menos de dos horas estuvimos allí sin tener ninguna orden; nuestros dignos representantes ó jefes superiores, que tanto han trabajado y con un celo admirable, sin duda lo tenían arreglado de un modo que ya no es posible ni aun pensarlo mejor; pero indudablemente tuvieron que aguardar á que se reuniese todo el número de coches que necesarios fueran para hacer una entrada, sino ostentando vanagloria como los grandes de la tierra, por lo menos que fuese decente y honrosa, como en efecto lo fué.

¿Qué hubiese sido de tantos peregrinos, como allí nos hallábamos reunidos, si cada uno hubiese entrado á la voluntad de su capricho? Hubiese resultado un desbarajuste, indecoroso é indigno de honrados católicos españoles. Item más: ¿Dónde hubiésemos ido á parar para que cada cual encontrase el alojamiento que le tenían destinado? ¿Qué vía ó que dirección hubiésemos tomado ya dentro de aquella populosa ciudad, mayormente sin entender el idioma que allí se usa? Hubiéramos andado errantes la mayoría, como niños perdidos entre las espesuras de un dilatado bosque.

Pues bien, propiedad de la hirviente sangre española que siempre anhela ver cumplido sus deseos en el instante que lo piensa, siempre que así lo crea conveniente, y sin duda (á mi parecer) fué esa la causa de que se tardase el ver cumplidos nuestros deseos. Por fin pasamos, muy incómodamente por cierto, llevando unos con otros grandes achuchones; al salir de la sala de descanso y no con poca sorpresa, vimos aquellas enormes filas oblicuas de coches (1)

(1) Digo oblicuas, porque la fachada de la estación del lado de la ciudad, es muy grande y forma una extensa explanada á manera de semicírculo, los coches eran abiertos con cuatro asientos.

que esperaban con bastante calma por parte de los conductores ó cocheros, que en eso se parecen muy poco á los españoles.

Ayudados por los empleados del servicio de la estación y los del orden público, nos íbamos colocando (según salíamos) de á cuatro en cada carruaje. De suerte que serian próximamente mil quinientos los coches que había en aquellas grandes filas.

Al tiempo de partir, se entregaba por los agentes de orden público á cada uno su papeleta con las señas del domicilio que tenía que ocupar, y otras prevenciones que nos eran necesarias, y al cochero otra para su conocimiento donde nos tenía que llevar, y una vez terminados estos requisitos (que era en un momento) partía á escape, cuanto podían los animalitos. Con mucho orden se hizo la entrada, y en menos de dos horas ya estábamos distribuidos en varias direcciones por toda aquella hermosa ciudad; las hermanas peregrinas fueron á un convento de monjas titulado San Pascual, en la vía Licia, donde según me han enterado, estuvieron bien asistidas y con el decoro que á su sexo corresponde.

Los hombres, ó sean los hermanos peregrinos, distribuidos en pequeñas y grandes secciones, de á seis, diez, quince, veinte, treinta y hasta de sesenta ó más, en hoteles y casas particulares. Mi alojamiento fué en la vía Paola, número 47, en casa particular, donde fuimos tres de Valladolid y seis de la provincia de Valencia, que por cierto nos juntamos nueve, y entre los nueve un joven sacerdote, y después sentimos tanto la despedida como si hubiésemos sido una sola familia, que es el mayor elogio que se puede hacer de las personas, que en el poco tiempo que juntos estuvimos, bastó para que nuestro trato fuese sincero y amable, y para que en la despedida mostrásemos unos y otros gran sentimiento.

Según he oído á muchos peregrinos, encontraron en vez de patronos, cariñosos amigos, quedando unos y otros agradecidos: yo por mi parte y mis compañeros de alojamiento,

podemos decir que fuimos á una casa de afectuosos amigos; á nuestra primera llegada en aquella morada inolvidable, fuimos recibidos como quien llega á la suya, y la familia deseosa de verle, le recibe con amor filial; nuestro patrón nos estrechó cariñosamente la mano teniendo el sombrero en la otra, y su amada familia con semblante cariñoso y halagüeño; nosotros correspondimos con toda la cortesía y fineza que requiere y enseña la urbanidad y buena crianza, quedando unos y otros muy satisfechos. Al ver yo tal entrada en aquella ciudad donde tantos mártires han derramado su sangre, y donde eran los hombres aún más feroces que las mismas fieras, y al recordar lo mucho que tengo leído como fabuloso y novelesco de aquella heroica ciudad, y ser hoy recibidos en su seno, tan gran número y sin obstáculo de ningún género por sus habitantes, que en grandes masas contemplaban nuestra entrada, con la sonrisa en sus labios, no podía menos de exclamar y decir lleno de admiración: ¿No son los que hoy moran en esta populosa ciudad descendientes de aquellos que, feroces é inhumanos perseguían de muerte á nuestros hermanos, tan solo porque eran fieles adoradores del hombre Dios, que por nosotros quiso derramar su preciosísima Sangre? ¿Cómo es que, estos sus descendientes son tan complacientes hoy con nosotros, que nuestro corazón late lleno de amor lo mismo que latía el de nuestros hermanos que perseguían con tanto odio? ¡Ah! es que la divina Providencia ha obrado en ellos el portentoso milagro de que sus ojos se hayan abierto á la luz de la fe católica, única verdadera, de nuestra sacrosanta religión! ¡Es que el Dios eterno que rige y gobierna los destinos de las generaciones, se compadecería de ellos allá en su infinita misericordia, y les concedió la gracia que no tuvieron sus antepasados, haciéndoles á éstos hijos de la fe y verdaderos creyentes! Y he aquí por qué hoy nos reciben en su seno como á verdaderos hermanos, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón. ¡Qué contraste el de este recibimiento de los hijos de una nación extranjera, que nos abrazan y nos saludan cariñosos, y en Valencia, nuestra patria, nos apedrean!

Enjor

Pasados los primeros momentos de expansión y de bienvenida, nos destinan una bonita habitación, que si no tenía elegancia, por lo menos tenía todo cuanto necesario fuese para estar cómodamente (1), mucho aseo y limpieza y amueblada con mucha decencia; sobre todo, lo que á mí más me llenó de satisfacción á la primera entrada, fué al reparar los adornos ó cuadros que en sus paredes tenía, pues eran todos pasajes y recuerdos de nuestra santa religión, con los retratos de Jesús y María, y en la cabecera un santo Crucifijo.

¡Cuánto gozamos y dábamos gracias á Dios, que después de un viaje lleno de alegría por un lado, y de peligros por otro y tan lejos de nuestra querida familia, nos habían reservado un alojamiento en que los patrones eran en todo como hermanos nuestros, que teníamos libertad para poder hacer en comunidad nuestras oraciones antes de irnos á dormir, como si estuviéramos entre nuestra familia! Gracias, Dios mío (repetíamos) porque nos haceis conocer los grandes efectos de vuestra misericordia, que nunca tiene límites para favorecer á vuestros siervos!

Ya en nuestra habitación, nos proponíamos los tres que allí habíamos llegado hasta entonces, á arreglarnos un poquito nuestra ropa de vestir, con impaciencia porque ya era bastante tarde y queríamos aprovechar el poco tiempo que quedaba de día, viendo cuanto nos fuese posible, pues ya en el trayecto que habíamos recorrido en los coches nos parecía todo como una Ciudad encantada, pero era necesario afeitarnos, pues hacía cinco días que habíamos salido de nuestra casa, dando la casualidad que los tres supiéramos hacerlo solos, y llevásemos de casa navajas para el efecto, haciéndoselo comprender por señas á nuestro joven patrón, quien con toda puntualidad nos sirvió cuanto nos hizo falta (2).

Con toda prontitud posible nos arreglamos, y enseguida

(1) La habitación no la usábamos más que para dormir porque tenía ciento once escalones, y estaba en un quinto piso, pues la mayoría de los edificios tienen cinco y seis.

(2) Digo que nos comprendía, porque no nos entendía el habla y nos vamos de las señas que perfectamente nos comprendían.

salimos los tres como si fuese por una población conocida, sin recelos de ninguna especie. Nuestra primera dirección era la de ver (si nos era posible), el Vaticano, aunque ya comprendimos era tarde, pues allí á las cinco menos cuarto que era (1), ya habia poco sol, para poderlo efectuar según lo teníamos pensado. Pasamos el puente de Santo Angelo, sobre el Tiber, titulado así porque está próximo á la terrible mole Adriana ó fortaleza de Santo Angelo, que según cuentan las tradiciones y escritos de Roma era la única (á pesar de haber muchas y buenas), que nunca pudo en la antigüedad ser vencida, y dicen que los Césares y Nerones, y otros Emperadores, la tuvieron siempre como seguro asilo en sus crueles guerras, pues el que llegaba á tener la dicha de refugiarse en ella, se contaba invencible; hoy sirve de una magnífica casa de caridad y es habitada por las hermanas del mismo nombre, con una hermosa capilla donde se venera al Santo Angel de la Guarda; forma su arquitectura una inmensa mole redonda de una altura muy elevada, teniendo la imagen del Santo Angel en lo más alto, en una figura grande, muy colosal, (2) este edificio está muy cerca del alojamiento nuestro, ó sea de la vía Paola, con la diferencia que la mencionada vía está de este lado del río Tiber, y el castillo del otro lado, al Norte.

El mencionado puente es admirable por su magnífica construcción de hierro, cubierto con fuertes verjas por los costados, y arriba tiene camino ó paso libre para los carruajes, y dos caminos independientes para los tranvías, y un anchuroso paseo á cada lado para que pueda la gente que transita por allí, pasar sin ningún compromiso.

De allí á la Basílica de San Pedro, que era todo nuestro principal objeto, está cerca, y en poco tiempo llegamos á la Plaza de España, alegrándonos mucho el sólo nombre tan

(1) Hay que tener en cuenta que allí amanece cinco cuartos de hora antes que aquí en España, y á esa hora que me refiero hay poco Sol.

(2) Según otros, el famoso edificio fué mandado construir por el emperador Adriano, para su enterramiento, y por eso lleva el nombre de mole Adriana.

hermoso de nuestra patria, porque para nosotros ese nombre es grande y nos llena de entusiasmo, estando aquí ya se deja muy bien comprender que allí ese nombre era dulce como el panal.

Seguidamente se llega á la Plaza (por todos títulos admirable) del Vaticano, que toma este nombre por la estupenda mole de la Basílica que cuenta en su diámetro cerca de mil doscientos metros, con los pórticos semicirculares á cuatro órdenes, y se compone de doscientas ochenta y cuatro columnas dóricas, y de noventa pilastras que sostienen el cornisón con noventa estatuas de marmol. El brazo de cada pórtico es de largo de cincuenta y seis pies, y la circunferencia total es de trescientos sesenta y ocho pies. La altura de las columnas y de las pilastras cuarenta y nueve pies. El pavimento de el centro de esta magnífica Plaza parece de una hermosa Iglesia. En el centro, la mayor parte es de marmol que forma caprichosos dibujos, y el resto de piedra de granito, que todo en conjunto forma la mayor elegancia. A los lados del Norte y Mediodía de la plaza hay dos magníficas fuentes que despiden caprichosamente en abundancia el agua, y tanta, que unido lo de las dos fuentes formarían un río con bastante caudal; pero este agua cae en un grande pilón de granito y marcha por bajo.

Pero lo más admirable que esta Plaza encierra, es el hermoso obelisco ó columna que tiene en medio, rodeado de gruesas cadenas que forman un cuadro, y á cada extremo de éste una grandísima araña de hierro de colosales dimensiones para alumbrar de noche. El altísimo obelisco tiene arriba en su conclusión la enseña gloriosa de nuestra santa Religión... ¡el augusto trofeo de la Santa Cruz! Nada me admira del monumento tan colosal, sino al considerar cómo aquella terrible mole la colocarían; si fuese de un sólo pedazo, entonces nada tenía de extraño, pero lo raro es que el primer pedazo (pues se compone de dos) á una altura como de diez metros, tiene cuatro grandes leones de bronce, que miran á los cuatro aires, ó vientos, y encima de los leones, tiene colocado el otro enorme tercio, que va cónico á con-

clair en punta, y en su conclusión está colocada la Santa Cruz, como ya he dicho.

Dice así su historia (que transcribo): Esta hermosa plaza está decorada en el medio con el maravilloso obelisco de granito, que se hallaba en el circo de Nerón, y que fué trasladado allí en el año de mil quinientos ochenta y seis, de orden de Sixto V., bajo la dirección del arquitecto Domingo Fontana.

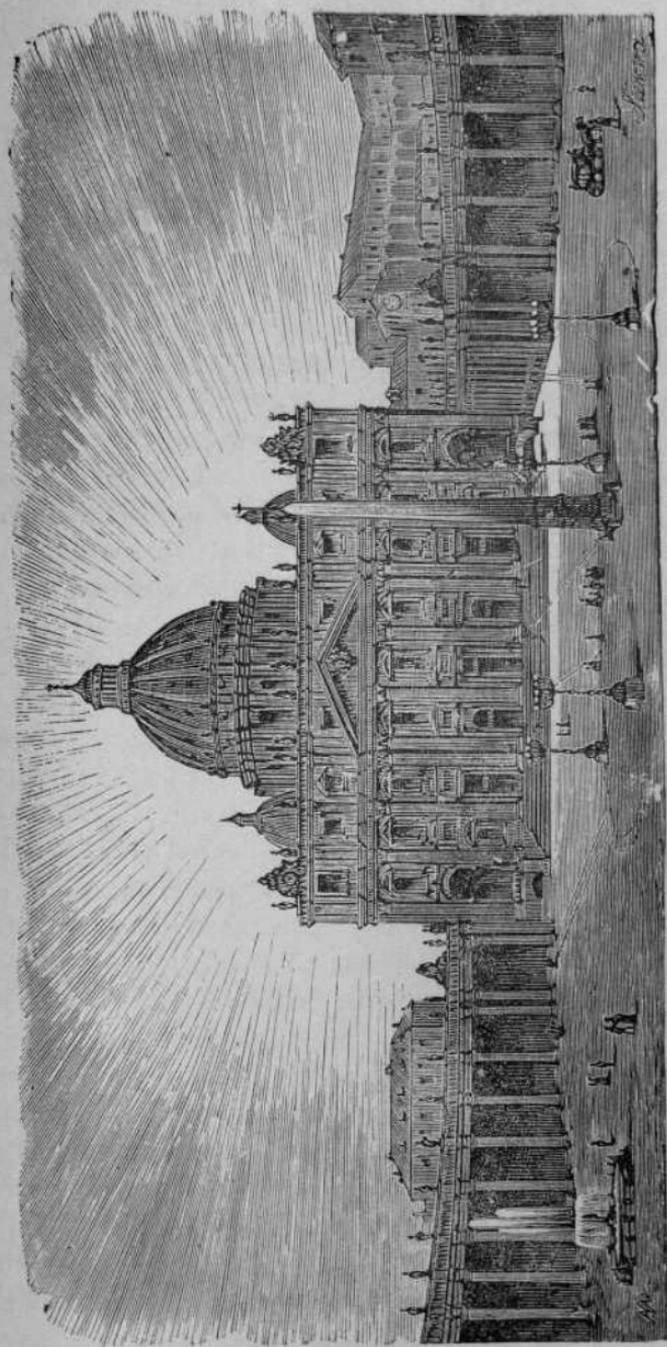
En este obelisco no hay geroglíficos; con el pedestal y con los otros adornos, modernos, tiene este monumento de alto ciento treinta y cinco pies. Fué traído á Roma por orden de Calígula, y consagrado á Augusto y á Tiberio. El navío que lo llevó era tan grande, que han debido emplear por lastre ciento veinte mil moyos de lentejas, es decir, dos millones y ochocientas ochenta mil libras. El palo maestro era de un abeto que apenas cuatro hombres podían abrazarlo. El peso del obelisco está calculado en un millón y medio de libras. La operación de transporte ha sido comenzada el treinta de Abril del año mil quinientos ochenta y seis; se vio removiéndolo, que estaba apoyado á cuatro dados de bronce de ochocientas libras cada uno.

El día 10 de Septiembre del mismo año mil quinientos ochenta y seis, ha sido elevado por medio de ciento cuarenta caballos y ochocientos hombres. El material que ha servido para esta operación se valuó en más de veinticinco mil escudos, y el arquitecto Fontana tuvo, á más de cinco mil escudos de oro en contante, una pensión de mil escudos transferible á sus herederos, y diez caballeratos lauretanos. Por consiguiente, el transporte y la elevación de este obelisco, ha costado al erario treinta y siete mil escudos, y diez mil ochocientas doce libras de metal para los utensilios.

Dicen que en esta circunstancia, en lo mejor de la operación, los cáñamos, por el grande rozamiento, estaban para encenderse, cuando uno de los obreros, llamado Bresca de San Remo, en el Genovesado, gritó: agua á las cuerdas, á pesar de la prohibición de no hablar, bajo pena de muerte,

luego que fué apresado el Bresca, declaró la causa de hablar, sin lo cual la operación no se hacía bien; por esto el Papa dejó á su arbitrio el pedir cualquiera gracia que quisiera. El Bresca, pidió y obtuvo para sí y sus herederos el privilegio de administrar cada año las palmas que se distribuyen el Domingo antes de Pascua. Alrededor de este obelisco ha sido trazada, sobre el suelo, en el año mil ochocientos trece, la meridiana por monseñor Gili, astrónomo del Vaticano, á la cual este obelisco sirve de gnomon. Cerca de allí se halla señalado con dos piedras blancas y redondas el lugar en donde se ve una de las cuatro filas de las columnas del pórtico. Otro soberbio adorno de esta plaza consiste en las dos fuentes, alimentadas de agua, cuanto por la bella forma y por la riqueza de las dos pilas de granito que se ven en ellas.

Pasamos, llenos de admiración al contemplar aquella hermosa plaza, que tantos recuerdos encierra, más adelante, pues nos hallábamos frente á la gran fachada de la primera Iglesia del mundo, y el tiempo, ese tiempo tan precioso que no sabemos lo que vale, se nos iba por momentos, pero tratábamos de aprovecharle todo lo posible, y subimos bastante de prisa las setenta y ocho riquísimas gradas que median entre la gran plaza y el pórtico; éstas, preciosas, son de rica piedra de granito, son de largas lo mismo que la gran fachada, pues dan principio donde ésta y terminan igualmente al lado opuesto, formando un semicírculo, y están perfectamente colocadas que con mucha facilidad se sube á dicho pórtico que se halla delante de la Basílica, adornado con un orden de columnas y pilastras jónicas, de donde parte la bóveda adornada hermosamente de estucos que representan la historia de los Apóstoles, con estatuas semejantes que representan los primeros cuarenta y cuatro Pontífices Santos; el pavimento es de riquísimos mármoles con las armas en el medio de Clemente X. Las dos principales columnas de la entrada del mismo pórtico de frente á la Iglesia, son de un tamaño tan colosal que llaman la atención siempre que se entra ó pasa por el pórtico.



VISTA DE LA GRAN PLAZA DE SAN PEDRO Y FACHADA DEL VATICANO

RECEIVED - MAR
VINTAGE LTD

Allí tuvimos la suerte de contemplar las hermosas puertas de la gran Basílica, que como era tarde se encontraban cerradas; pero ya que no podamos por hoy dar á conocer las grandezas del interior de la gran Basílica, nos conformaremos con darla de lo exterior. Se entra por cuatro enormes puertas, una de las cuales es murada y no se abre más que en los años santos. Las puertas todas son de bronce, y según su historia han sido fundidas por Filarete y Simón hermanos, de Denatello. Además de los adornos, de los cuales son cercadas, se ven en ellas las Imágenes de Jesús y de María; la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; la coronación de Segismundo, emperador; la venida del Paleogo al concilio de Florencia, y la venida á Roma de los embajadores Abisinios. Encima de la entrada principal y enfrente á la puerta mayor, se admira el mosaico de Giotto, que representa la navecilla de San Pedro. A los lados de este pórtico hay dos galerías, cada una con cuatro estatuas: la Fe, Esperanza, la Caridad, la Iglesia, la Prudencia, la Fortaleza, la Justicia y la Temperancia. Al fin de la galería de la mano derecha se observa una hermosa estatua ecuestre de Constantino en el acto de ver la prodigiosa Cruz que se le apareció en el aire antes de venir á la batalla final con Majencio.

Después de haber recorrido la galería que queda descrita hasta donde estaba abierto, (aunque poco acostumbrados á ver, y menos pasar entre aquellos guardias zuavos elegantemente uniformados y de una talla gigantesca), no nos impuso nada, antes todo al contrario, les preguntamos que si se podía pasar á la otra galería (más bien por señas que hablando), y con mucha amabilidad, aunque en español muy chapurrado, los comprendimos que sí, y como el tiempo urgía, subimos las escaleras muy de prisa; contemplando con admiración en ella las hermosas pinturas de sus paredes, y sin pensarlo siquiera nos hallamos los tres en la riquísima cuanto bonita y hermosa Capilla Sixtina.

La primera capilla que veíamos en Roma, que nuestra buena suerte ó la divina Providencia nos condujo á ella.

La luz era ya muy poca pero todavía quedamos como ab-

sortos al contemplar las grandezas que encierra aquella admirable obra. Allí caímos postrados de rodillas los tres ante el Altar santo, y dimos gracias á Dios, haciéndole una visita aunque breve.

Luego que terminamos la visita, el poco tiempo que nos quedaba estuvimos contemplando las ricas pinturas de que se halla adornado el techo y sus paredes, que según consta de datos positivos y en sus inscripciones, se llama así por que fué mandada construir por Sixto IV, por el maestro Pintelli. De Miguel Angel es la magnífica pintura que tiene su bóveda, que contiene la creación del mundo y varios hechos del Génesis, obra portentosa y admirable que dicen llevó á cabo en veintidós meses.

Sobre todo, lo que es más digno de admiración, es el fresco que representa el juicio universal que él mismo pintó por encima del altar, y que desgraciadamente ha sido algo dañado por la humedad.

Aunque ya estaba cerrado y no podíamos pasar más adelante, todavía podíamos haber visto mucho, pero la luz del día se iba retirando por momentos, y nos vimos obligados á desistir y dejar allí una participación de la gloria. Salíamos entre dos luces de aquel sagrado recinto, llenos de satisfacción, por haber en aquella tarde, ó aquel poco de tiempo visto lo que nunca en nuestra vida pensábamos ver, y bajando ya las gradas que dan á la plaza hermosa del Vaticano nos encontramos con muchos hermanos peregrinos de varias provincias y con no pocos de Valladolid, y allí, aunque de noche, junto al hermoso obelisco nos dábamos el parabién unos á otros llenos de regocijo, y contando (no con poca admiración), lo que en el poco tiempo habíamos visto, y así nos despedimos hasta el día siguiente que tendríamos la dicha de ver el primer templo y maravilla del mundo, y sobre todo ver por nuestros ojos al Vicario de Cristo. ¡Conqué alegría nos retirábamos cada cual en busca de su alojamiento! ¡Qué tranquilos pensábamos descansar! Nos contábamos felices, ó cuando menos participábamos de ese goce que no tiene semejante en la vida mísera del mortal.

Entretenidos íbamos hablando los que teníamos el alojamiento cerca como sin saber dónde, porque, ¿qué pueden saber unos pobres obreros (aunque estos sean sabios) en una población como Roma, sin hacer más que cuatro ó cinco horas que habíamos llegado? Eramos como un niño cuando se aleja de la casa paterna y se encuentra dudoso para volver á ella, y no es exageración, porque teníamos otro mal, que era el no entender la lengua que allí se habla, á imitación de los niños que no saben donde viven, ni entienden lo que les dicen.

Por fin llegamos á nuestro alojamiento, siendo recibidos con mucha amabilidad por nuestros patrones y su familia, y nuestro contento creció de punto cuando vimos á nuestros paisanos y hermanos peregrinos, que habiendo sido hospedados en la misma casa, aunque ellos eran de la provincia de Valencia (como ya he referido) y nosotros de Valladolid, nada de eso fué obstáculo para que unos y otros experimentáramos una especie de alegría que no sé explicar, en fin, éramos españoles y eso era bastante para creernos felices al tener que estar juntos unos cuantos días.

Pasamos un buen rato en afectuosa conversación, y todos como hermanos, nos sentamos á la mesa que ya nos tenían preparada, y nos sirvieron la cena... la cual recuerdo mucho por ser diferente á las costumbres españolas. Nos sirvieron primero (según costumbre de allí) un grande barreño de sopa de macarrones, que por cierto quedaron enteros, cosa que no volvieron á servirnos más; el resto de la cena fueron dos platos de carne muy gustosos con alcachofas y huevos, con buena ensalada de lechugas después, y su postre de peras, muy parecidas en el gusto á las manzanas de España, pero mejor clase. Terminada la cena, se pasó un buen rato hablando con los patrones, pero mejor dijéramos quebrantándonos todos, ellos y nosotros, pues nos entendíamos muy poco y mal, y la mayor parte por señas, de suerte que yo tomé la pluma y papel, como hice siempre en el tiempo que allí estuvimos, y me puse á tomar apuntes de lo que en aquella tarde habíamos visto, y

en tanto la noche avanzaba y nos retiramos á descansar. Como la diferencia que media de salida y postura del sol allí, ya sabemos que es de setenta y cinco minutos, ó sean cinco cuartos de hora, dicho se está, que ese tiempo amaneció allí más temprano.

De suerte que, á la mitad del mes de Abril que era entonces, á las tres menos cuarto de su mañana ya es en aquel país de día.

Habiéndonos acostado á las once, nuestro sueño fué corto, digo que fué corto, porque mi costumbre de todo tiempo es de seis horas, y allí á pesar de tener ganas del descanso no fué más que de cuatro menos cuarto, pero como estoy demasiado acostumbrado á madrugar en donde quiera que me halle, allí seguí la misma costumbre. Apenas rayaba un poquito el nuevo día 15, mis ojos se negaron á querer dormir, sin duda por seguir su buena costumbre; á esa hora que quedo indicada, dije á mis compañeros y hermanos, ya vemos luz del nuevo día, demos gracias á Dios que por su misericordia nos concede este beneficio, y en efecto, así lo hicimos; después de haber terminado, les dije:—si queréis y os es conveniente continuad echados, según sea vuestra costumbre, que yo hago conforme á la mía—y entonces por mi buena suerte tocaban á misa (1) en San Celso, donde la oí y recibí el Divino pan Eucarístico. Y fué la primera sorpresa de este día que sin yo poderlo pensar siquiera de tener la dicha de hallarme en el pequeñito pero suntuosísimo templo de San Celso, y tan cerca de nuestra morada; ya que tuve esa dicha, para mí la mayor de todas, daré alguna explicación de este bonito templo, y la costumbre que allí tienen para oír la santa misa los buenos católicos de Roma.

La pequeñita y hermosa Iglesia de San Celso, está en la vía Paola, casi enfrente del número cuarenta y siete, que era nuestro hospedaje, yo no sabía que tan cerca teníamos aquel precioso templo, pero tan pronto iba rayando el día,

(1) Costumbre de once años hasta la fecha, que tengo de oirla á las cinco y media de la mañana en todo tiempo.

empezaron á tocar (1), dándome cuanta prisa me fué posible para lavarme y arreglarme (2) con el objeto de aprovecharme de aquella ocasión, pues creía que no habria Misas tan temprano en ninguna otra parte (3). En efecto, salí de mi morada como un hombre extranjero que no sabe donde se dirige, pero al ver entrar la gente creí, y con razón, que allí sería donde habian tocado, entré con algún recelo por verme sólo y en país extraño, pero no me acordaba que aunque extranjero iba á entrar en la casa y santuario del Altísimo y Señor Dios de los Ejércitos, que no ha establecido límites para ser adorado de sus fieles servidores y que á todos, sin excluir clases ni condiciones, mira como hijos suyos, y por consiguiente, los que allí entraban aunque de diferente nacionalidad, eran mis hermanos...

Confieso con verdad, que cometí una pequeña falta pensando de ese modo, y mayormente cuando entré en el sagrado recinto, y vi á los fieles con tanto respeto y buena compostura en aquel lugar santo. Paréceme verles arrodillados con tanta sumisión, hombres y mujeres, en sus reclinatorios; así que notaron mi presencia, me hacían señas con mucho agrado para que ocupase un reclinatorio de los muchos que allí había, yo me mostraba cobarde, como extranjero, y les daba las gracias por su atención con un movimiento que comprendieron, avergonzándome al mismo tiempo de no haber pensado mejor.

¡Bendita mil veces seas, Religión Santa, qué á todos tus verdaderos hijos abrazas cariñosa y les dás ese ósculo de verdadera paz, para que unos á otros nos amemos como dijo tu divino fundador Cristo Jesus, cumpliéndose á las mil maravillas el divino precepto, haciendo que tus ovejas, aunque de distintas regiones, se conozcan unas á otras como en este caso sucedió, pues parecía que estaban orgullosos de tener en su compañía á un hermano extranjero!

(1) Me causó alegría el oír tocar á misa tan cerca y tan temprano.

(2) Cuando nos levantamos teníamos puesto el recado necesario para lavarnos, por nuestros diligentes patronos.

(3) Todos los días hay misas sin interrupción hasta las diez.

Si impresión grande causa encontrarse cualquiera con una cosa superior á su entendimiento, no fué menor la que me causó ver tantas preciosidades como en aquel Templo se encierran. Este, se compone sólo de una nave redonda, ó más bien ochavada, y en cada extremidad del ochavado tiene un bonito altar, estos son de riquísimos mármoles, con preciosos adornos, y en medio del bonito retablo la Imagen de Jesús, ó bien de la Santísima Virgen, á quien veneran muchísimo. Todos los altares tienen reservado el Santísimo Sacramento, y al terminar la Santa Misa, el sacerdote expone, sacando de su tabernáculo, el copón á la veneración de los fieles á quienes dá con él la bendición, y con toda solemnidad reserva enseguida.

En cada altar hay dos magníficas lámparas doradas que siempre están ardiendo, y tienen sostenidas en sus manos un Angel de talla regular, dorados también, como las lámparas, es decir, un Angel á cada extremo del altar.

Su pavimento hermosísimo, es de riquísimos mármoles, que forman una circunferencia caprichosa. Su bóveda en forma de cúpula ricamente adornada con preciosos frescos, que representan pasajes de la historia sagrada, y todo en conjunto forma un elegante cuadro que no deja nada que desear.

Según me pareció, es costumbre oyendo la santa Misa, rezar el santo Rosario, meditando sobre los misterios que al día correspondan. Al dar principio la santa Misa, se pone postrado en su reclinatorio el sacristán, ó quien haga sus veces, de frente al celebrante, y en voz alta, da principio al santo Rosario, respondiendo los fieles la parte que les corresponde, en la misma voz; y sobre todo, lo que me llamó más la atención, es el modo que tienen de rezar la letania, pues la rezan casi cantando, diferente de la costumbre que aquí tenemos, porque allí el director dice Santa Maria, y el coro responde, Santa Deigénitris, y así sucesivamente alternando y no dicen ora pro nobis como aquí. Digno modo por cierto de oír la santa Misa, para todos aquellos que por su rudeza ó falta de costumbre para orar en ella, estén con

más devoción. Los sacerdotes no usan el bonete de cuatro picos como aquí, sino una especie de gorro redondo de tela fina negra, con el casquete hendido por su mitad superior al lado derecho.

Al terminar la santa Misa, entraron mis compañeros de peregrinación y de morada, para oír, la que de nuevo se iba á celebrar, pues como he dicho, en aquel hermoso templo se dicen hasta las diez, siendo objeto de atenciones muy finas y dignas de los verdaderos hijos del catolicismo, y á la que, según mi costumbre teniendo tiempo, asistí también, y una vez terminada nos retiramos juntos á nuestro hospedaje, tomando todos en compañía el desayuno, que consistía en un vaso de café con leche y un pequenito y sabroso bollo redondo, con lo que quedamos satisfechos, hasta las doce ó doce y media que era la hora fijada para reunirnos á comer.

En aquel día de memoria eterna, destinado para la beatificación de nuestro ilustre compatriota el venerable Juan de Ávila, nos aprestábamos ligeros para hacer nuestra segunda salida con dirección á la grandiosísima Basílica de San Pedro, ansiosos de ver por nuestros ojos lo que parece una fábula cuando se oyen hacer los nunca bastante ponderados elogios de aquel suntuosísimo templo, á pesar de que sabíamos que la beatificación no tenía lugar hasta las cinco de su tarde.

En efecto, serían las siete y media cuando salíamos de nuestro hospedaje con dirección á la gran Basílica, según dejo explicado, y enseguida nos encontramos en la gran plaza del Vaticano contemplando nuevamente sus maravillas; ansiosos de llegar pronto al objeto de nuestros deseos subimos las riquísimas gradas, y pronto nos hallamos en el pórtico, donde con gran satisfacción vimos que de cuatro grandes puertas que dan entrada, había abiertas dos.

Nuestro corazón saltaba de gozo, pero de un gozo que no acierto á explicar; pero todo el católico de verdad, que lata su corazón lleno de júbilo por la exaltación de la fe católica y el triunfo de la Santa Iglesia que Jesucristo estableció y

rubricó con su Sangre preciosísima... sí que me entiende... los que no me entienden, ó por lo menos no quieren comprender, son los que viven fuera de esa preciosa nave, y sin ellos darse cuenta andan fluctuando entre las olas terribles de un mar borrascoso, y que si no se refugian en la tabla salvadora que ésta les brinda, vendrán á perecer en sus abismos á despecho de su impiedad y falsas teorías. Antes de penetrar en aquel sagrado recinto, recordaba perfectamente, que después de haber hecho un viaje á Roma un venerable y digno Arzobispo de Valladolid, lleno de sabiduría, ciencia y virtudes, subió al púlpito, y en aquella Cátedra sagrada quiso dar una explicación á sus ovejas, que humildes le escuchan, de las grandezas que el Vaticano encierra, exclamando lleno de admiración: ¡No hay lengua que pueda explicar, ni pluma que pueda escribir, ni pensamiento humano que pueda entender, las grandezas y maravillas que en aquel sagrado recinto se encierran acumuladas por los fieles de todos los tiempos!

Si un dignísimo Prelado siendo un pozo de sabiduría, se admira de sus grandezas y maravillas, y como abismado dice que no hay quien pueda dar una explicación digna de las que allí se encierran, ¿qué podré decir yo, pobre obrero, dedicado todos los días de mi vida á durísimos trabajos, antes en el campo y ahora en el taller, sin otros estudios ni otros maestros que me hayan dirigido, más que lo que aprendí y tuve cuando niño?

Por cierto que este pensamiento me anonada, y no pocas veces su consideración me hacía retroceder, pero como ya he dicho en otra ocasión, me da alientos el recordar que Dios nuestro Señor se valió siempre más bien de los ignorantes que de los sabios, y con su ayuda pienso dar una relación, aunque resultará demasiado pálida.

Tan pronto como nuestras plantas traspasaron el dintel de aquellas bronceadas y formidables puertas, y nuestra vista se tendió por aquel dilatado Santuario, llenos de temor santo y de respeto hacia aquel lugar, que es el primero de todo el orbe católico, no pude menos de exclamar ¡Será sueño

ó realidad lo que ante mi vista tengo! pues en un breve tiempo no supe lo que decir y se me ocurrió esto; grande, grandísimo es todo lo que en este sagrado recinto hay, pero nada me extraña ya, porque considero que estamos en la casa y Tabernáculo del Altísimo Dios y Señor de todo cuanto tiene ser, qué extraño es que los fieles de todos tiempos hayan contribuido con sus bienes al esplendor y engrandecimiento de este templo, y casa del Dios omnipotente, donde fundó su Cátedra el príncipe de los Apóstoles, el Pastor de la escogida grey...

Pedro, que fué constituido Jefe supremo de la Iglesia universal, por el mismo Jesucristo, á quien concedió el poder y la supremacía, y en él, á todos sus sucesores que sin interrupción se han venido sucediendo hasta Nuestro Santísimo Padre León XIII, que actualmente gobierna y rige con admirable sabiduría, cual piloto infatigable, la barquilla ó la herencia que Pedro y los demás antecesores le legaran.

Ya no me extraña que esa columna inmovible y asienta de la verdadera fe sea la maravilla más grande, más rica, y más admirable, de cuantas grandezas puedan existir sobre la tierra, porque habiéndose sucedido desde Pedro hasta hoy doscientos sesenta y tres Papas, todos sabios, llenos de virtud y santidad, cada uno de por sí haya trabajado con todo el ardor posible para engrandecer y aumentar su esplendor y magnificencia, con ayuda de los fieles de todos los tiempos y naciones. Y he aquí por qué á esa consideración ya no me extraña tanta suntuosidad en la primera casa y templo del Dios tres veces santo. Adelantando unos pasos más se encuentra el grupo más hermoso que pueda sorprender con sus encantos y hermosura á cuantos tengan ó hayan tenido la suerte de contemplarle.

Este precioso grupo se compone de dos ángeles de magnífica talla, de riquísimo marmol blanco como el armiño, que sostienen con sus manos la pila del agua bendita, figurando ésta una grande concha, también de finísimo mármol, que parece que el escultor, inspirado, se esmeró en trazarles con su rostro bondadoso y risueño, que con

afabilidad presentan á los fieles como diciendo: lavaos y purificáos de vuestras manchas leves, porque esta es la casa y templo del Señor que mora en las alturas.

Muy poquito más allá está la veneranda imagen de la insignie escritora española Santa Teresa de Jesús, en riquísimo mármol, de una talla colosal, que es el embeleso de cuantos españoles tienen la dicha de pisar en aquel sagrado recinto.

Al lado opuesto, ó sea próximo á la otra puerta, se contempla otro hermoso grupo, lo mismo que el anterior que ya hemos hecho referencia, también con agua bendita.

Todo esto que hay á los primeros pasos de haber entrado, es grande, hermoso, y no lo es menos su riquísimo pavimento de preciosos mármoles de diferentes colores formando caprichosos dibujos; la grandeza de sus formidables columnas y terribles y atrevidos arcos, todo de riquísimo mármol, y todas sus bellezas y encantos que encierra... Todo esto en verdad es grande y sorprendente; pero mucho, muchísimo más me llenó de entusiasmo santo y de una alegría indescriptible, como á todo católico de verdad, quedando mis ojos fijos, olvidándome de cuanto hay de grande y hermoso en aquel sagrado templo, fueron aquellas palabras que el divino Jesús dijese al primero de los apóstoles, cuando preguntándole quién era, hizo la confesión solemne de que era Hijo de Dios vivo; á lo que Jesús le replicó: puesto que tú dices que soy el Hijo de Dios vivo, tú eres Petrus... y las puertas del infierno no prevalecerán contra ti. Estas palabras escritas de frente en la grandiosísima cúpula de Miguel-Angel, en letras de más de un metro de altas y en proporción gruesas, que se ven perfectamente desde la puerta de entrada, son las que derramaron entonces, ahora y siempre un bálsamo sobre mi corazón que no acierto á explicar. ¿Quién que se precie de soldado, y soldado valiente de las filas del gran capitán Cristo Jesús, no encuentra en esto un lenitivo capaz de curar cualquiera duda que pudiese tener en los dogmas de nuestra santa religión?

Venid conmigo incrédulos todos del mundo, si queréis

ver por vuestros ojos las grandezas que encierra la primera Iglesia del mundo, pero no os mostraré más que las grandes letras que acabo de citar, que ellas por sí sólo si queréis abrir vuestros ojos, serán bastantes para hacerós conocer que las palabras de todo un Dios hecho hombre, son infalibles, que no puede engañarse ni engañarnos, y que hasta aquí se han cumplido al pie de la letra y se cumplirán hasta la consumación de los siglos.

Y sino, decidme: ¿qué ha sido de tantos y tan terribles enemigos, y de tantas sectas como se han levantado contra esa piedra angular? Pues lo que han hecho, ha sido lo que hacen los presentes y lo que harán los venideros, estrellarse contra ella, que cual roca y columna inencomovible, resiste siempre, serena y orgullosa, los ataques de sus enemigos, y sigue magestuosa haciendo frente al infierno y sus secuaces, sin nunca retroceder ni un ápice en los dogmas y verdades que tiene establecidos.

Y ya que estamos en la Basilica de San Pedro, antes de ocuparnos de otra cosa, haremos una breve reseña (aunque siempre resultará muy pálida) de sus monumentos y decoraciones de que en este día estaba adornada, como preparada sin duda para la beatificación del inclito Juan de Ávila.

El interior de la Iglesia se divide en tres grandes naves; la del medio termina en la tribuna. El templo es mayor que ninguno de la cristiandad, como está escrito sobre su pavimento de la nave más grande. Esta tiene cuatro grandes arcos, por cada lado sobrepujados á enormes pilastras que sostienen todo el templo, y el amplio cornisón en donde gira la bóveda, riquísima en estucos dorados, tan brillantes como el sol, en las pilastras se abre un doble orden de nichos que contienen en riquísimo mármol las estatuas de los fundadores de las religiones, de altas de diecinueve palmos. Cada uno de los grandes arcos tiene á los lados en las escarpas dos estatuas en estuco que representan las virtudes. En la última pilastra, á la derecha, está colocada en bronce la estatua de San Pedro, y encima el retrato en mosaico de Su Santidad Pio XI, colocado en el año de 1871, en recuerdo del

Quijar

año 25 de su pontificado. Tiene de largo el templo 837 palmos.

La nave menor, á mano derecha tiene hermosísimos altares y capillas, y en ellas se abren tres cúpulas. Se admiran en ella muy hermosos adornos mandados hacer por Inocencio III, como medallones, trofeos, lirios, niños y palomas con el ramo de oliva en el pico. En la capilla consagrada á Nuestra Señora de la Piedad, se admira el célebre grupo de la Piedad, esculpido por el célebre artista Miguel-Angel cuando tenía veinticuatro años de edad.

El cuadro que hay en la capilla de San Sebastián, en mosaico, es obra de Pedro Pablo de Cristófori, sobre dibujo del Dominichino.

En la capilla del Santísimo Sacramento está la cúpula, adornada con pinturas en mosaico, que es una de las muchas maravillas por su magnificencia y hermosura. Hay en esta capilla notable, el cáncel, dibujado por el Barromini; el copón de metal dorado con lápiz-lazuli y estatuillas en bronce; el cuadro del altar con la Santísima Trinidad, pintura al fresco de Pedro Cortona; el famoso sepulcro de Sixto V, en bronce historiado, obra del Pollaiolo, y muchísimos otros objetos de gran valor artístico.

Saliendo de la nave menor se halla enfrente el altar de San Jerónimo, y á mano derecha la capilla Gregoriana, en donde se congregó el último concilio Ecuménico. Es muy rica de mosaicos, de pinturas, de estucos y de estatuas. La tribuna es de larga doscientos ocho palmos, y ancha ciento siete y un cuarto, el cuadro del altar es de mosaico, como todos los otros. Por dos escalones de pórfido se sube á la tribuna principal dicha de la Cátedra. El pasmoso grupo del altar es de Bernini, se compone de cuatro estatuas en bronce, altas de veinticuatro palmos. Las estatuas y la máquina tienen de peso 19.161 libras, ó sean 4.766 arrobas y 11 libras. Cerca de aquel grupo, en la silla en bronce, se conserva como reliquia la de madera, ataraceada de marfil, que sirvió á San Pedro. No son menos dignos de admiración los dos monumentos sepulcrales, á los lados de la Cátedra.

En medio del crucero está el altar papal, erigido por Clemente VIII en el año 1594. El admirable y rico baldaquino que lo cubre se compone de cuatro gruesas columnas de bronce dorado, de peso de 7.455 arrobas y 48 libras. Por delante del altar y por una doble escalera de mármoles muy ricos, se desciende á la confesión, en donde está Pío V, que ruega de rodillas.

En esta confesión hay gran profusión de piedras preciosas y de mármoles los más raros. En la otra nave menor se hallan capillas muy ricas, como las otras de enfrente, de mosaicos, estucos y de monumentos. Sobre el grande cornisón alrededor de la Iglesia, se alzan los cuatro ángulos de la gran cúpula, en cuyo fondo están figurados los cuatro Evangelistas en riquísimos mosaicos. En medio, á los ángulos, están los grandes arcos, y sobre unas y otros rodea el alquitrahe, y en el ribete que éste forma y que está dando frente á la puerta de entrada, es donde se hallan grabadas las grandes letras de que arriba he hablado. El grande, el magnífico tambor de la hermosa cúpula está preciosamente adornado con pilastras, mosaicos y elegantes pinturas.

Las sacristías son cuatro: la principal es de figura octógona, las otras tres tienen una figura particular. Se entra en ellas por pasillos adornados de muchas inscripciones antiguas en los intercolumnarios. Los capiteles llevan las armas de Pío V, que los hizo construir por Carlos Marchionni en las mismas sacristías.

En la de los Canónigos, que tiene ricas entabladuras de madera de las islas, enfrente al altar, donde hay un cuadro del Factor, se ve una pintura de Julio Romano, que representa la Santísima Virgen con el niño Jesús y San Juan.

En la sala de los Beneficiados se admira la Imagen de Nuestro Señor Jesucristo rodeado de ángeles, obra de Giotto, y diecinueve magníficos frescos, hechos en el año 1471 por Melozzo de Forli á Giotto; también se le atribuyen algunos confesionarios y una Virgen del siglo XIII.

Cuando Constantino hizo construir la nueva Basilica sobre el oratorio erigido encima de la tumba de San Pedro,

se cubrió el subterráneo, en el cual muchos cristianos, martirizados por Nerón, habían sido sepultados. En efecto, se ven en los subterráneos urnas sepulcrales, tumbas, inscripciones antiguas, mosaicos, pinturas, figuras en mármol y bajo relieves. Entre las tumbas son más notables la de Carlotta, reina de Cipro y Jerusalén, la del emperador Otón II, la de un gran maestre de la orden de Malta y otras de varios pontífices.

Sobresale entre los sepulcros y tumbas, el del príncipe de los Apóstoles San Pedro, éste se halla en medio de la nave grande, próximo al Altar papal, de que ya hemos hecho mención. Se baja por dos escaleras de mármoles riquísimos. Después de tanta riqueza como allí hay en hermosos dibujos, mosaicos, preciosas pinturas y piedras preciosas, está el valiosísimo altar, bajo el cual se conservan los venerandos restos del primero que representó en la tierra al divino Maestro Cristo Jesús. Después de tantas preciosidades allí depositadas para memoria imperecedera de los siglos, tiene además un potente foco de luz, capaz de admirar al mundo entero, compuesto de noventa y tres lámparas permanentes, colocadas con una simetría admirable; y á mi modo de entender, aquel foco de luz que sale del sepulcro, pone de manifiesto, y se relaciona perfectamente, con la luz que fué esparcida por todo el mundo con sus doctrinas y santo Evangelio.

En la segunda capilla, según se entra á mano derecha, después de contemplar preciosidades sin cuento, tanto en ricos mármoles como estucos, estatuas y hermosas pinturas, hay que admirar, y le tienen con mucha veneración, un trozo de más de tres metros y medio de la columna donde según cuentan, se recostó el niño Jesús cuando á la edad de doce años se perdió y fué hallado en el Templo por su Santísima Madre y San José, cuando estaba enseñando el contenido de las santas Escrituras, preguntando y respondiendo con Sabiduría eterna. Este trozo, de tamaño bastante grande del más precioso mármol que por allí se conoce, fué traído de Jerusalén y está perfectamente conservado entre

fuertes rejas de hierro, redondas según la columna, y tiene bonitos dibujos tallados en el mármol.

Ya hemos contemplado algunas cosas de las muchísimas que encierra, más adelante hablaremos de algunas más. Demos ahora á conocer á nuestros lectores alguna cosa de la magnificencia con que estaba adornada con motivo de la Beatificación del padre Juan de Avila.

Para hablar de las hermosas y nunca bastantemente ponderadas colgaduras de que este suntuosísimo templo se hallaba adornado, es menester que los lectores se enteren aproximadamente, y tengan en cuenta sus colosales dimensiones. Su largura vendría á ser de unos ciento setenta y cuatro metros, su anchura de unos ochenta y cinco, y su altura próximamente igual á la anchura, que bien meditado forma un conjunto admirabilísimo. Pues bien, considerad ahora, todo eso cubierto de arriba abajo de riquísima tela de colgaduras, en carnada, de cuyo valor yo no me atreveré á calcular por ser imposible quererlo intentar siquiera.

Dentro del mismo presbiterio había, á un lado y á otro, hermosas tribunas, cubiertas de la misma clase de telas, estas tribunas estaban dispuestas para que las ocuparan las altas dignidades y los señores y señoras invitados á los actos que tuvieron lugar el mismo día 15 y 18.

Desde la primera capilla, que está próxima á la puerta de entrada, hasta el presbiterio, en que estaba el hermoso trono que tenía que ocupar el Santo Padre, rodeado de hermosísimo sáculos ó doseles y cubierto de riquísima tela de mucho valor, había dos vallas que tenían metro y medio de altura y estaban cubiertas de ricas telas, daban comienzo en la puerta de dicha capilla y terminaban en el presbiterio. Aquella valla, así ataviada y dispuesta, era con el objeto de que tuviese paso libre Su Santidad y su corte cuando entrase en el sagrado recinto, y los peregrinos y la multitud conservasen bien el orden.

Con respecto á la infinidad de grandes velas de cera para el alumbrado, caprichosamente colocadas y guardando admirable simetría, no se puede dar una explicación tal como

estaba. Solo los que hemos tenido la dicha de verlo por nuestros ojos podemos formar una idea un poco aproximada.

A la entrada del presbiterio termina la gran anchura del dilatado templo, empezando desde allí un estrecho que todavía tiene más de treinta metros de ancho en forma redonda, en el principio del estrecho, arrancan desde un lado á otro, tres magníficos arcos, compuestos cada uno de cuarenta y nueve preciosas arañas, cada una con trece grandes velas, lo mismo á los costados y en el medio de todo aquel largo tráyecto, formando bonitos dibujos. Arriba, alrededor del grande cornisón, le circundan tres grandes filas de velas de tamaño muy superior.

Cuatro ó seis hombres, de mucho ingenio y agilidad y cual verdaderos gimnastas, pendientes de cuerdas y sostenidos por otros tantos que dirigían éstas, se llevaron toda la mañana para encender. Los que dirigían las cuerdas estaban encima de los grandes cornisones ó corredor que forma la cúpula.

Después de haber visto y admirado las grandezas que encierra la primera maravilla del mundo, y haber oído otra vez el santo sacrificio de la Misa, (y hablando claro), estar ya quebrantados y llenos de satisfacción y contento, nos dirigimos hacia nuestro hospedaje, no sin recorrer algunas calles, admirando las buenas construcciones de los edificios y sus magníficas plazas, que más adelante daremos á conocer á nuestros lectores, la grandeza, magnificencia y hermosura de sus fuentes y templos católicos, y demás monumentos profanos, tratando de ser breve en los días que restan de reseñar. Digo que seré breve, aunque mucho podría decir hasta el día 19 que fué nuestra salida, pero me limitaré sólo á dar una reseña ligera, porque á la conclusión de ellos, antes de salir de Roma, la daré más extensa, tomando gran parte de documentos del mismo Roma.

Llegamos por fin al hospedaje, con ganas de sentarnos siquiera fuera un poco, y descansar, pues llevábamos desde las tres de la mañana hasta la una de la tarde, cerca de diez horas, sin parar llenos de emociones, y al mismo tiempo de satisfacción y alegría, porque cada paso que dimos encon-

tramos nuevas maravillas, dando gracias á Dios que por tan raros caminos nos concedía esa gracia especial, pues jamás hubiésemos ni pensado siquiera, hallarnos nada menos que en la ciudad que, siglos antes han contemplado como la reina y señora del universo.

Orgullosos estábamos en aquella gran capital los hijos de España, en su mayoría obreros, por el convencimiento que teníamos de que sus moradores los italianos, todos en general, no nos faltaban en nada, antes al contrario, tanto los patrones como los que en las calles encontrábamos, nos trataban con delicadeza y respeto, dando así pruebas inequívocas de sensatez y cordura.

A nuestra llegada al hospedaje, nuestros patrones, bondadosos en extremo, como su familia, se deshacían en saludos y felicitaciones que, nosotros á duras penas comprendíamos, y á los que cordialmente correspondíamos.

Sólo nos causaba sentimiento y nos tenía algo disgustados, el no poder conversar á causa de que no les comprendíamos; regularmente el saludo consistía en un apretón de manos y en estar ellos y nosotros descubiertos.

Al poco rato nos sirvieron la comida, que con tanto paseo como habíamos dado la hicimos con apetito, siendo servidos con toda la regla de la etiqueta romana. Después de terminada ésta, pasamos el rato unos fumando, otros contando las emociones de la mañana y yo trabajando como ya he dicho, en tomar apuntes.

Aunque verdaderamente habíamos pasado una mañana feliz, no estábamos del todo satisfechos, pues á pesar de que habíamos visto mucho en poco tiempo ¡todo grande, todo bello, todo admirable!... teníamos un vacío en nuestro corazón... vacío que no eran capaz de llenar todas las maravillas que habíamos contemplado, ni las muchas que además encierra Roma.

Era menester á todo trance buscar el objeto amado que pudiera llenarle; ¿y cómo no habíamos de buscarle estando tan cerca de su morada, habiendo pasado un largo camino lleno de episodios y de fatigas para llegar y buscar á ese

objeto que diese cumplimiento á nuestros deseos y llenase ese vacío? ¡Ah! sí, era menester en aquella misma tarde saciar nuestro deseo para que no existiese ese vacío.

Ya habrán comprendido mis lectores, y mucho mejor si son verdaderos amantes de nuestra santa religión, que el objeto porque suspirábamos entonces y ahora, era la Cabeza visible de la Iglesia Santa, era y es, Nuestro Santo Padre, era el Vicario de Cristo puesto allí como pastor universal, que cual columna ó roca incommovible, es la admiración del mundo entero, que con su grandeza de espíritu y sabiduría de que por la divina misericordia se halla dotado, atrae hacia sí al gremio santo de la Iglesia, á los pueblos y á las naciones, á los grandes y pequeños, al potentado y al pobre obrero que tiene que vivir del sudor de su frente, sobre todo de este último se ha mostrado (con especialidad) su protector, y siendo llamado con entusiasmo el Papa de los obreros, que con tanto afán trabaja por ellos, ¿cómo éstos se van á mostrar indiferentes á los tiernos ruegos de un Padre cariñoso que les llama para darles amoroso, en el nombre de Dios, su bendición, y tener el consuelo de que vengan á consolarle en su prisión, donde la impiedad de los enemigos de la Iglesia le tiene arrojado? He aquí por qué he dicho que aunque llenos de satisfacción, habíamos contemplado muchas cosas grandes y maravillosas, nuestro corazón sentía un vacío que deseaba llenar porque era el objeto principal que allí nos había guiado, esperando con ansia que llegase la hora, que teníamos señalada para aquella misma tarde.

En efecto, terminada la comida como ya he dicho, salimos de nuestro hospedaje con dirección á la Basílica, pues ya no sentíamos el cansancio de la mañana. Llenos de animación caminábamos por las hermosas calles, muy anchas, con buenas aceras, esmerado piso, con mucho gusto y hasta con lujo su bonito adoquinado, y con todas las reglas de la higiene; de suerte que nada nos quedaba que desear, porque todo parecía sonreír á nuestro paso, sólo (ya lo he dicho varias veces) nos faltaba ver á nuestro querido padre... y ya vamos á conseguirlo.

A las tres y media estábamos en la gran plaza del Vaticano, ó sea de San Pedro, cuyo título lleva. Por todas las calles adyacentes á la plaza se veían multitud de peregrinos españoles llenos de júbilo, que venían á la Basilica con el mismo objeto; allí entre los peregrinos, no se preguntaba á nadie de dónde procedía, sabiendo que era español era lo bastante para entablar la conversación más íntima que pueda tenerse entre amigos verdaderos, hablando siempre con mucha franqueza unos con otros de los asuntos que nos preocupaban en aquella tarde feliz.

Una vez allí, tantos reunidos, nos apresuramos á subir las riquísimas gradas, para llegar al pórtico y entrar por segunda vez en aquel santo Templo.

A las cinco de la tarde, ya se calculaba el número de los que nos hallábamos reunidos, que no bajarían de treinta y cinco á cuarenta mil, no siendo extraño que se reuniese tanta gente en aquel recinto santo, teniendo en cuenta las dimensiones de que hemos hecho referencia, pues con un número dos veces mayor de personas hubiésemos estado demasiado á gusto.

Después de las cinco (1) la multitud se mostraba impaciente, pues se creía que á esa hora lograríamos nuestros santos deseos, y por eso cada minuto que transcurría era para nosotros un siglo; á las cinco y cuarto cerraron las puertas, custodiándolas una pareja de la guardia del Vaticano, lo que nos cercioró de que en breves momentos veríamos al Santo Padre... Todas las miradas estaban fijadas en las gradas y hermosos cortinones que cubrían la puerta ó entrada de la Capilla por donde tenía que aparecer, la gente se agolpaba en grandes grupos á la valla, dentro de la cual tenía que pasar, con objeto de contemplarle más á su placer.

Faltaban diez minutos para las cinco y media, y late con delirio y grande inquietud el corazón de los circunstantes al ruido que hacen al descorrer los cortinones...

(1) Porque á las cinco se nos había dicho que veríamos al Santo padre.

El momento nos parece el más oportuno... El silencio era sepulcral... parece que no se respira... el que es bajo parece que crece á fuerza de estirar sus miembros, para que el que es más alto no le quite la satisfacción que tiene de ver á su muy amado Padre... ¡pero qué desconsuelo! Creíamos y con razón, que al descorrer los cortinones tendríamos la dicha que deseábamos, pero no fué así, aún transcurrieron diez minutos más, que fueron de angustia para todos.

A las cinco y media en punto, salían abriendo el cortejo cuatro bizaros guardias jóvenes de una estatura colosal, ricamente ataviados, armados con sus alabardas y cubiertos con un alto y fantástico morrión de largo pelo negro; detras salía una comisión de canónigos, cubiertos de ricas pieles, á los que acompañaban varios del próximo servicio de la Basilica. A continuación venían en gran número los Señores Obispos, á los costados se veían grandes hombres, maestros de varias órdenes, ricamente ataviados, ostentando en su pecho el gran medallón de su clase. Detras gran número de Arzobispos (1) y de trecho en trecho una pareja de elegantes guardias, y al final, el colegio Cardenalicio, y entre los Eminentísimos Señores Cardenales venía el Santo Padre... en la silla gestatoria (sentado) conducida en hombros de cuatro robustos mozos vestidos de encarnado y de talla muy alta, viéndose ya cumplidos todos nuestros deseos.

Llevaba el Santo Padre á los costados, dos primorosos plumeros grandes y muy elegantes, iba vestido de blanco como la nieve, imitando á sus escasos cabellos, llevaba por los hombros riquísima estola ancha, ceñido con hermosísimo cordón blanco, y en su veneranda cabeza un pequeño y hermoso solideo, blanco también; de estatura regular, delgado, y de muy poquita carne, pero adornado de un grande y fuerte espíritu; su cara (quería decir que hermosa, pero

(1) En la Comisión ó Colegio de Señores Cardenales, tuvimos la alegría de ver al dignísimo Arzobispo que fué de esta Diócesis (Valladolid).

no, por su avanzada edad) pero blanca como sus vestiduras, la nariz un tanto saliente y puntiaguda que le hace bastante gracia, y todo en conjunto, un verdadero Santo, que con su agradable sonrisa parecía que estaba gozando las delicias del Cielo... Ya queda hecha, aunque demasiado imperfecta, una reseña del dignísimo Vicario de Cristo en la tierra... ¡Que el Dios omnipotente oiga nuestras súplicas y le conceda largos y felices días, para que con ayuda del Espíritu Santo que le ha dotado de gran sabiduría, resuelva el problema que tanto preocupa hoy á las naciones, y todos seamos hermanos, agrupados en un mismo redil, reconociéndole como sólo Pastor y Padre cariñoso, y de ese modo caminemos por la senda que nos trazó el buen Pastor Cristo Jesús, para después gozarnos eternamente en la gloria. Así sea.

Querer yo, con mi mucha insuficiencia, expresar aquí en este papel, los arrebatos de amor, de delirio, de frenesí, los entusiasmas y atronadores vivas y protestas de amor y de fidelidad de que fué objeto, no solo cuando le vimos, sino hasta el momento en que desaparecía de nuestra vista, de todo punto me es imposible. Pues en ese caso ¿qué he de decir?

Me limitaré á exponer que nunca... nunca... nunca jamás he leído ni oído, que Rey ni Papa alguno fuese vitoreado con tanto ardor y entusiasmo, como lo fué en este día el portante títulos Santo Padre León XIII, de eterna memoria para los obreros españoles.

Siguió la comitiva por entre las dos vallas tan hermosamente engalanadas, hasta que llegó cerca de su trono. Los vivas y las atronadoras voces de entusiasmo, salidas de tantos pechos templados en la fragua del amor, cada momento se aumentaban más y más, y mayormente cuando el Santo Padre, lleno también de satisfacción, al verse rodeado de tantos hijos fieles, se ponía de pie sobre el sitial donde iba; entonces era cuando los peregrinos ébrios y delirantes de gozo, á la manera de una cariñosa madre que adora con frenesí á sus tiernos hijuelos; así ni más ni menos pudiéran-

mos comparar á los hijos de la fe en este día, prorrumpiendo en estrepitosos vivas. ¡Viva nuestro Padre León XIII! ¡Viva el Papa-Rey! ¡Viva el Papa de los obreros! ¡Viva nuestro Santo Padre, como Príncipe, Rey y Señor de la tierra! y sería nunca terminar querer explicar tanto afecto de amor y cariño hacia el Pastor supremo de la Iglesia. Una vez colocado sobre su elegantísimo Trono y puesto sobre un hermoso reclinatorio, recitó una breve oración, cesando en aquel momento el estrepitoso ruido producido con los vivas y aclamaciones de los peregrinos á la leve insinuación de uno de los prelados, pues como hijos obedientes supieron reprimir su entusiasmo, sustituyéndole un silencio sepulcral.

Los cantores desde la Capilla Julia, con una melodiosa música que parecía que los ángeles descendían del Cielo, entonaron el Tu es Petrus. En aquel momento se describió la hermosa cortina que cubría el magnífico cuadro con la imagen del Beato Juan de Ávila, cuya ceremonia había reservado el Santo Padre para que la presenciaran sus amados hijos los peregrinos españoles, como español que era también el venturoso Beato, que desde aquel momento quedó elevado al honor de los altares.

Terminada esta tan santa ceremonia, los cantores, á toda orquesta entonaron el Te-Deum laudamus... en acción de gracias al Todopoderoso por tener la dicha de contar con un santo más en nuestros altares, y por los felices resultados de la peregrinación. Terminado este acto tan solemnisimo, el santo Padre volvió á ocupar la silla gestatoria, y la comitiva se puso en marcha. Grande, grandísimas ovaciones fueron las que se le tributaron al salir, por primera vez, como ya hemos dicho, por la Capilla del Sacramento; pero no fueron menores á su regreso.

Tán pronto como se puso en marcha, las atronadoras voces, los entusiastas vivas, las protestas de amor y cariño, las lágrimas que con abundancia se derramaban de la mayor parte de aquellos tiernos corazones, que gimen y suspiran al contemplar á un Padre amoroso bendecirles sin cesar, poniéndose de pie de vez en cuando y en ademán, de quererlos

abrazar á todos, lleno de júbilo y con una graciosa sonrisa, entonces era el colmo de las desgarradoras voces y nutridos aplausos mezclados con abundantes lágrimas...

¿Y cómo no llorar y derramar lágrimas sin cesar, á la triste y desconsoladora consideración de que aquel venerable anciano está preso, siendo el blanco de sus más encarnizados enemigos? Muchas voces se oían de aquellos pechos enardecidos por un celo santo, que decían: ¡tiempo llegará venerable anciano y padre nuestro, que vuestros fieles hijos trabajen y consigan vuestra libertad, aunque sea á costa de su sangre! Una vez que pasó la comitiva y entró en la Capilla ya descrita, y corridos los grandes y ricos cortinones, á los peregrinos en particular, les parecía que todo cuanto habian contemplado de grande y hermoso era un sueño, quedando tan desconsolados como cuando un niño pierde una cosa que tiene en gran estima; pero aún les quedaba la esperanza de que el día 18 volverían á tener delante de sus ojos á aquel venerable anciano, objeto de sus delicias, y por eso se les vé salir llenos de satisfacción de la Basilica de San Pedro.

Hasta pasados diez minutos de haberse retirado el Santo Padre y su corte, no se abrieron las grandes y anchurosas puertas; y una vez abiertas salimos de aquel recinto santo, sin apreturas ni molestias, á pesar del inmenso gentío que habia.

A mí me causaba encanto el ver salir tanta gente, de diferentes poblaciones y nacionalidades, sin ningún obstáculo, como si fuese una sola familia. Y verdaderamente que era la gran familia, la familia única cumpliendo con el mandato divino de, amaos los unos á los otros como yo os he amado, como dijo á sus Apóstoles el divino Salvador. Entusiasmado de ver tantos reunidos y tan bien ordenados, tuve el gusto de salir de los primeros y bajarme al principio de la gran plaza Vaticana, con el objeto de presenciar bien la salida de aquel inmenso gentío. En verdad que era precioso el cuadro que formaba tanta gente bajando por las inmensas gradas de granito.

No era menos curioso ver tantos coches desfilar desde la plaza de España que, como ya se ha dicho está contigua con la del Vaticano (1). Ya era cerca del anochecer, y sintiéndonos demasiado cansados, nos retiramos al hospedaje, tardando más que lo que pensábamos, por hallarnos en el camino con muchos amigos nuestros de Valladolid, felicitándonos unos á otros con entusiasmo, gozando en gran manera al referirnos los acontecimientos ocurridos en aquel día, despidiéndonos de todos hasta el siguiente que nos veríamos en Santa María la Mayor, en donde sería la Misa solemne, la que había de celebrar de pontifical el dignísimo Cardenal de Sevilla el Eminentísimo Doctor D. Benito Sanz y Forés, tan conocido de los vallisoletanos; y tendríamos la dicha de contemplar otra maravilla más, en aquel suntuosísimo templo, que tan prodigiosamente fué mandado hacer por revelación divina, como más adelante tendremos ocasión de ver.

Ya se hacía bastante tarde, cuando por último nos despedimos como cariñosos hermanos, y por fin llegamos á nuestro alojamiento los tres, que como he dicho, éramos de Valladolid, reuniéndonos al poco tiempo los demás compañeros de alojamiento. Muy bien nos sirvieron la cena, que duró bastante tiempo, pues los nueve como verdaderos hermanos, conversábamos con entusiasmo de las grandezas que en aquel día habíamos presenciado, y con especialidad lo conmovidos que habíamos quedado al contemplar á nuestro Santo Padre... Aquel venerable anciano que infunde tanto respeto, no solo á los que hemos tenido la dicha de verle, sino también á todos aquellos que no le hayan podido ver, toda vez que sean amantes de nuestra santa religión; y me atrevo á decir que hasta á los mismos enemigos, tan sólo con que hayan tenido la suerte de oír ó de leer alguna de sus encíclicas, donde ya pueden comprender la grandeza de espíritu que le adorna. Terminada la cena, mis compañeros

(1) Los coches esperaban en la plaza de España porque en la del Vaticano, no pueden entrar.

pasaron un rato de buen humor con los patrones, y yo me entretuve con mis apuntes.

Ya nos despedimos de ellos y nos retiramos á nuestras habitaciones, rezando con mucho agrado antes de acostarnos, el santo Rosario, ese pequeño tributo que pagábamos á nuestra querida Madre la Virgen Santísima: porque, ¿qué hijo será aquel que al retirarse á descansar, particularmente de noche, no se despide de su cariñosa madre? Pues bien, si la buena educación manda y exige de los hijos que sean corteses y tengan un amor sin límites con su madre, aquí en este mísero suelo; ¿cuál será, el que de católico se precie, bien entendido y educado en la verdadera religión que tiene como base el amor, y un amor sin límites al Dios eterno, como fundamento de todo cuánto tiene ser, al hijo como Dios y como Redentor, pues derramó su preciosísima Sangre por todos, y en cuanto Hombre, hijo verdadero de la Virgen Santísima, y ese mismo Dios hijo, nos la legó por Madre nuestra en su testamento, estando pendiente de tres duros clavos en el madero de la Cruz, haciéndonos una manda grande y generosa; manda que con ser Dios no podía hacernos otra mayor, y ella obedeciendo á lo mandado por su divino hijo, desde aquel entonces nos acogió como tales, siendo nuestra Madre, nuestra Reina y Señora, y por consiguiente nuestra abogada, nuestra esperanza en la vida y nuestra defensora en la muerte?

¿Habrà, pues, entre los católicos, uno siquiera que sea tan indiferente al cariño y amor filial de esa buena madre? Yo á mi corto entender, digo y repito una y mil veces que no. Pues bien, ni más ni menos hicimos mis buenos compañeros y yo que pagar á nuestra querida Madre ese tributo, aunque sea corto. Pasamos feliz noche, descansando muy bien de las fatigas que el día anterior nos causaron tantas emociones.

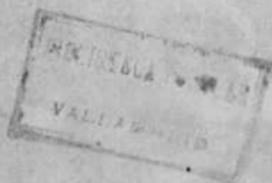
BIOGRAFÍA
DEL
BEATO JUAN DE ÁVILA,
BEATIFICADO EL DÍA 15 DE ABRIL DE 1894.

Juan de Ávila, maestro y gran ejemplar de la vida cristiana, honor del clero secular y digno apóstol de Andalucía, nació, hijo, cual otro Samuel, de las lágrimas y oraciones de su buena madre, el día 6 de Enero de 1500, en la histórica villa de Almodóvar del Campo, provincia y Arzobispado de Toledo. Fueron sus padres Alonso de Ávila y Catalina Chicon, de familia distinguida y rica, así en bienes materiales como espirituales, de cuyos últimos bienes hicieron estos doble caudal con su grande fe y conocida piedad. Aún no había cumplido Juan cinco años cuando, prevenido de la gracia en bendiciones de dulzura, practicaba las más hermosas virtudes y consejos evangélicos, según lo refieren escritores fidedignos. Con muestras de raro ingenio hizo los estudios de Retórica y Humanidades, y á los catorce años envióle su padre á la célebre Atenas española—Salamanca,—en donde con toda diligencia y empeño se aleccionaba, más bien por pura obediencia que por su vocación, hasta que advertido el autor de sus días de la poca inclinación que sentía por aquella clase de estudios, lo llevó consigo. Tres años llevaba en casa de sus padres empleado en su santificación y perfeccionamiento espiritual, cuando un religioso de la inclita orden del Seráfico Padre San Francisco, famoso por su santidad, le fué á visitar con el fin de conocer á joven tan favorecido de Dios, y aconsejarle se dedicara al estudio de las ciencias sagradas: consejo



EL BEATO JUAN DE ÁVILA

BEATIFICADO EL DÍA 15 DE ABRIL



EL BRATO JUAN DE AYLLA

ESTAMPADO DE LOS REYES

que recibió con sumo agrado, por ser sus aspiraciones, poniéndole en práctica con el beneplácito de su padre. En la entonces famosa Alcalá cursó la Filosofía y Teología, teniendo por maestro al célebre P. Fray Domingo Soto, gran lustre de la Orden Dominicana, quien manifestó muchas veces que si Juan continuase en los estudios, no tardaría en ser uno de los más sabios de España. Aquí de maestros y discípulos fué tenido justamente, como en Salamanca, por un Santo, y aquí fué donde contrajo aquella íntima y espiritual amistad con su condiscipulo Don Pedro Guerrero, después Ilustrísimo Arzobispo de Granada.

Terminado el curso de las ciencias necesarias, ya fallecidos sus padres, se preparó para recibir las sagradas órdenes...

Celebró su primera misa en la misma iglesia de su patria, donde descansaban los restos de los autores de sus dias, rechazando con verdadera humildad todo género de ostentación y convites, que eran en tales casos de costumbre. Santificado á sí mismo, quiso santificar á los demás, para lo cual concibió el propósito de pasar á América y llevar el Evangelio á aquellas regiones incultas. Con este fin se ofreció al nuevo y primer obispo de Tlascala, que le aceptó gustoso, el cual iba á partir para Méjico; Juan, por estar más cerca del punto donde debía de embarcar, después de repartir su pingüe fortuna entre los pobres, pasó á Sevilla en el año de 1527.

Concedor el Arzobispo de esta Metrópoli, Don Alonso Manrique, de las excelentes cualidades que poseía el siervo de Dios, le instó á que desistiera de su propósito y trabajara en aquella su vasta Diócesis, lo que no pudo conseguir más que obligándole á ello en virtud de santa obediencia; mandato que acogió el Padre Ávila cual si fuera del cielo, dedicándose desde entonces con verdadero celo apostólico á la predicación, siendo el asombro en Sevilla de cuantos le escuchaban y haciendo prodigiosas conversiones. Así lo atestiguan sus coetáneos, el inmortal Padre Granada, y el Doctor Don Francisco Terrones; predicador del Rey, y más

Quijar

tarde obispo de León. Además de laborar fructuosamente para el Señor en esta deliciosa y pintoresca ciudad, donde los enemigos de su predicación, sin más fundamento que la vil calumnia, le delataron al Tribunal de la Santa Inquisición que lo absolvió libremente por ser notoria su ciencia, obtiene en Córdoba nuevos triunfos santificándola; y apoyado por el Obispo de la Diócesis, Señor Rojas, y el célebre vallisoletano Don Pedro López, médico del Emperador Carlos V, funda el colegio de la Asunción, para jóvenes que, llamados por Dios, se hubieran de dedicar a la carrera eclesiástica. De allí pasó á Granada, donde con su oratoria divina y angelicales ejemplos, hace gran fruto en las almas. Efectos son de su celo é insinuaciones el nuevo Seminario para los hijos de la provincia eclesiástica que hayan de ser sacerdotes, una casa para enseñar á niños los rudimentos de la fe, y el establecimiento y progreso del Monasterio de la Encarnación, que fundó la primera abadesa Doña Isabel de Avalos, hermana del arzobispo Don Gaspar.

Las ciudades de Jeréz, Úbeda, Alcalá de Guadaira, Palma y Écija, tuvieron la suerte de ser regadas con sus sudores apostólicos, debiéndole el adelanto en las virtudes; Baeza fué el Teatro donde el Santo Maestro desplegó su solicitud, su celo, su abnegación y su amor.

De él se valió, con anuencia y apoyo de Paulo III, Don Rodrigo López, familiar de este romano Pontífice é hijo de esta ciudad, para la fundación de su Universidad y Seminario, cuyos ejemplares estatutos y sabia dirección, coronaron de fama al Padre Ávila. A él, por lo tanto, bien puede dársele justamente el dictado conque orgullosas le han honrado todas las ciudades de estos reinos, llamándole el Apóstol de Andalucía. Mas no terminó aquí su misión: el deseo que le abrasaba por la salvación de las almas se extendió á toda España, consiguiéndolo en gran parte por medio de sus mensajeros y aventajados discípulos, mientras él, en Extremadura, principalmente en Zafra y Montilla, deja escuchar su elocuente palabra, llena del más rico

sabor evangélico, practica las más heróicas virtudes, que le dan por resultado magníficas conversiones. Habiendo rehusado ricos canonicatos, notables prebendas, y los obispados de Segovia y Granada, que le ofreció el Rey de España, y la púrpura Cardenalicia, con que le quiso honrar el papa Paulo IV, permanece en esta última población diecisiete años por causa de larga y penosa enfermedad, que, aunque mucho martirizaba su carne, en nada á su espíritu turbaba; hasta que cargado de años, pues contaba setenta y más de indecibles y preciosos méritos, que sólo Dios podía premiar, acabó su laboriosa existencia con edificante y santa muerte, acaecida el día 10 de Mayo de 1569, el 45 de su apostolado, habiendo recibido todos los auxilios espirituales con vivísimos deseos y perfecto conocimiento por mano de hijos de la nunca bien ponderada Compañía de Jesús, á la que tanto amaba y favorecía, teniendo la suerte de hallarse rodeando el humilde lecho, su excelente discípulo el padre Villaras. Su preciosa muerte fué llorada como pérdida irreparable por cuantos le conocían...

Concluída la conducción de su cadáver que fué un verdadero triunfo, y verificadas solemnes exequias y encerrado el venerable cuerpo en una caja especial, fué puesto en un nicho, abierto de intento en la pared, al lado de la Capilla mayor, perteneciente á los Marqueses de Priego, Señores de aquel Estado en la iglesia de la Compañía, según lo manifestó á la Marquesa en los últimos momentos de su vida, preguntándole cuál era su deseo sobre este particular. Allí estuvo hasta que después de muchos años fué trasladado á otra urna de mármol rojo, que á sus expensas mandó labrar Don Mateo Vázquez Leca, arcediano de Carmona y canónigo de Sevilla, devotísimo siervo de Dios y gran estimador de sus virtudes, colocando la misma noble inscripción que tenía, y en loor de tan insigne Maestro habían compuesto los Jesuitas, cuya inscripción literal dice así:

MAGISTRO YOANNI AVILÆ

**Patria Optimo Viro integerrimo Deig amantissimo
Filii eius in Christo P.**

Magni Avile cineres, venerabilis ossa Magistri,
Salvete, estremun condita ad usque diem
Salve dive pater, pleno cui flumine cœlum
Afluxit, largo cui pluit imbre Deus.
Cœli rore satur quæ mens tua severat intus,
Mille Duplo retulit fœnore pinguis ager,
Quas Tagos ac Bœtis quas Singilis alluit oras,
Oretuo Christum buccina personuit.
Te patrii cives, te consultierus adibat
Advena: tu terris numinis instar eras.
Quantum nitevaris humi reptare pusillos:
Tantum provexil te Deus astra super.

IPSE LECTORI

Avile mi nomen, terra hospita, patria Cœlum.
Quæris quo fructus munere? messor erant,
Venerat ad canos falx indefensa seniles,
Quæ Christo segetes mesouit innumeras.

Apenas hubo santo de aquel tiempo, dice el Sr. Lafuente, que no estuviera en comunicación con este insigne varón. Y en efecto, San Ignacio de Loyola y Santa Teresa de Jesús, San Pedro de Alcántara y Fray Luis de Granada reciben sus celestiales consuelos y sabios consejos. Confirma á San Francisco de Borja, siendo marqués de Lombay, en la resolución de abandonar la Corte. Convierte y hace santo al pa- cientísimo Juan de Dios, que funda por su inspiración y am-

paro, benéfico instituto. No menos favores granjearon las personas notables y piadosas que tuvieron la dicha de acudir á él, en demanda de protección ó consejo, pues desde el poderoso monarca Felipe II, que le invita á su corte, hasta el más harapiento mendigo que le busca para vestirse ó apagar su hambre, desde la más preclara lumbrera de los purpurados del concilio de Trento que le consulta, hasta el más pobre sacerdote de aldea que extático le escucha, y desde la dama más aristócrata hasta la más sencilla campesina, todos palpan sus virtudes y talentos, todos la eficacia de su piedad, todos la influencia de su dirección.

Dignas de citarse son las conversiones del chileno don Pedro de la Cerda y D.^a Sancha de Carrillo, hija de los marqueses de Guadalcazar, que en la flor de su juventud, llena de hermosura y honores, pues la emperatriz Isabel la había nombrado su dama de honor, renuncia al mundo, y siguiendo el camino que su director la trazara, llega á morir como verdadera martir de Cristo. La santidad á que llegaron doña Leonor de Córdoba, D.^a Constanza de Avila, doña Eleonor de Inestrosa, D.^a Isabel y D.^a María Pacheco, religiosas de Santa Clara, D.^a Catalina Fernández de Córdoba, mujer de D. Alonso, marqués de Aguilar, D.^a Inés de Hoces, religiosa en Córdoba, casi todas de nobilísima estirpe, y principalmente D.^a Ana Ponce de León, hija de los duques de Arcos, condes de Ureña, emparentada con los duques de Sidonia y casada con el virtuosísimo y muy apreciado del P. Avila, conde de Feria, marqués de Priego, que después de perder á su amado esposo é hijos en lo mejor de su vida, se consagró según sus deseos y los de su director, á Jesucristo, ingresando en el monasterio de Santa Clara de Montilla, donde siendo claro espejo de religiosas, muere en olor de santidad.

Y finalmente, la terminación de las sangrientas contiendas y rivalidades de los nobles Calvajal y Benavides de Baeza.

Entre los muchos misioneros que formó, imitadores de su celo y discípulos virtuosos y aventajados que tuvo, fueron

muy notables el maestro Hernando de Vargas, que se dedicó á convertir los moriscos de Aragón; el venerable Pedro de Ojeda, notable más que por su saber, por su acrisolada virtud; el virtuoso presbítero D. Pedro Carrillo, el doctor don Bernardino de Cardeval y D. Diego Pérez de Valdivia, catedráticos de la Universidad de Baeza; el padre Estéban de Centenares, paje que fué del rey D. Fernando el Católico, celoso y ejemplar misionero, luego, de los moradores de la Cordillera Mariánica; los reverendos padres de la Compañía de Jesús, Villaras, que por sus excelentes caudales fué muy estimado de su maestro, y el Eminentísimo D. Francisco Toledo, insigne teólogo á quien por su rica literatura condecoró con la sagrada púrpura el Sumo Pontífice Clemente VIII.

Los escritos del inmortal Padre Avila fueron: dos tratados sobre la gran dignidad de los sacerdotes; varias notabilísimas cartas, como las que dirigió á Santa Teresa de Jesús, su célebre tratado sobre el versículo del Salmo 44, Audi, filia et inclina aurem tuam, etc., que compuso para su hija espiritual la mencionada D.^a Sancha Carrillo, que estimó como precioso tesoro.

Estos trabajos han sido traducidos á varios idiomas, quedando inéditos otros sobre la interpretación de la Sagrada Escritura.

Varón tan ejemplar, cristiano tan fervoroso, maestro tan excelente, apóstol tan celoso y santo tan insigne, no podía pasar desapercibido ante la humanidad, y mucho menos ante los nobles hijos de España, y ante la Iglesia Católica. Por eso, el oráculo del Vaticano, el jefe supremo de la Iglesia, el Vicario de Cristo en la persona del preclaro é inmortal León XIII, visto su expediente de beatificación declarando sus virtudes en grado heróico y aprobando la veracidad de sus muchos y asombrosos milagros, le eleva al honor de los altares el día 15 del mes de Abril del año de 1894. Verificándose esta solemne ceremonia en la gran Basílica de San Pedro con asistencia de la corte pontificia, más de quince obispos españoles, todo el cuerpo diplomático acreditado cer-

ca de Su Santidad, comisiones de las órdenes monásticas, colegios y congregaciones existentes en Roma, gran parte de esta ciudad, y la numerosa multitud que componía la gigantesca peregrinación obrera española...

De EL MENSAGERO SERÁFICO.

Amaneció por fin el día 16; la mañana estaba clara y hermosa, siguiendo mi costumbre, apenas rayó el día me preparé lavándome y arreglándome lo mejor que pude, y al poco rato oí tocar á Misa en San Celso, mi iglesia predilecta, por estar tan cerquita y haber en ella Misa tan temprano, que era lo que yo deseaba; allí recibí el Pan de los ángeles... y como el día anterior, cuando se terminaba la primera Misa entraron mis compañeros, oyendo todos juntos la segunda, y una vez terminada nos fuimos á nuestro hospedaje con objeto de desayunarnos y tomar ánimos para emprender nuestro viaje; digo nuestro viaje, porque en aquel día teníamos que andar mucho por Roma como veremos después. En efecto, tan luego como nos desayunamos, nos dispusimos á salir con dirección á la hermosa y antigua Basílica de Santa María la Mayor; solo una cosa, y bien sencilla por cierto, nos tenía con algún cuidado, y era el no llegar á las ocho, hora señalada para la Misa pontifical, como ya he referido; no por que hubiese más de una legua y fuesen entonces las siete, sino porque no sabíamos el camino y tardaríamos más tiempo yendo solos que con un guía. En este debate estábamos cuando lo pudo entender nuestra amable patrona, y nos dijo: por eso no tengan cuidado que mandaré á la regacha que vaya con ustedes (1), y en efecto, acompañados de

(1) Regacha en español muchacha; y la patrona nos lo hacia entender más con las señas que con el habla.

nuestro guía nos pusimos en marcha por entre aquel laberinto de calles y plazas, pareciéndonos que no iba á tener fin. Durante nuestra caminata tuvimos ocasión de ver y de admirar muchos y hermosos edificios, de esbelta y sólida construcción y de cinco y seis pisos, con sus calles tan amplias, por las que transitan con tanta facilidad infinidad de coches y tranvías sin que ocurra percance alguno; con grandes y anchurosos paseos para la mucha gente que á pie transita, y su pavimento adoquinado con una perfección cual no había visto hasta entonces. Pasamos por diferentes plazas, en las que hay riquísimas fuentes, pareciéndonos una ciudad encantada. Como he dicho más arriba, seré breve, porque en el último día pienso dar explicación más detallada de los monumentos más notables, y tendremos ocasión no sólo de contemplar, sino de admirar las riquezas que aquella hermosa ciudad encierra.

En aquella mañana vimos también el grande y hermoso edificio que ocupa el Palacio del Rey Humberto, y el no menos admirable que allí poseen los franceses para colegio, que es una maravilla.

Una vez que llevábamos andado gran parte del trayecto que dista nuestro hospedaje de Santa María la Mayor, que como he dicho era á donde nos dirigíamos, viendo que ya no podíamos equivocarnos el camino, por la mucha gente, en particular peregrinos, que allí acudían, mandamos á nuestro guía (á la muchacha) que se volviera á casa, no sin pagarla el tranvía y darla su correspondiente propina.

Ya allí, aunque quedaba todavía bastante camino que recorrer, nos reunimos á varios peregrinos de diferentes provincias, pues como ya he dicho, en Roma y entre los peregrinos no había diferencia alguna, bastando que fueran españoles para que nos estimáramos como verdaderos amigos, y así unidos pasamos sin sentir el resto de camino que nos faltaba, hablando siempre de los sucesos ocurridos en aquella capital, para nosotros hospitalaria, y de sus amables moradores, que nos trataban con toda cortesía y urbanidad como gente bien educada. Lo repetiré una y mil

veces; que en algunas partes de nuestra España al pobre extranjero jamás le faltan insultos, regularmente por cierta clase de gente de poca educación, y mayormente entre los pequeñuelos; mas aquí, en esta capital que nos ocupa, nada he visto que sea parecido. Pequeños, grandes y de toda clase social he preguntado en varias ocasiones por hallarme dudoso en mi marcha tanto de día como de noche, y siempre hallé cumplidos mis deseos.

Me parece á propósito ahora que hablamos del comportamiento que con los peregrinos han tenido los romanos, referir un caso que, al siguiente día del que narramos me sucedió. Caminaba yo sólo con dirección á la vía Sixtina, sin guía alguno, por aquel laberinto de calles, plazas y diferentes encrucijadas, sin más auxilio que el de preguntar cuando me parecía que no iba bien, y siempre me dirigían perfectamente (1) aunque por señas más que por la palabra; sin saber cómo, me hallé en una hermosísima plaza cuyo esplendor y magnificencia no puedo ahora explicar (2) allí entre aquel laberinto de gente, carruajes de todas clases, y calles sin cuento, me ví sin rumbo como el piloto que ha perdido su derrotero. Pregunté á dos municipales que con amabilidad me atendieron, pero no les comprendí muy bien, y por no serles molesto me retiré sin obtener la respuesta que yo deseaba. Al salir de la plaza (3) me vi otra vez sin rumbo é ignoraba qué hacer; cerca había un militar de alta graduación y un caballero paisano, y les pregunté por la vía que yo deseaba, mas viendo que no les comprendía me dijeron, venga, venga con nosotros, y con mucha amabilidad fueron en mi compañía hasta que me pusieron en una vía recta, y ya no tuve necesidad de preguntar á nadie. Rasgo generoso que es digno de ser imitado; digo digno de ser imitado, porque si en nuestra España se llega una persona tan vulgar como yo, aunque no sea ex-

(1) Preguntando por tal ó cual vía comprendían bien.

(2) La plaza Nova.

(3) Plaza allí es Piazza.

tranjera, á preguntar á dos personas de la alta sociedad, quizás su respuesta sería mirarle indiferente, y no lo digo por rebajar á nuestros hermanos, porque eso dista demasiado de mí, lo digo por esperiencia propia (1).

Y con esto nos hemos desviado de nuestro propósito, pero volveremos á él. Muy divertidos continuábamos nuestro camino, hasta podríamos decir que sin cansancio, á pesar del largo trayecto que habíamos andado. Por fin, llegamos á la gran plaza, que tiene por delante la hermosa Basílica de Santa María la Mayor, y está al contrario que la de San Pedro, ésta tiene sus principales puertas mirando al saliente y la de Santa María mirando al poniente, y antes está la plaza, que la adorna una magnífica columna muy alta y de poco grueso, ostentando arriba, en la punta, una hermosa efigie de la purísima é inmaculada Concepción, en hierro; dicha columna está al pie de las anchurosísimas y grandes gradas que hay que subir, las cuales son de piedra ordinaria, pero en gran número; por la altura en que se halla situada, bien se comprende, según su historia dice, que fué edificada en lo alto de un monte llamado Esquilino. Ocho riquísimas pilastras adornan su pórtico, y es una de las cuatro que hay en Roma que tienen la Puerta Santa, y entre las muchas y magníficas Iglesias que hay consagradas á la Virgen Santísima, esta es la mejor, por eso lleva el nombre de Mayor.

Entrando en esta Basílica con un poco de calma, se ven las muchas maravillas que en ella se conservan; una de ellas es la cuna donde la Virgen Santísima echaba al niño Jesús. También se veneran estatuas magníficas, y en la fachada hay una de Felipe II de España. En medio del templo está el hermosísimo Altar papal, donde celebró aquel día de Pontifical, como ya se ha dicho, el Eminentísimo Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés. Terminada que fué la santa Misa y recorrido y visto bien aquel

(1) Entre la alta sociedad hay quien mira al pobre en buen sentido, y algunos, con desprecio.

grandiosísimo templo, salimos juntos la mayor parte de los de Valladolid. Pasamos un buen rato hablando de cuanto grande y bueno hay en aquel templo, y cada cual marchó por la dirección que más le convenia. Un hermano de la venerable Orden Tercera de San Francisco de Asis y yo, buscábamos á los restantes hermanos hasta doce que íbamos (1), y teníamos de antemano dispuesto ir todos en unión al Convento de Padres Franciscanos, donde reside el Padre general, y en particular yo que llevaba una comisión que gestionar cerca del mismo (2); mas viendo que no parecían, nos fuimos los dos solos, para no desaprovechar aquella buena ocasión de estar cerca, aunque todavia desde allí distaria más de dos y medio kilómetros. En efecto, nos pusimos en marcha sin saber más que el nombre de la calle, que allí se dice vía, y era esta la de Merulana, número 24, y preguntando llegamos por fin. Lo primero que vimos fué la magnífica Iglesia del Convento, teniendo necesidad de subir unas veinticinco escaleras de piedra sillería para llegar á su pórtico, que parece un magnífico corredor.

Entramos en la Iglesia con el recojimiento que nos es propio, lo primero que hicimos fué la visita de costumbre, aunque breve, y después nos enteramos del tesoro que aquella pequeña iglesia encierra en hermosas pinturas, con especialidad el fresco que tiene en la cúpula, por encima del altar mayor, que representa la entrada en los cielos de nuestro seráfico padre San Francisco, y sus muchos y riquísimos altares, bien adornados con apreciables esculturas.

Salimos del templo y nos fuimos á la portería para hacer saber al padre que estaba de portero, nuestra pretensión, y nos condujo por unas dilatadas galerías, donde nos hubiésemos perdido indudablemente, sino hubiese ido él delante hasta que llegamos á las habitaciones del Padre general.

(1) Doce hermanos de la V. O. T. de San Francisco de Asis de Valladolid.

(2) Yo, aunque sin mérito alguno, iba encargado de gestionar con documentos que llevaba del archivo de la Orden, sobre la indulgencia perpétua de la Porciúncula, como secretario que soy de ella (aunque indigno).

La primera sala la ocupaba como oficina su Secretario, quien nos recibió con muestras de cariñoso afecto y con la sonrisa en los labios; con mucho trabajo le hicimos saber nuestros deseos (1) de ver al Padre general, al que pasó la comunicación verbal, é inmediatamente se presentó donde nosotros esperábamos, saludándonos con mucha alegría, correspondiendo nosotros con todo el respeto que á tan alta dignidad se debe (2). Así que supo nuestra pretensión, y que éramos hijos (aunque terceros) del gran Padre San Francisco, su alegría fué grande, abrazándonos como un padre cariñoso cuando llega á su casa un buen hijo después de una larga ausencia, y poniendo sus venerables manos sobre nuestro cuello, conduciéndonos así hasta su sitial, que estaba en otra habitación más interior, haciéndonos sentar uno á cada lado y allí con toda la franqueza que pueden tener padre é hijos, le hablamos del negocio que allí nos había llevado, y con mucha amabilidad satisfizo nuestros deseos diciéndonos; haré cuanto posible me sea para ver si se puede conseguir, aunque lo creo dudoso por que la petición es grande. El procurador es español y muy activo, y creo que se presentará á S. S. León XIII tan pronto como esto quede de su cargo. Mañana, si Dios quiere, ó pasado, volvéis hijos míos, á esta vuestra casa, y sabréis si se ha podido conseguir ó no, y nosotros entonces con mucha humildad y reverencia, le pedimos su permiso para retirarnos, y concedido éste, nos arrodillamos dándonos su bendición, diciéndonos: os la doy á vosotros, y en vosotros á todos vuestros hermanos terciarios de Valladolid.

Después de habernos despedido del padre Secretario nos retiramos con nuestro guía, saliendo de aquella santa morada muy complacidos y satisfechos. Ya eran más de las once de su mañana y estábamos muy lejos de nuestro hospedaje, ¿pero quién estando á la conclusión de la vía Mezulana, y por consiguiente cerca de la riquísima y antigua

(1) Era italiano y nada comprendía del español sino con trabajo.

(2) El Padre general era italiano pero hablaba español correctamente.

Basilica de San Juan de Letrán, se acuerda que está lejos de su hospedaje ni de que se siente cansado? Yo creo que no habrá uno siquiera que no haya oído hablar ó leído las grandezas de la iglesia de San Juan de Letrán en Roma, y en particular de los tesoros de indulgencias de que ha sido enriquecida.

Sólo á esa consideración ya no se acuerda nadie, y menos los peregrinos, de que están fatigados por el cansancio. Deseosos de visitar aquel suntuosísimo Templo nos dirigimos á él, sin acordarnos que estábamos á más de seis kilómetros de nuestra morada.

Al tener que hablar de recuerdos tan grandes, tan sublimes y tan elevados, me atemoriza la idea de no hacerlo tal como yo deseara por mi pequeñez de entendimiento, y por otro lado me llenan esos mismos recuerdos de una santa alegría que no acierto á explicar, y me llena de pena el que mis lectores no hagan caso, ó lo tengan por un argumento lleno de ilusión, cuanto diga en honor de esta riquísima joya ó florón de nuestra nunca bastante bendita religión.

En este célebre monumento, que tan en estima tiene todo el orbe católico, por la infinidad de indulgencias con que todos los Sumos Pontífices le han enriquecido, nada de extraño tiene que los papas hayan puesto en él sus tesoros, porque se conservan, á pesar de tantos siglos como han pasado, recuerdos que están publicando, por si solos, la omnipotencia y poder de ese divino autor de todo cuanto tiene ser, conservándose tan sagradas reliquias como veremos en adelante. Este gran templo ó Basilica de San Juan de Letrán, según su historia, ha sido fundado por Constantino hacia el año 324, á la subida oriental del monte Célio; no hay que extrañarse que se diga montes, porque Roma hoy todavía conserva grandes alturas ó montes, cubiertos de grandes encinas, fresnos y pinos, y precisamente en la acera donde antes estaba la casa de Plautus Lateranus que fué condenado á muerte por Nerón por haber conspirado contra él. Esta Basilica es la verdadera catedral del Sumo Pontífice, pues se llama *Ecclesia Verbis, Caput Ecclesiarum*.

Todos los Sumos Pontífices toman en ella dignidad, y se han celebrado cinco concilios Ecuménicos, llamados Lateranenses.

El año 1308, mientras los Pontífices residían en Aviñon, un incendio casi la destruyó. Ha sido reconstruida por Clemente V, y hermoseedada por otros pontífices; Clemente XII hizo construir la fachada con dibujos de Galilea. Esta es de Trabertino con cuatro grandes columnas y seis pilastras de orden compuesto, que sostienen una cornisa, encima de la cual hay una balaustrada que lleva las colosales estatuas de Jesús y de varios Santos.

En la riquísima Basilica se entra por cinco puertas; la del medio que es de bronce, perteneció á la Iglesia de San Adriano, al foro Romano. El interior se divide en cinco naves, con cuatro filas de admirables columnas; ha sido el arquitecto Barromini. La bóveda de la nave del medio fué construída por orden de Pio IV, con dibujos de Miguel-Angel. La capilla Corsini, que es la primera á mano izquierda, es una de las más ricas de Roma; ha sido construída por orden de Clemente XII con dibujos del Galilei, en honor de San Andrés Corsini. Encima del altar hay un mosaico que representa á San Andrés, copia de un cuadro de Guido; por la parte del Evangelio hay un nicho adornado con dos columnas de pórfido y con la tumba de Clemente VII; la urna antigua del mismo mármol estaba en el Panteón, la estatua en bronce es del Maini. La cúpula está adornada con hermosos estucos dorados; se debe también observar la inmensa riqueza del pavimento y de la balaustrada.

En el subterráneo de esta capilla que encierra las cenizas de los Corsini, hay, encima del altar, una estatua de la Piedad, obra de Antonio Montanti. Pasando de las tres naves pequeñas de la otra parte, se observa cerca de la puerta un magnífico fresco atribuído al Giotto, que representa á Bonifacio VIII entre dos Cardenales.

Pasando de la nave, al través, se observa el altar papal bajo un tabernáculo gótico; en él se conservan muchas reliquias, y entre otras las cabezas de San Pedro y San Pablo.

Hay hermosísimos frescos, obra de Siena. Este altar ha sido restaurado en el año de 1851.

Bajo del mismo hay la capilla llamada la confesión de San Juan Evangelista. Es digno de que se fije bien la atención en la tumba de Martín V, especialmente en la parte superior en bronce, que es obra de Simón, hermano de Donatello. Es muy hermosísimo el tabernáculo de piedras preciosas, y que está adornado con cuatro columnas de verde antiguo. El alquitrahe con las cuatro columnas es de bronce dorado. El fresco que representa la Asunción ha sido pintado por el Arpino, que está sepultado en esta Iglesia.

La sacristía se halla á la extremidad de la Basílica á mano izquierda; se entra en ella por el circuito que está detrás de la tribuna. Hay pinturas muy notabilísimas, entre otras muchas un cuadro de M. Venuste que representa la Anunciación; otro cuadro pintado por el Massaccio, que representa un milagro obrado en favor de un canónigo de esta Basílica. Entre las muchas reliquias, hay en una capillita de la que se sale por el lado de saliente, fuera de las naves principales, la mesa sobre la cual Jesucristo celebró con sus Apóstoles la última cena.

Aquí era tanta la afluencia de peregrinos y gente de toda clase que había, que se tardaba en llegar á la sacra reliquia mucho tiempo, á causa de las ya indicadas escaleras, y muy estrecho el paso, que se andaba al vuelo con bastante apretura. También hay un brazo de Santa Elena; una parte del cerebro de San Vicente de Paula, y se conserva también sangre de San Carlos Borromeo, y la copa en la cual, por orden de Domiciano fué presentado el veneno al Apóstol San Juan; una parte de la cadena que llevaba el mismo santo cuando vino de Efeso á Roma, y una parte del vestido de púrpura que pusieron por irrisión á Jesucristo.

Junto á la Basílica hay un cuadro que ha sido construído en el siglo XII. En las galerías de este claustro se conservan muchas otras reliquias, como la plancha de pórfido sobre la cual los soldados sortearon los vestidos de Jesucristo, cuando le crucificaron, la columna que se hizo pedazos en el

templo de Jerusalén á la muerte de nuestro Redentor Jesús; la de la casa de Pilatos, encima de la cual fué anunciada al pueblo la sentencia de muerte de Jesús; la piedra del pozo de la Samaritana; el baldaquino de mármol sostenido por cuatro columnas sobre seis pies de alto, que indica la estatura del divino Salvador; y una silla pontifical muy antigua. Sería nunca terminar ó por lo menos aparecer molesto, si hiciese relación exacta de las reliquias y pinturas, adornos, esculturas, recuerdos y preciosidades que encierra este suntuosísimo templo, bástenos, pues, con lo ya indicado para comprender que es uno de los monumentos más antiguos y más memorables que Roma encierra dentro de sus muros.

Saliendo de la Basilica por la puerta principal, se ve cerca á mano izquierda, el santuario de la Escalera Santa. ¿Y quién está cerca de un monumento tan precioso, que representa tan santos episodios y recuerdos tan grandes de la dolorosa pasión de nuestro buen Jesús, y aunque ya muy quebrantado, no hace un pequeño esfuerzo ó sacrificio para contemplarles? ¡Ah! puedo decir lleno de un regocijo grande, que á aquella hora, ya eran las doce de la mañana, todos los muchos españoles que allí estábamos no nos acordábamos de que, nuestro debilitado cuerpo tenía necesidades que cubrir, todo al contrario, quien más ó quien menos no se acordaba de sí mismo... ¡Todo nuestro afán era ver por nuestros propios ojos las gotas de la preciosísima sangre que derramó nuestro adorable Redentor Cristo Jesús, cuando en casa de Pilatos fué coronado por Rey de burla con aquella terrible corona de juncos marinos que tan cruelmente traspasaron su delicada cabeza, y bajando por aquella escalera derramó unas gotas que allí se veneran! En efecto, allí fuimos y tuvimos la dicha de adorar su preciosa Sangre, y besar con nuestros labios aquella bendita madera que pisaron sus sagrados pies.

La Escalera Santa la forman veintiocho escalones ó peldaños, que pertenecieron al palacio del gobernador de la Judea (Poncio Pilatos) en nombre de César Augusto, allá en Jerusalén, y que, como ya hemos dicho, fué subida y bajada

varias veces por nuestro buen Jesús, y bañada con su Sangre. Por eso todo cristiano que tiene la dichosa suerte de llegar allí, la sube de rodillas y con una veneración cual yo nunca vi otra igual. Al pie de la escalera hay dos riquísimos grupos en piedra mármol, tan preciosos que, á pesar de haber tantos en Roma y tan buenos todos, no los he visto mejor. Estos grupos representan á Jesús en la edad en que dió principio á su vida pública, y á San Juan Evangelista en ademán de besar al divino Maestro en una mejilla, tan á lo vivo que es difícil que el artista pueda hacerlo más natural.

Pío IX lo mandó ejecutar á el hábil Jacometti. Nosotros nos acercamos con suma reverencia, y aguardamos á que nos tocara la vez, porque era mucha la gente que, llena de un temor santo, allí se agrupaba. La escala tendrá unos tres metros y medio de ancha, y siempre estaba llena de arriba abajo.

Está á cargo de Padres Redentoristas, que no faltan nunca de allí con el objeto de que nadie suba de pie, ni pise con su planta aquel sagrado recuerdo de la dolorosa pasión de nuestro Salvador. Ya por fin llegó el turno deseado, y nos postramos de rodillas sobre el primer peldaño besándole y dando tiempo á que fueran avanzando los que iban delante, y allí retocábamos medallas, crucifijos, rosarios, etc., etcétera, con especialidad á las gotas de Sangre preciosa del Cordero sin mancilla. Donde están las gotas, hay una cruz de metal con un cristal incrustado en la madera, que se hallan perfectamente conservados, á pesar de tantos siglos como han pasado, pues regularmente la madera con el tiempo envejece y se carcome por una especie de gusanillo muy sutil, mas éstas nada tienen, pues están enteras y fuertes.

Llegamos arriba con bastante trabajo por la mucha gente y la dureza de la madera que dolían las rodillas, siendo de ese modo una verdadera penitencia. Llegamos arriba y lo primero que hay de frente es una hermosa capilla pequeñita, que no se entra en ella por estar cerrada fuertemente con gruesa verja de hierro, y allí deposita cada uno la limosna que puede ó le dicta su piedad.

Guizar

Esta capilla se titula Santa Sanctorum, y en ella se venera una antigua pintura griega que representa á Jesús á la edad de doce años. Según su historia y la tradición, esta pintura fué comenzada por San Lucas y acabada por los ángeles. Verdaderamente que, para los tiempos en que vivimos, tan materializados y de tanta incredulidad y amor propio, parece ridículo, pero parezca como quiera, yo por mi parte, y todo católico de verdad, al contemplar aquella maravilla, no puede menos de exclamar... cierto es cuanto su historia y tradición dice, ó el pintor inspirado hizo lo que la razón humana no es capaz de entender. Siguiendo un pasillo á mano derecha se llega á una capilla hermosamente adornada con preciosas esculturas y graciosas pinturas, que representan acontecimientos de la historia sagrada, pero lo magnífico que hay en esta capilla es el precioso altar mayor.

Para bajar no se hace por la Escala santa, pues hay dos magnificas escaleras, una á cada lado, de piedra ordinaria, espaciosas y muy cómodas.

Ya cerca de la una, nos despedimos de la Escalæ santa, y á toda prisa nos disponiamos para regresar á nuestro hospedaje, aunque teniamos dispuesto con nuestros patronos el comer á las doce, pero en este día no fué posible el que cumpliéramos lo prometido.

Todavía á nuestro paso contemplamos (aunque medio derruido) el gran Circo Romano. ¿Quién no ha oído hablar de este famoso circo? la historia le llama ó titula el anfiteatro Flavio ó Coliseo, ocupa el suelo en donde estaba la piscina de Nerón. Fué edificado por el emperador Flavio Vespasiano, é inaugurado con fiestas y espectáculos que duraron cien días, en cuyo tiempo murieron millares de gladiadores y de bestias.

Es de forma oval, la circunferencia es de quinientos treinta y cinco metros; la altura de cuarenta y nueve metros. Podía contener más de cien mil espectadores. Al exterior se compone de tres órdenes de arcos y cada orden de ochenta, y otras tantas medias columnas. Había dos entradas, y todo alrededor aberturas con rejados de bronce, por las

cuales salían las fieras y los gladiadores. Había por encima el podio, lugar reservado para los emperadores, senadores, etc. Subiendo á la parte más alta se goza de una magnífica vista. Todas las piedras que faltan á este inmenso edificio han servido para construir varios de los palacios más suntuosos de Roma. Después de haber servido hasta el año 528 para los espectáculos, desde el siglo XI al XIII fué empleado como castillo fuerte. El gran sostén por el lado oriental y otras reparaciones se deben á Pío VII; el sostén por el lado opuesto ha sido ordenado por León X; los otros restauros han sido proseguídos por orden de Gregorio XVI y Pío IX. Por último, restableció los órdenes en el estado de antes rehaciendo las pilastras y las bóvedas que faltaban, estos trabajos fueron confiados á D. Luis Canina.

Hoy se halla medio derruído, y no vale más que como recuerdo de lo que fué, se admirá lo colosal que en tiempos pasados sería, y aun hoy causa respeto. Puesto que el tiempo no se hacía esperar, nos fué preciso tomar un tranvía, (que caminan con bastante velocidad), hasta la plaza Nova, que como ya hemos dicho es una de las de más magnificencia; allí hicimos trasbordo tomando otro tranvía que nos llevó hasta la plaza Barberini, y allí pasamos á otro que nos condujo hasta nuestro hospedaje. Nada se extrañaron nuestros buenos patrones de nuestra tardanza en este día, porque sabían que la jornada que habíamos emprendido era larga. Ya reunidos los compañeros, comimos con buen apetito.

Terminada que fué la comida, tratamos de ver cómo empleábamos el resto de aquella tarde. Pensando estábamos y discutiendo sobre el asunto, cuando lo comprendió nuestro joven patrón y dijo, aunque en español chapurrado: pueden pasar la tarde muy bien viendo las Catacumbas; yo iré con ustedes, pero están extramuros de la ciudad y no se puede ir á pie; nosotros llenos de alegría por ver una cosa que no sabíamos siquiera qué contenían, más que según la palabra, grandes subterráneos ó concavidades debajo de tierra, y que tanto y con tanto misterio se habla en nuestra España, nos

decidimos, mandando que en el mismo instante buscarse dos coches. Y en efecto, al momento los tuvimos á la puerta. Nuestro patrón, en tanto que nos preparamos, él se vistió con su elegante uniforme (1), y en seguida nos pusimos en marcha al trote largo con dirección á la gran Basilica de San Pablo, que está extramuros de la ciudad, al lado del medio-día, pero aunque lejos se salvaron en breve tiempo las distancias, toda vez que eran tirados los coches por buenos caballos, y llevábamos buen guía, en poco tiempo llegamos á las puertas de este prodigioso encanto donde el arte, la elegancia y riqueza, nada tiene que desear.

Cuando entramos en aquel recinto santo quedamos como asombrados; creíamos haber visto lo más grande y bello de las ciencias y de las artes por la mañana de aquel día, y estaba reservado para la tarde este prodigio de maravillas. Su riquísimo pavimento del mármol más exquisito de Carrara, infundía respeto al pisar nuestras plantas sobre él. Sus grandezas son incalculables; en sus bóvedas parece que brilla el sol á causa de sus riquísimos estucos dorados; en la grande y dilatada cornisa del centro de la nave del medio ó principal de las tres de que se compone tan suntuoso templo, están grabados en oro todos los doscientos sesenta y tres papas que ha tenido la Iglesia, desde San Pedro hasta León XIII inclusive, que es una de las maravillas de este hermoso templo. Sobre todo, lo que más llama la atención, son cuatro órdenes de columnas que sostienen el edificio, de veinte cada orden. Nada tendría de particular que fueran ochenta las columnas, y éstas fueran ande una altura y grueso colosal; lo admirable es, que siendo como son de mármol finísimo sean solo de una pieza.

Esta Iglesia, dice su historia que fué construída en el año 1530. Tres fuentes que hay orilla del templo, de agua cristalina, que tiene virtud para curar el dolor de cabeza (de la

(1) Este joven patrón era hijo político del patrón principal. y era empleado en las oficinas de Orden público, de buena estatura y le estaba perfectamente el uniforme y muy simpático.

que muchos peregrinos cogían para traerla), y que están perfectamente conservadas y adornadas de buen mármol, dicen que brotaron en los tres puntos tocados por la cabeza del santo cuando fué decapitado.

Existe también la columna, á la cual el santo fué atado para recibir el martirio. Como teníamos que caminar mucho en aquella tarde, fué corta la estancia en este grandioso monumento, y salimos en breve tiempo con dirección á la parte opuesta, pues las Catacumbas se hallan extramuros también, pero al lado del Norte de la ciudad.

Como los caballos fueron un poquito hostigados por el látigo de los cocheros, y nuestro especial guía era muy práctico en aquel terreno, no tardamos el llegar al cementerio de San Sebastián (que son las Catacumbas más grandes, y más renombradas en Roma). Allí en el cementerio está la Iglesia ó Ermita de San Sebastián, y por dentro de la Iglesia tienen su bajada las Catacumbas de ese mismo nombre.

Estaba al cuidado de ellas un padre, no recuerdo de qué orden, solo puedo decir que era un religioso de bastante edad y muy amable. Enseguida que supo nuestros deseos de bajar, nos dijo: hermanos, para bajar á las Catacumbas es necesario que todos vayan provistos de su correspondiente luz, sin la cual no se puede; y en efecto, á cada uno nos dió como media vara de cerilla, nos reunimos más de cuarenta peregrinos y de la manera que refiero bajamos cada uno con su luz, haciendo buen contraste todas juntas.

Sorprendente es el verse dentro de aquellas cavernas, su extremada estrechez por unas partes y su anchura por otras, con muchas concavidades irregulares por varios lados. El hermano religioso iba delante de aquel escuadrón lucido por demás, ansioso de oír á nuestro guía hacer la clara explicación de aquellas lúgubres guaridas, en donde la necesidad había obligado á los primitivos cristianos á habitar ó refugiarse para adorar al verdadero Dios con más libertad, y librarse de las persecuciones tan crueles de los tiranos. ¡Qué recuerdos tan tristes se encierran en aquellas largas y dilatadas galerías! ¡Cuántos trabajos, cuántas privaciones pasarían

aquellos tan perseguidos mártires, espejos refulgentes de nuestra sacrosanta religión!

Para el indiferente en materia tan transcendental, aquellos terribles é interminables huecos poco ó nada tienen que les llame la atención. Mas para el cristiano contemplativo, y que en su pecho tiene esa fe viva que cual antorcha divina le guía á creer cuanto nuestro Redentor Jesús reveló á su Iglesia, y cree y confiesa con palabra y obra cuanto ella manda, es muy al contrario.

¿Pues qué se vé en aquellas interminables grutas? ¡Ah! En ellas por todas partes que se tiende la vista, no se ve otra cosa que restos de nuestros hermanos, que sin voces acusan nuestra negligencia y frialdad en el amor de ese Dios hecho hombre por nosotros, y que tanto nos amó y que padeció terriblemente hasta espirar pendiente de tres clavos en el afrentoso patibulo de la Cruz!

Sí, ellos por el grande amor que tenían á ese verdadero Dios y verdadero hombre, pensaron muy bien en los padecimientos de su dolorosa pasión y afrentosa muerte, y con esa contemplación les pareció mezquino, miserable, todo cuanto estima la tierra; y no dudaron el pagar amor por amor. Porque, ¿qué fin ó qué objeto se propusieron ellos, al trabajar con tanto afán para hacer aquellas terribles guaridas? á cuya sola contemplación, estando dentro de aquella lobrete, se estremece y erizan los cabellos del espectador, aunque este sea indiferente.

Paréceme á mí, hermanos, que no fué por otra cosa más que por lo que he dicho y vuelvo á repetir, por ese grande, ardiente y fervoroso amor al Dios omnipotente.

Eran perseguidos por los tiranos y cualquier acto de religión que observaren en ellos era bastante delito para ser terriblemente martirizados sin ninguna compasión; y he aquí donde les condujo su amor y su celo por la religión que el divino crucificado confirmó y selló con su preciosa Sangre... Ahora bien, si ellos al verse tan cruelmente perseguidos, su celo y su amor les condujo al sacrificio tan tremendo, (porque una cosa es leerlo y otra muy diferente con-

templar aquellos subterráneos), ¿qué hubiesen hecho disfrutando la libertad que nosotros tenemos?

¡Ah! sin duda que hubiesen sido los modelos más perfectos y acabados de nuestra santa religión. ¿Y qué hacemos nosotros? ¡Ah! ¡pena me dá al tenerlo que escribir! Confesar con la boca á Cristo y nuestro corazón distar mucho de él, como él mismo dijo á los fariseos. Avergonzarnos solo al nombre, mil veces bendito, de cristianos. Varias veces lo he presenciado con dolor en muchos que profesan ese nombre grande por excelencia, aparecer cobardes en cualquier acto religioso solo por el qué dirán. ¡Oh, soldados cobardes! ¿para qué queréis las armas? Y no me dirijo á las armas materiales, sino á las armas del desprecio de cuanto estima la tierra... ¡Oh, aquellos soldados valientes de las Catacumbas, que con intrepidez supieron trabajar tanto por amor de su gran capitán Cristo Jesús, y vivir en aquella lobreguez, y allí morir la mayor parte á manos de sus feroces enemigos, ¿qué dirían al presenciar nuestra cobardía y flojedad? Dirían y con mucha razón, estos soldados no valen para el servicio, son flojos, tibios y negligentes, no llegarán á ser condecorados por su capitán, por las notas desfavorables de su servicio.

Y dirán mis amados lectores que no hayan tenido la dicha de verlas, ¿y qué son las Catacumbas, y qué hay en ellas? Ya he dicho lo que son y lo que hay, pero seré más claro para que se entienda mejor.

Las Catacumbas de Roma, de las que tanto se habla en todas las partes del mundo y que por desgracia nunca con exactitud, porque yo antes de haberlas hollado con mi planta y haber visto por mis ojos las dos más principales, digo las dos porque las Catacumbas que existen hoy en Roma son cinco: 1.^a, la de San Sebastián, á la que como he referido se entra por la Iglesia del mismo nombre, cuyo cementerio según tradición, es el primero que tomó el nombre de Catacumba y que es el que ahora nos ocupa; 2.^a, las de San Calixto; 3.^a, las de San Alejandro; 4.^a, las de San Nereo y San Aquileo, y 5.^a, las llamadas israelíticas. Y digo que antes

de verlas oí contar de ellas cosas ridículas y hasta extravagantes; mas ya que he tenido la suerte de pasear gran parte de las más principales que son las de San Sebastián y San Calixto, voy á satisfacer á mis queridos lectores con la verdad, tal como son y lo que en ellas existe.

Las Catacumbas son muy parecidas á ciertas bodegas de encerrar vino; se baja por muchas escaleras con escalones de la misma tierra, y algunos arreglados con ladrillos (de esta clase hay pocos) y ya que se llega á pisar sobre terreno llano se dividen en varias galerías, ó como vulgarmente se dice, en cañones, que por partes son como de cuatro ó cinco metros de anchos, y en varios sitios son tan estrechos que apenas pueden pasar dos hombres á la vez, y algunas veces tan sólo uno, y luego más adelante ensancha. El largo de los huecos no lo sé, sólo diré que tanto en ésta como en la de San Calixto recorrimos un trayecto mayor de tres kilómetros, y preguntamos al hermano que nos servía de guía si estábamos cerca de su conclusión, y nos dijo que acaso á menos de la mitad, aconsejándonos que no pasáramos más adelante porque las velillas que llevábamos para ver, se nos concluían y sería difícil la salida sin luz, y nos mandó apagar la mitad por lo que pudiera suceder, como así se hizo. La altura de la techumbre en la mayor parte que recorrimos, como un piso regular, en otros muy alto y en pocas demasiado bajo. Construcción de albañilería no tiene más que en muy pocas partes, en donde tenían alguna ruina, pero esto es demasiado moderno, regularmente no tiene más que la peña, y ésta blanda, su profundidad debe de ser mucha, porque de lo contrario según es de flojo el terreno se hubieran hundido. Tal como quedan reseñadas, con poca diferencia, son las Catacumbas. Réstame, pues, hacer una reseña de lo que en ellas existe. Esto es algo más difícil, y hasta imposible dar á conocer lo que allí se encierra. Sólo me concretaré á hacer una breve reseña. ¿Pero qué, que es lo que allí existe que es tan difícil explicarlo? ¡Ah! allí, como ya he dicho, existen los secretos de que está lleno un cementerio que tuviese muchos siglos.

Desde su última escalera donde ya se pisa tierra llana en todo el trayecto que recorrimos, y como nos dijo nuestro guía, todo es igual, no se ve otra cosa que sepulcros, muchos de piedra bien labrados, como de un metro de hondo y la largura necesaria para una persona, que según tradición ellos mismos labraban, y muchos de ellos, ó su mayoría, tienen todavía los restos mortales bien conservados, otros labrados en la misma peña y que también conservan los restos; otros vacíos, y yo creo que por haberlos consumido el tiempo. ¡Ese tiempo fatal y terrible que todo lo destruye! ¡Ese tiempo que no respeta Reyes ni Emperadores, y desmorona sin compasión los cetros y las naciones, y hace de lo que fué como si no hubiese existido!

Por un lado y otro, todo igual, y cada sepultura tiene su inscripción, la mayor parte en griego, con varias pinturas medio destruidas; de trecho en trecho habitaciones imitando á las salitas pequeñas, éstas regularmente pintadas con dibujos muy antiguos, y muchas inscripciones que apenas se conocen. Se advierte que las habitaciones les servían de oratorios ó capillas, pues se ven signos religiosos, varios Santos de mármol y algunas momias que están bien conservadas. Ya que nos cansábamos de andar mayormente entre tantos recuerdos fúnebres, y convencidos de que su terminación estaría muy lejos, volvimos hacia la salida, aunque por diferente parte, que á no haber sido por nuestro buen guía, no acertáramos nosotros.

Cuando nos vimos fuera del subterráneo, tratamos de aprovechar el tiempo lo mejor posible, volviendo enseguida á tomar asiento en los coches que nos esperaban, y á todo escape de los caballos llegamos en breve tiempo á las de San Calixto.

Estas Catacumbas se encuentran en la vía Apia, á unos dos kilómetros de las puertas de San Sebastián; se descien- de á ellas por una escalera muy espaciosa y de tanta profun- didad como las anteriores, pero no se verificó la bajada hasta que todos los que allí nos reuníamos, en número de unos setenta, fuimos provistos de nuestra correspondiente

cerilla para el alumbrado, pues en éstas hay que comprarlo, y al efecto tienen una especie de tienda allí cerca. En las otras lo tienen preparado en la misma Iglesia y lo dan gratuitamente y según la voluntad de cada uno, da lo que le parece como limosna, mas en éstas tienen ya tasado lo que cada uno ha de dar.

Así provistos, bajamos aquel escuadrón en grupo, pues sólo así entre mucha gente puede bajar el curioso para contemplar aquellos restos mortales, porque siendo pocos los que bajasen infundiría mucho pavor, no precisamente por contener episodios tristes y terribles recuerdos de aquellos tiempos en que los enemigos de nuestra santa religión, aún más feroces é inhumanos que las mismas fieras, sedientos de venganza, cometían allí los más horribles crímenes, como lo demuestran aquellas cavernas donde llenos de temor se ocultaban de sus tiranos verdugos, sino porque al entrar en aquellas concavidades, siendo poca gente se llenarían de espanto y no habría quien tuviese valor bastante para internarse en aquellos laberintos de tanta obscuridad. En estas Catacumbas se sigue por una galería muy espaciosa, y á un lado y otro del vestibulo se ven muchas inscripciones griegas y latinas; por los costados como en las otras, están llenos de sepulcros bien labrados en piedra y muchos de ellos tenían todavía restos.

Pasando un poco más adelante se llega á una grande sala, en la cual se ven á una y otra mano las tumbas de los papas Eutiquiano, San Antero, San Fabián y la de San Lucio, y en el muro del medio la de Sixto II. En el fondo de esta gran sala está el altar de la Cripta, sobre el cual celebraban la santa Misa... Un pasillo estrecho conduce á una salita, ó más bien una capilla, en donde nuestro guía (que era otro religioso) nos dijo: esta capilla fué habitada por Santa Cecilia, y aquí mismo fué martirizada, y en ese sepulcro de cristal está su cuerpo, y en efecto que está muy bien conservado; en esta capilla todo peregrino que guste puede coger tierra, fuera de aquí, ya habrán ustedes visto una inscripción al terminar las escaleras que dice;

nadie puede tocar, ni menos extraer ningún objeto de los que se encierran allí, bajo la pena de excomunión, y sólo aquí es permitido, (muchos cargaban de ella). En aquella Capilla se ven en sus muros pinturas bizantinas del séptimo y octavo siglo, que representan á Santa Cecilia, San Urbano y una cabeza de Jesucristo. Un poco más lejos se ven vestigios de otras pinturas muy antiguas.

Las otras muchas galerías que se ven por un lado y por otro, contienen muchas más sepulturas adornadas de frescos simbólicos, que representan el bautismo, la comunión, etc., etc., y otras cosas ininteligibles. Hay de notable la tumba del papa Eusebio, y otra sepultura que contiene dos sarcófagos.

También es de notar entrando más en la capilla del papa San Dámaso, que tiene allí su sepultura, como igualmente la del papa San Cayo. Todas estas capillas no son otra cosa que pequeños huecos donde con suma estrechez apenas podrían habitar; tienen más ó menos dibujos muy antiquísimos en toscas pinturas, que ellos mismos pintarían para hacer más llevadera su prisión. ¿Porque, qué otra cosa son las Catacumbas sinó una horrible prisión á la que ninguna otra, por lóbrega que sea, de las que usan para los criminales, puede compararse?

Considerad ahora los alimentos que tendrían para el preciso sustento, la lobreguez de aquellas cavernas, el aire que respirarían tan impuro, su salud debilitada con los miasmas de sus muertos, y todo en conjunto vendrá á formar un cuadro que estremece su contemplación, y un cuadro desolador lleno de terribles emblemas, capaces de horrorizar al hombre más desalmado... Habiendo entrado más de dos kilómetros y no haber cosa notable más que sepulturas más ó menos adornadas, y nichos en las paredes, volvimos en busca de la salida, que con nuestro experimentado guía lo conseguimos en breve tiempo. Las demás Catacumbas no quisimos pasar á verlas, porque con muy poca diferencia son lo mismo según nos contó nuestro joven patrón como sigue: Catacumbas de San Alejandro, las que

según nos enteró están á siete millas de la Puerta Pia. Dicen que estas no pertenecen á las Catacumbas romanas, que dependían de la antigua ciudad de Nomentum, y que tienen grande extensión. En las ábsides de ellas se vé el trono episcopal y delante el altar, bajo el cual se halla la tumba del papa Alejandro, como está escrito en su sarcófago que allí existe, única cosa que tienen de notable.

Las de San Nereo y Aquilino ó de Domitila, están situadas poco lejos de las de San Calixto, y son las más antiguas, pues se cree que existían en el siglo segundo. Las Catacumbas israelíticas están situadas en la viña Bandini, á la izquierda de la vía Apia, media legua fuera de las puertas de San Sebastián, que tienen más extensión que las de los cristianos y un carácter en todo diferente. Las tumbas están adornadas con símbolos israelíticos como el candelabro de siete brazos, etc., etc. Aquí dice que hay más de doscientas inscripciones griegas y latinas. En el trayecto largo que media hasta que llegamos á casa, fuimos tan conformes por haber visto las tan renombradas Catacumbas, aunque con el pavor, ó no sé cómo expresarme, que nos había infundido lo lúgubre y triste de ellas, llegamos á casa bastante impresionados y cansados, por lo que dimos por terminado este día, tercero de nuestra llegada, y dieciseis del mes. Reunidos los nueve que allí estábamos hospedados, cenamos, y mientras mis compañeros fumaban ó se divertían hablando, yo continuaba con mis apuntes, y á las once poco más ó menos, nos retiramos á descansar.

Amaneció el día diecisiete lloviendo bastante fuerte, cosa que desconcertó nuestros planes de ir en aquella mañana á San Lorenzo, donde tenía que ser la Comunión general para los peregrinos y que había de administrar el Eminentísimo Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés, á la que sentí mucho no poder asistir por causas ajenas á mi voluntad.

En aquella mañana, que como he dicho amaneció lloviendo, muy temprano salí con dirección al Vaticano, pues tuve deseos de recibir el divino Pan Eucarístico en la pri-

mera iglesia del mundo, como así lo tenía dispuesto tiempo antes.

Y en efecto, allí en la magnífica Capilla del santísimo Sacramento, en compañía de muchos hermanos peregrinos, tuve la feliz suerte de oír la santa Misa y comulgar. ¡Qué delicioso convite! ¡Qué manjar tan divino! Envidia daría (si fuesen capaz de ella) á los mismos Angeles, que abrasados en su amor, sin cesar le adoran sin poder tener la dicha de recibirle. Sólo las miserables criaturas desterradas en este valle de dolor, pueden alimentarse con este pan para tener fortaleza y resistir así el impetuoso empuje de las tentaciones. Considerad, hermanos, el suntuosísimo lugar que en este día tuve la dicha de elegir para asistir al gran convite... El precioso título de la capilla, su grandeza y magnificencia y el tiempo tan oportuno... para ver logrados mis deseos. Gracias, pues, al Dios de las misericordias que así se dignó visitar á esta indigna y miserable criatura. Después de terminados los actos tan solemnes y haber oído otra misa en la primera Basílica del mundo, me retiré á mi hospedaje para acompañar á mis hermanos en el desayuno. Al salir de la Basílica, la lluvia era demasiado fuerte y tuve que esperar un poco en el pórtico, poco después la lluvia ya se hacía más suave y pude salir, el trayecto es corto y llegué sin mucha molestia; ya estaban mis compañeros aguardándome, y terminado que fué el frugal desayuno, cada uno tomó el camino que mejor le pareció, yo parece que había quedado convidado en el Vaticano, pues me senti con deseos de volver á él, y en efecto allí me dirigí.

En el templo de San Pedro, estuve poco tiempo, nada más lo necesario para hacer la visita de costumbre. Ya que sin casi pensarlo me hallaba en aquel sagrado recinto, pensé y puse en obra, emplear la mañana visitando las riquísimas galerías de pintura y escultura, y la hermosísima biblioteca, las escaleras, patios, jardines y demás cosas admirables que encierra el palacio Vaticano. Querer hacer una completa descripción de las maravillas que existen en este antiguo edificio, sería querer penetrar en los abismos

más profundos; me concretaré á hacer una breve reseña aunque imperfecta, mucho de ello tomado de documentos de Roma.

La fachada de este Palacio dicen que no hay datos que aseguren su época, sólo sí que existía en tiempos de Carlo-Magno, el cual lo habitó cuando fué coronado por San León III. Muchos Pontífices mandaron hacer grandes reparaciones y adornos á los más célebres arquitectos como Bramante, Rafael, Ligorio, Fontana, Maderno, Bernini, etcétera, etc. Pío VI hizo erigir una nueva fábrica para ensanchar el museo, y Pío VII añadió la pinacoteca, conocida bajo el nombre de brazo nuevo. Gregorio XVI fundó dos nuevos museos, uno para los monumentos etruscos y otro para los egipcios. Este Palacio se compone de tres pisos, que contienen un gran número de salas, galerías, capillas, corredores, una hermosísima biblioteca, un precioso museo, un grande y hermoso jardín, veinte patios, veinte escaleras principales y más de doscientas secundarias.

La escalera real fué construída por el Bernini. Comienza cerca de la estatua ecuestre (de que dimos cuenta) de Constantino, y acaba en la sala real edificada por Pablo III, con dibujo de San Gallo; la bóveda ha sido adornada de estucos por el habil Pierin de la Vega, y por Daniel de Volterra. Esta sala es la admiración de cuantos tienen la suerte de verla porque ¿quién podría escribir, y mucho menos dar á conocer las grandezas de aquellos genios del arte? pues no sólo esta sala que nos ocupa, sino todas ellas, porque se retira el espectador de una que le admira y llega á la contigua que le encanta, y así pasa de sorpresa en sorpresa y de admiración en admiración. ¡Quién tuviera una inteligencia capaz de hacer conocer su grandeza y magnificencia! Esta que nos ocupa es admirable y muy rica de mármoles y de frescos, hechos por el Vasari, por Salviati, Sommaschini, Zuccari, Agresti Siccioiante, y por Lorencini de Bolonia, y de ésta se pasa á la capilla Sixtina, de que ya hablamos en la primera tarde de nuestra llegada.

Al otro lado de la sala real está la capilla Paolina,

construída por orden de Pablo III, con hermosos dibujos de San Gallo. Las paredes laterales están adornadas con seis frescos, la mayor parte del renombrado artista Miguel-Algel, desgraciadamente algún tanto dañados por el humo de las velas. El primero y tercero según se entra á la derecha, son de Federico Zucari, y el de el medio parece que es la realidad, que representa la Crucifixión de San Pedro, por el Buonarroti. En la otra pared, el primero y el tercero son de Lorenzo Sabatini, el del medio es también de Buonarroti. La pintura hermosísima de la bóveda del Zucari. Desde ésta se pasa á la Sala Ducal, ricamente adornada por el Bernini, con admirables pasajes ejecutados por Brillel y Cesar Piamontese. Las cuatro Sazones que representa las fatigas de Hércules, son de Mateo de Siena y de Juan Flamenco. Desde ésta se pasa á las galerías tan renombradas de Rafael. Pasando por el patio de San Dámaso se llega á éstas mediante una grandiosísima escalera de piedra nueva, construída por el arquitecto Martinucci. El aspecto de este patio, rodeado por tres partes con tres órdenes de hermosas galerías, es verdaderamente maravilloso. Rafael lo edificó por orden de León X. El primero tiene pilastras dóricas, el segundo jónicas, y el tercero tiene columnas de orden compuesto que sostienen un alquitrabe; todos al exterior son en travertino.

Pío IX hizo elevar la galería del cuarto lado del patio en donde remata la escalera de que ya hemos hablado. La primera ala del primer orden de estas galerías, que está de frente á las galerías de las inscripciones, ha sido pintada por Juan de Udina, sobre dibujos de Rafael, pero habiendo sido dañados por el tiempo destructor, Pío IX las hizo decorar otra vez por Alejandro Mantovani, que restauró los frescos de las bóvedas é hizo nuevas pinturas ornamentales en las otras paredes.

En dicha ala se vé el busto de Juan de Udina esculpido por el Lucardi. El mismo Mantovani restauró el ala siguiente, que ha sido pintada en tiempo de Gregorio XIII por varios hábiles artistas, bajo la dirección de Cristóbal Roncalli, y del

padre dominico Ignacio Danti; Mantovani decoró también el ala tercera.

Pasando á visitar el segundo orden de estas grandiosas galerías, se observan en el ala que mira á la ciudad, los famosos frescos ejecutados sobre dibujos de Rafael por sus discípulos Fray Penni, Pelegrino de Módena, Rafaelino del Colle, Pierin de la Vega y Juan de Udina. Son cincuenta y dos cuadros pintados sobre las bóvedas de los arcos, que representan muy á lo vivo pasages del antiguo testamento. La pintura sobre la puerta de entrada que representa al Padre Eterno separando el caos, ha sido hecha por el mismo Rafael, cuyo busto se ve en la misma ala.

En el ala siguiente, las pinturas que representan hechos del nuevo testamento son de Mascherini, Nogari, Sabatini, Sermoneta, etc. Los arabescos y las pinturas grotescas son de Marcos de Fainza y Mantovani.

Esta ala también ha sido restaurada por el Mantovani. La tercera ala que quedó incompleta hasta nuestros días ha sido terminada por orden de Pio IX. Los cuadros históricos han sido pintados por el Consoni, los arabescos por el Mantovani, y los bajo relieves en estuco por Pablo Galli.

Comenzando á visitar el tercer orden de estas galerías se ve el ala que mira á la ciudad decorada de mapas por el padre Ignacio Danti, y apreciables paisajes pintados por Brill. La segunda ala está adornada también de mapas del Danti; los frescos son del Tempesta. Las pinturas de las bóvedas de estas dos alas son de Pomarancio, del Nogari, del Arpino, etc.

La tercera sala sin decorar; y siguiendo este orden de galerías de los cuadros, formados por Pío VII. Aunque compuesta de pocos cuadros, esta colección es muy interesante por las obras maestras que contiene. Daremos nota según su orden, de todos los que contiene y sus autores, haciendo notar que la mayoría de los cuadros son de un tamaño colosal, muchos de ellos miden más de tres metros cuadrados, siendo por su riquísima pintura tan al natural, el encanto de cuantos tienen la dicha de verles.

Primera sala: León de Vinci, número 15, San Jerónimo; Guercino, 16, San Juan Bautista; Rafael, 4, Anunciación, la Adoración de los Magos y la Presentación; Guercino, 12, incredulidad de Santo Tomás; Mantegna, 5, la Piedad; Francia, 7, La Virgen con el Niño y San Jerónimo; Grivelli, 11, Jesús muerto; Perugino, 2, San Benito, San Plácido y Santa Flavia; Gozzoli, 3, los prodigios de San Jacinto; Angelico, 6, nacimiento y milagros de San Nicolás de Bari; Murillo, la adoración de los Magos, el hijo pródigo y las bodas de Santa Catalina de Alejandría; Rafael, 8, la Fe, la Esperanza y la Caridad; Garofalo, 10, la Santa Familia.

Segunda sala: Rafael, 19, Nuestra Señora de Foligno; Dominichino, 17, la Comunión de San Jerónimo.

Tercera sala: Tizano, 20, la Santísima Virgen y varios santos; Moretto de Brescia, la Santísima Virgen, San Jerónimo y San Bartolomé; Ticiano, 21, un Dux de Venecia; Guercino, 22, la Magdalena; Pinturecchio, 23, la Coronación de la Santísima Virgen; Perugino, 24, la Resurrección; Rafael, 25, la Coronación de la Santísima Virgen. Este preciosísimo cuadro dicen que ha sido colocado después de la muerte de Rafael por sus discípulos Juan Romano y el Factore; Perugino, 26, el pesebre. En este cuadro, Rafael hizo los dos ángeles, los Magos y la cabeza de San José; el Pinturicchio coloreó los tres ángeles que se ciernen sobre las alas, y el Perugino hizo lo restante. Rafael, 27, la Coronación de Nuestra Señora; Perugino, 28, la Virgen Santísima y varios santos, Sassoferrato, 29, Nuestra Señora con el Niño; Caravaggio, 30, Jesús llevado al sepulcro.

Cuarta sala: Valentín, 32, martirios de los Santos Proceso y Martiniano; Reni, 33, Crucifixión de San Pedro; Pousin, 34, martirio de San Erasmo; Barocci, 35, la Anunciación; Sacchi, 36, San Gregorio el Grande; Barocci, 37, Santa Miquela; Padre Veronese, 38, Santa Elena; El Reni, 29, la Santísima Virgen y dos santos; César de Sesto, 40, la Santísima Virgen de la Cinta; Coracci, 41, el Divino Salvador; Sacchi, 42, San Romualdo.

Por el primer piso de las galerías de Rafael se entra en

Quijar

el corredor de las inscripciones, ó galería lapidaria, que contiene una colección muy interesante de inscripciones antiguas, paganas y cristianas. Pío VII fué quien las hizo clasificar por el célebre monseñor Marini. Hay también muchos otros objetos antiguos, como cipos, sarcófagos, altares fúnebres, vasos cinerarios, fragmentos de arquitectura, etc., etcétera; y por la puerta de la izquierda se pasa á la riquísima Biblioteca del Vaticano.

Esta muy hermosísima biblioteca ha sido notablemente aumentada por Nicolás V, Sixto IV y Sixto VI, el cual hizo erigir por D. Fontana el edificio que la contiene. Posee más de ciento treinta mil volúmenes, entre éstos veinticinco mil manuscritos; puede decirse que es una de las más importantes, especialmente por la antigüedad de sus códigos.

Es casi imposible hacer una descripción de todo lo que contiene esta rica biblioteca, y por eso daremos sólo detalle de algunos objetos de arte. La sala de entrada posee el facsímilé de las dos columnas encontradas en la vía Appia, cerca de la tumba de Cecilia Metella. La sala de los escritores tiene la bóveda pintada á grotescos, entre los cuales hay algunos paisajes del P. Bril. En el salón se vé, al lado de la puerta, un cuadro pintado por el Facchetti, que representa á Fontana presentando á Sixto V el plano de la biblioteca. Los frescos son de Salviati, Salimbeni, Baglioni, etcétera. Entre las pilastras que dividen la sala están colocados varios objetos preciosos. Un magnífico vaso de alabastro, hecho con uno de los trozos de mármol regalado por el virrey de Egipto, á S. S. Pío IX para emplearlos en la construcción de San Pablo. Una gran mesa de granito sostenida por doce figuras de Hércules, en bronce, y con bajo relieves del mismo metal que aluden á Pío IV. Una cruz en malaquita que es una dádiva, hecha por el príncipe Denudoff á Su Santidad Pío IX, dos vasos de porcelana de Sévres, dádiva hecha por el rey Carlos X de Francia á León XII. Una bella taza incrustada en malaquita, que ha sido regalada por Nicolás I de Rusia á Gregorio XVI. El gran bacín de porcelana de Sévres que sirvió para el bautismo del hijo de Na-

polesón III, dádiva hecha por el mismo Napoleón á Su Santidad Pío IX. La taza de granito de Escocia, regalada por el Cardenal Antonelli. Sobre otra mesa de granito, igual á la que hemos visto, se ve un pedazo de malaquita, admirable por su grandeza y hermosura.

A los lados se ven los dos vasos de porcelana regalados á Su Santidad Pío IX por el rey de Prusia. Los dos magníficos candelabros en porcelana, han sido regalados por Napoleón I á Pío VII. El gabinete á la extremidad del ala derecha contiene seis armarios, todos llenos de objetos antiguos, de mucho interés: hay utensilios, idolitos, adornos, etc., etc. El Museo sacro ha sido fundado por Benito XIV. En él hay una preciosa colección de objetos que sirvieron á los primeros cristianos, como lámparas, cruces, copones y vasos sacros. También es digno de notar un bajo relieve de marfil con la Deposición, hermoso trabajo hecho con dibujo de Miguel-Angel; el triunfo de Carlos IV, trabajo de buril de Cellini; pinturas á temple sobre madera, hechas por maestros griegos.

Gabinete de los papiros. — Pío VII lo hizo decorar con suntuosidad de bronces y de mármoles, con preciosos frescos ejecutados por el Menjis. En él se conserva una rica colección de papiros del siglo X, XI y XII. Desde allí se pasa á la sala de las pinturas antiguas, se admiran en ella pinturas del siglo XIII y XIV, entre ellas hay obras de Margaritone, Cimabue, Giotto, Massaccio y Angelico. Hay también tres hermosas en granito, y trabajos del siglo XIV en cristal de roca. Se pasa luego á un gabinete con la bóveda pintada en fresco por Guido Reni; el más notable de los trabajos que se ven en este gabinete es el fresco conocido bajo el nombre de las bodas Aldobrandinas; hallado el año de 1605 entre las ruinas de una casa de la Roma antigua, en el Monte Esquilino.

En esta mañana, ya quebrantado y sin poder apenas andar, me senté en una grande escalera para tomar ánimos, con objeto de ir hacia el hospedaje, pue ya era cerca de la una y me llevaba más de cinco horas sin acordarme

de mi mismo, pues con la debilidad que sentía de tanto andar, subir y bajar, hasta no sabía donde me hallaba, y en ciertos momentos me parecía todo un sueño de esos que fascinan con la ilusión que causan.

Ya que descansé un pequeño rato, me bajé, entré en la Basílica, hice una breve oración y sali de aquel sagrado templo lleno de satisfacción, y sin poder retirar de mi mente aquella fascinadora ilusión de tantas grandezas como en aquella mañana había tenido la dicha de contemplar, y que casi sin yo haberlo pensado me hallé entre aquellas delicias, que en la tierra no es capaz de tener otras semejantes.

Cuando llegué al hospedaje ya estaban mis compañeros aguardando para comer, y con mucho gusto les hice una pequeña explicación de la suerte que me cupo en aquella mañana de ver cosas tan admirables.

Como también ellos me hicieron la narración de cuanto habían visto, y se contaban muy satisfechos con haber estado en la gran Basílica de San Lorenzo, extramuros de la ciudad, contáronme todos los pormenores de lo sucedido y visto; en primer lugar, me dijeron que como la mañana amaneció lloviendo, aunque al salir de casa no era cosa de cuidado, como el trayecto había sido muy largo, el agua se hizo cada vez más fuerte, y de consiguiente pasaron mal rato ellos, como la mayoría de tantos como asistieron. Me hicieron saber también que en la comunión que se había verificado aquella mañana en aquel suntuoso templo, habían comulgado más de tres mil, y que para administrarla eran tres ministros del Señor, entre ellos el dignísimo y Eminentísimo Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés (que los de Valladolid todos conocemos), y duró la administración del divino convite más de una hora.

Esta noticia me llenó el pecho de alegría, y por otro lado me hacía pensar.

De alegría, porque contemplaba con satisfacción las muestras de fervoroso amor que mis hermanos peregrinos tenían á nuestro buen Jesús Sacramentado, lo cual era suficiente para sentir en mi pecho ese gozo que no se puede

con palabras expresar; y digo que me hacía pensar, porque me decía yo mismo: ¿y por qué no habré yo sido uno de los convidados á ese banquete de amor? pero lleno de complacencia entre mí, decía; porque he obedecido á un movimiento interior más bien que á mi capricho, pues sin yo pensarlo, como dije, fuí muy de mañana al templo de San Pedro, al templo primero del mundo, y allí, en aquella grandiosísima capilla del Sacramento, recibí el divino Pan en compañía de varios hermanos peregrinos, y luego me llevé todo el resto de la mañana viendo tantas preciosidades, de suerte que no tengo motivo alguno para envidiar á mis compañeros que fueron á San Lorenzo. La descripción de este suntuoso templo que me hicieron y por documentos que he visto, es como sigue: En el siglo III, hacia el año 259, bajo el pontificado de Sixto II, y bajo el reinado de Valeriano, la Iglesia de Roma tenía de arcediano uno de sus más gloriosos hijos, llamado Lorenzo, el cual recibida la orden del prefecto de darle el tesoro de los cristianos, reuniendo un pueblo entero de cojos, ciegos y enfermos, dijo al prefecto: aquí están los tesoros de los cristianos, el prefecto irritado de este acto que él consideró como un insulto, ordenó apresar al arcediano y hacerle espiar en las más horribles torturas el desprecio á las órdenes del emperador. Lorenzo fué arrojado á las cárceles y asado vivo sobre unas parrillas. Lorenzo se rió de las llamas y de los verdugos, y rogando por la salud de Roma espiró cantando. Una dama romana, más ilustre por su santidad que por su nacimiento, Santa Ciriaca, poseía una tierra llamada campo verano (ager romanus), fuera de Roma, en la vía Tiburtina, y se apresuró á ofrecer tierra para dar sepultura á Lorenzo, y después de tres días de vigiliias, el glorioso depósito fué allí dejado.

En el mismo lugar en que Constantino, ochenta años más tarde, el año 330, hizo edificar la Basilica que ha sido engrandecida y restaurada en varias épocas. Ultimamente, en el año 1864, Pío IX mandó hacer al arquitecto Vespignani las grandiosas restauraciones que la pusieron en el estado presente.

Entonces fué colocada en la plaza adyacente la columna de granado rojo con la estatua del martir bajo del pórtico, sostenido por seis columnas jónicas y adornos de frescos, hay dos sarcófagos con bajo relieves.

El interior se divide en tres naves de veintidós columnas, casi todas de granito oriental. El pavimento recuerda el estilo de las Basílicas de los primeros tiempos. La nave grande ha sido pintada por Cesar Fracassini; en ella hay dos púlpitos en mármol. Una doble escalera de mármol lleva á la parte de la Basílica constantiniana, que por Onorio III se redujo á presbiterio. Hay doce columnas de mármol violado que tienen su base en el suelo de la primera Basílica que se halla debajo.

Al fin existe la antigua silla pontificia adornada de mosaicos y piedras preciosas, y bajo de un baldaquino de estilo bizantino está el altar papal. Descendiendo á la Confesión, bajo el altar mayor, se vé la tumba de los Santos Mártires Lorenzo, Estéban y Justino.

En el altar del santísimo Sacramento hay un cuadro de Savonancio que representa á Santa Ciriaca dando sepultura á los mártires. Por la otra nave pequeña se descende á una capilla que tiene un altar que es muy venerado; á la entrada de ésta hay dos tumbas que han sido dibujadas por el padre Cortona. Cerca de la Basílica está el cementerio de Roma, establecido en el año de 1337, y considerablemente engrandecido por Pío IX en el año 1854.

Terminada la comida y hechos los apuntes de costumbre, y pasado un breve rato en la conversación más halagüeña, les pregunté: ¿Dónde les parece á ustedes que vayamos esta tarde? y dijeron, tenemos algunos encargos que hacer y el tiempo se va á paso de gigante, es necesario que todo quede arreglado para pasado mañana que será el de nuestra salida de esta capital. Y les contesté: en ese caso, yo arreglado ó poco menos lo tengo, ustedes pueden hacer lo que mejor les convenga, yo voy á darme un paseo por el centro de esta encantadora ciudad.

En efecto, nos despedimos hasta la noche, y yo me re-

tiré deseoso de ver sus grandes y hermosos edificios. Sería necesario hacerse interminable al querer dar una relación cumplida de las grandezas que encierra aquella populosa ciudad. Como ya he dicho en otra parte, empezando por sus magníficas calles, en su mayoría muy anchas, su empedrado nada deja que desear el buen gusto de sus adoquinados, con una perfecta igualdad que nunca ví otra semejante, su comercio magnífico, con mucha abundancia de toda clase de industrias y artes, pero con especialidad en lujosas joyerías.

Como sin saber por donde iba llegué á la pequeña plaza del Capitolio, no pasaré sin hacer una breve reseña. Esta plaza aunque pequeña, es una de las más importantes de Roma. Los dos lados bajo la escalera que sirve para subir á un hermoso grupo, están adornados con dos leones en basalte de Egipto, allí colocados por orden de Pío VI. Al fin de la escalera sobre dos pedestales, se elevan las estatuas de Castor y Populux, que fueron halladas según la tradición, en el Ehetto, el siglo XVI, y transportadas á aquel lugar bajo el pontificado de Gregorio XIII. En cada lado, sobre la balaustrada están los trofeos de Mario, colocados por orden de Sixto V. En medio de la plaza está la magnífica estatua ecuestre de Marco Aurelio, colocada por orden de Pablo III el año de 1532. Tres edificios circundan esta plaza; el de la derecha es el palacio de los Conservadores, el de la izquierda el Museo, y el del medio el palacio Senatorial, ahora municipal, adornado de tres estatuas antiguas, Minerva, el Nilo y el Tiber.

Esta plaza que se ha descrito, es, como ya hemos dicho, pequeña, pero una preciosidad de las muchas que encierra Roma. Siguiendo mi paseo como extasiado de ver tanta magnificencia por doquiera que tendiese la vista, me hallé sin pensarlo en otra plaza, cuya grandeza y magnificencia es encantadora, y que ya había tenido ocasión de verla el día antes; pero lo hermoso y lo bello no cansa, antes por el contrario, alegra, distrae y en su contemplación se pasa el tiempo sin advertirlo, así me sucede en esta deliciosa capi-

tal que los días parece que transcurren de un modo suave y sin sentir, las horas parece que se suceden unas á otras como los relámpagos en la tormenta. ¡Qué al contrario deberán ser las horas en que el dolor y angustia se posan sobre nuestras cabezas cual tormenta que se cierne en el espacio! Entonces es cuando el hombre reconoce su pequeñez, y en medio de su quebranto exclama: ¡Señor, abreviad estas horas de dolor que parecen eternas! Hago esta reflexión, no porque la experiencia me lo haya demostrado con severidad, sino que estoy harto de verlo en mis semejantes. ¡Qué al contrario á los peregrinos españoles en Roma! En aquel jardín delicioso, cuya principal y hermosa flor es el fundamento de nuestra santa religión, allí representado en nuestro santísimo padre León XIII... con la fragancia de su gran sabiduría y virtudes. Allí paréceme que todos los peregrinos prosternados ante aquel venerable anciano, con sumisión y respeto le rinden vasallaje creyendo y confesando la representación que ostenta de Cristo en la tierra...

Días y horas se pasan como el pajarillo que huye, (pues ya estamos próximos para salir del jardín de nuestras delicias...) Pero antes, como he prometido, haré cuanto me sea posible para dar á conocer las bellas flores que en este jardín se encierran. Distraído iba yo siguiendo mi paseo, y como he dicho, me hallé por segunda vez en la plaza Nova, (como allí se dice). Mas claro, en la Pláza Nueva ó circo Agonal, terrible y estupenda maravilla del arte, por el gigantesco y bonito aspecto que la dá la gran fachada de la iglesia de Santa Inés.

Esta iglesia es de origen muy antiguo, se halla al Oeste de la plaza del circo Agonal, se eleva sobre una parte de la fornice del circo, lugar que era destinado á la prostitución de las mujeres disolutas, y en donde, según la tradición, fué expuesta Santa Inés, destinada por orden del prefecto de Roma, á la brutalidad de los soldados pretorianos.

En el año de 1652, Inocencio X ordenó la reedificación de esta iglesia. La reedificación fué comenzada por el Raynaldi y acabada por el Borromini. El interior está incrusta-

do de mármoles, adornado con estucos y pinturas, y de ocho columnas. El Ferri y Corbellini han pintado la cúpula. Un bajo relieve del Algardi representa á Santa Inés llevada al martirio.

La tumba de Inocencio X ha sido esculpida por el Maini. Una escalera guía á los subterráneos que sostienen los escalones del circo de Alexandro Severo. En estos subterráneos se ve el lugar en donde la Santa fué expuesta, y hay de notable un altar sobrepujado con un bajo relieve del Algardi. Enfrente hay dos grandes salas construídas sobre los escalones del circo. Vienen después otras dos salas, más pequeñas pero muy interesantes. La primera, que es la prisión donde Santa Inés fué guardada por algún tiempo, y la segunda es el cuarto donde fué decapitada y quemada.

La adornan además las estupendas fuentes que hay en ella. Ocupa el suelo donde estaba el circo de Alexandro Severo. El Bernini ha esculpido el tritón que hay encima de la fuente que está al lado del Palacio Braschi; en esta fuente hay también cuatro tritones y máscaras que arrojan agua.

La grande fuente que está en medio, es también obra del Bernini. Cuatro estatuas colosales representan el Ganges, el Nilo, la Plata y el Danubio; el centro forma como un despeñadero, abierto en los cuatro lados que forman una gruta, en ésta se ven un caballo y un león, esculpidos por Merelli. Sobre el despeñadero se eleva un obelisco de granito rojo con geroglíficos. Dicen que este monolito fué traído de Egipto por orden del emperador Caracalla, y con él adornaba el circo que este Emperador hizo construir en la parte meridional de Roma. Inocencio X encargó al Bernini en el año 1651, sacarle de las ruinas en donde estaba para colocarle allí. Tiene de alto dieciseis metros y cincuenta y seis centímetros sin el pedestal. Las inscripciones son muy preciosas, que le dán un esmalte indescriptible. La circunferencia de la plaza es muy grande, y como es de las más céntricas, la gente que por ella transita es mucha, la

mayor parte de coches y tranvías que se juntan, siendo grande el movimiento que allí se observa. Ya la tarde iba bastante vencida y recordé que tenía pensado ver el templo Vaticano, por encima de la cúpula, que es digno de verse y, en efecto, en el momento me dirigí con paso ligero hacia donde me dictaba el pensamiento, aunque estaba lejos no tardé en llegar al hermoso edificio, pues por los deseos que tenía, no hice caso de cuantos compañeros encontré á mi paso, á quienes saludé sin detenerme. Apenas entré en la Catedral de San Pedro hice una breve oración, y no me hizo falta preguntar por la subida, porque ví á muchos compañeros peregrinos que subían y bajaban. Empecé la subida, y me encontré con un amigo de Valladolid que me acompañó. Con gran trabajo y sudando mucho, llegamos al último corredor, que se halla á muchos metros de la formidable cúpula de Miguel-Ángel. Desde aquella colosal altura que domina todas las alturas de la gran ciudad de Roma; digo alturas, porque el terreno que ocupa la ciudad es desigual y montuoso, hay altos en medio de la ciudad, ó sean montes muy elevados, cubiertos estos por mucho ramaje, á la manera de grandes bosques de encinas, jarales, hermosos pinos y mucha clase de arbolados, con sus subidas muy pendientes y formadas de hermosos escalones de piedra, que todavía lo dá un aspecto semi-salvaje recordando sus principios primitivos.

Todo el que haya visitado la gran ciudad de Roma, tendrá mucho que contar á sus amigos, podrá hacer una relación de cuanto haya visto más ó menos detallada, del terreno que ocupa y de cuanto en ella existe, pero si no ha subido á una altura desde la cual haya dominado todas las otras, no podrá hacer una relación aproximada de la grande extensión de aquella populosa ciudad. Otros muchos peregrinos y yo que no perdonamos fatiga ni trabajo alguno, podemos decir alguna cosa, aunque imperfecta. Desde aquella tremenda altura, que domina bien la circunferencia que abraza el palacio Vaticano con todos sus edificios y riquísimos jardines, aunque no me tengo por buen calcu-

lista, puedo decir con poca diferencia, que toda su redondez ascenderá á nueve ó diez kilómetros, ó aproximadamente á dos leguas. Tengo oído muchas patrañas sobre ese particular, pues había quien suponía que tenía hasta siete leguas de circunferencia, y no habiendo medido sus dimensiones, sólo desde esta altura se puede apreciar lo mejor posible.

Desde allí se contempla con alegría el caudaloso Tiber, sus grandes, hermosos y numerosos puentes, pues pasa casi por medio de la ciudad. Se ven perfectamente las fortalezas y murallas de ésta, con terribles arcos antiguos con sus puertas de entrada, y sus principales edificios, y domina las cumbres de sus grandes montes.

Después de aquel altísimo corredor, hay todavía diez metros más para llegar á una bola, cuyo hueco mide dos metros cuarenta y cinco centímetros. En este día y cuando yo estaba en el corredor estuvieron dentro de ella veinticuatro peregrinos, y encima de esa enorme bola se ostenta magestuoso el trofeo santo de nuestra Redención, (la santa Cruz). Yo, aunque con deseos de ver cuanto me fuera posible, no me pareció conveniente subir más arriba, pues cuando llegué al corredor me sentía muy quebrantado; para llegar á aquella altura hay que hacer un esfuerzo grande, y añadamos á esto las fatigas ya sufridas en aquel día, y veremos cómo hace falta ser de naturaleza muy fuerte para poder resistir más. Una tercera parte de la subida está sin escalones, toda ella á caracol, pero en rambla muy tendida, y las dos partes restantes hay buenos escalones de piedra y va estrechando tanto, que cuando se llega al corredor, sólo coge una persona, tiene seiscientos noventa escalones, ó sean ciento noventa y cuatro metros, sin contar la parte en rambla.

Ya arriba, descansamos unos treinta y cinco minutos, que nos restablecieron de nuestro quebranto, y volvimos á descender, no abajo, sino al terrado que tiene el grandioso templo Vaticano por encima de sus bóvedas; y una vez allí, que será próximamente á una tercera parte de lo que habíamos subido, tuvimos mi compañero (hermano de la Orden Ter-

cera) y yo, el gusto de medir las trece estatuas que representan los doce Apóstoles y nuestro Redentor, de que en otra ocasión ya hice descripción, pues son las que están colocadas en el final de la fachada, y que desde abajo parecen de una talla de hombre regular. Estas estatuas son de piedra buena y fuerte, y miden una altura de seis metros. Están sostenidas por fuertes barrotes de hierro en forma de alañas.

Después de haber visto cuanto hay en sus grandes terrados, y cuantos adornos de arte maravilloso tiene en su inmensa fachada, pasamos por otro pasillo, que va en descenso, al grandiosísimo, al hermoso, al terrible y admirable corredor que forma la nunca bastante bien ponderada cúpula de Miguel-Angel. El que tenga la dichosa suerte de entrar en aquel suntuosísimo templo, le parecerá todo grande, bello y hermoso, especialmente la hermosísima cúpula adornada de vistosos mosaicos, que forman diversas figuras, con diversos colores, admirará su grande circunferencia, verá y admirará su inmensa altura y su terrible cornisón, pues al que solo lo vé desde abajo parecerá que allí no hay tal corredor, pero si sube (1) ¡ah! entonces ya es diferente, desde allí verá á los hombres del tamaño de chicuelos, y también al contemplar lo que solo parecía un grande cornisón, ya se admirará al ver aquella grande maravilla del ingenio humano, resultando todo diferente que estando abajo, los mosaicos más grandes y los caprichosos dibujos que forman son colosales.

Así pues, como demasiado curiosos los dos ya indicados, tomamos medida de sus dimensiones, para que sin temor de equivocación pudiéramos darlo á saber á todo el que leyera estas insignificantes líneas. La circunferencia es de ciento un metros y treinta centímetros, su anchura de seis metros y medio, con magníficas barandillas de mármol, de suerte que todo en conjunto resulta un admirable prodigio del arte.

(1) Digo si sube, porque son pocos los que lo hacen, pues para nosotros fué casual el dar con el pasillo que allí conduce.

Muy llenos de satisfacción y contento descendimos hasta el magnífico templo, donde hicimos una visita en acción de gracias, y los dos guiados por un mismo pensamiento, pagamos el tributo diario á la Santísima Virgen rezando el santo Rosario. Todavía tuvimos tiempo aunque casi de noche, de comprar algunos objetos religiosos, y nos despedimos allí hasta el día siguiente que nos viéramos á las ocho en la gran Basílica según estaba acordado, retirándonos á nuestro hospedaje. Cuando llegué ya estaban mis compañeros en él, y cenamos llenos de complacencia, contándonos unos á otros lo que en aquella feliz tarde habíamos visto. Quebrantados estábamos de tanto pasearnos todo el día de un lado para otro, pero no quitó de que cada cual siguiese su costumbre, mis compañeros y los patrones en sus diálogos y yo á mis apuntes. Transcurrido el tiempo de costumbre nos fuimos á descansar con el objeto de reparar las fuerzas pérdidas, para el día siguiente poder asistir á la recepción del Santo Padre. Y en efecto, así lo hicimos, no sin antes mis ocho compañeros y yo, caer de hinojos ante el retrato de la Santísima Virgen y rezar el Rosario, como buenos hijos (aunque indignos).

Descansamos perfectamente, aunque pocas horas, por que como ya se ha dicho, allí á las tres de la mañana, en aquel tiempo, ya es de día claro; mis compañeros descansaban algún tiempo más, pues yo, siguiendo mi costumbre, al rayar el día no puedo estar echado. Amaneció por fin el deseado día 18, de eterna memoria para los peregrinos españoles, porque en él, á las ocho de su mañana, había de tener lugar la recepción por el Santo Padre; día deseado por los peregrinos, porque si bien es cierto que ya habíamos tenido ocasión de ver á nuestro placer á Su Santidad, pero no como en aquel día solemne y especial para nuestro recibimiento, en el que Su Santidad se complacería al tener delante de sí á tantos fieles hijos de España sin mezcla alguna (1). En efecto, ya que el día parece que se mostraba des-

(1) Digo sin mezcla, porque en este día solo estábamos en el Vaticano los peregrinos españoles.

pejado, sin pereza alguna dije á mis complacientes compañeros, ya ha venido el nuevo día, demos gracias á Dios que nos ha dejado llegar á él.

Después de terminada nuestra corta oración, les dije: no por que yo madrugue, deseo que vosotros lo hagais, sino que yo lo hago obedeciendo á una antigua costumbre.

En efecto, ya arreglado lo mejor posible, bajé las ciento once escaleras á toda prisa, á pesar de mis cincuenta y dos años porque tocaban en la vecina iglesia de San Celso, donde yo tenía mis delicias. Allí oí dos veces el santo sacrificio de la Misa y recibí el divino Pan... ¡Cuán delicioso desayuno! ¡Qué regalado bocado! Digno de ser alabado y glorificado eternamente por los ángeles y los hombres.

Mis buenos compañeros también salieron pronto de su lecho, pues llegaron á la segunda Misa, y después juntos volvimos al hospedaje, donde nos sirvieron el desayuno, y antes de las siete y media, ya nos dirigíamos al gran templo del Apóstol San Pedro, pues en aquel día esperábamos con ansia la bendición general que nos había de dar en su misma Cátedra su sucesor el gran León XIII. El trayecto que media desde la vía Paola era corto, pues apenas si llega á un kilómetro, y todo él se hallaba invadido de hermanos peregrinos que, guiados por el mismo sentimiento, se dirigían al Vaticano llenos de júbilo.

Ya en aquella hermosísima plaza, que era, digámoslo así, el centro de reunión, nos hallamos todos ó en su gran mayoría.

Grandioso cuadro representaban en aquel momento en que los fervientes hijos del catolicismo, guiados por un verdadero sentimiento de amor y cariño hacia el digno representante de Jesucristo en la tierra, con todo el ánimo posible se les vé subir las setenta y siete escaleras de mármol y granito que dista desde la intrépida columna que adorna la bellísima plaza del Vaticano, hasta las formidables columnas del grandioso pórtico. En este día los peregrinos, como tocados por un mismo resorte, todos llenos de alegría reúnen con grande entusiasmo en un tiempo dado, es decir, en una

misma hora, como hijos obedientes, en la casa de su querido padre. ¿Y cómo era posible que en este día de tanto recuerdo y grandeza para la Religión santa, los fieles hijos se hicieran sordos al llamamiento cariñoso de su buen Padre? ¡Ah! no era de esperar cosa tal, pues tuvieron valor y ánimo bastante para arrostrar tantas incomodidades como trae consigo un penoso viaje, por tierra que les apedrean, y por mar que cuyas irritadas ondas amenazan envolverlos en sus terribles abismos, hoy tienen la dicha de poder, no solo contemplar al que es objeto de sus desvelos, sino de recibir de su bondadosa mano la bendición en nombre de Jesucristo.

Por eso digo que, como tocados por un mismo resorte, acuden presurosos con grande alegría, y ascienden por aquellas grandiosas y hermosas escaleras que, cual otro Isaac trepan al monte santo á presenciar el incruento sacrificio que ha de celebrar el gran Abraham, el padre de los creyentes... el gran León XIII...

¡Alegráos católicos y fieles todos del mundo, que en este día de eterna memoria recibe nuestro Santo Padre la visita más sincera y afectuosa que han conocido los siglos! Los peregrinos (obreros españoles) hoy se postran ante el gran León XIII, y vienen en representación de todos los fieles de su nación, á darle una prueba de su adhesión y cariño, y á protestar contra todas las sectas y enemigos de la iglesia santa.

Según iban llegando los peregrinos, al entrar por aquellas magníficas puertas de bronce, tienen necesidad de presentar el documento que les acredita que son tales peregrinos (1) pues en este día no puede pasar al recinto santo nadie más que ellos.

Ya reunidos todos en aquel hermoso templo, solo esperábamos que llegase el momento solemne de ver aparecer al santo Padre. Las puertas del suntuoso templo se cierran, señal de que se acerca el momento; todas las miradas se

(1) En este día no entraban más que peregrinos y tenían que presentar el carnet, un librito que tenía cada peregrino.

fijan en la riquísima cuanto hermosa capilla de Nuestra Señora de la Piedad.

Eran las nueve menos cuarto, cuando de repente se recorren las cortinas de riquísimo damasco encarnado de la ya referida capilla, y aparecen como el día 15, primero abriendo el cortejo cuatro guardias ricamente armados de su alabarda, con lujosos uniformes, seguían después todo el Sacerdocio que está al servicio de la gran Basílica, á continuación el cabildo de Canónigos cubiertos de ricas pieles, luego muchos señores Obispos y Arzobispos, seguidamente todo el Colegio Cardenalicio, y á los costados iban los caballeros de varias órdenes ricamente vestidos, ostentando en su pecho el medallón de la que cada uno pertenecía, y en medio del Colegio Cardenalicio apareció el Santo Padre llevado en hombros de cuatro Cardenales de gran talla, llevando los dos hermosísimos plumeros á los costados, sentado en la silla gestatoria. Tan pronto como se hizo visible, un aplauso general con un delirante ¡viva el Papa-Rey! ¡viva el Papa de los obreros! salido á un mismo tiempo de miles de peregrinos lleno su pecho de fuego santo, atronaba el grande espacio de aquel inmenso edificio. Querer yo pintar aquí con mi torpe pluma y escasos conocimientos, los entusiastas vivas y atronadores aplausos que despedían tantos pechos llenos de amor y cariño hacia el Vicario de Cristo, sería querer un imposible.

Las lágrimas que de alegría derramaban aquellos generosos corazones de hijos fieles, fueron tiernísimas al considerar á su amado Padre en aquel venerable anciano, que, aunque gimiendo entre prisiones por la crueldad de terribles enemigos, todavía con tanta alegría les bendice levantándose de su silla y poniéndose de pie. Entonces es cuando los vivas y el entusiasmo no tiene explicación, y entonces es cuando se observa en aquel anciano atribulado un no sé qué de divino, de grande é inexplicable en todo su ser, que con bondadosa sonrisa cautivaba á cuantos tuvimos la dicha de contemplarle. Sería interminable si fuese aquí á referir las delirantes frases de amor y cariño que salían de

aquellos labios, que cual un torrente de furiosas olas desbordadas, atronaban el espacio con sus clamores y llanto de tierna emoción, mezclados con los gritos entusiastas que salían de aquellos abrasados pechos. Se agitaban en el aire multitud de pañuelos, se corría de un lado para otro á medida que avanzaba la lucida corte, cual gente ébria impulsada por un sincero amor de respeto filial y cariñoso.

Llega ya la brillante comitiva al s6lio que estaba preparado para Su Santidad, ocupa cada uno el sitio que le corresponde, y á una pequeña se1al de un Cardenal, aquella multitud que al parecer habia perdido el juicio, queda como las estatuas de m1rmo1 frío; ya nada se oye, un silencio sepulcral lo invade todo, causando admiraci6n aquel repentino silencio. Entonces el santo Padre ocupa su s6lio pr6ximo al Altar de la C1tedra, y apoyado sobre su rico reclinatorio, ora por su pueblo y se prepara para celebrar el santo sacrificio de la Misa, en tanto los cantores de la capilla Julia con el acompa1amiento del melodioso 6rgano, entonan el Tu es Petrus, y el Salmo Cum invocarem.

La multitud silenciosa que allí se cobija con tanto respeto y recogimiento, estaba como extasiada, todos con sus miradas fijas en aquel venerable anciano, contempl1ndole con respeto y sumisi6n como la primera autoridad, porque comprende demasiado bien que aquel anciano no es un hombre cualquiera, sino el sucesor de Pedro, el representante de Cristo en la tierra, y por lo tanto con la grande sabiduria de que ha sido dotado, rige y gobierna la iglesia santa como maestro de la verdad cuya doctrina es infalible, porque el Espiritu Santo prometió estar siempre con ella.

Transcurridos unos minutos revisti6se el santo Padre de sus ornamentos sagrados y di6 principio la santa Misa, ayudado 6 asistido de cuatro Prelados. Mientras la celebraci6n del santo sacrificio, los cantores de la capilla Juliano cesaban de entonar algunos motetes, con especialidad en aquel momento solemne de la elevaci6n del cuerpo y sangre del Cordero inmaculado. En aquel momento, repito, cuando el Vicario de Cristo en sus blancas manos levanta-

Guajar

ba al Dios hecho hombre por nuestro amor, y mostraba en lo alto á la veneración de la multitud de peregrinos que hincados de rodillas adoraban con profundo respeto al dulce Redentor Jesús; ¡qué transportes de amor saldrían del abrasado pecho de aquel venerable anciano! ¡qué plegarias y súplicas haría al Dios tres veces santo su generoso corazón á favor de su pueblo, y con especialidad por los peregrinos, sus fieles hijos, que le rodeaban! Estos rogarían indudablemente con todo fervor posible por su pastor. ¡Estos son los corazones que se entienden y se aman unos á otros con verdadero amor! ¡cuánta fe en sus creencias religiosas! ¡cuántas oraciones fervientes y súplicas amorosas saldrían de aquellos unidos corazones en favor de sus prójimos, sin olvidarse de rogar también por sus enemigos! ¡cuánta abnegación, cuánta sublimidad!

Terminada la santa Misa, el santo Padre dió á sus hijos presentes, y á quien ellos representaban su paternal bendición. Apenas bajó el sumo Pontífice del altar volvió á ocupar su reclinatorio para dar gracias, la multitud vuelve á estallar el reprimido entusiasmo en calurosas demostraciones de amor, con los prolongados y repetidos vivas, que parecía como cuando estalla una tormenta.

Los peregrinos de cada provincia estaban en grupos ostentando sus estandartes respectivos, y se oía con placer cómo cantaban los himnos que en el camino ensayamos; pero á una pequeña señal hecha por un Prelado volvieron á cesar los cánticos y las aclamaciones.

Se despojó el santo Padre de los ornamentos sagrados y volvió á dar gracias arrodillado en su reclinatorio, mientras celebró otro prelado la santa Misa, y los cantores continuaban entonando el *lætatus sum* y el *O salutaris hostia*. Así que terminó la segunda Misa, se colocó el trono portátil delante del altar, y el santo Padre volvió á ocupar su sitial. Todos los veinte Cardenales de que se componía su corte ocupaban sus puestos, el Secretario de Su Santidad y los dos últimos Nuncios en Madrid, treinta y cuatro Obispos, de ellos quince ó dieciseis de la peregrinación española, y el

Capítulo y Clero del servicio de la Basílica con vistosos trajes. Las riquísimas tribunas, de que ya hemos hablado el día quince, eran ocupadas por las representaciones nobles y los peregrinos y demás que se hallaban presentes en perfecto silencio y con admirable orden. Su Santidad ocupaba su bellissimo trono, y todo en perfecta armonía, cuando se levantó el Eminentísimo Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés de su puesto y subió á un elegante púlpito y, en voz alta y buena pronunciación dió lectura al siguiente discurso, que literalmente transcribo.

Beatísimo Padre: En presencia de Vuestra Santidad, Vicario de Cristo en la tierra, se postra hoy la España católica. Representando los que aquí están congregados de todas sus Diócesis y provincias, Obispos y Clero, Maestros de la juventud y discípulos, nobles, hombres de la industria y hombres del trabajo. Estos, sobre todo, porque la mayor parte pertenecen á la clase de los que comen el pan con el sudor de su rostro. Ellos, en especial tienen esa representación, ya que en gran número han venido á expensas de aquellos que no pudiendo hacerlo por sí, han dado su óbolo á los pobres, y les envían como legados suyos. Quisieron presentarse á Vuestra Santidad durante el año feliz de vuestro Jubileo Episcopal, cuando lo verificaron los católicos de otras naciones, para dar testimonio de su fe, de su firme adhesión á la Cátedra de Pedro, y de su amor filial á vuestra Santidad, bendiciendo á Dios, que habiéndoos dado sabiduría y prudencia grande en extremo, y anchura de corazón como la arena que está en la playa del mar, os conserva con admirable vigor y fortaleza para enseñar la verdad, defender la justicia, y promover los intereses de la religión y de la sociedad.

Con harto dolor suyo no lograron entonces su deseo, y sólo les fué dado unirse en espíritu á aquellas manifestaciones. Por ello saltaron de gozo, y creció en sus pechos el ardor y el entusiasmo, cuando les fué dicho que vuestra Santidad prorrogaba para los españoles el período de las peregrinaciones jubilares, reservando también para estos

días la solemnidad de la beatificación del por tantos títulos Venerable Maestro Juan de Ávila, Apóstol de Andalucía y gloria de España, y adelantando para que sea cumplido su gozo, la de otro Apóstol de Andalucía, el Venerable Diego José de Cádiz, cuya memoria va acompañada de bendición en todos nuestros pueblos.

Gracias, Santísimo Padre, por esta dignación añadida á tantas pruebas de singular amor conque honrais á nuestra patria, entre las cuales nos place recordar hoy muy reconocidos la generosa cesión del Palacio Altemps, hecha en uso y usufructo al Episcopado español, para que en él puedan tener estabilidad y prosperar rápidamente el Colegio de Clérigos españoles, fundado hace poco por la industria y celo de piadosos sacerdotes, en el cual los jóvenes elegidos en cada diócesis por sus Prelados se dediquen bajo el amparo de Vuestra Santidad á estudios que les perfeccionen intelectual y moralmente. Veniamos los últimos, pero á nadie cedemos la primacía en la fidelidad, en la adhesión y en el amor á la Sede Apostólica y á Vuestra Santidad.

La historia da testimonio de la fe de España, de su acendrada devoción y amor al Supremo Pastor de la iglesia, y de su constancia en combatir á los enemigos de la religión peleando por más de siete siglos con los sectarios de Mahoma hasta arrojarlos de su seno, por lo cual mereció llamarse la nación católica. La historia da testimonio también de que por esto le concedió Dios ser patria de grandes héroes, de sabios célebres en el mundo entero, y de admirables santos, entre los cuales se cuentan los que Vuestra Santidad eleva en estos días al honor de los altares.

Hijos de aquellos son, beatísimo Padre, los que hoy se postran ante Vuestra Santidad. Heredaron su fe, heredaron su amor á la iglesia, y su celo por la religión y por la patria. Lloran con dolor profundo que en ésta se haya abierto la puerta al error y á la heregía y no se conserve en toda su entereza la unidad católica, mantenida desde el concilio tercero de Toledo y el reinado del gran Recaredo. Lloran, que elementos de discordia se hayan introducido entre los hijos

de España, y anhelan llegue pronto el día en que desaparezcan, para que siendo todos un corazón y un alma con una misma fe, un solo labio y una misma y única aspiración, recobre la nación amada su esplendor y su grandeza. Resueltos están á procurarlo en la medida de sus fuerzas, y sobre todo con su proceder sinceramente católico.

¿Cómo no hacerlo? Hijos vuestros son, santísimo Padre, y por lo tanto dóciles á vuestras enseñanzas. Dios os ha constituido Maestro de la verdad y Doctor de la justicia, y han llenado los ámbitos de la tierra vuestras palabras de vida y de salud. Ellos las escucharon cuando por maravillosa manera explanásteis la doctrina católica sobre la constitución cristiana de los estados, sobre el principado político, sobre la legitimidad del poder y la santidad de la obediencia, sobre la libertad verdadera y los deberes de los católicos en la vida social, sobre la dignidad del matrimonio, base de la familia, sobre la vida cristiana, sobre el fundamento de la verdadera ciencia y la restauración de la filosofía, y sobre el espíritu de asociación para promover la piedad y estrechar los lazos de la caridad propia de hijos de Dios y de la iglesia. Las han escuchado cuando habéis puesto al descubierto lo que son, y qué camino llevan las impias sectas de perdición, que tienden lazos y redes para apresar á los hombres, á quienes quieren y procuran tener por amigos, ó más bien por esclavos, y cuya aspiración es destruir hasta en sus cimientos todo el orden religioso y civil establecido por el cristianismo, levantando á su manera otro nuevo con fundamentos y leyes sacadas de las entrañas del naturalismo.

Las han escuchado igualmente cuando repetidas veces habéis inculcado la necesidad de la concordia entre los católicos, subordinando al interés de la religión todo lo que es puramente humano, secundario y transitorio, y buscando ante todo, el reino de Dios y su justicia, para que en las familias y en los pueblos reine el príncipe de la paz Cristo Jesús, Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Su presencia ante Vuestra Santidad, beatísimo Padre, es una prueba de que han oído con respeto y amor esas salu-

dables enseñanzas, y de que quieren con toda el alma ordenar, según ellas, su conducta en el orden individual, en el de la familia y en el de la sociedad.

Con empeño se ha trabajado y se trabaja por muchos para extinguir la luz de la fe en los pueblos, á fin de que se apague la llama de la caridad, é impere solo el egoísmo que todo lo explota para satisfacer sus aspiraciones puramente terrenas, separando, aislando, armando á unos contra otros como enemigos encarnizados. Se ha trabajado y se trabaja para arrancar de la mente del pobre la lumbre de la fe, de su alma el sentimiento de la religión, y de su corazón la esperanza de un bien eterno, que es su tesoro, engendrando ansia frenética de gozar en la tierra, ódio de muerte al que en ella posee, y desesperación horrible que prepara destrucción y ruinas. Vos, Santísimo Padre, habéis salido al encuentro, habéis tomado la defensa de los pobres obreros, y en vuestra nunca bastante alabada Encíclica *Rerum novarum*, enseñáis doctrina, que como luz del cielo ha subyugado y arrancado aplausos hasta de los no católicos, y que si se llevase á la práctica, resolvería fácilmente los problemas que conturban á las naciones. Procuráis por medio de esas enseñanzas estrechar con lazo de caridad al que abunda en bienes y al que carece de ellos, declarando sus deberes, y los derechos que nacen del cumplimiento de éstos, tanto á los que consagran sus bienes á la industria para acrecentarlos, y toman el nombre de patronos, como á los que cooperan á ello con su trabajo para procurarse lo necesario á la vida con el sudor de su rostro.

Brille la fe en las inteligencias, con su luz purísima miren todos al cielo donde solo se encuentra el bien sumo que alienta la esperanza, arda poderosa la caridad en los corazones y el mundo se salvará.

Este es vuestro anhelo Santísimo Padre, este es el de vuestros hijos aquí presentes. Ellos os dan gracias porque sois el protector y el Padre de los pobres obreros, y procuráis su alivio y su bienestar con amor de Padre y con sabiduría de Maestro, que hace en la tierra las veces del que

dijo: «venid á mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré».

Habladnos, Santísimo Padre, que sois el maestro infalible de la verdad, y el Pastor supremo de la grey de Cristo, que, haciendo sus veces, tenéis palabras de vida para confirmar á los hermanos, y decid á todos: «este es el camino, andad por él, y no torzáis á la diestra ni á la siniestra». Hijos vuestros os escucharemos siempre, prontos á obedecer, y seguros que obedeciéndoos obramos según el espíritu de Dios.

Entre tanto deploramos con Vuestra Santidad la conculcación de los derechos de la Sede Apostólica, y la situación angustiosa á que se ve reducida por sus enemigos; elevamos nuestras plegarias al Cielo para que abrevie los días de la tribulación, y pedimos que prolongue dilatados años vuestra vida, Beatísimo Padre, derramando en vuestro corazón consuelos celestiales según la medida de los dolores que le apenan, y fortaleciéndoos como hasta ahora para gloria de Dios, triunfo de la iglesia católica, y salvación de la sociedad.

Respuesta de Su Santidad, traducida en español.

«Grande es el espectáculo, Hijos amadisimos, que en este día se ofrece á Nuestra mirada conmovida. Es toda la España católica con sus lejanas colonias quien, representada por vosotros, creyente y devota, rinde nuevo y maravilloso homenaje al sepulcro del príncipe de los Apóstoles y á Pedro, que siempre permanece en el Pastor Supremo de la iglesia. Esta solemne manifestación de fe y de inalterable acatamiento, hecha en Nuestra Persona, al Vicario de Jesucristo, y que vosotros ofrecéis ante el mundo, es dignísima corona de tantos festéjos conque la piedad de los fieles ha querido honrar Nuestro Jubileo Episcopal. Hemos visto á nuestros amados hijos de las otras naciones acudir también á Nos, y hemos acogido con especial placer sus sentimientos de sumisión y de amor; pero ninguna de aquellas

demostraciones fué tan importante como ésta que ofrece por medio de vosotros la católica España, quien por tanto merece la primacia.

Y esto no ha de ocasionar sentimiento á los demás pueblos católicos, sino que, por el afecto filial que todos igualmente abrigan hacia el Pontífice Romano, aún será para ellos motivo de complacencia y regocijo.

La historia gloriosa de vuestra patria, puede llamarse con razón un monumento que proclama é ilustra su fe. Inflexible cuando rechaza la infidelidad mahometana y las asechanzas de la herejía, mantuvo siempre incólume con heroicos esfuerzos la unidad de sus creencias religiosas y la inquebrantable sumisión á esta Sede Apostólica. España dió en todo tiempo á la iglesia asombrosos luminares de Santidad, los Beatos Juan de Ávila y Diego de Cádiz, á quienes hemos decretado poco há el honor de los Altares: dió ilustres fundadores de órdenes religiosas, dió doctores y maestros insignes, entre los cuales como astro mayor señorea aquel Isidoro de Sevilla que mereció el título de «Doctor egregius cum reverentia nominandus». Y si otros motivos no hubiese, los grandes concilios toledanos bastan por sí solos para que España haya conseguido uno de los primeros puestos entre las naciones beneméritas de la iglesia. Y á estas brillantes tradiciones de nación eminentemente católica ha querido hoy añadir esta prueba, y por cierto esplendidísima de su fe.

Al recordar todo esto, es grave el dolor que ocasiona á nuestro corazón paternal el detrimento no pequeño, que á vuestra grandeza nacional han causado las conmociones políticas y sociales, que casi de un siglo á esta parte, y aun en nuestros tiempos, han aflijido y aflijen á vuestra patria, á la par que á otros pueblos, arrastrándoles á decadencia y ruina. Recordad, hijos amadísimos, cómo la grandeza de España anduvo siempre unida con lazo estrecho á su acatamiento á la fe sacrosanta de sus mayores; es más, de este acatamiento principalmente nació. Para realzarla pues, y preservarla de una destrucción total, no hay medio más

seguro ni más eficaz que el de volver sin reservas á los principios que la religión enseña, á las prácticas que prescribe. Y al ver con placer los comienzos de este retorno, nuestras solicitudes sin cesar á promoverlo y acrecentarlo. Con nuestras encíclicas hemos llamado á los pueblos á la observancia del Evangelio; hemos señalado á las clases trabajadoras las doctrinas del Cristianismo, cual remedio poderoso para aliviar sus sufrimientos, y recordándoles que la iglesia es madre solícita de su bien, y abriendo su corazón á la esperanza de encontrar en ella fuerte apoyo, hemos emprendido el camino verdadero para asegurar el orden social, hoy tan amenazado.

Vosotros, hijos amadísimos, bien lo habéis comprendido, y Nos es grato admirar en esta grandiosa demostración, la expresión elocuente de Nuestro pensamiento y del ansioso deseo de Nuestro corazón de ver concertadas todas las clases sociales bajo el amparo de la caridad cristiana, que es «vínculo de perfección». Sea que la Providencia os haya concedido las prerrogativas de la opulencia, sea que os haya reservado los honores de la pobreza, os halláis estrechamente unidos hoy en esta solemne profesión de vuestra antigua fe, como para manifestar así lo que otras veces hemos procurado inculcar, que los deberes y los derechos de unos y otros encuentran en la religión su más perfecta armonía.

Y como los ministros del altar deben ser nuestros cooperadores en la misión nobilísima de santificar y pacificar á los pueblos, de común acuerdo con vuestro episcopado, hemos querido que se fundase en Roma y bajo la vigilancia del Pontífice, un Colegio de vuestra nación, en donde jóvenes escogidos de las diferentes diócesis, se preparen al ministerio sacerdotal, proveyéndose de pura y sólida doctrina y de medios eficaces para combatir el error y difundir los esplendores de la verdad. Ha sido esto, Hijos amadísimos, una nueva y valiosa prueba de nuestra solicitud hacia vosotros y hacia vuestra patria.

Mas para que nuestros cuidados y esfuerzos lleguen al buen término deseado, es necesario también que todos los

católicos de España se persuadan de que el bien supremo de la religión pide y exige de su parte unión y concordia. Es necesario, que den tregua á las pasiones políticas que les desconciertan y dividen, y dejando á la Providencia de Dios dirigir los destinos de las naciones, obren enteramente acordes, guiados por el Episcopado, para promover por todos los medios que las leyes y la equidad permitan, los intereses de la Religión y de la patria, y compactos resistan los ataques de los impíos y de los enemigos de la sociedad civil. Es además suyo sugetarse respetuosamente á los poderes constituidos, y esto se lo pedimos con tanta más razón, cuanto que se encuentra á la cabeza de vuestra noble nación una Reina ilustre, cuya piedad y devoción á la iglesia habéis podido admirar, y la presencia de algunos de vosotros en esta ocasión Nos mueve á recordarlo.

Por estas dotes, siendo á Nos carísima, le hemos dado públicos testimonios de Nuestro afecto paternal, y de estos testimonios el más señalado es, el de haber levantado de la pila bautismal á su augusto hijo, que fundadamente esperamos ha de heredar con las altas cualidades del gobierno, la piedad y las virtudes de su madre.

Estas son, Hijos amadísimos, las paternas advertencias que os hacemos, y en vosotros á todo el pueblo español. A los cuales avisos de Nuestra caridad como augurio de los favores celestiales vaya unida la bendición Apostólica, que á la Reina católica y á su augusto hijo, al Episcopado y al clero, á vosotros y á toda vuestra nación concedemos con todo el afecto de nuestro corazón.»

Terminada la lectura del discurso del santo Padre, se puso la riquísima estola, y en pie, con ese carácter casi divino, ostentando destellos de gran magestad en esos momentos de tan grande solemnidad, el digno sucesor de Pedro, representante de Cristo en la tierra, con voz muy clara dió su paternal bendición, que todos recibimos con sumisión y respeto, á imitación de los discípulos primeros cuando nuestro dulce Redentor se la dió, antes de su gloriosa ascensión á los cielos. ¿Qué cosa podrá haber en nuestra vida que sea

semejante á esta? Parece que lo estoy viendo en este momento, acto tan solemne. ¡Qué cuadro tan hermoso! ¡Nada hay, ni puede haber que á él se asemeje! Tantos hombres allí reunidos como si fuese una gran familia! ¡Todos con un mismo pensamiento! ¡Todos con sus miradas fijas en su padre, que lleno de amor filial les bendice! ¡Todos de rodillas, sostienen en sus manos los trofeos riquísimos que dan testimonio de su religiosidad y de su verdadera fe en las creencias que profesan! (1) ¡Qué día y qué momento aquel de tanto recuerdo para mis buenos hermanos españoles! Terminada la ceremonia, vuelven á estallar aquellas atronadoras voces, que cual una tormenta se desborda en vivas al Papa-Rey. ¡Viva el Papa de los obreros! ¡Viva nuestro Padre León XIII! Vivas y aclamaciones habrán resonado en aquellas inmensas bóvedas en todos los tiempos, no lo dudo, pero como en este día jamás lo habrán presenciado en todos los siglos.

Confundíanse las aclamaciones afectuosas con los dulces himnos que entonaban calurosamente los peregrinos de varias provincias, que como hemos dicho, ostentaban los estandartes de sus Patronos, y era un cuadro esplendente el que ofrecían agrupados los de cada provincia alrededor de su querida bandera, que bien de manifiesto ponía á qué ejército pertenecían.

Mientras estas pruebas de amor á la fe católica se hacían con tanto entusiasmo, fueron presentadas á Su Santidad las representaciones de Filipinas, de Cuba y Fernando Poó, con sus correspondientes insignias, dando fe de su adhesión y cariño á la religión santa. Maravillados quedamos todos al contemplar la dichosa suerte que aquellos hombres de color cobrizo tuvieron, de escuchar las cariñosas y benévolas frases salidas de los venerandos labios del Vicario de Jesucristo, y de besarle su bondadosa y blanca mano y su pie.

Después se acercaron á disfrutar de igual honra otras muchas dignidades, entre ellas los grandes de España,

(1) Todos, quien más ó quien menos, teníamos en las manos cruces, crucifijos, medallas, rosarios, etc., etc.

Marqués de Comillas, Duque de Bailén, Marqués de Monistrol y de San Felices y la junta central de la peregrinación.

Eran las once menos cuarto, cuando Su Santidad volvió á ocupar de nuevo la silla gestatoria, poniéndose toda su corte en marcha con un paso muy pausado, recorriendo la nave principal opuesta á la de la entrada; la multitud al ver otra vez al santo Padre ocupar su sitio encima de los hombros de los ya referidos Emmos. Cardenales, como á su venida, volvieron á repetirse las escenas de caluroso entusiasmo, los atronadores vivas se sucedían unos á otros como la tormenta cuando arrecia. Yo tuve un momento de observación, en la que pude comprender que, como era la última vez que en su mayoría veríamos al objeto de todas nuestras alegrías, era ésta, digámoslo así, como la despedida; y como con una persona que sea muy amada, la despedida tiene que ser triste en porporción del amor que se tiene ¿cuál sería ésta?

Por eso digo que observé, que los vivas y aclamaciones del día 15 fueron mezclados con lágrimas de alegría, pero en esta última se notó un no se qué de lúgubre, muy parecido á los afectos cariñosos de dos seres que se aman y la muerte los separa. Así parecían en este día 18; las aclamaciones y los vivas salían de miles de pechos que amaban, y siendo este amor acendrado y grande, por eso lo era también el dolor que experimentaban en su última despedida, mezclando sus afectos cariñosos con las lágrimas, que cual perlas rodaban por sus mejillas.

Al desaparecer de nuestra vista, por la hermosa capilla, entre aquellas riquísimas colgaduras la gigantesca figura del Pontífice Rey, entonces fue cuando por fin se oyó resonar por última vez en aquellas dilatadas bóvedas un afectuoso ¡adios, Papa de los obreros! ¡que Dios os de salud por dilatados años!

¡Todo quedó en un silencio que bien pudiéramos decir sepulcral! Al poco tiempo abren las puertas de aquel sagrado recinto, y nadie diría, al bajar del monte santo las

setenta y siete escaleras que tiene, que aquella multitud tan silenciosa, era la que poco antes llena de emoción aclamaba y vitoreaba á su santo Padre con voces de trueno. ¡Qué triste es para un buen hijo ir á visitar á su buen padre cuando éste se halla dentro de una prisión, aunque las rejas sean doradas! y más triste aún cuando de él se despide sin poderle librar de aquella prisión que le aflige... ¡Qué tristes recuerdos traen á la mente las consideraciones que de aquí se desprenden! Por eso en esta mañana los peregrinos, que cual hijos cariñosos se despiden de su buen Padre, lloran afligidos... Y no lloran porque sean cobardes, sino porque le dejan en la prisión... Baján silenciosos porque la prudencia de verdaderos católicos así lo enseña, ahogan en su pecho el noble sentimiento, y se concretan á decir para sí: ¡día vendrá en que el Dios vencedor de las batallas nos dé la victoria completa, y entonces libres de las cadenas que nos oprimen, podamos públicamente en unión de nuestro bondadoso Padre, entonar un himno de alabanza eterna al Dios tres veces santo!

Ya en la hermosísima plaza de San Pedro, nos reunimos varios de los peregrinos de Valladolid, y hablamos de preparar nuestro viaje de regreso, pues á la salida habíamos visto unos carteles, en las dos principales columnas del pórtico, avisándonos de que el día 19, á las diez de su mañana estuviéramos en la estación de Trastévere, y emocionados por todo cuanto habíamos presenciado en aquella mañana, de recuerdos eternos, mirábamos desde aquel lugar con harto dolor, las doradas rejas que sirven de prisión á la autoridad más grande que pisa sobre la tierra, y al considerarlo, hervían nuestros pechos, ahogando un profundo suspiro de dolor.

¡Qué venganza tan mezquina! ¡Hasta dónde llega la maldad y perfidia de los encarnizados enemigos de nuestra religión santa.

Sonrojados por el calor que se agolpaba á nuestras mejillas, ante la vergüenza de tan degradante opresión, nos despedimos como verdaderos hermanos unos de otros, diri-

giéndonos cada cual á su hospedaje, al que en breve tiempo llegamos.

Reunidos los compañeros de hospedaje, nos sirvieron la comida nuestros bondadosos patrones, notándoles también una parte del dolor que á nosotros nos alligia, como verdaderos hijos del catolicismo. Terminada la comida, como ya era la última tarde que estaríamos en aquella deliciosa capital, cada uno dispuso de ir á cumplir los encargos que tenía encomendados; á mi me era de todo punto imprescindible el tener que volver al convento de Araceli para ver si el Padre general de la orden de San Francisco, había arreglado el negocio que tenía solicitado. En efecto, me puse en camino, y ya que tenía que pasar, sino cerca, algún tanto en camino, me dirigí al Hospital de San Ildefonso, que está en la vía Sixtina, número 11, para allí cumplir con otro encargo que me habían dado á mi salida, y en efecto, estuve con el Padre Enrique, que era con quien tenía que verme. Con complacencia suma el buen Padre, me hizo varias preguntas lleno de satisfacción (1), me ofreció cuanto él pudiera hacer por mí, y yo con todo el afecto de mi alma le dí las más expresivas gracias por su generosidad, y nos despedimos hasta siempre. Preguntando, llegué á la vía Mezulana, que es donde está el aludido convento del Padre general. Allí visité la iglesia del monasterio, y después de una breve oración llamé en la portería, donde fui recibido con amabilidad, acompañándome el hermano portero hasta la distante habitación del Padre general.

En la habitación primera tiene la oficina su Secretario, el que me recibió con muestras de verdadero hermano, pero por su lengua italiana no pude comprenderle más que por señas. Este me introdujo en la habitación del Padre general, quien me recibió con toda muestra de alegría, cual un padre cariñoso, dándome á saber que lo que yo pretendía estaba en poder de su activo Procurador y que

(1) El Padre Enrique es un Padre Agustino que ha estado en el Convento de su orden en Valladolid, y creo sea natural del mismo.

como buen español que era, lo quedaría arreglado en breve tiempo (1), y que fuese descuidado, que lo mandarian por el correo, con lo cual nos despedimos cordialmente como padre é hijo.

Al volver á la estancia del hermano Secretario, éste con mucho agrado me dió la ofrenda para mí más grande que podía esperar, ésta es una medalla que contiene el busto del seráfico Padre San Francisco de Asis, y por el reverso la purísima é inmaculada Concepción, recuerdo del papa Pío IX, por haberla declarado como dogma de fe en 8 de Diciembre de 1854. Regalo que mirado materialmente nada significa su valor, pero mirado según lo que representa con los ojos de la fe, es de valor inestimable, que llevo siempre ostentando públicamente en mi pecho, como una condecoración recibida por el más indigno soldado del ejército de Cristo, de manos de su general. Además me dió seis retratos, de los cuales repartí cinco á mis buenos hermanos, y el otro me reservé para mí como recuerdo de tan bondadoso padre.

Con regalo tan de mi agrado, salí de aquella casa paternal lleno de complacencia, y ya que me hallaba cerca de San Juan de Letrán no quise ser desagradecido á beneficio tan especial y pasé á visitarle como despedida. Poco tiempo estuve en aquel recinto hermoso, hice una breve oración y visité por segunda vez alguna de sus ricas capillas, y teniendo en cuenta que la tarde estaba lluviosa y me hallaba á una enorme distancia de mi hospedaje y sin guía alguno, me retiré de aquel lugar santo más pronto que yo deseara. Desde allí no me fué posible pasar cerca de la Escala Santa sin hacerla otra visita y contemplar en ella las gotas de sangre preciosa que el dulce Redentor en ella derramara, cuando ya coronado de espinas en casa del presidente de la Judea Poncio Pilatos, bajase por ellas para tomar sobre sus hombros el pesado leño de la Cruz. ¡Qué recuerdos aquellos de

(1) Era una petición que hacía la V. O. T. de San Francisco de Asis de Valladolid, sobre concesión de indulgencia plenaria perpétua de la Porciúncula que fué concedida y mandada por el correo el día 15 de Julio del mismo año.

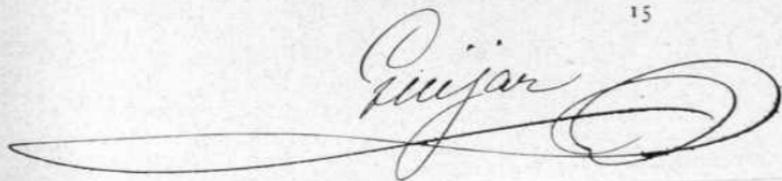
tanto misterio! ¡Cuán bien se prestan á la consideración de su dolorosa pasión! Ya cerca de aquellas santas escaleras vi que había mucha gente que con devoción profunda las subían arrodillados como es costumbre piadosa, yo también me arrodillé y las volví á subir como el día 16, que ya queda reseñado en su lugar. Llegué arriba con el trabajo que es consiguiente, y en aquella hermosa capilla que hay al terminarlas, adoré al hombre Dios en forma de niño de doce años, (como ya he explicado), desde allí pasé á la capilla principal que tiene tanta magnificencia y suntuosidad. En aquel santo lugar me detuve más de treinta y cinco minutos, porque el respeto y silencio de aquel sitio se prestaba bien á la oración.

Desde allí me llamó la curiosidad de un monte alto que se encuentra cerca, y me dirigí hacia él para subir, pues hay una magnífica carretera que va dando la vuelta, se tarda mucho en llegar arriba, pero la gente de á pie puede subir algún tanto cómodamente por unas anchas escaleras ó gradas de piedra bien construídas; á los costados está poblado de buenas casas y muchos y muy variados jardines de diversas flores, y frutales deliciosos. Este monte se llama en el día como se llamó siempre, el monte Palatino, muy bonito; como mirador, domina aquella altura gran parte de la ciudad, forma un paisaje digno de verse, contiene grandes bosques de arbolado muy diverso, como encinas, robles, hermosos y grandes pinos y árboles desconocidos aquí en España. También se ven los restos del palacio palatino que habitaron los Césares, Tiberio y Augusto, y después los Cracos, Lucio Craco, Cicerón, Julio César, Marco-Antonio, y muchos otros hombres, y dice su historia que era en aquellos tiempos lo más grande y hermoso por sus muchos y ricos edificios y dilatados bosques y jardines. Hoy es muy delicioso contemplar aquellos amenos paisajes, aunque trabajoso por la subida. Bajé de aquel delicioso paraíso, y como estaba bastante más de una legua de mi hospitalidad, en aquel trayecto tan largo vi cosas de arte tan raras y admirables que me haría interminable si las fuera á referir

Mi intención en aquella última noche que habíamos de

estar en Roma, deseaba hacer una visita al Excmo. señor marqués de la Solana en su hospedaje, conocido con el nombre de hotel de Roma, grande y hermoso edificio por cierto, que vendrá á estar en medio de la ciudad, de suerte que yo desde el hotel aludido, me hallaba á más de tres kilómetros de mi hospedaje, y en aquel día vine á andar tanto como un caminante que recorre una gran jornada. Yo solo, y en población tan grande y desconocida me veía muchas veces en la precisión de volver atrás, pero como vulgarmente decimos, el que lengua tiene á Roma va, así me sucedía, preguntando y por señas nunca dejé de ir á donde pensaba ó me hacía falta. De suerte que en esta noche pensé verme, como he dicho, con el señor Marqués, y pensé casi un imposible, pero el que pone los medios que están á su alcance todo lo consigue.

Ya muy entrada la noche y lloviendo á torrentes, tuve la suerte, ya que me parecía que me hallaba cerca por las señas que me habían dado, de volver á preguntar, entrando en una vía muy larga, á cuya conclusión se hallaba el mencionado hotel. Llegué á él en buena ocasión, porque había tres peregrinos amigos también de Valladolid. ¡Conqué júbilo recuerdo mi llegada al hotel! Toda la tarde y parte de la noche en ciudad extranjera, en tantísimo como había andado viendo suntuosos edificios, sin dar con una cara conocida, y en aquel momento me hallo con tres muy conocidos, y allí el rato que estuvimos esperando fué delicioso, con muestras de alegría nos contamos las impresiones de aquella tarde, y hablando de nuestra salida al siguiente día, de aquel encanto de maravillas, nos alegrábamos por una parte por el feliz recuerdo de nuestras queridas familias, echando cuenta del día en que llegaríamos á dar un ósculo á nuestros hijos, y por otra parte nos daba tristeza, porque se había pasado el tiempo en breves instantes, y todavía quedaba mucho que ver. En esto llegó el señor Marqués, quien nos recibió lleno de regocijo y con su acostumbrada amabilidad, agradeciendo mucho aquella visita por dos cosas; la primera, por tener el placer de contemplar á los cuatro peregrinos que con afa-



bilidad y muestra de gran afecto le visitaban en tierra extranjera, dándole pruebas de sincera simpatía; la segunda, porque aquella visita era muy á propósito para darnos instrucciones sobre nuestra salida, para que nosotros las hiciéramos saber á cuantos viéramos, aunque ya sabíamos de antemano algunas por los carteles que habian fijado en varias partes de la ciudad.

Ya para despedirnos, lleno de alegría nos dijo: he recibido con fecha de ayer una carta escrita por el Secretario de nuestro Círculo, aunque también he recibido anteriormente telegramas, en que sabemos que no hay ninguna novedad entre las familias de los peregrinos, y antes de que os retiréis tendré el gusto de que sepáis lo que dicen los amigos nuestros del Círculo, y sacó la carta que decía así:

13 de Abril de 1894.—Queridísimo Marqués y peregrinos vallisoletanos: Grande ha sido la indignación que nos ha producido los vandálicos atropellos cometidos en Valencia por los sectarios de la barbarie sistoria, y rodoblamos nuestras súplicas en nuestra capilla, para que Dios de á nuestros amados hermanos valor, resignación y aumento de fe, para sobrellevar esos ultrajes, y que sean como el coronamiento glorioso de la peregrinación que ha llegado á llenar de alarma á los infames enemigos de Dios y del obrero honrado y laborioso. Ánimo, amigos nuestros, para vencer con prudencia y valor cristiano á esos ruidos del infierno; mayores han pasado por el suelo que pisáis y esa piedra colocada por Jesús continuará sólida y hermosa, grande é incommovible, sin que esas oleadas de la perversidad logren desquiciarla, porque es la obra de Dios. Felices mil veces, vosotros, que habéis sufrido por Jesús y os podéis presentar ante el mundo con vuestra noble frente orleada con la grandiosa corona de los Mártires. ¡Quién os hubiera acompañado! ¡Quién hubiera podido participar de vuestro sublime entusiasmo! ¡Quién hubiera podido manifestarse hijo de Jesús ante el peligro! Con el espíritu os seguimos todos; vuestras esposas, vuestros hijos, vuestros amigos, y toda la España católica, que es lo compuesto de

la honradez y de la nobleza, título de gloria tan alto que nada hay comparable. Ánimo pues, hijos de la fe, que vuestro sufrimiento y humillaciones Dios las recibirá gozoso, porque son por su causa, también encontrarán á vuestro regreso nuestros brazos y nuestras lágrimas.

Todas las noches rogamos en nuestra capilla, pedimos por vosotros y después se dá cuenta de los telegramas y cartas que se reciben.

La capital entera protesta contra esas iniquidades y se acrecienta su fe. A ruego nuestro telegrafió este gobierno al de Valencia, y la contestación nos llenó de regocijo, porque decía que de esta provincia no había ni heridos ni detenidos, agregándose en esto la justísima efervescencia de los ánimos.

Recuerdos de todos, para todos esos peregrinos, y usted, querido Marqués, reciba mil felicitaciones de este su amigo que siente no haberle acompañado. Recuerdos á las Señoritas, Sr. Dean, Vicente Alonso, D. Gaspar, Sacerdotes, Carrillo, y Jefes, Paco, etc., etc. A todos los que tenemos verdadera envidia.—Saturnino.

Esta prueba de sincero amor conque este señor escribió al Marqués, en nombre de toda la peregrinación, y las buenas noticias que nos comunicaba, fué un nuevo motivo de satisfacción no sólo para nosotros que tuvimos la dicha de que tan oportunamente nos diese conocimiento de ella yéndole á visitar, sino para todos los de Valladolid, que con una rapidez casi imposible conocían ya al siguiente día la mayoría de hermanos peregrinos, regocijándose de la buena noticia como nosotros. Eran las ocho y media de la noche cuando nos despedimos del Sr. Marqués, hasta las diez de la mañana siguiente que nos viéramos precisamente en la Estación de Trastévere.

A la hora en que salíamos del hotel, la lluvia era casi torrencial y distaría el hospedaje nuestro más de tres kilómetros. Por allí como por todos puntos de Roma hay muchos tranvías, pero no iban aquellos por donde nos llevasen próximos al hospedaje, y nos fué forzoso ir con dirección á

la plaza Nova, aunque rodeando algo y siempre preguntando. Al llegar á la gran plaza ya citada, era con menos exceso el agua. Hermoso contraste forman en aquella gran plaza la muchísima gente, coches y tranvías que por allí transitan. Su comercio muy lucido, con especialidad los muchos que hay de ricas joyerías, su alumbrado excelente, pues en las calles y plazas tienen gas como en nuestras capitales, y de trecho en trecho en medio de sus calles una gran bomba de luz eléctrica, que con las muchas del comercio, hacían un alumbrado que no se echa de menos la luz natural. Desde aquella plaza nos separamos cada uno con dirección á su hospedaje; yo tomé un tranvía de los que van hasta la plaza del Vaticano, que pasan cerca de la vía Paola, que era donde yo estaba hospedado. Como los tranvías allí caminan mucho, no tardé en llegar. Ya estaban cenando mis compañeros y hablando sobre mi retraso, pues según me dijeron esperaron un buen rato, y como allí buscar á uno sería una rara casualidad poderle encontrar, no determinaron salir.

Les conté todo lo ocurrido en aquella tarde y noche, con lo que no sólo quedaron conformes de mi expedición y tardanza sino que les fué motivo de alegría al saber las buenas noticias de la carta. Como ya era tarde cuando llegué, á poco que nos entretuvimos se hizo hora de descansar, como en efecto se hizo. Ya recordarán mis lectores, que aunque tomado en parte de un documento de Roma, tengo prometido dar una pequeña reseña de los principales monumentos que tiene esta Ciudad, y me parece muy á propósito esta ocasión, pues el 19, Dios mendiante, á las diez y media de su mañana estaremos en la estación de Trastévere.

Daremos principio por los monumentos más célebres de iglesias; éstas son sesenta y ocho, no haciendo caso de otras muchísimas, lo uno por ser de menor importancia; lo otro, porque se haría un volumen demasiado largo, y hasta casi imposible referir las iglesias, oratorios, hospitales, conventos y cuantos monumentos tiene en esta gran ciudad la caridad, la piedad y la religión.

De la gran Basilica de San Pedro, que es la primera, ya tengo escrito cuanto he podido, aunque muy pálido por mis escasos conocimientos, pero es lo bastante para que el discreto lector se forme una idea aproximada de las muchas riquezas y maravillas que encierra, sólo si daré á conocer lo que resta contiguo al magnífico palacio Vaticano, que es como sigue. Este palacio, como ya he referido, tiene tres pisos, que contienen un gran número de salas, galerías, capillas, corredores, una magnífica biblioteca, un gran museo, un grandísimo jardín, poblado de un sin número de árboles frutales, de adorno, cuadros preciosos de variadas flores, bosques de boj, magníficos pinos que hacen buen contraste, y otras clases de ramajes, fuentes hermosas, una gran cascada, una hermosa ermita en medio con la bellísima escultura de Nuestra Señora de Lourdes, etc., etc. Veinte patios, ocho escaleras principales, y más de doscientas secundarias.

Está hecha la reseña de la escalera Real, sala Real, capilla Sixtina, capilla Paolina, sala Ducal, galerías de Rafael, galerías de los Cuadros, de la hermosísima y rica Biblioteca, gabinete de los Papiros, sala de las pinturas antiguas, de otro gabinete que sigue; y nos quedan por reseñar los siguientes: El cuarto Borgia, que se compone de seis salas, los frescos de las bóvedas de las dos primeras son obras del Bonfili; las pinturas en las tres que siguen son del Pinturicchio, la cuarta contiene una rara colección de estampas formada por Pío V, la bóveda de la sexta ha sido pintada por Juan de Udina y por Pierin de la Vega.

El museo Chiaramonti.—Este museo ha sido formado por Pío VII, tiene muchas y ricas colecciones de esculturas antiguas; la parte llamada brazo nuevo fué construída por el arquitecto Stern, y abierta en el año 1822, está decorada de columnas de mármoles variados y escogidos. La inmensa cantidad de esculturas antiguas, bustos, bajo relieves, sarcófagos, fragmentos, etc., que forman este museo, todas por un motivo ó por otro muy interesantes, y es imposible hacer una descripción de todas, pues solo ellas serian bastante para ha-

cer un abultado volumen. El museo Pio Clementino, ha sido fundado por Clemente VIII, por Clemente IV y por Pio VI. El vestíbulo cuadrado está decorado con estucos y pinturas de Daniel de Volterra. En el centro hay el famoso tronco de Velvedere, fragmento de una estatua de Hércules, esculpida por Apolonio de Atena. También hay la estatua de una matrona romana, diferentes inscripciones halladas en la tumba de los Scipiones, y un sarcófago que fué la tumba de un Scipión, cónsul de Roma el año 456.

El vestíbulo redondo, tiene en el medio una magnífica pila de mármol violado. En los nichos hay fragmentos de estatuas antiguas. Por el balcón se vé una magnífica vista de Roma, que dió á esta parte del Vaticano el nombre de Velvedere.

Después se pasa á la sala del Milagro, así llamada por la magnífica estatua del Milagro que hay en ella. Hay también una cabeza colosal de Trajano y algunos bajo relieves.

Por el vestíbulo redondo se pasa al patio del Velvedere (azotea) que ha sido edificado por el Bramante. Las construcciones modernas cambiaron su forma. Clemente XIV hizo erigir el pórtico por el arquitecto Simonetti; es de forma octógona y lo sostienen dieciseis columnas de granito. Está dividido en cuatro secciones y en otros tantos gabinetes: en el primero se admiran trabajos de Canova, en los otros tres se conservan los monumentos más célebres de la escultura antigua. En el segundo gabinete se halla el famoso Mercurio del Velvedere, en el tercero se admira el célebre grupo de Laocoonte, y el cuarto nos presenta la bella estatua de Apolo de Velvedere, considerada como la obra más sublime de la escultura griega. Por aquí se entra otra vez en la primera sección del pórtico, en donde se observa una preciosa urna en basalto verde, hallada (junto á la que está en la parte opuesta de la galería), en las termas de Caracalla. Pasando el patio, que también se ven en él monumentos antiguos, se entra en la sala de los animales.

Un vestibulo decorado con cuatro columnas de granito divide en dos partes esta sala, su pavimento está formado



con mosaicos antiguos. Pío VI ideó reunir aquí los simulacros de los animales de la antigua escultura, pero viendo que estos eran pocos, ordenó á Franzini, artista muy capaz en este género, la obra de los demás que han completado la colección. Merecen particular atención, el grupo de un tritón que roba una ninfa, Hércules que tira, Cerbero encadenado, la estatua de Diana, un león que devora un caballo, un ciervo en alabastro, Hércules y el león de Nemea, Hércules que mata á Diómedes y sus caballos, una estatua ecuestre de Cómodo. Se pasa después á la galería de las estatuas. Esta colección de célebres estatuas antiguas contiene de más notable, la estatua de Clodio Alvino, una media figura de amor, trabajo griego, la estatua de Palas que ha sido transformada en Minerva, Penélopes sentada, una Amazona, Juno, la musa Urania, simulacro de Septimio Severo, Adón herido, una figura de mujer acostada, Ariana durmiendo, dos hermosos candelabros en mármol, un grande bacín en alabastro y un hermoso y riquísimo vaso también de alabastro.

Sigue la *Sala de los Bustos*.—Sobre dos filas de mesas en mármol se ve un gran número de bustos y cabezas. En el nicho grande se admira á Júpiter llamado de los Verospi, porque pertenecía á una familia así llamada. Entre los otros muchos bustos el más apreciable es el Menelao.

De allí se pasa al *Gabinete de las Máscaras*.—Este gabinete ha sido hecho por Simonetti, de orden de Pío VI. Está adornado con ocho hermosas columnas de alabastro y otras tantas pilastras. La bóveda ha sido pintada por Di Angelis, el pavimento está adornado de un mosaico antiguo tomado de la villa Adriana, que figura unas casas, un paisaje, etcétera, etc. Este gabinete contiene monumentos preciosos en estatuas y bajo relieves. El carro del Sol, Venus que sale del baño, Diana, Lucifera, bajo relieves con las fatigas de Hércules, Fauno, en rojo antiguo, estatua de París, bajo relieves con divinidades y aventuras de Hércules, simulacro de Minerva, una pila y una silla de rojo antiguo, estatua de Ganimedes, bajo relieves con Minerva, Juno, Baco y Hércules niño, Adón y Cupido.

Volviendo á la Sala de los animales, la puerta de la derecha introduce en las musas.—Es de forma octógona, erigida también por Simonetti, y decorada con 16 columnas preciosas de mármol de Carrara. Se admira en ésta la hermosa colección de las estatuas de las musas, las más completas que hay, han sido halladas en Tivoli. Los bustos son retratos de varones griegos, en las paredes hay dos antiguos bajo relieves y en el pavimento algunos antiguos mosaicos. En el corredor que conduce á la sala redonda se admiran bustos, estatuas y bajo relieves.

Sala Redonda.—El dibujo es del Simonetti, está decorada de diez grandes pilastras de mármol de Carrara. En el centro hay la magnífica pila de pórfido rojo, hallada en las termas de Diocleciano.

Alrededor de la sala están colocados bustos y estatuas colosales. A los lados de la entrada hay dos bustos que representan las musas de la tragedia y la comedia. Después á la derecha, está el busto de Júpiter, de Antinoó, de Faustina, de Augusto, la cabeza de Adriano, estatua colosal de Hércules en bronce dorado, busto de Antinoó, de Antonino Pío, un busto del Océano, Nerva sentado, busto de Júpiter Serapis, estatua de Juno, armada, busto de Plautina mujer de Trajano, retrato de Julia Pia, Ceres, busto de Publio Elio Pertinax. El pavimento de esta sala está decorado con preciosos mosaicos antiguos.

Desde allí se va á la sala á Cruz Griega, construída por el Simonetti, de orden de Pío VI; la puerta es magnífica. Dos estatuas colosales de granito rojo y de estilo egipciano sostienen un grande cornisón, encima del cual hay dos vasos del mismo granito, y en el medio un bajo relieve con un combate de gladiadores. Entre las muchas esculturas colocadas en esta sala, citaremos un sarcófago de pórfido rojo que sirvió de sepulcro á Santa Constancia, las dos esfinges en granito egipciano, otro sarcófago de pórfido rojo, que contenía el cuerpo de Santa Elena, la estatua de un orador, dos estatuas de Augusto. También el pavimento de esta sala está adornado de ricos mosaicos antiguos.

Museo Egipciano.—Esta colección fué comenzada por Pío VII, y aumentada por Gregorio XVI, que fundó el museo reuniendo todo lo que se hallaba en otros lugares. En el vestíbulo hay algunos sarcófagos en basalto con geroglíficos y coberteras de cajas mortuorias. De esta se pasa á la sala de Monumentos egipcianos. Aquí hay una estatua maravillosa en granito negro con geroglíficos, que dicen ó se cree que representa á la madre de Sesostris, dos hermosos leones, los colosos de la Dea Neith de Ptolomeo Filadelfo y su esposa, todo en granito.

Salas de Imitación.—En estas dos salas hay todos los monumentos de mármoles colorados, hallados en la villa Adriana de Tivoli.

Es notable la estatua en mármol blanco que representa á Antinoó bajo las formas de una divinidad egipcia, y un coloso de mármol que representa el Nilo. De aquí se pasa al Semicírculo.

En éste están reunidas algunas estatuas colosales en granito, que representan divinidades egipcias. Hay también dos momias.

Salas de los Papiros.—Preceden tres cuartos, en donde hay esmaltes, bronce, piedras, etc., etc., entre éstas se enumera el famoso escarabajo en jaspe duro con una inscripción que lleva la fecha del 11.º año del reino de Amosis III. Los papiros están escritos en caracteres gerógligo-gerótico y demótico. Son casi todos célebres. En el último cuarto hay piedras grabadas en árabe antiguo. Volviendo de esta sala á Cruz griega á la izquierda, hallaremos la escalera principal del Museo, toda en precioso mármol de Carrara, con treinta columnas de granito, y balaustradas en bronce. Esta escalera conduce á las galerías superiores, á la biblioteca y á la sala de la Viga.

Esta es de forma circular con ocho columnas de mármol blanco; Pío VI la hizo erigir por el arquitecto Camporese. Toma el nombre, de la viga en mármol blanco á la cual están puestos los dos caballos del mismo mármol. La silla del carro y el tronco del caballo derecho son antiguos; el resto es obra

del Franzoni. En esta sala se ven sarcófagos y estatuas. Hay de notable las estatuas de Sardanápalo, de Baco, de un discobulo, de Apolo de Alcibiades, de Falión, de Diana cazadora.

Museo etrusco Gregoriano.—El fundador fué Gregorio XV. En éste se ven preciosas colecciones de urnas cinerarias, y de vasos etruscos, Hay también una colección de tazas, tierras cocidas, etc., etc.

Sala de los Bronces.—En ella se admiran hermosas colecciones de varios objetos, como vasos, candelabros, armas, fragmentos, etc., la estatua de un guerrero hallada en Todi, una cama fúnebre, altares, etc., etc., una apreciable colección de trabajos en oro, como adornos para mujeres, coronas y otros objetos.

Sala de las Pinturas.—En esta sala hay copias de las pinturas etruscas, halladas en las tumbas de Vulsci y de la antigua Tarquina; fueron colocadas y coloreadas por Carlos Ruspi.

Sala-galería de los Candelabros.—Contiene un número grande de esculturas, de vasos, de candelabros de diversas formas; y en mármoles preciosos, sarcófagos y estatuas, entre las cuales un Baco muy apreciable.

Galería de los Tapices.—Esta galería contiene los célebres tapices del Vaticano, hechos con dibujos de Rafael por orden de León X; y en seguida viene la

Galería de los Mapas.—En las paredes de la cual Gregorio XIII hizo pintar los mapas de las provincias de Italia. Volviendo al corredor de las inscripciones, y por allí subiendo al segundo orden de las galerías de Rafael, se ven las salas de Rafael, adornadas de magníficos frescos por él y sus discípulos. Estas salas han sido dañadas por el tiempo, pero no por eso merecen menos atención.

Una parte de las mismas ha sido pintada por Signorelli, por Perugino y por otros, pero Julio II hizo borrar todo lo que estaba hecho para hacerlas pintar por Rafael.

Sala de Constantino.—Rafael hizo los dibujos de los cuadros y pintó las figuras de la Justicia y de la Clemencia.

Julio Romano pintó el hermoso fresco que representa la victoria de Constantino contra Magencio en el Puente Molle. El mismo Julio hizo el otro cuadro que representa la aparición de la Cruz á Constantino. El cuadro con el bautismo de Constantino ha sido pintado por el Fattore.

Entre las ventanas hay pinturas que representan la donación de Roma hecha por Constantino á San Silvestre, obra del Raffaellino del Colle. Estas pinturas se creen fueron hechas sobre dibujo de Rafael. Los ocho pontífices son de Julio Romano, los claros oscuros del zócalo de ésta y de las otras tres salas, fueron ejecutadas por Polidoro de Caravaggio. Pío IX hizo decorar el pavimento con el precioso mosaico hallado cerca de la Escalera Santa, en el año 1854.

Sala de Heliodoro.—El primer cuadro representa á Heliodoro arrojado del templo por querer cometer un sacrilegio; fué dibujado por Rafael, que pintó el primer grupo; el otro grupo donde hay varias mujeres, fué ejecutado por Pedro de Cremona; todo lo restante ha sido hecho por Julio Romano. En el cuadro que hay enfrente ha sido representado León I que hace retroceder á Atila. El tercero representa un milagro acontecido en Bolsena á un sacerdote que dudaba de la presencia real de Jesús en la Sagrada Eucaristia, y que al momento de consagrar vió mancharse de sangre el corporal. El otro cuadro está representado San Pedro libertado de la prisión; esta es una de las obras más maravillosas de Rafael. Del mismo son los claros oscuros de la bóveda.

Sala de la escuela de Athenas.—El magnífico cuadro que representa la escuela de Athenas ó de los filósofos griegos, los hombres más célebres de su época, es por cierto una obra maestra de Rafael que el gran artista dibujó bajo ese aspecto. Este cuadro contiene cincuenta y dos figuras que son una verdadera escuela de pintura. El cuadro de enfrente que representa la disputa sobre el santísimo Sacramento, es el primer fresco que Rafael hizo en estas salas. El cuadro á la derecha sobre la ventana, es también de Rafael, y representa el Parnaso con las musas y algunos poetas. El cuarto cuadro también de Rafael, representa la Jurisprudencia, sim-

bolizada por la Prudencia, por la Templanza y por la Fuerza. A los lados de la ventana hay hechos de historia. Las ricas pinturas de la bóveda son también de Rafael.

Sala del incendio de Borgo.—El principal cuadro de esta sala representa el incendio del barrio de Sancti-Spiritus acontecido en el año 847; todo es de Rafael, menos el grupo de las figuras entre las cuales hay una que lleva á cuestas un viejo, que es de Julio Romano. El cuadro sobre la ventana representa á San León III, que se justifica con juramento delante de Carlo Magno, y de los cardenales y obispos. El tercero representa la victoria de San León IV sobre los sarracenos de Ostia. Las pinturas de la bóveda son del Perugino. Rafael no permitió, por veneración á su maestro, que éstas fuesen borradas como las otras que hicieron otros pintores en estas salas.

Sala de la Inmaculada Concepción.—Ha sido decorada de hermosos frescos por Podesti, de orden de Pío IX, el cual quiso que en ellos fuesen representados los principales hechos relativos á la definición del dogma de la Inmaculada Concepción. Esta también tiene en el pavimento un mosaico antiguo. Desde la sala de Constantino se pasa á la capilla de San Estéban, que Nicolás V hizo pintar al Angelico, el cual representó en ella varios hechos de la vida de los Santos Estéban y Lorenzo. Descendiendo en el patio de San Dámaso se pasa á la fabricación de los mosaicos, interesante por los trabajos que se hacen y por la numerosa colección de esmaltes.

Saliendo de ella se pasa á los jardines del Vaticano. Se entra por un hermoso vestibulo, obra de Simonetti. En ellos se ven la grande piña y los dos pavones en bronce, que provienen del mausoleo de Adriano, el pedestal de la columna de Antonio Pío, que estaba en el foro, de un solo pedazo con magníficos bajo relieves. Volviendo al vestibulo se entra en el grande jardin, en el que Pío IV hizo construir por Ligorio una graciosa casita de campo que ha sido decorada de pinturas por el Barroccio, por Fray Zúcarí y por Santi de Tito.

Basilica de San Juan de Letrán.—De esta riquísima y

hermosa Basílica ya hemos hecho (aunque imperfectamente) su reseña.

Escalera Santa.—De este preciosísimo monumento, recuerdo perenne de la sagrada pasión de Nuestro Redentor, también hemos dado cuenta.

Bautismo Lateranense.—La pila bautismal está formada con una urna antigua y ocupa el centro de su espacio circular, rodeado por una balaustrada y cubierta con una cúpula sostenida por dos órdenes de columnas y adornada con ocho cuadros de A. Saucchi. La estatua de San Juan Bautista, es copia de una obra de Donatello, hecha por Valadier. La estatua de San Juan Evangelista, es obra de Juan Bautista de la Porta.

Basílica de Santa Cruz en Jerusalén.—Esta Basílica ha sido erigida por Santa Elena, madre de Constantino el grande, en los jardines Varianos, de propiedad de Heliogábalo. Allí había también un edificio dicho el Sessorio, por el cual tomó el nombre de Sessoriana, la basílica que ha sido llamada también Santa Cruz en Jerusalén, porque Santa Elena puso en ella una grande porción de la Cruz que encontró en Jerusalén. Ha sido realizada en el año 1743, por orden del Papa Benedicto XIV, sobre dibujo de Gregorini. Tiene tres naves, y la dividen varias pilastras y columnas de granito de Egipto; cuatro columnas de brecha carolina sostienen el baldaquino del altar mayor, bajo el cual hay una urna antigua que contiene los cuerpos de los Santos Mártires Anastasio y Cesáreo.

El fresco de la bóveda de la tribuna es del Pinturicchio, y representa la invención de la Santa Cruz por Santa Elena. Por la puerta de la derecha cerca de la tribuna, se descien- de á la Capilla subterránea de Santa Elena, en donde se ven pinturas del Pomarancio y mosaicos de Perusei. Una inscripción antigua sobre el pavimento de esta capilla hace conocer que la tierra del Calvario de Jerusalén, colocada en la parte inferior del edificio por Santa Elena, ha sido conservada allí, y por eso se dió el nombre de Jerusalén á la capilla.

Basilica de Santa María la Mayor.—De este antiguo y riquísimo baluarte gigantesco de la cristiandad, ya en otra parte hemos dicho algo, pero no hicimos relación de su historia, que es como sigue:

Esta iglesia ocupa la cima del monte Esquilino, que se llamaba Cipius, cerca del templo de Juno Lucina. Su origen se remonta al año 352. Vivía entonces en Roma un ilustre varón llamado Juan Patricio. No teniendo hijos, resolvió de acuerdo con su esposa, consagrar su inmensa fortuna á Dios. Una noche se le apareció en sueños la Santísima Virgen, diciéndole que ella misma quería ser su heredera. «Tú me fabricarás, le dijo, una Basilica sobre el collado de Roma que mañana verás cubierto de nieve. Era la noche del cuatro al cinco de Agosto, es decir, cuando es más excesivo el calor en Roma. La misma noche la Virgen se le apareció al Papa Liberio, y le mandó construir una iglesia en la parte del collado del Esquilino. En efecto, la mañana del día siguiente, el Esquilino se halló cubierto de nieve. Juan Patricio, habiendo visto el milagro corrió al palacio Laterano para comunicar al Papa la visión de la noche. El Papa vió en la cosa el dedo de Dios, y se llegó luego al Esquilino acompañado del pueblo y de todo el clero. La iglesia fué fabricada á expensas de Patricio, bajo el nombre de Santa María de las Nieves, y en memoria del papa Liberio que la consagró el año después; la dieron también el nombre de Liberiana. La llamaron también Santa María del Presepio por conservarse allí la cuna del Salvador, y por fin, de Santa María la Mayor, porque entre todas las iglesias de Roma dedicadas á la Reina del cielo, esta es la más importante.

El papa Sixto III, la hizo reconstruir el año 442. Esta Basilica es una de las cuatro que tiene la puerta santa. La fachada principal que se parece á la de San Pedro y de San Juan, aunque más mezquina, ha sido elevada el año 1743, por Fernando Fuga. Las ocho columnas de mármol que sostienen el pórtico antiguo, decoran también el nuevo, bajo del cual también se ve á la derecha la estatua en

bronce de Felipe IV, Rey de España, hecha por Lucenti, destinada á recordar las prerrogativas de España y sus Reyes, que son por derecho de nacimiento protectores de esta Basilica. La escalera á mano izquierda lleva á la logia, que antes del 1870 servia, el 15 de Agosto, fiesta de la Asunción, para dar la bendición papal.

El interior de esta Basilica se compone de tres naves divididas por treinta y seis columnas de mármol blanco. La bóveda ha sido dibujada por S. Gallo, y dorada con el primer oro enviado de América por Cristóbal Colón á la corte de España. A la entrada se ven las tumbas de Clemente IX y de Nicolás IV. Todas las capillas son muy ricas, pero en particular la del santísimo Sacramento, construída por orden de Sixto V, sobre dibujo del Fontana. Hay en esta Capilla mármoles preciosos, pinturas y adornos con profusión. El tabernáculo sobre el altar es engastado de piedras preciosas y lo sostienen cuatro ángeles de bronce dorado. Hay también los sepulcros de Sixto V y de San Pío V; el primero obra de Valsado, el segundo de Leonardo de Sarzana. Acaso aún más rica que esta Capilla es la de la Santísima Virgen, erigida por Pablo V, con un altar que tiene cuatro columnas de diaspro oriental, con capiteles y bases de bronce dorado, en alto sobre un fondo de lapislazule está la imagen de la Santísima Virgen, rodeada de piedras preciosas y sostenida también por cuatro ángeles de bronce dorado. El altar mayor de la Basilica se compone de una grande urna de pórfido, cubierta con una mesa de mármol sostenida por cuatro ángeles de bronce dorado. Benito XIV hizo erigir en él un baldaquino dibujado por Fuga, que está apoyado por cuatro columnas de pórfido rodeadas de palmas doradas. La confesión, que está al pie del altar mayor, es de Vespignani, se venera en ella la reliquia de la cuna de Jesucristo y los cuerpos del Apóstol San Matías y de otros Santos. Los frescos son del Podesti. La capilla Sforza que sirve de coro á los Canónigos, fué arquitectada por Miguel-Angel.

En la capilla Patrizi hay un cuadro del Paglia que re-

presenta el sueño de Juan Patricio. A mano izquierda de esta capilla se halla la sacristía que tiene junto el bautisterio, en el cual León XIII ha hecho construir la pila Bautismal al Valadier, que se sirvió para hacerla de una preciosa copa de púrpura que había en el museo Vaticano. Las dos bóvedas han sido pintadas por el Passignani, en el altar, el bajo relieve que representa la Ascensión, es obra del Bernini. Por la puerta cerca de la tribuna, se sale á otra plaza, el obelisco que se ve en ésta es de granito rojo, y tiene de alto sesenta y tres pies. La fachada de la iglesia por esta parte ha sido arquitectada por el Rainaldi, y para bajar á la plaza tiene setenta y tantas escaleras que tienen casi la forma de las del Vaticano, con la diferencia que las del Vaticano son, como ya he dicho, de mármol y granito, y éstas son de piedra blanca, pero bien construídas.

Basilica de San Pablo.—De este hermosísimo templo, encanto y maravilla de cuantos tienen la dicha de verle, ya tengo explicado bastante en otro lado, pero sin hacer su historia, que dice así: La fundación de esta Basilica es atribuída á Constantino el grande, que según la tradición, fué construída en un terreno perteneciente á Lucina, dama romana, en el lugar mismo en donde fué sepultado el cuerpo de San Pablo. Aunque no se puede decir nada de seguro sobre la fecha de esta fundación, no hay duda que fué hacia el año 386. Los emperadores Valentiniano II, Teodosio y Arcadio, comenzaron á reedificarla en proporciones más grandes, dándole la forma Basílica; esta reedificación ha sido acabada en el año 395, por Honorio, como lo indica una inscripción en mosaico que se lee encima del arco de Placidia hacia la nave grande: Theodosius cæpit, perfecit Honorius Aulana.

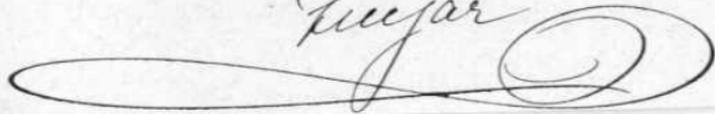
Doctoris Mundi, Sacratum Corpus Pauli.

Este templo ha sido sucesivamente adornado y enriquecido por los varios Papas que ocuparon la silla pontifical, y en particular por León III en el siglo VIII. Pero la desgracia parecía perseguir este edificio, pues que en el año 846 fué saqueado por los moros, dos siglos más tarde,

bajo el reinado del Papa Pascual II, un rayo lo incendió. Ya se habían remediado estos daños, y Pío VII acababa de hacer ejecutar las reparaciones más importantes y de hacer renovar todo el techo, cuando en la noche del 15 al 16 de Julio de 1823, el fuego se manifestó en el techo mismo, que cayó y llevó consigo la mayor parte de la Basílica. Por orden de León XII, ha sido reconstruida por el Poletti y por otros. El campanario es del Poletti. La nave transversal está decorada con veinticuatro pilastras corintias. Los frescos entre las ventanas, son de los mejores artistas de nuestros tiempos, bajo los frescos se ven setenta y cuatro retratos en mosaico de los papas, desde San Pedro hasta San Juan III. El altar papal es el mismo que existía en la iglesia antes del incendio; está decorado de un baldaquino gótico en forma piramidal sostenido por cuatro columnas de orden gótico. Bajo el altar se conservan la mitad de los cuerpos de los Santos Pedro y Pablo, la otra mitad está en San Pedro, las cabezas están en San Juan de Laterano; cuatro columnas de granito oriental sostienen el grandioso baldaquino. Cerca del Evangelio aún se vé el candelabro de mármol blanco de la antigua Basílica. Por una escalera se descende al subterráneo, todo incrustado de mármoles. En el altar se conservan el cuerpo de San Timoteo y las reliquias de otros mártires. En la antigua tribuna, en la cual se hicieron muchas restauraciones, se ven grandes planchas de mármol con los nombres de los Cardenales y de los Obispos que se hallaban presentes á la consagración de la Basílica, y la silla pontificia en mármol blanco con ornamentos dorados. En la bóveda y en la fachada del arco se admiran mosaicos hechos hacia el 1220. Enfrente de la tribuna está el arco de Placidia con dos grandes columnas de granito; en la fachada de éste se ve el antiguo mosaico hecho en el año 440 y que sobrevivió al incendio.

Cuatro capillas están á los lados de la tribuna. La de San Estéban está decorada de mármoles muy hermosos, la estatua del Santo es de Rinaldi, discípulo del Canova, el cuadro á la derecha es de Podesti, el otro es del Coghetti.

Quijar



La segunda es la antigua capilla del Crucifijo, esculpido en madera por el Caballini.

Según la leyenda, este Crucifijo es el que habló á Santa Brigida, reina de Suecia, de la cual se vé la estatua en el nicho á mano izquierda. El nicho á la derecha contiene una estatua en madera de San Pablo que aún conserva los vestigios del incendio. El altar está formado con una muy hermosa urna antigua de granito oriental. La tercera capilla, de San Lorenzo, es el antiguo coro; la construcción de ésta se atribuye al Maderno. El altar está adornado con dos columnas de pórfido, en medio de las cuales se vé un hermoso cuadro que representa el martirio de San Lorenzo. Este cuadro es obra de Francisco Coghetti. Los frescos de la bóveda y los de las paredes han sido pintados por Ghezzi y Fontibuoni, artistas florentinos. La cuarta capilla de San Benito ha sido decorada por el Poletti, en el altar se halla la estatua del santo, esculpida por Feacrani. A una milla de esta Basílica y precisamente en el lugar donde se cree que San Pablo padeciera el martirio, se hallan tres iglesias, de las que daremos una explicación, aunque muy breve.

Entrando por la nave del medio no se puede menos de observar la magnificencia general y la armónica arquitectura de esta preciosa iglesia, con ochenta columnas corintias de granito del Sempión, que la dividen en cinco naves, cuyas bóvedas están ricamente adornadas y que tienen todo su pavimento en mármol. Dos estatuas colosales están cerca de los grados que dividen esta nave de la transversal. El San Pedro es obra del Jacometti, y el San Pablo ha sido modelado por el Revelli y ejecutado por su discípulo Doppieri. Esta nave está decorada de muy hermosos frescos que representan la vida de San Pablo. Junto á la Basílica hay un claustro del siglo XIII que contiene muchas rarezas de arquitectura antigua. Hay entre otras una urna del siglo XIII con bajo relieves de Mediocre, trabajo que representa la infidelidad y el suplicio de Marcia, la apoteosis de un poeta trágico, y genios embarcados sobre buques que entran en puerto, símbolo de la otra vida.

En esta iglesia de San Pablo que estamos narrando y en la nave principal, que es una maravilla admirable, tanto por sus grandes dimensiones como por su riquísimo pavimento de hermosísimos mármoles, y sus cuatro órdenes de columnas, es donde se hallan colocados en el cornisón todos los Papas que ha habido, doscientos sesenta y tres, desde San Pedro hasta nuestro Santo Padre León XIII inclusive, siendo la admiración de cuantos tienen la dicha de entrar en aquel riquísimo templo, por su magnificencia y orden con que están grabados en oro, como ya en otra parte tengo dicho.

Iglesia de San Pablo de las tres fuentes, que antes hemos dicho, es dibujo Della Porta, refabricada en el año de 1590. Dicen que brotaron tres fuentes en tres puntos tocados por la cabeza del santo cuando fué decapitado.

Existe también la columna á la cual el santo fué atado antes del martirio. Enfrente de ésta se eleva la iglesia de los Santos Vicente y Anastasio, que ha sido fabricada por Honorio I en el año 624, restaurada en el 772 por Adrian I, y renovada por San León III. Es de arquitectura gótica, con tres naves divididas por pilastras, encima de las cuales hay frescos hechos sobre dibujos de Rafael que representan los doce Apóstoles.

La tercera es la de Santa María Scala Clœi.—Fabricada sobre las Catacumbas de San Cenón, y reedificada por el Vignola el año 1582. El mosaico de la tribuna, obra del artista florentino Zuca, sobre dibujo de Vecchi, es considerado como uno de los mejores de los tiempos modernos.

San Andrés Delle Fratte.—Esta iglesia fué construida bajo el pontificado de León X por el arquitecto Juan Guerra. La fachada es de Pascual Belli y se hizo el año 1826 en ejecución de un legado dejado por el cardenal Consalvi. El interior se compone de una sola nave. El cuadro á mano derecha del altar mayor es del Trevisani. El Bernini ha construido y esculpido los dos ángeles que se ven á los lados de la balaustrada. La estatua que representa á Santa Aná moribunda es del Paccetti. La Inmaculada es del Carta. El

campanario es obra del Borromini. Los frescos de la cúpula y los de la bóveda de la tribuna son del Marini.

San Andrés del Valle.—Esta iglesia toma su nombre del Palacio Valle que hay cerca. La comenzó en el año 1521 el Padre Olivieri y la acabó el Maderno.

La fachada con dos órdenes de columnas, es de Ramaldi; el Guidi, el Ferrata y el Fancelli, esculpieron las estatuas. La primera capilla está llena de mármoles, y adornada con ocho columnas de verde antiguo; el bajo relieve que representa la Sacra familia es obra del Raggi, los dos monumentos del cardenal Ginneti, son del Raggi y del Rondini. La capilla Strozzi fué arquitectada por Miguel-Angel; está decorada de doce columnas y de cuatro sepulcros en mármol.

Se vé encima del altar un cuadro que representa á San Andrés Avelino, pintado por el Lanfranco, del cual son también las pinturas de la cúpula. Los cuatro Evangelistas en el interior de la cúpula y las pinturas de la bóveda en la tribuna que representan seis virtudes y algunos hechos de la vida de San Andrés Apóstol son del Domenichino. Matia Preti, dicho el Calabrese, pintó los grandes frescos que hay en la pared de la misma tribuna. Carlos Cignani y el Taruffi colocaron los frescos menores. La capilla Barberini tiene el cuadro del altar y otras pinturas del Passignani; las estatuas son del Mochi, del Bernini, de Buonvicini y de Stali.

En donde ahora está esta iglesia se hallaba una parte del teatro de Pompeyo que ocupaba todo el espacio comprendido entre el palacio Pío á Campo de Fiori, y las calles del Chiavari y del Ginbbonari.

San Andrés del Quirinal.—En el año de 1678 Camilo Canaphili, sobrino del Papa Inocencio X, hizo construir esta iglesia por el Bernini, para noviciado de los jesuitas. La fachada está adornada con un pórtico semicircular, sostenido de dos columnas jónicas de un efecto magnífico. La iglesia está decorada por dentro de pinturas y hermosos mármoles, es propiamente una rotonda. En el altar mayor se vé un cuadro de Guillermo Courtous que representa la Crucifixión de San Andrés. En una urna se conserva el cuerpo de San

Estanislao, y cerca del altar mayor está sepultado Carlos-Manuel IV, rey de Cerdeña, que abdicó en el año de 1802 y se hizo jesuita.

San Antonio de los Portugueses. —Esta iglesia pertenece á la nación portuguesa. Ha sido reedificada á principios del siglo XIII á expensas de la misma nación. El interior es de forma de cruz latina, está adornada con profusión de mármoles de varios colores y de ricos estucos dorados.

Iglesia de San Apolinar, en la plaza del mismo nombre. —Esta iglesia ha sido reconstruída por el Fuga por orden de Benito XIV, en ella se vé un cuadro atribuido al Perugino y una estatua de Le-Gros. La bóveda fué pintada por el padre Pozzi. El altar mayor adornado de mármoles muy hermosos ha sido construído á expensas de Benito XIV. El cuadro que representa la consagración del santo obispo de Rávena, titular de la Iglesia, es obra de Genari.

Iglesia de los Santos Apóstoles. —La fecha de la construcción de ésta se hace remontar á la época de Constantino.

El Fontana dió el dibujo para la reedificación; el pórtico ha sido hecho por orden de Sixto IV. El Valadier hizo la parte superior de la fachada. Bajo del pórtico que ha sido dañado por un reciente incendio, se vé un águila en bajo relieve y enfrente la estatua del grabador Volpato, obra del Canova. Las columnas son de orden corintio, en la bóveda, Baccicio pintó un triunfo de la orden de San Francisco. En la segunda capilla á la derecha se vé un cuadro de Francisco Cohetti y dos estatuas, una del Morano y otra del Roversi. En la capilla de San Antonio el cuadro del altar es de B. Suti, el cuadro del altar mayor es de Muratori. La tumba del cardenal Riario ha sido dibujada por el Buonarroti.

La tumba de Clemente XIV es obra del Canova. El monumento de Lucrecia Rospigliosi es del Lodovisi; del Pozzi son los de Felipe Colonna y su esposa. En el claustro se ven algunos monumentos, entre otros el cenotafio en recuerdo de que Miguel-Angel ha sido sepultado en este lugar.

Iglesia de San Agustín, en la plaza del mismo nombre. —El arquitecto Pintilli la fundó en el año 1480, y el Vanvi-

telli la restauró. Ha sido restaurada otra vez en el año 1856. El interior tiene tres naves con doce pilastras. Los hermosos frescos hechos por Gagliardi, en la última restauración, forman su principal adorno. Se vé la hermosísima estatua á la derecha de la entrada, que representa á la Santísima Virgen con el niño, esculpida por el Sansovino. Sobre la tercera pilastra á la izquierda, se vé el célebre fresco de Rafael, que representa á Isaías, el cual fué encomiado por el mismo Miguel-Angel. Al fin de la nave á la derecha, está la capilla de San Agustín, en la cual se admira un hermoso cuadro del Guercino, que representa á este Santo, á San Juan Bautista y á San Pablo Eremita; los dos cuadros laterales son de la escuela del Guercino. El monumento del Cardenal Renato Imperiali ha sido dibujado por Pablo Posi, las estatuas fueron esculpidas por Bracci, y un retrato en mosaico es de Pedro Cristófani. El altar mayor erigido con dibujo de Bernini, está adornado con hermosas columnas y con mármoles escogidos. La imagen de la Virgen Santísima que está sobre él, es una de aquellas traídas por los griegos de Constantinopla.

Saliendo del coro se halla la capilla de Santa Mónica, madre de San Agustín, adornada muy elegantemente, y en la cual en una urna de verde antiguo se conserva el cuerpo de la santa. Viene después la rica capilla de Santo Tomás de Villanueva, del cual hay una estatua bosquejada por Cafa, y acabada por Ferrata. El monumento del Cardenal Lorenzo Imperiali es de Guidi. Por las dos puertas bajo de él se entra en la capilla de los santos Agustín y Guillerma, toda pintada por el Lanfranco. Entrando otra vez por la nave lateral, observaremos en la penúltima capilla decorada por el Bernini, el grupo de Santa Ana con la virgen y el niño Jesús, obra de Andrés Contucci de San Sabino. La Virgen de Loreto es de Caravaggio. Nuestra Señora de la Rosa, es una copia de un cuadro de Rafael. El Salvador que entrega las llaves á San Pedro, es de Cotignola. En la quinta capilla San Felipe Neri, en su vida, pasaba largo tiempo en oración delante del Crucifijo.

San Bernardo.—En el año 1598, la condesa Catalina Sforza, hizo transformar en iglesia uno de los cuatro Caldarium que ocupaban los ángulos de las termas de Diocleciano. Esta iglesia, bastante deteriorada por el tiempo, ha sido enteramente restaurada por orden de Pío IX. Hay de notable á la derecha, las estatuas de San Agustín y de Santa Mónica. El altar de San Bernardo y de Santa Catalina, las estatuas de Santa Maria Magdalena, de San Francisco de Asis, el altar de San Francisco y el altar mayor. A la izquierda las estatuas de San Bernardo y de Santa Catalina, el altar de San Roberto, las estatuas de Santa Escolástica, de San Jerónimo, y el hermoso monumento erigido á la memoria del escultor Carlos Finelli, obra de Rinaldi.

Capuchinos ó Santa Maria de la Concepción.—Esta iglesia fué edificada por el Cardenal Barberini sobre dibujo del Casoni. Aquí se deben observar un San Pablo, del Padre Cortona, la Natividad del Salvador, de Lanfranco, la Santísima Virgen, San Buenaventura y San Antonio que resucitan á un muerto, cuadros de Sancchi, San Miguel Arcangel, uno de los mejores cuadros de Guido Reni, y en la capilla tercera hay dos cuadros del Domenichino, que representan uno á San Francisco de Asis en éxtasis, y el otro al mismo Santo en el acto de morir. La coronación de espinas es de Gerardo Dellnotti. En la sacristía se ve un Ecce-Homo y un San Jerónimo, de Muzzone.

San Carlos á Calinari.—Esta iglesia se fabricó en el año 1612 por orden del Cardenal Leni, sobre dibujos de Rosati y de Macerata. La fachada es de B. Soria. En el año de 1861 ha sido restaurada por el Vespagnani. En la primera capilla, á la derecha, se vé el cuadro de la Anunciación, del Lanfranco. Cuatro columnas de pórfido y un cuadro del P. Cortona adornan el altar mayor; el cuadro del P. Cortona representa la procesión de San Carlos Borromeo durante la peste en Milán. A mano izquierda se vé la obra maestra de Andrés Sachi, que representa la muerte de Santa Ana. El Calabrese y su hermano hicieron los frescos sobre las dos puertas inferiores, que representan hechos

de la vida de San Carlos Borromeo. El Cogletti hizo los de la puerta principal. El retrato de San Carlos que se vé en el coro es de Guido Reni. Esta iglesia tiene una magnífica cúpula, adornada de los célebres frescos de Domenichino, que representan las cuatro virtudes.

La iglesia de San Carlos al Corso fué reedificada cerca de la mitad del siglo XIV por el arquitecto Olegario Lungghi, que no pudo acabarla. Le sucedió en la obra Pedro de Cortona, el cual hizo también la cúpula. La iglesia se divide en tres naves, con pilastras de orden corintio, y está adornada de estucos y mármoles muy apreciables.

Hay una estatua de David, obra del Pacilli, otra que representa la hermosa Judit es también del Pacilli. La Santísima Virgen que presenta San Carlos al Salvador, es una de las mejores obras de Maratta.

Cerca de la segunda pilastra á mano izquierda, está sepultado Alejandro Verri, el ilustre autor de las noches Romanas.

La iglesia de Santa Cecilia, en Trastévere, se cree fundada por Urbano I el 230. El último restauro ha sido ejecutada por el arquitecto Salvi el año 1823, que juzgó necesario cubrir de materia las veinticuatro columnas de granito para convertirlas en pilastras. El interior es de tres naves, á los lados de la entrada hay dos tumbas antiguas. Por la nave de la derecha se entra en una galería, con paisajes del padre Brill, y después en la capilla de Santa Cecilia en donde se vé un cuadro de la escuela de Guido Reni que representa el martirio de la santa.

En el primer altar hay un San Andrés pintado por Baglioni. De allí se pasa á la capilla de las reliquias, después está el altar de la Magdalena con un cuadro pintado por el Baglioni.

Encima del altar á lo último de la nave, hay una Virgen, en un bajo relieve del siglo XV, y á un lado se vé la aparición de Santa Cecilia á Pascual I, y el cuerpo de la santa colocado en la urna, pinturas y frescos del siglo XI. El altar mayor está sobre un baldaquino gótico apoyado en cuatro columnas muy hermosas de mármol blanco y negro. Bajo

del altar está la tumba de la santa adornada de mármoles y piedras preciosas. La estatua de la santa es obra de Estéban Maderno. En la tribuna se vé un cuadro con el martirio de la misma Virgen, de la escuela de Guido Reni, y un mosaico del siglo XI. El cuadro de los Santos Pedro y Pablo encima del altar, al final de la otra nave, es del Baglioni.

San Clemente.—Esta iglesia es una de las más antiguas de Roma y que aún conserva la antigua forma de las iglesias cristianas de los primeros tiempos. Se halla en la vía que del coliseo conduce á San Juan de Letrán. Ha sido fabricada en el mismo lugar donde estaba la casa de San Clemente I, tercer Papa después de San Pedro.

Las excavaciones hechas en el año 1357 hicieron descubrir la primera iglesia que se hallaba debajo de la actual.

El interior se divide en tres naves, con columnas y mármoles diferentes porque pertenecen á fábricas antiguas.

En la nave del medio se vé una cerca que en los primeros tiempos servía de coro, con los púlpitos donde se leían los Evangelios, las Epístolas y los decretos papales, etc., etcétera. En el santuario, en donde está el altar de la confesión se halla la urna que encierra las cenizas de San Clemente Papa y de San Ignacio, obispo de Antioquía. La silla episcopal está adornada con una pintura del siglo XIV. Encima del altar de la capilla al fin de la nave, hay una estatua de San Juan Bautista que se cree de Donatello. En la misma capilla hay dos mausoleos del siglo XIV. La capilla de la Pasión está adornada de mosaicos y de frescos del Masaccio.

Para ver la capilla subterránea es menester dirigirse á la sacristía.

Esta iglesia ofrece el plano de las antiguas basílicas. En ella se ven frescos de los siglos VIII, X y XI.

La iglesia de *San Crisógono.*—Ha sido edificada por Constantino. El baldaquino del altar mayor está sostenido por cuatro columnas de alabastro muy raro; el arco de la tribuna lo sostienen dos hermosas columnas de pórfido. Las veinte y dos columnas son de granito. La grande bóveda

tiene en el medio una copia de un hermoso cuadro de Guercino que representa el triunfo de San Crisógono, cuyo original está en Inglaterra en la galería del Duque Sutherland. La Virgen que se vé en la bóveda encima del altar mayor es del Arpino. En esta iglesia está el cuerpo de la venerable hermana Ana Faigi. Es menester observar el pavimento de esta iglesia, porque es de un género llamado alejandrino que pertenece á la edad media y se conserva muy bien.

Santo Domingo y San Sixto.—Esta iglesia fué erigida por San Pio V y refabricada por Urbano VIII, sobre los dibujos de Vicente de la Greca.

La iglesia de San Estéban Redondo.—Se cree que fué un templo dedicado á Baco, á Fauno y á Claudio, y hay también quien llega á suponer que fuera un lugar de construcción de efectos militares; cincuenta y seis columnas de diferentes órdenes la sostienen. Encima de las paredes hay frescos del Pomarancio y del Tempesta que representan el martirio de varios santos.

El interior recuerda la magnificencia de los edificios de la Roma antigua. El Papa San Simplicio en el siglo V, convirtió este edificio en iglesia, dedicándola á San Estéban.

Santa Francisca Romana ó Santa María nueva.—Esta iglesia cuyo origen se hace remontar al siglo VII, porque dicen que San Silvestre la hizo edificar en el lugar donde los Santos Apóstoles Pedro y Pablo hicieron oración para obtener de Dios que quedara confundida la impostura de Simón Mago, se halla cerca del templo de la Paz. Ha sido fabricada el año 860 por orden de Nicolás I, reedificada después, por un incendio ocurrido, el año 1210, bajo Honorio III, y restaurada por último, por Pablo V el año 1615, por Lombardi, que elevó la fachada actual.

El interior de la iglesia está decorado de una hermosa bóveda entallada, y las capillas laterales están adornadas con preciosos cuadros.

Por una doble escalera se sube al presbiterio. Entre las dos escaleras se vé la tumba de Santa Francisca, matrona romana; muy rica en buenos metales, piedras preciosas y

columnas de diaspro. La tribuna está adornada de mosaicos antiguos del tiempo de Nicolás I. Entre las tumbas que hay en esta iglesia, la más digna de observarse es la del papa Gregorio XI, que volvió la silla pontificia de Avinon á Roma. En el presbiterio, á la derecha, se conserva una piedra encajada en el muro que es aquella en donde los Santos Apóstoles Pedro y Pablo se pusieron de rodillas para hacer la oración de que antes hemos hablado. También es digno de verse y de observar el ábside occidental bien conservado del templo de Venus y Roma, que está en un corral, detras de la iglesia.

San Francisco Agripa.—Antiguamente esta iglesia pertenecía á los frailes de San Benito, bajo el título de San Blás. en el año de 1229, fué refabricada y concedida á los padres de la orden de San Francisco de Asis. El interior es de una sola nave. Esta iglesia tiene en la capilla Altieri, un cuadro del Baciccio y una estatua del Bernini. La Anunciación es del Sabirati. En el convento se vé el cuarto que habitó San Francisco, de quien se conservan algunas reliquias.

San Gregorio.—Ha sido reconstruída esta iglesia en el año 1734, sobre dibujo de Francisco Ferrari, se divide el interior en tres naves con once columnas antiguas, casi todas de granito. El altar de la capilla de San Gregorio está adornado con hermosas esculturas del siglo XV, y con un notable cuadro de Andrés Sacchi; en la grada hay una magnífica pintura del Signorelli. A la derecha de esta capilla existe un cuarto que dicen fué habitado por San Gregorio. Allí se ve la piedra sobre la cual el Santo dormía, que lleva esta inscripción: Nocte. Dieque. Vigil. Longo. Hic. Defessa. Labore. Gregorius. Modica. Membra. Quiete. Levat; que quiere decir en castellano ó español; Gregorio aliviaba aquí con un breve reposo sus miembros cansados por las vigiliass y por el trabajo de día y de noche. A la izquierda está su silla en mármol y enfrente una caja que contiene sus reliquias.

Saliendo de la iglesia, por una puerta bajo el pórtico á

la derecha, se va á otras tres capillas separadas. Los frescos de la bóveda de la primera son de Guido Reni. En la segunda los frescos de la izquierda son del mismo Reni. Los de la derecha son de Domenichino. En la tercera hay una estatua de San Gregorio, bosquejada por Miguel-Angel, y acabada por su discípulo Cordieri.

San Ignacio.—Esta iglesia ha sido comenzada por el Cardenal Luis Ludovisi, sobrino de Gregorio XV, después de la canonización de San Ignacio, que puso allí la primera piedra el año 1626, en el lugar mismo donde había una capilla dedicada á la Anunciación, y fué terminada después de la muerte del mismo Cardenal con el legado de doscientos mil duros que dejó para el efecto. El Domenichino dió dos dibujos diferentes, de los cuales el padre Jesuita Grassi hizo uno solo. La grande fachada es de dibujo del Algardi, y el interior se divide en tres naves sostenidas de gruesas pilastras corintias. El padre Jesuita Pozzi, práctico en pintura y arquitectura, pintó la bóveda. La primera capilla en la nave lateral á la derecha es dedicada á San Estanislao de Kosca, y tiene un cuadro pintado por Pozzi. En la segunda capilla dedicada á San José, el cuadro que representa la muerte del Santo es del Trevisani. El cuadro de la tercera capilla dedicada á San Joaquin, es de Pozzi, que pintó también la bóveda. La grande capilla en el crucero, ha sido edificada á San Luis Gonzaga. Rico de mármoles y metales, el altar sobre el cual hay un grande bajo relieve que representa al Santo en gloria, escultura de Pedro Le-Gros, que modeló también los ángeles que están encima. Bajo del altar hay una urna en lapislazuli, en donde se conserva el cuerpo del Santo.

En la quinta capilla, al final de la nave, se eleva la magnífica tumba de Gregorio XIV, obra de Le-Gros. Debajo se halla el magnífico monumento funerario del cardenal Ludovisi, sobrino de este Papa.

El altar mayor ha sido dibujado por el Pozzi. En la sexta capilla que se halla al terminar la nave lateral de la izquierda, se vé una estatua colosal en yeso que representa á San

Ignacio; es la que sirvió de modelo para la estatua que está en la Basílica de San Pedro. En los nichos están las estatuas de la Fe, la Esperanza, la Caridad y la Religión.

La séptima es la dedicada á la Santísima Virgen, adornada con grande bajo relieve dibujado por el Padre Pozzi y ejecutado por Valle, y representa la Anunciación.

La octava capilla está dedicada al Señor crucificado.

La novena dedicada á los Santos Ignacio y Francisco Javier, y tiene un cuadro de Latri.

En la décima y última que es dedicada á San Gregorio, hay un cuadro del mismo Latri.

La Iglesia de Jesús.—Pertenece á los padres Jesuitas, fué comenzada en el año 1575 por el Vignola, y fué acabada por Jago della Porta, de quien son también la cúpula y la fachada. El interior es rico en estucos, pinturas y esculturas. La capilla al final del lado derecha de la cruz, ha sido dibujada por Pedro de Cortona, está adornada de mármoles preciosos, y con un cuadro de Maratta que representa la muerte de San Francisco Javier. El altar mayor arquitectado por della Porta, ha sido restaurado y enriquecido de preciosos mármoles en el 1842, siendo el cuadro de Capatti.

A mano izquierda del altar mayor está la tumba del cardenal Bellarnino, cuyo busto es del Bernini. Los frescos de la bóveda de la tribuna, de la grande cúpula y de la grande bóveda de la iglesia son las mejores obras del Baciccio. La capilla de San Ignacio, en el brazo izquierdo de la cruz, es una de las más suntuosas de Roma. Hay cuatro columnas incrustadas de lapislazuli y con ricos ornamentos, bases y capiteles de bronce dorado. El grupo que representa la Santísima Trinidad es obra de Ludovisi; Lorenzo Ottone hizo la figura del Redentor. El globo sostenido por los ángeles es el pedazo más grueso y más hermoso de lapislazuli que se ha visto. Bajo del altar, en una urna adornada con bajo relieves y de piedras preciosas se conserva el cuerpo del santo, las pinturas de la bóveda de esta capilla son también del Baciccio y son notables por la armonía, por la perspectiva y por la audacia de la composición. La estatua del santo tiene

de alta dos metros noventa centímetros y es de plata sobredorada, los vestidos sacerdotales que lleva están cubiertos de piedras preciosas de diferentes colores.

A la derecha de la iglesia estaba la casa profesa de los Jesuitas, en donde se vé el cuarto que habitaba San Ignacio.

San José Dei Falegnani.—Es la misma descripción que la carcel Mamertina, que se hará cuando lleguemos á ella.

Iglesia de Santa Inés, en la plaza Agonale.—Ya queda hecha su descripción en otro lado.

La iglesia de Santa Inés fuera de los muros.—Esta se halla á una milla y media de la puerta Pía, ha sido elevada por el emperador Constantino en el lugar donde se encontró el cuerpo de esta santa, tiene tres naves, las columnas son de buen mármol muy fino, cuatro columnas de pórvido sostienen el baldaquino del altar mayor, bajo el cual se conserva el cuerpo de la santa. Lo que está en bronce dorado es obra de Franciolini, la estatua es formada de un pedazo de alabastro oriental que formaba el tronco de otra estatua. El mosaico de la tribuna es de los tiempos de Honorio I, es decir, de uno de los años que pasaron desde el 625 hasta el 837. Este hermoso edificio ha sido restaurado el año 1856, después de la ruina de la escalera, acontecida el día 12 de Abril de 1855, mientras se hacía la sacra función á presencia de Su Santidad Pío IX. Las pinturas, frescos que se añadieron en esta iglesia son del Tonietti.

La iglesia de San Juan de los florentinos.—Es dibujo de Jago della Porta. La fachada es dibujo de Galilei, y ha sido elevada por Clemente XII. El cuadro de San Vicente Ferrer en la capilla primera de la derecha, es atribuído al Pasignani. En la segunda, el San Felipe Benizi es de la escuela florentina. En la tercera, el San Jerónimo es de Santi de Tito.

Los frescos son: uno de Pasignani, y otro, San Jerónimo escribiendo, del Cigoli. En el crucero el altar tiene un hermoso cuadro de Salvador Rosa, que representa los Santos Cosme y Damián condenados á la hoguera. El altar mayor es dibujo del padre Cortona; el Raggi esculpió el grupo que re-

presenta el bautismo de Jesús. A los lados se ven dos monumentos, la Caridad, de Domingo Guidi, y la Fe, de Ferrata. Las pinturas de la capilla del Crucifijo son de Lanfranco. Prosiguiendo en la nave en la primera capilla el San Francisco, de Santi de Tito y otras pinturas del Pomarancio. En la segunda hay un San Antonio Abad, del Campelli. La bóveda ha sido pintada en fresco por el Tempesta.

La iglesia de los santos Lorenzo y Dámaso, ha sido construída en el año 1495.—El dibujo es del Bramante. El Valadier la restauró en el 1820. La puerta principal es del Vignola. La estatua de San Carlos Borromeo, en la sacristía, es obra del Maderno; en la capilla pequeña se observa una hermosa pintura sobre madera, del Pomarancio, que representa la Santísima Virgen María entre los Ángeles.

En esta iglesia hay dos monumentos sepulcrales, el del Conde Rossi, ministro del interior del estado pontificio, asesinado el 15 de Noviembre de 1840, obra del Tenerani, y el de Anibal, célebre poeta del siglo XV, esculpido por Dosio.

La iglesia de San Lorenzo en Lucina.—Existe desde el siglo V. Hay de admirar en ella el bautisterio y un magnífico crucifijo del Reni, colocado en el altar mayor.

La donación particular de esta iglesia, parece provenir de su cercanía al antiguo Testamento (ó Terento) en donde según Zesino se sacrificaba á los dioses Lucini.

Las pinturas de la bóveda y los frescos de las paredes son de Roberto Bompiani que hizo estos trabajos el año 1858, cuando se restauró por segunda y última vez la iglesia.

Cerca de la segunda capilla á la derecha, se vé el monumento del pintor Nicolás Poussin, que Chateaubriand hizo elevar cuando estaba de embajador de Francia en Roma. Pablo Lemoine compuso el dibujo y esculpió el busto; el bajo relieve representa la invención de la tumba de Safo en Arcadio, objeto tratado por el Poussin en uno de sus cuadros.

La iglesia de San Luis de los franceses.—Ha sido construída en el año 1589, con dibujo Della Porta. La fachada

está decorada con cuatro estatuas de Lestache. Pilastras jónicas cubiertas de jaspe sostienen las tres naves. Algunas de las pinturas de la bóveda son del Notoire. El San Juan Evangelista de la primera capilla es del Naldini; y los frescos que representan la historia de Santa Cecilia son del Dominichino. El altar de la segunda capilla tiene un cuadro de Guido Reni, copia de una obra de Rafael. La estatua de Luisa Guillermin es del Gumery. En la tercera capilla se ve la Asunción, la cual se enumera entre las mejores pinturas del Bassano. En la capilla de San Mateo existen cuadros del Carabaggio, siendo los frescos de Arpino, el San Nicolás es del Muciano. El monumento del Cardenal de Bernis es de Labaureur. Sobre el monumento de la señora de Montmorin, se lee una inscripción de Chateaubriand. El monumento de Claudio Gelcé, dicho el Lorena, es del Lemoine.

La iglesia de San Marcelo (en el corso).—Ha sido reconstruída en el año 1519, por Yago Sansovino. En la tercera capilla á mano derecha, hay un mausuleo de Monseñor Grifoni, la estatua es atribuida á Miguel-Angel. Aquí pintaron Pierin del Vega y Daniel de Volterra. El cuerpo de San Marcelo y de otros Santos, se conservan en una urna de basalto, bajo el altar mayor. Cerca de la puerta se venera Nuestra Señora Milagrosa, conocida bajo el nombre de Madonna del parto.

Iglesia de San Marcos.—La fecha de su fundación se remonta al siglo III, pero ha sido varias veces restaurada. Julio de Mayano la reedificó en el año 1468. Palma el joven es el autor del cuadro que se halla en la primera capilla á la derecha, el de la tercera es de Maratta. Los de los lados son del Bolgognone, que es también autor de los dos que se ven en la tribuna del altar mayor. Los restos de los santos mártires persas Abdón y Sennen, se conservan bajo el altar llamado papal. Hay también el cuerpo del santo titular que se conserva en una urna de granito gris.

La iglesia de Santa Maria de los Angeles.—Ha sido construída sobre dibujo de Miguel-Angel, que se sirvió de

Sala de las termas Dioclecianas. El Buonarrotti le ha dado la forma de cruz griega y elevado el nivel del pavimento para que la iglesia no recibiera daño de la humedad, con lo que ocho columnas de granito quedaron enterradas. Vanvitelli ha restaurado esta iglesia el año 1840. Dos ilustres pintores están sepultados allí, Salvador Rosa y Carlos Maratta.

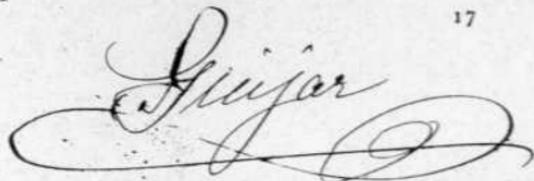
En la capilla que se halla de frente, hay un cuadro que representa á San Pedro en el acto de recibir las llaves de Jesús, es del Muciano. El primer cuadro á la derecha es de Ricciolini.

En la capilla del beato Nicolás Albergati hay un cuadro de Praciani; las pinturas laterales son del Trevisani. Hay también un cuadro que representa á San Jerónimo, y de otros santos, obra de Muciano. Cerca del altar mayor hay dos monumentos dibujados por el Buonarrotti que representan, uno al Papa Pío IV, y el otro al Cardenal Servillone. A los ángulos de la tribuna se hallan cuatro grandes cuadros: el primero representa la Presentación en el templo, y es de Romanelli; el segundo (fresco) representa el mártirio de San Sebastián, y es obra del Domenichino; de Maratta es el que representa el Bautismo de Nuestro Señor, y de Pomarancio el último que representa el castigo de Ananías y de Zaffire. A la iglesia está unido un monasterio, del cual el arquitecto ha sido Miguel-Angel. Este monasterio está formado por un pórtico cuadrado sostenido por cien columnas de piedra llamada travertino.

Santa María in Aracoeli.—Esta iglesia se remonta á los tiempos más antiguos. De la parte de la plaza del mismo nombre se sube á esta iglesia por una larga escalera de ciento veintidós escalones de mármol blanco. Ha sido fabricada en el mismo lugar donde estaba el templo de Júpiter Capitolino.

La fachada de ladrillo, ha sido adornada de mosaicos.

El interior está adornado con veintidós columnas antiguas que dividen la iglesia en tres naves. Algunos historiadores pretenden que estas columnas pertenecieron al famoso



templo de Júpiter Capitolino, pero la tercera á la izquierda lleva esta inscripción: «A cubiculo Augustorum», lo que indica que procede del palacio de los Césares. En la primera capilla hay frescos del Pinturicchio.

En la sacristía hay un magnífico cuadro que se atribuye á Julio Romano. En ella se vé el Santísimo Bambino, que es el tesoro más rico y precioso de esta iglesia, pues todo su vestido de arriba abajo está compuesto de costosisima perdrería, ricos rubís y diamantes.

Las estatuas de los Papas que se ven en la iglesia, han sido últimamente tomadas de la sala de los conservadores, del palacio del Capitolio, en donde tiene sus sesiones el Ayuntamiento.

Santa María en Aquiro.—La arquitectura de esta iglesia es de Francisco de Volterra; la fachada erigida en el año 1774 es dibujo de Camporese; por el hospicio de los huérfanos que Pablo III le añadió, la iglesia tomó también el nombre degli Orfanelli. Ha sido restaurada en el año 1867 por el arquitecto Morichini. El Mariani ejecutó los magníficos frescos. El Carimini hizo las decoraciones del ábside y del altar mayor.

Santa María en Campitelli.—Esta iglesia, que se halla en la plaza del mismo nombre, fué construída el año 1658, sobre dibujo de Rainaldi, bajo el pontificado de Alejandro VIII, para colocar dignamente una imagen milagrosa de la Santísima Virgen, á la cual se atribuyó la cesación de la peste el año 1656.

Está adornada de veintidós columnas. El tabernáculo encima del altar mayor, encierra la imagen de que hemos hablado. El cuadro de la capilla de Santa Ana es de Lucas Giordano.

La iglesia de Santa María en Domingo.—Se halla en la plaza de la Navecilla, así llamada por un pequeño navío en mármol que hizo colocar delante de la iglesia León X. Rafael hizo el dibujo, sobre el cual esta iglesia ha sido renovada.

La iglesia de Santa María sobre Minerva.—Construída sobre el suelo ocupado por el templo dedicado á Minerva.

Es de arquitectura gótica. El San Luis Beltran de la primera capilla es del Baciccio. En la cuarta capilla el cuadro del altar, de Gazzoli, la estatua de Urbano VII es del Buonvicino, la Cena, en la capilla Aldobrandini, es de Baroccio. En la capilla grande dedicada á Santo Tomás de Aquino, hay un cuadro de Felipe Lippi, las silabas y los ángeles de la bóveda, son obra de Rafaelino del Garbo. Los mosaicos del monumento de Guillermo Durante, son de Juan, hijo de Cosme Cosmati. En la capilla Altieri, el cuadro encima del altar es del Maratta; la luneta ha sido pintada por el Baciccio. Las pinturas en la bóveda de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, son de Venusti. El altar mayor ha sido renovado por Fontana, Francisco Ceccarini lo ejecutó en metal dorado al sistema galvano-plástico. Bajo el mismo se conserva el cuerpo de Santa Catalina de Sena. La estatua en mármol del Salvador, es de Miguel-Angel. La del Precursor, es obra del Obici. En la tribuna se vé á mano izquierda, el monumento de León X, cuya estatua ha sido esculpida por Rafael de Montelupo. A mano derecha se vé el monumento de Clemente VII, cuya estatua es obra del Baccio Bigio, ambos son del Baccio Pintelli.

En el pasillo que conduce á la puerta hay varios monumentos: el del Cardenal Alejandrino, Della Porta; el del Cardenal Pimentel, dibujado por el Bernini; el del Cardenal Bonelli encima de la puerta de Rainaldi; dos monumentos del siglo XIV, etc., etc. Allí está sepultado el célebre pintor Angelico. La primera capilla que se encuentra en la nave lateral tiene encima del altar, un cuadro del Procaccini. En la segunda hay un hermoso monumento del Tenerani. La estatua de San Sebastián que se vé en la cuarta capilla es de Mino de Fiésole.

Hay también el monumento Piggiani, del Jacometti.

Después de la última capilla se ven dos tumbas colocadas una sobre otra, la de arriba del Cardenal Tebaldi, es obra de Andrés Verroccio, la otra de Francisco Tornabuoni, es trabajo de Mino de Fiesole.

Iglesia de Santa María de Monserrat, propiedad de la

nación española. El dibujo es de Antonio de Sangallo, ha sido erigida en el año 1495. La fachada es obra de Francisco de Volterra.

Después de haber sido abandonada la otra iglesia de la nación española en el circo Agonal, consagrada á Santiago, fué la primera renovada bajo la dirección del arquitecto Pedro Camporese, y enriquecida con apreciables pinturas, con algunos monumentos sepulcrales y con objetos de arte que estaban en dicha iglesia de Santiago.

Encima del primer altar se vé el San Diego, del Caracci.

En el tercer altar hay un cuadro del Veneciano. El crucifijo con la Virgen y San Juan que está en el altar mayor es obra de Jerónimo Sicciolante y de Sermoneta. La estatua de Santiago es del Sausovino. En la capilla siguiente los frescos son de Ricci de Novara. Las dos cabezas que se ven en la sacristía son del Bernini. Junto á la iglesia fué erigido en el año de 1350 un hospital para los nacionales de los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña.

La iglesia de Santa Maria del Pueblo.—Fué construída en el siglo XI, y después muchas veces restaurada. El interior es de tres naves. Los dibujos de los mosaicos de la cúpula y las pinturas del adorno, han sido hechos por Rafael. El cuadro del altar fué comenzado por Sebastián del Piombo, y terminado por Francisco Salviatti. Los frescos de las lunetas en la primera capilla, el cuadro del altar y la Natividad de Jesús, son obras del Pinturicchio. En la capilla de la familia Cibo, adornada de dieciseis columnas de jaspe de Sicilia, hay una hermosa Concepción, cuadro del Maratta. La tercera capilla ha sido pintada por el Pinturicchio. La cuarta está adornada de un bajo relieve del siglo XVI. Son también del Pinturicchio las pinturas de la bóveda del coro. En la quinta hay una preciosa Asunción del Caraccio. El Bernini es autor de las estatuas de Daniel y de Habacuc. Lorenzetto esculpió las estatuas de Elías y Jonatás. Digno es de visitarse el vestibulo y la sacristía. Sobre el suelo ocupado por esta iglesia estaba antiguamente el sepulcro de los Domicios, donde fué sepultado Nerón.

Los bajo relieves de estuco dorado representan la historia del sepulcro de Nerón, y de la capilla hecha por Pascual II. La cúpula es la primera construida en Roma. Están en esta iglesia sepultados el ilustre letrado Hermolao Barbaro, el Albertoni, y otros muchos.

En la sacristía hay también un monumento muy apreciable.

Iglesia de Santa María de la Escalera.—Con dibujo de Francisco de Volterra, ha sido edificada en el año 1592. La fachada es de Octavio Mascherini.

La decapitación de San Juan Bautista es un magnífico trabajo de Gerardo delle Notti. El tabernáculo del altar mayor está incrustado de piedras preciosas, y adornado con dieciseis columnitas de diaspro oriental. Las estatuas de San José y de Santa Teresa, encima de la puerta del coro, son de la escuela del Bernini. La Santísima Virgen en el coro, es del Arpino. Esta iglesia está confiada á los reverendos padres Carmelitas descalzos, que en el convento tienen una notable farmacia, en donde se vende la tan renombrada agua anti-pestilencial llamada agua de la Scala ó de los Carmelitas.

Iglesia de Santa María en Trastévere.—Es la más antigua de las iglesias de Roma, la fundó en el año 222 San Calixto, é Inocencio II en el 1139 la mandó reconstruir y adornar de los mosaicos que aún se ven.

El pórtico, sostenido por cuatro hermosas columnas de granito, contiene los restos de dos Anunciaciones, una de las cuales es atribuída á Caballini, y muchas inscripciones antiguas.

Las columnas del interior con el capitel jónico, se cree que pertenecieran á un templo de Ysis y de Serapis. El Domenichino pintó en la bóveda la Asunción. El baldaquino del altar mayor está sostenido por cuatro columnas de pór-fido. Los mosaicos encima de la tribuna son del año 1143. Caballini ejecutó los otros hacia el año 1290. Los frescos son de época reciente.

Santa María en via Lata.—Este Santuario ya conocido en el siglo VII, fué reconstruído varias veces, y por último

en el siglo XVII. La fachada es de Cortona. Se cree que la iglesia subterránea haya sido fabricada sobre el lugar de la prisión particular donde fué encerrado San Pablo. Encima del altar se ven los retratos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, esculpidos por Fancelli.

Iglesia de Santa María de la Victoria.—Fué erigida en el año de 1605, sobre dibujo de Juan Bautista Soria. La decoración interna es obra del Maderno. La iglesia está incrustada de jaspe de Silicia, y adornada de buenas pinturas y preciosas esculturas. Las pinturas de la cúpula son del Perugino. El altar mayor guarnecido de dos banderas que fueron tomadas á los turcos en la batalla de Lepanto.

La pintura en la segunda capilla que representa la Santísima Virgen con el niño Jesús y San Francisco, es del Domenichino, como igualmente los frescos laterales.

Foro Olitorium.—En el 1864 Pío IX la hizo restaurar por el arquitecto Servi. Tiene catorce columnas de mármol, Guidi pintó las paredes de la nave principal. El altar mayor está aislado y cubierto de un baldaquino sostenido por cuatro ángeles de bronce dorado, bajo de ella hay una urna antigua de pórfido de un verde muy precioso. En la confesión se conservan los cuerpos de los Santos Mártires Ceferino y Florio. Los frescos del ábside son del Pascualoni.

Iglesia de San Nicolás de Tolentino.—Ha sido construída por el Baratti en el siglo XVI. La fachada es obra de fecha posterior. En la capilla de la Cruzada á la derecha, se observa una obra del Baciccio, que representa á San Juan Bautistá. El Algardi hizo el altar mayor, y Cortona pintó la bóveda y arquitectó la capilla de la familia Gavotti

San Onofre —Esta iglesia debe su fundación á los Eremitas de la congregación de San Jerónimo. Bajo el pórtico se ven tres medallones en vidrio, del Domenichino, que representan hechos de la vida de San Jerónimo. Del mismo artista son las pinturas que están encima de la puerta principal, y que representan la Santísima Virgen y el niño Jesús. En el interior hay de notable, en la primera capilla, que ha sido restaurada por orden de Pío IX, la tumba del Tasso, el

cual murió en el año de 1585, en este convento. El monumento es de Fabris.

En la capilla tercera hay la tumba del famoso lingüista Cardenal Mezzofante muerto el año 1849. De los frescos de la tribuna, los de arriba son atribuidos al Pinturicchio, los de abajo son de Baltasar Peruzzi. En el convento hay un fresco de Leonardo de Vinci, y la celda que Torcuato Tasso habitó.

Iglesia de San Pancracio.—Ocupa el suelo del antiguo cementerio de Calepodio. La fundó San Félix en el año 274, pero la actual ha sido construida el año 500: en el 1609 ha sido reedificada, y en el 1815 restaurada. En esta iglesia se veneran los cuerpos de San Victor, de San Pancracio obispo, y de San Pancracio soldado.

Iglesia de San Pantaleón.—Fué edificada el año 1216 por Honorio III. Juan Antonio de Hossi la reconstruyó, pero la fachada es de Valadier. El cuerpo del fundador de los Escolapios y de José Calasanz se conservan en esta iglesia dentro de una urna de pórfido. El cuadro que representa á San Pantaleón es del Calabrese.

En esta iglesia se leen dos interesantes inscripciones, una de las cuales, al lado de la puerta, está dedicada á la memoria del célebre Juan Alonso Borrelli que escribió la obra de motu animalium; la otra está murada en una de las pilastras del pasillo que conduce á la sacristía, y consiste en el epitafio sepulcral de Laudamia, hija de Juan Brancaleón, uno de los trece guerreros italianos que mandados por Hectore Fieramosca, combatieron y vencieron otros tantos franceses durante el sitio de Barletta en el año 1503; combate que ha sido contado por el Vida, en versos latinos, y que dió argumento á Máximo de Aceglio para su romancero histórico intitulado Hectore Fieramosca.

Iglesia de San Pedro en Montorio.—La fecha de la erección de esta iglesia se hace remontar á la época de Constantino. En el siglo XIV Baccio Pintelli la reedificó por orden del rey de España Fernando el Católico, en el año 1498. Después ha sido restaurada. Los frescos de la primera ca-

pilla á la derecha, fueron dibujados por el Buonarrotti, y colocados por Sebastián del Piombo. La conversión de San Pablo en la cuarta capilla, es del Basari.

Las estatuas de la Religión y de la Justicia son del Ammannati.

El Bautismo de Jesús es un fresco muy precioso, se le atribuye á Daniel de Volterra. En la segunda capilla después del altar mayor, que ha sido adornada por el Bernini, se ven cuadros de Leonardo Flamenco. Dosio esculpió el monumento que está cerca de la puerta. El templo redondo ó sea la cúpula que se vé en el claustro, ha sido erigido por el Bramante: se cree que en este lugar San Pedro sufriera el martirio

Iglesia de San Pedro in Vinculis.—Fué construida en el año 442. Adriano I, en el 1705, la mandó reconstruir por Francisco Fontana. El San Agustín que está en el altar primero á mano derecha, es del Guercino. Los monumentos de los cardenales Margotti y Agucchi, han sido dibujados por el Domenichino, del cual son también los retratos. En el crucero se admira el famoso Moisés, de Miguel-Angel. La Santa Margarita es del Guercino; el Coppi pintó la tribuna del altar mayor. El mosaico que representa á San Sebastián, es del siglo VII; el último es una piedad atribuída al Pomarancio.

Sobre la tumba de los hermanos Pollaiolo; célebres artistas, hay un precioso fresco hecho por los discípulos de los mismos.

En la sacristía también hay buenos cuadros, entre otros llama la atención la Liberación de San Pedro, obra del Domenichino, una santa Familia, y la Fe, de la escuela de Julio Romano. Hay también un tabernáculo, con adornos en bronce, del Pollaiolo, en donde se conservan y se ven las cadenas con que fué atado San Pedro.

Iglesia de Santiago.—Esta iglesia es llamada de los incurables por el hospital que tiene junto, en el cual se reciben los enfermos incurables. Fué erigida en el año 1338, por orden del Cardenal J. Colonna. El cardenal Antonio

Maria Salviati la hizo reedificar el año 1600, sobre dibujo de Francisco de Volterra; y la terminó el arquitecto Carlos Maderno.

El interior es de forma elíptica, con tres capillas á cada lado. En la segunda capilla á la derecha, hay un bajo relieve de Le-Gros que representa á San Francisco de Paula que pide á la Santísima Virgen la cura de algunos enfermos. Los dos cuadros laterales son del Passeri. En la capilla de enfrente se vé la estatua de Santiago, obra de Hipólito Buzi. En el altar mayor hay un magnífico cuadro de Francisco Grandi, que representa el Padre Eterno. Las otras capillas tienen cuadros de Roncalli, Pasignani, Grammatica, y de Zucchi. Los frescos de la bóveda son de Silvestre Capperoni.

San Sebastián.—Esta iglesia es una de las siete Basílicas más principales de Roma. Se halla fuera de las puertas del mismo nombre en la vía Apia. Ha sido fabricada el año 367, sobre el Cementerio de San Calixto, y restaurada en el siglo XII por F. Poncio. En esta iglesia hay una piedra, colocada en la primera capilla á mano derecha, sobre la cual se vé la impresión de los pies de Nuestro Señor Jesucristo, que según la tradición proviene del lugar en donde Nuestro Señor encontró á San Pedro, que huía de la persecución de Nerón, y en el mismo sitio ha sido elevada la capilla Domine quo Vadis; hay tambien una flecha que quedó fija en el cuerpo de San Sebastián, y la columna á la cual este santo fué atado. El cuadro de San Francisco de Asis en la segunda capilla, es del Muziano. En la tercera capilla dedicada á San Jerónimo, hay un hermoso cuadro del Perugino.

El altar mayor está adornado con cuatro columnas de verde antiguo, y de un fresco de Lacconi. En la segunda capilla á la izquierda, dedicada á San Bernardo, hay otro bonito cuadro del Perugino. La cuarta que es la dedicada á San Sebastián, ha sido construída por orden del Cardenal F. Barberini. La magnífica estatua del Santo, en mármol, que ha sido dibujada por el Bernini, es del Giorgetti; el

cuerpo del Santo se halla conservado debajo del altar; al lado se hallan las escaleras que dan entrada á las catacumbas, y de las cuales ya he dado conocimiento á mis lectores.

Iglesia de San Silvestre al Quirinal.—Casi enfrente al palacio Rospigliosi; hay un cuadro de Palma el viejo, y se admiran en una capilla y en la cúpula, cuatro trabajos del Domenichino. Allí hay también pinturas del Arpino, del Albertinelli, de Matutino, de Polidoro y de Carabaggio.

Iglesia de San Silvestre, en Capite.—Es así llamada porque en ella se conserva la cabeza de San Juan Bautista. Se cree que haya sido elevada en el año 261, pero es muy cierto que ya existía en el siglo VII, y que por orden de Pablo I fué refabricada hacia la mitad del siglo VIII. Dejada largo tiempo en abandono, se reedificó en el año 1286, y después en el año 1690 se puso en el estado actual por J. de Rossi. Las pinturas de la bóveda son de J. Brandi, las del crucero son del Roncalli, y las otras en la tribuna, del Gemignani. El altar mayor es dibujo de Rainaldi.

Iglesia de la Santísima Trinidad de los Montes.—Esta pertenece á las religiosas del Sacro Corazón; fué construida en el año 1490 por Carlos VIII, Rey de Francia. Abandonada en el año 1699, quedó cerrada hasta el 1815, cuando Luis XVIII, entonces Rey de Francia, mandó se abriera otra vez, y la hizo restaurar por el arquitecto francés Mazois. En la primera capilla á la derecha, se vé encima del altar un cuadro que representa el Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, obra de Rainaldi, de quien son también todos los frescos de la capilla. El San Francisco de la segunda capilla es del Chiari. En la tercera capilla el hermoso fresco que representa la Asunción, es de Daniel de Volterra; en este fresco se reconoce muy bien el retrato de Miguel-Angel en el personaje que indica con el dedo la Santísima Virgen. En esta iglesia hay muchas y hermosas pinturas, pero de todas, la más agradable es sin duda el Descendimiento de la Cruz, obra maestra de Daniel de Volterra, que se vé en la quinta capilla á mano izquierda.

Iglesia de la Santísima Trinidad de los peregrinos.—

Fué erigida en el año 1614, sobre dibujo de Pablo Maggi, y restaurada en el 1852. Encima del altar mayor hay un hermoso cuadro del Reni, que representa la Santísima Trinidad; es también obra del Reni el Padre Eterno que se vé en la linterna de la cúpula. A mano izquierda en una capilla, la Santísima Virgen con los Santos Agustín y Francisco, es del Arpino, y Nuestro Señor con los Santos es del Borghonone.

La iglesia de la *Santísima Trinidad* (en la calle Condotti), pertenece á los Trinitarios calzados de Castilla.—Ha sido erigida en el año 1741, sobre dibujo de Manuel Rodríguez, pero terminada por el arquitecto José Herosilla, español. Es de forma elíptica y tiene siete altares bien adornados con preciosos cuadros, entre los cuales se distinguen una Santa Inés, de Benefiale, y una Piedad, de Antonio Velásquez.

Me parece bastante lo explicado de iglesias, porque como ya he dicho en otra parte, me haría interminable si diera una explicación de las iglesias, conventos, hospitales, etc., etc., que tiene Roma dentro de sus muros. Ahora daremos alguna noticia, aunque breve, de los palacios más renombrados, dando principio por el

Palacio Senatorial.—Este ocupa el suelo en donde antiguamente estaba el Tabularium. Miguel-Angel hizo la nueva fachada, y la armó de pilastras. Una grande fuente con tres estatuas antiguas, Minerva, el Nilo y el Tiber, adornan una escalera interior. Se ven bajo este palacio los restos de la grande galería del Tabularium.

El edificio que se alza á mano izquierda contiene el gran Museo Capitolino, abierto al público todos los días pagando, y los domingos desde las diez de su mañana hasta la una de su tarde gratis. La arquitectura es de Miguel-Angel. En el patio se admira la estatua del Océano, que el vulgo titula ó dá el nombre de Marforio; dos sátiros y dos sarcófagos; en el vestibulo se vé una estatua de Endimión, un tronco colosal, una urna con un bacanales, una cabeza de Cibeles, Hércules que destruye la hidra, varios fragmentos, etc. En la

primera sala se vé un caballo y un fragmento de un toro, una estatua de uno de los Camilos, el grupo de Ecate y un hermoso vaso que ha sido hallado en el mar cerca de Anzio. En la sala siguiente hay una Diana de Efeso, en mármol. En la sala que viene después, dos sarcófagos. En la primera sala á la derecha, hay un altar griego con las fatigas de Hércules, y un busto del emperador Adriano. En la segunda sala, 122 inscripciones antiguas en mármol y en tierra cocida, colocadas en orden cronológico, un grande sarcófago historiado, y un cipo sepulcral de Tito Statilio.

En la tercera sala, un grande sarcófago llamado Alejandro Severo, en el cual se halla el famoso vaso Portland y varias estatuas. La grande galería está toda llena de monumentos antiguos. En la sala llamada de los bronce, un sarcófago con la fábula de Diana y Endimión, un mosaico, un pequeño bajo relieve que representa los hechos principales de la guerra de Troya, un sarcófago y el célebre mosaico llamado de las palomas, que ha sido hallado en la villa Adriana. En la sala de los Emperadores, bajo relieves en las paredes, entre los cuales Andromeda librada por Perseo, el sueño de Endimión, la caza del jabalí.

Alrededor se halla la rara colección de bustos de los emperadores romanos y sus familias. En el medio de la sala hay una muy hermosa estatua de una matrona romana que se cree sea Agripina.

En la sala de los filósofos y escritores antiguos, colección de filósofos, estatua de Marcelo, y bajo relieves en las paredes. En la grande sala estatuas de Júpiter, de Esculapio, de los Centauros, de Hércules niño en basalto colocado encima de un altar adornado de bajo relieves.

Alrededor de la sala, una Minerva, una musa coronada de plumas, grupo de Venus y de Marte, una amazona herida, Marcos Aurelio, Apolo, Apócrates, el dios del silencio, Diana, busto colosal de Trajano, etc.

En la sala de Fauno, el apreciado Fauno en rojo antiguo, que fué hallado en la villa Adriana; hay dos sarcófagos, una Diana y Endimión; el otro, la guerra de las amazonas con

los atenienses; hay también un niño que juega con una máscara, otro con un ansar. En la sala de Gladiador, la magnífica estatua del gladiador moribundo, obra griega, y es digna de una atención particular. Entre las otras estatuas se deben notar; una musa, una amazona, las cabezas de Alejandro el Grande y de Ariana, Isides Flora, y el célebre Antinoó. Hay también tres columnas raras. En el gabinete reservado hay Leda y el Cisne, Amor y Psiques y el célebre Venus del Capitolio.

Palacio de los conservadores.—Aquí hay una hermosa galería de cuadros, esculturas antiguas y hermosos frescos, etcétera, etc. En el cuarto bajo está la estatua de Julio César, único retrato auténtico que se halla de él en Roma, la estatua de Augusto, Roma sentada, un león que asalta á un caballo, una cabeza colosal, creída de Cómodo, la cabeza de Diocleciano, y otros muchos fragmentos, etc., etc. Enfrente á la escalera, hay un modelo de la columna rostralalzada por Cayo Duilio. Subiendo la escalera á mano izquierda se vé un bajo relieve pequeño que representa á Mucio Curcio, al otro rellano dos bajo relieves con hechos de Marco Aurelio. Por la puerta de enfrente se entra en las salas de los conservadores, estas siete salas están adornadas de grandes y hermosos frescos del Arpino, del Lauretti, de Daniel de Volterra, del Sodoma, de Caracci, del Botticelli, etc., la loba que dá la teta á Rómulo y Remo, un zagal que se saca una espina del pie, fragmentos del mármol que contienen los fastos capitolinos, bustos de Bruto, de César, de Adriano, de Proserpina, de Diana, de Scipión el Africano, el busto de Miguel-Angel con la cabeza de bronce, hecha por él mismo, la cabeza de Medusa, por Bernini. En la capilla el magnífico cuadro de la Santísima Virgen encima del altar, obra del Nucci, los Evangelistas son de Caravaggio, Nuestra Señora con el Niño es del Pinturicchio. La galería de los cuadros ha sido fundada por Benedicto XIV y engrandecida por Pío VII. Se compone de dos salas. Señalaremos los cuadros más apreciables. En la primera sala, Santa Lucía, del Garofalo; la Sagrada familia, de Caracci; Agar con su hijo Ismael, por Mola;

la Sibila pérsica, del Guercino; la presentación de Fray Bartolomé; Jesús y los doctores, de M. Valentín; la Magdalena, de Guido; alma dichosa, por el mismo; Flora, de Poussin; Rómulo y Remo, de Rubens; un retrato de Giorgione y San Sebastián, de Bellini. En la segunda sala se vé el rapto de Europa, de Veronese; Nuestro Señor Jesucristo y el Fariseo, del Bassano; la Ascensión, del Veronese; la derrota de Dario, por P. Cortona; la Inocencia, del Romanelli; el Salvador y la adúltera, del Tiziano; Europa, del Reni; San Francisco, de Caracci; Santa Petronila, del Guercino; la Santísima Virgen, del Perugino; retrato de Miguel-Angel pintado por él mismo; Cleopatra delante de Augusto, del Guercino; San Sebastián, del Caracci; otro San Sebastián, del Reni; un cuadro con dos retratos, del Vandyck. En la Protomoteca se hallan los bustos de célebres extranjeros, y entre otros los de F. Pausin, G. Winkelmann, Josue Suec, y Angelica Kauffmann, Junto al Capitolio está la famosa Rupe Tarpea, de donde se despeñaban los traidores de la patria.

Palacio Letrano.—Ha sido reedificado por Sixto V en el año 1558, sobre dibujo de Fontana. Después que un voraz incendio lo destruyó en el año 1693, Inocencio XII lo transformó en una casa de huérfanos. En el 1843, Gregorio XVI colocó allí un museo de antigüedades paganas y cristianas.

En la primera sala de este museo se admiran muchos bajo relieves y algunos bustos. En la segunda hay fragmentos de ornatos arquitectónicos, muchos de los cuales pertenecieron al Foro Trajano.

La tercera contiene una hermosa estatua de Antinoó. La cuarta una hermosa copa de mármol, estatuas y cipos. La quinta está adornada con un grupo de Mytra, un ciervo y otras esculturas. En la sexta hay estatuas de emperadores romanos. En la séptima, estatuas de Sófocles, de Apolo, y de un fauno, etc. En la octava una magnífica de Neptuno. En la nona fragmentos arquitectónicos. En la décima bustos y bajo relieves. La undécima sala contiene estatuas y sarcófagos. La duodécima sarcófagos. La décima tercia sarcófagos y estatuas. La décima cuarta una hermosísima esta-

tua de un esclavo, etc., etc. En las otras dos hay diversos objetos hallados en Ostia.

El Museo sacro, compuesto de antigüedades cristianas, ha sido fundado por Pío IX, en él se admiran bajo relieves, inscripciones, fragmentos, mosaicos, etc., etc.

Pasando á las salas donde se conservan cuadros muy interesantes, hallaremos entre estos en la primera, la Santísima Virgen del B. Angelico. En la segunda, el Salvador atribuido al Caravaggio, Sixto V, del Sasoferrato, y un retrato de Rembrandt. En la tercera una sacra Familia, atribuída á Andrés del Sarto. En la cuarta la coronación de la Santísima Virgen, de Felipe Lippi, San Jerónimo, del padre Rafael. En la quinta, dos preciosos cuadros que se creen de Caravaggio. En la sexta, una hermosa copia del martirio de San Andrés, del Domenichino, del que está en la iglesia de San Gregorio, hecha por el Silvagni: y por último, se vé una gran colección de bustos, estatuas y varios relieves en yeso, coloreados, á imitación de la tierra cocida, etc.

El Museo de la Academia de San Lucas ha sido fundado por Sixto V. Las mejores obras son: San Lucas que pinta á la Santísima Virgen, de Rafael; un niño en fresco del mismo pintor; San Jerónimo, de Salvador Rosa; una Virgen con el niño, de Van Dyck; marinas, de Vernet; una cantatriz, de Gerardo de Notti; Susana, del Veronese; Venus y amor, del Guercino; Calixto en el baño, del Ticiano, y un retrato de Murillo.

El palacio Attemps. —Al norte de la plaza Agonal, cerca de la iglesia de San Apolinar, ha sido construído el año 1580, sobre dibujo de M. Longhi.

El palacio Altieri fué construído por Clemente X y el cardenal Altieri, sobre dibujo de Juan Antonio Rossi.

Palacio Barberini. —Este magnífico palacio se construyó bajo el pontificado de Urbano VIII, por la familia Barberini. Tres célebres arquitectos cooperaron á su elevación, comenzado sobre dibujos del Maderno, continuado por el Barromini y acabado por el Bernini. En el salón del primer piso se admira un estupendo fresco de Pedro Cortona, que

representa el triunfo de la gloria. Es menester visitar con detención la galería de cuadros de este palacio: se encuentran en ella la fornarina, de Rafael; el retrato de Beatriz Cenci; una esclava, del Ticiano; Adán y Eva, del Domenichino; la sacra Familia, de Andrés del Sarto; Jesús con los doctores, de A. Durer; el matrimonio de Santa Catalina, del Parmigianino. También hay una muy rica biblioteca que contiene cincuenta mil volúmenes y manuscritos preciosos.

Palacio Borchese, llamado también el *Cimbalo Borchese*, por la forma semejante á este instrumento.—Logni el viejo le comenzó cerca de la mitad del siglo XVI, y el Ponzio lo terminó. Noventa y seis columnas de granito sostienen los grandes arcos del patio. Las estatuas colosales representan á Ceres, Julia, y una Sabina. Muy rica es una galería de este palacio, la cual contiene muchas obras maestras, entre otras, el descendimiento de la Cruz, por Garofalo, considerado como la obra maestra del mismo, la colocación en el sepulcro de Rafael; Danae, del Coreggio; Caza de Diana, una de las obras más hábiles del Domenichino; el amor sacro y el amor profano, obra maestra del Tiziano.

Palacio Bonaparte.—Está en la plaza de Venecia, construido en el siglo XVIII por los Rinuccini.

Palacio Braschi.—Construido en donde actualmente se halla el Ministerio del interior, es obra del Morelli; Pío VI lo hizo erigir para su sobrino el Duque Braschi. La grande y hermosa escalera está adornada de buenos mármoles, estatuas y columnas de granito.

Palacio de la Chancillería.—Está entre la plaza Agonal y la plaza Farnese. Este magnífico edificio ha sido comenzado por orden del Cardenal Mezarrota, y terminado por orden de Sixto IV. Es de arquitectura del célebre Bramante; en el patio hay dos pórticos sobrepuestos, con veinticuatro columnas de granito, que se cree pertenecieran al pórtico de Pompeyo. Tiene hermosos salones en que abundan grandes frescos del Vasari.

Palacio Chigi, en la plaza Colonna.—Ha sido comenzado en el año 1526, sobre dibujos de Madero, y terminado

sobre los mismos dibujos, por Felipe de la Greca. Cuatro piezas del primer piso están adornadas con cuadros de diferentes autores de los más célebres, como Caravaggi, Tiziano, Salvador, Rossa, Domenichino, Ghirlandaio, Guido Remi, Tintoretto, Caracci, y otros; tiene tres hermosas estatuas antiguas que representan Venus, Mercurio y Apolo. En el segundo piso hay un hermoso mosaico y un gabinete que contiene algunos dibujos originales de varios maestros. En este palacio hay también una biblioteca muy rica, de manuscritos de diversos idiomas.

Palacio Circiaporci.—Erigido con dibujo de Juliano Romano, ha sido completado el año de 1867.

Palacio del Colegio Romano.—Este edificio fué construido el año 1582, por el arquitecto Bartolomé Ammanati. A este colegio está anejo un Museo creado por el Padre Kischer, en donde se ven muchas antigüedades en mármol, en bronce, en tierra cocida, y una rica colección de monedas romanas, etc.

Palacio Colonna.—Este palacio se comenzó por orden de Martino V, de la familia Colonna, y fué terminado por otros Cardenales y príncipes de la misma familia. El cuarto bajo ha sido pintado por Tempesta, Pousin, Pomarancio, Arpino y otros artistas no menos célebres. Hay también una galería de cuadros que se abre al público un día á la semana, contiene muchas buenas obras, entre estas un precioso cuadro que representa á Nuestro Señor con San Pedro y un Donador, que es una de las mejores obras de Palma el viejo.

Palacio de la Consulta, en la plaza del Quirinal.—En este palacio que ha sido construido el año 1730, por el arquitecto Fuga, ahora está el Ministerio de Estado de Italia.

Palacio Corsini, ya de los Riaros.—Fué comprado el año 1729 por el Cardenal Neri Corsini, sobrino del Papa Clemente XII, que lo hizo reparar y ensanchar por el arquitecto Fuga. En este palacio se hallan pinturas de Rafael, del Tiziano, de Guido, de Andrés del Salto, del Baroccio, del Canaletto, de Guercino, de Carlos Dolci, de Murillo, del

Guizar

Angelico, de Salvador Rosa, etc., etc. La biblioteca contiene muchas ediciones del siglo XIV, muchos manuscritos y una rara colección de incisiones.

Palacio Costaguti, en la plaza de las Tortugas, dibujo de Carlo Lombardi.—En este palacio se ven muy buenos frescos hechos por Albani, Domenichino, Guercino, Arpino, Lanfranco y por Romanelli.

Palacio Doria.—Se compone de tres partes, el Valvasori dibujó la parte que dá al corso, Pedro de Cortona la del Colegio romano, y la parte que se vé por la Plaza de Venecia, es obra de Pedro Amalfi. La galería que contiene 800 cuadros, se abre al público los martes y los viernes, desde las diez de la mañana hasta las dos de la tarde. Entre las obras maestras de esta galería son notables, la Gloria que corona la virtud, de Correggio; el molino, el sacrificio de Apolo, dos paisajes, de Claudio de Lorena; el retrato de Andrés Doria, por Sebastiano del Piombo, el retrato de Inocencio, una de las obras maestras de Diego Velázquez; un doble retrato, copia del original que se le perdió á Rafael, el descendimiento de la Cruz de Juan Memlig.

Palacio Falconieri.—Construído en el siglo XVIII por el Borromiari; este palacio ha sido habitado por el Cardinal Fesch, tío de Napoleón I.

Palacio Farnese.—Ha sido comenzado por San Gallo y acabado por el Buonarrote. El Vignola añadió la parte donde está la galería pintada por el Caracci, y Jago della Porta edificó la fachada que dá á la calle Julia. Los mármoles empleados en la construcción de este palacio se llevaron del coliseo. En el patio hay dos sarcófagos, uno de ellos fué hallado en la tumba de Cecilia Metella. Una grandiosa escalera conduce al salón del primer piso, donde se observan diversas esculturas antiguas, halladas algunas en el palacio de los Césares al Palatino, y otras en las Termas de Caracalla.

Sobre la pared de la puerta hay tres frescos de Domenichino. La sala antigua está adornada de frescos del Salviati, del Vassari y de Zucari, en la misma hay una estatua

ecuestre de Calígula. La grande galería está adornada de un buen número de frescos que representan hechos mitológicos, que son los mejores trabajos del Caraci, hay también doce bustos de Césares. Por fin, hay un gabinete pintado por el mismo Caraci, que hizo todas estas pinturas en nueve años, auxiliado de su hermano Agustín y del Domenichino.

Las célebres antigüedades que contenía este palacio, como el grupo de Dirce, conocido bajo el nombre de Toro Farnese, el Hércules de Glicon ateniense y la Flora, se hallan en el museo de Nápoles.

Farnesina, en la calle de la Lungara.—Debe su fundación al célebre banquero Agustín Chigi, que la hizo erigir en el siglo XVI sobre dibujos de B. Perruzzi. Los Duques Farnese, por los cuales tomó el nombre, la compraron después, y ahora es propiedad del Duque de Ripaldi de Santa Lucía. La sala principal del cuarto bajo contiene doce cuadros que representan la historia de Psiqués, y en el gabinete contiguo se vé la célebre pintura del Triunfo de Galatea, obras estas á las cuales se dedicó más Rafael en los últimos años de su vida y que son las más importantes que ejecutara en aquella época.

Las pinturas de la bóveda de este gabinete que representa á Diana sobre el carro tirado por dos bueyes y la fábula de Medusa, son de Daniel de Volterra, las de las lunetas son de S. del Piombo; los ornamentos con figuras á claro-oscuro á imitación de bajo relieves que están en las paredes, son trabajos magníficos del Peruzzi. La cabeza colossal en la luneta sobre el muro lateral de la izquierda ha sido dibujada con el carbón por Miguel-Angel para distraerse mientras esperaba á Daniel de Volterra, que juntos trabajaban en este palacio.

Palacio Madama.—La fachada de este palacio da á la plaza del mismo nombre. Ha sido construido por Catalina de Médicis, antes que esta princesa subiera al trono de Francia, sobre dibujos de Pablo Maruccelli. En este lugar estaban antiguamente las famosas termas de Nerón que se

llamaron también Alejandrinas. En este palacio se encuentra ahora el Senado de Italia.

Palacio Massini.—Es uno de los trabajos de la escuela moderna. El dibujo es de Baltasar Peruzzi de Siena. Hay dos patios, una hermosa galería, una bonita fuente y varias estatuas antiguas. En el segundo piso está el cuarto (ahora reducido á capilla), en el cual San Felipe Neri el día 16 de Marzo de 1584, resucitó á Pablo Massini. En el cuarto noble se observan varios cuadros y algunas esculturas antiguas, la mejor de estas es un Atleta en la postura de tirar un disco. Las pinturas á claro-oscuro del prospecto posterior del palacio son de Daniel de Volterra, pero muy dañadas por el tiempo.

Palacio del monte Citorio.—En donde está ahora la sala de las cortes (Camera dei Deputati), ha sido comenzado en el año de 1650 por Bernini, y acabado por Carlos Fontana, sobre las ruinas del Anfiteatro de Statilius Taurus por orden de Inocencio X.

Palacio Pamfili Doria.—En la plaza Agonal á la izquierda de Santa Inés, fué construido este palacio por el Rainaldi. Un fresco de Pedro Cortona adorna la bóveda de la galería que representa las aventuras de Eneas. En él pintaron también el Poussin y el Romanelli.

Palacio de Propaganda Fide, en la plaza de España.—De este fueron arquitectos el Bernini, y después el Borromini, por orden de Gregorio XV. Se halla aquí el museo llamado Borgia, una rica biblioteca, una magnífica imprenta y una iglesia dedicada á la Epifanía de Nuestro Señor. Se encuentra también el colegio fundado por Gregorio XV, y aumentado por Urbano VIII, en el cual se instruyen en las ciencias eclesiásticas, y en los idiomas orientales jóvenes de tierras muy distantes, luego instruidos se envían otra vez á su patria como misioneros para propagar la religión católica.

Palacio del Quirinal, llamado también *palacio de Monte Cavallo.*—Fué comenzado por orden de Gregorio XIII sobre dibujo del Ponzio, y lo acabaron los arquitectos Oc-

tavio, Mascherini y Domingo Fontana, pero muchos adornos se deben á Pío VII. Un pórtico con cuarenta y cuatro pilas-tras circundan el vasto patio; una doble escalera parte del pórtico, y la escalera á mano derecha acaba en el salón Real, con pinturas de Saraceni y Lanfranco. En este palacio hay también la capilla Paolina dibujada por el Maderno. Además se hallan los cuartos del Papa. Aquí son notables varias salas con frescos y cuadros de maestros renombrados, entre otros hay una capilla pintada en fresco por Guido Reni; hay también muchos trabajos de la escuela moderna.

Junto al palacio está el Jardín del Quirinal, rico en estatuas, de fuentes y juguetes de agua.

Palacio Rospigliosi.—En él se admira el célebre fresco de Guido Reni, la Aurora. El palacio ha sido edificado por Ponzio, y engrandecido por Maderno. Sobre el suelo ocupado por este palacio, existían las termas de Constantino, de las cuales aún se conservan en el mismo palacio algunos fragmentos de pinturas. Queda abierto al público los miércoles y sábados, desde las nueve de su mañana hasta las tres de su tarde. En la galería aneja á este palacio se ven además de la Aurora cuatro paisajes del Brill, un cuadro del Tempesta y muchos otros cuadros y esculturas autiguas.

Palacio Ruspoli.—Al corso, tiene la entrada en la calle Borghese, ha sido erigido sobre dibujo de Ammannti. El principal adorno de este palacio es una escalera de 115 escalones en mármol blanco, construída por orden del cardenal Cactani sobre dibujo de Longhi el joven.

Palacio de la Sapiencia (Universidad).—Este edificio se comenzó bajo el pontificado de León X, según el plano de Miguel-Angel, continuado por orden de Sixto IV y de Urbano VIII, y terminado por orden de Alejandro VII.

Aquí está la Universidad de los estudios, tiene aneja una biblioteca fundada por Alejandro VII.

Palacio Sciarra (al corso) construído por el Ponzio, contiene una magnífica galería abierta al público los sábados, desde las tres de la tarde. Hay en ella trabajos de los mejores y más renombrados autores, los más notables son

el violinista, de Rafael, y la Vanidad y la Modestia, atribuido al Vinci.

Palacio Spada, en la plaza Capo de Ferro, es de dibujo de Julio Mazzoni reformado por el Borromini. En la primera antesala se admira la estatua colosal de Pompeyo el Grande, que se cree ser aquella al pie de la cual César cayó bajo los puñales de los conjurados en la curia aneja al teatro de Pompeyo, la segunda antesala está adornada de frescos de la escuela de Julio Romano. Las cuatro salas contienen una hermosa colección de bellas artes, del Guercino; se ven en ellas un David, un cuadro con San Juan y Santa Lucía, Didón y la Magdalena; del Tiziano; varios retratos, y Paulo III Fernese, de Leonardo de Vinci; Jesús entre los Doctores, de Guido Reni; Lucrecia y Judit, de Andrés del Salto: la Visitación y batallas del Borignonogne; Cain que mató á su hermano Abel, de Lanfranco; el Juicio de Paris, por el Veronese; del Mantegna, Jesús bajo de la Cruz, del Espagnoletto; San Jerónimo, del Bernet; marinas, una vestal de Pedro Cortona; del Caravaggio, Santa Cecilia. Además de estos buenos trabajos se ven en este palacio varias esculturas antiguas.

Palacio Torlonia, en la plaza de Venecia.—Fué construído por Carlos Fontana de orden de la familia Bolognetti. Al principio de este siglo ha sido comprado por la familia Torlonia, tiene una galería de cuadros de autores célebres y una muy buena colección de estatuas antiguas, un hipódromo y un teatro. El grupo colosal que representa á Hércules y Lucas es del Canova.

Palacio de Venecia en la plaza del mismo nombre, pertenecía á la república de Venecia por donación de Clemente VIII, y ahora es de propiedad del emperador de Austria.

Fué construído el año 1468, por Juliano de Majano, con piedras tomadas del Coliseo. Ha sido habitado por muchos Papas, y por Carlos VIII rey de Francia, cuando iba á la conquista del reino de Nápoles.

Plazas más notables. Estas son veinticinco

Plaza Barberini.—Esta plaza ocupa, en parte, el lugar donde antiguamente estaba el circo de Flora, se llamó también plaza Crimani. Ahora toma aquel nombre por el palacio Barberini que está cerca. En el medio tiene una hermosa fuente llamada del Tritone (del Tritón) dibujo del Bernini, formada de cuatro delfines que con la cola alzada sostienen una grande concha sobrepujada por un enorme tritón que sopla en una bocina, de donde hace subir el agua á una grande altura.

Plaza della Bocca della Verita.—Se halla cerca del Tiber, por un lado tiene la iglesia de Santa María en Cosmedin, por el otro el templo de Vesta, en el medio una hermosa fuente construida por orden de Clemente IX sobre dibujo de Carlos Bizzacheri.

Plaza del Campo di fiori.—Se halla entre las plazas Novona y Farnese, y es el lugar en donde todos los días se tiene el mercado de legumbres.

Plaza del Capitolio.—Esta plaza, aunque pequeña, es una de las más notables de Roma. Los dos lados debajo de la escalera están adornados con dos leones en basalto de Egipto, allí colocados por orden de Pío VI. Al fin de la escalera sobre dos pedestales se elevan las estatuas de Castor y Polux que fueron halladas en el Ghetto el siglo XVI, y transportadas allí bajo el pontificado de Gregorio XII. Por cada lado de la balaustrada están los trofeos de Mario, colocados allí por orden de Sixto IV.

En medio de la plaza, se halla la magnífica estatua ecuestre de Marco Aurelio, que fué colocada allí por orden de Paulo III el año de 1532. Tres edificios circundan esta plaza: á la derecha el palacio de los Conservadores, á la izquierda el Museo, y en el medio el palacio Senatorial, ahora municipal, adornado de tres estatuas antiguas, Minerva, el Nilo y el Tiber.

Plaza Novona ó Circo Agonal —Estupenda por las magníficas fuentes y la iglesia de Santa Inés que se ven en ella. Ocupa el suelo donde se hallaba el circo de Alejandro Severo. El Bernini esculpió el tritón que hay encima de la fuente que está al lado del palacio Braschi; en esta fuente hay también cuatro tritones y máscaras que arrojan agua. La grande fuente que está en el medio, es también obra del Bernini. Las cuatro estatuas colosales representan el Ganges, el Nilo, La Plata y el Danubio.

Plaza Colonna.—Tiene en medio la estupenda columna erigida á Marco Aurelio Antonio. Los bajo relieves de la misma recuerdan las victorias por él ganadas en Alemania. Se componen de treinta y dos piezas de mármol. Por una escalera de 190 escalones practicada en el interior se puede llegar al término de la columna, en donde se halla la estatua de San Pablo en bronce dorado, esta columna es de alta 173 piés y medio. En la plaza cerca del corso hay una fuente de agua virgen, dibujo Della Porta.

Plaza de España. —Tomó este nombre por el palacio que en ella hay, propiedad de España. La fuente llamada la Barcaccia fué construída por Pedro Bernini, en memoria de un aluvi6n de Roma.

La columna que lleva la estatua de la Santísima Virgen ha sido colocada en el año 1856, como recuerdo de la proclamaci6n del dogma de la inmaculada Concepci6n. La columna se apoya en una base oct6gona con cuatro estatuas, que representan Mois6s, David, Isaias y Ezequiel. El dibujo es de Luis Poletti, el Rossi fundió la estatua de Nuestra Señora, y fué modelada por el Obici.

Plaza Farnese. —Es de forma cuadrangular, y toma ese nombre por el magnífico palacio Farnése. Dos fuentes formadas con dos magníficas urnas de granito de Egipto, halladas en las termas de Caracalla, adornan los dos lados de la plaza.

Plaza de San Juan de Letrano. —En medio de esta plaza está el más grande obelisco de Roma; es de granito rojo, su alto sin la base es de noventa y nueve piés. Se hallan en esta plaza dos hospitales para las mujeres.

Plaza de Santa María la Mayor.—Toma el nombre por la Basílica. Está adornada de una magnífica columna corintia estriada, de mármol blanco, colocadas obre un grande pedestal, y sobrepujada de una estatua en bronce de la Santísima Virgen, fundida por Bertolot. Es de alta con la base diecinueve metros. La hizo elevar Pablo IV.

Plaza de Minerva.—En el lugar ocupado por esta plaza estaba antiguamente un templo que Pompeyo hizo elevar á Minerva. El obelisco egipciano que está en el medio, ha sido elevado por el Bernini, y el elefante que lo sostiene, es obra de Hércules Ferrata.

Plaza de monte Caballo ó del Quirinal.—En esta hay un obelisco de granito rojo, y dos grandes grupos de hombres y caballos. Estos se atribuyen á los famosos escultores griegos Fidias y Praxiteles.

La riquísima pila de granito oriental que allí existe ha sido colocada por orden de Pío VII.

Plaza de Monte Citorio.—El collado sobre el cual se halla esta plaza no es natural; ha sido formado con las ruinas del anfiteatro Statilius Taurus. En el medio hay un obelisco de granito rojo traído de Heliópolis. Ha sido allí colocado por el arquitecto Antinori el año 1789, por orden de Pío VI.

Plaza de Pasquino.—Esta pequeña plaza toma el nombre de la estatua que existe apoyada al palacio Braschi. Se cree que ésta perteneciera á un grupo de Menelao, que defiende el cuerpo de Patroclo, pero el vulgo la llama siempre de Pasquino, en memoria de un sastre que vivía cerca de allí, las sátiras del cual se conocían por toda la ciudad. Muchas veces se pegaban á la base de esta estatua sátiras que se hallan mencionadas en varios libros.

Plaza de Termini.—Quien llega á Roma por el ferrocarril se halla con esta plaza, que tiene á su izquierda el vasto edificio de las cárceles, á la derecha los restos de las Termas de Diocleciano, las más grandes que existían en Roma. En medio se vé un jardín público, donde hay una fuente del agua Marcia, ahora llamada Pía. Al final de la calle Veinte

de Septiembre hay una grandiosa fuente con tres arcos, cuatro columnas jónicas y una estatua colosal de Moisés en el acto de hacer brotar las aguas de las rocas. El arquitecto ha sido Domingo Fontana. Sixto IV la hizo elevar. Esta agua es llamada Félix.

Plaza de las Tortugas.—Hay en ella la hermosa fuente de Julio della Porta. Las figuras en bronce son obra de Landini, artista florentino.

Plaza de la fuente de Trevi.—Como lo dice su nombre en esta plaza se halla la fuente de Trevi que es la más suntuosa que posee Roma. Esta fuente ha sido adornada como ahora se encuentra por orden de los Papas Clemente VII, Benedicto XIV y Clemente XIII, con dibujo de Nicolás Salvi. La estatua que representa el Océano tirado por dos briosos caballos marinos y guiados de tritones, es obra del Bracci. Felipe Valle ha esculpido las estatuas de la salubridad y de la fertilidad que están en los nichos laterales. El Bergondi hizo la ninfa que hace ver á los soldados de Agripa el surtidor de este agua, que por esto tomó el nombre de virgen. El Grossi hizo el Agripa que observa el plano del acueducto. Las estatuas que representan la primavera y las otras sazones son del Pincellotti, del Queirolo, del Ludovisi y del Corsini.

Plaza de la Trinidad de los Montes.—Está adornada de un obelisco en granito de Egipto con geroglíficos, que tiene cuarenta y cuatro piés de altura, sin la base. Este obelisco fué hallado en los jardines de Salustio, y ha sido allí colocado el año 1789, por orden de Pío V.

Plaza del Panteón.—La adorna una hermosísima fuente construída por orden de Gregorio XIII, por el Longhi. Clemente IX hizo poner en ella el obelisco de granito egipciano con geroglíficos que muy bien expresan ser hallado en los jardines Domenicianos de la Minerva. La fuente Paolina, así llamada por el nombre de Paulo IV que la hizo edificar sobre dibujos de Fontana y del Maderno, se halla sobre el monte Janículo. Esta fuente es la más grande y la más abundante que tiene Roma. Está adornada de seis columnas jó-

nicas de granito rojo, que sostienen un átrio en el medio, en el cual hay una inscripción. Entre las columnas se abren cinco nichos, de los cuales sale una cantidad de agua muy considerable, que alimenta una gran parte de la ciudad y en particular el Trastévere.

Plaza Pia.—En ella hay una magnífica fuente, y se llega á ella por dos calles llamadas el Barrio nuevo y el Barrio viejo, cerca de la gran Plaza de San Pedro, y sobre la cual ya hemos dado noticias de ella en otra parte.

Plaza titulada del Pueblo.—Presenta un estupendo espectáculo. En el medio se alza un obelisco como otros muchos que abundan en Roma, que ha sido traído de Heliópolis; á mano izquierda el Pincio con estatuas, con columnas y trofeos; á mano derecha é izquierda, dos riquísimas y grandes pilas de granito sobrepujadas de grupos colosales de estatuas de mármol. Delante se vé el Corso, al final del cual se descubre la torre del Capitolio, á la derecha la calle de Ripotta, y á la izquierda la calle del Babuino. Esta plaza ha sido dibujada por el Valadier, bajo el pontificado de Pío VII. Próximo á esta plaza está el paseo del Pincio, que ha sido hecho bajo la dirección del Valadier, de quien se vé la estatua en el paseo mismo. Está decorado de una grande pila que tiene en su medio la estatua que representa á Moisés puesto en las aguas del Nilo por su madre. Se ven también más de cien bustos en mármol blanco, de hombres ilustres, muchos de estos fueron colocados por orden del Municipio en el año 1872.

Plaza Sciarra.—Es el nombre que se dá á una parte del Corso en donde está el grandioso palacio Sciarra.

Plaza Scossacaballi.—Entre el puente Santo Angelo y la plaza de San Pedro. De un lado de ella se vé el Palacio Giraud, por el otro el colegio de los Penitenciarios de San Pedro, y en el medio hay una bonita fuente elevada por orden de Paulo IV, sobre dibujos del Maderno. Las restantes plazas aunque son muchas, ofrecen menos importancia que las que hemos reseñado, y por eso prescindimos de ellas.—Los puentes que tiene dentro de la ciudad sobre el

Tiber, son varios, pero hay algunos de escasa importancia, sólo cinco merecen ser aquí citados por sus buenas formas y grande servicio que prestan.

Puente de Santo Angelo, llamado antiguamente *Elius*.—El emperador Adriano lo hizo construir para abrir una comunicación entre su mausoleo y los jardines de Domiciano.

Está adornado de doce estatuas, entre las cuales, la de San Pedro, es del Lorencetto, la de San Pablo, es de Pablo Romano, los nueve ángeles que llevan los instrumentos de la pasión, son de los discípulos del Bernini, y el angel que lleva la cruz es del mismo Bernini.

Este puente es todo de hierro, de esmerada construcción, cubierto con grandes barrotes por sus costados y arriba. Es de una anchura suficiente para tener dos vías para tranvía y paso para dos carruajes apareados, con un gran paseo de buena piedra, capaz para cuatro personas en fondo.

Puente Colgante.—Este puente es moderno, pues fué construido y allí colocado el año 1863, también cubierto, con anchura suficiente para tranvías, carruajes; para pasar por él á pie ó á caballo hay que pagar un pequeño tributo; se halla situado entre el puente de Santo Angelo y el siguiente.

Puente cuatro Capi ó Fabricio.—Fué construido en el año 690 de Roma, por Fabricio (curator viarum) ó inspector de las calles, y ha sido reconstruido el año 1342. El nombre le viene por los cuatro extremos. Es un puente firme seguro, aunque no de las dimensiones de los anteriores. Este es de buenos sillares de piedra, perfectamente construido.

Puente Sixto.—Sostiene el antiguo puente Guianicolo ó de Antonio. Ha sido reedificado el año 1474, por B. Pintelli, de orden de Sixto IV, de quien tomó el nombre que hoy tiene. Cerca de este puente está la famosa fuente de grande magnificencia que Paulo V hizo construir con dibujo de Julio Fontana.

Puente Palatino llamado ponte roto, (puente quebrado). —Es el primero construido en Roma. Ya deteriorado y sin provecho alguno, la inundación del año 1598 lo destruyó por completo, pero en el año 1853, se colocó sobre los antiguos arcos que están con mucha seguridad, el hermoso puente de hierro actual, el cual presta grandes servicios y tiene anchura suficiente para tranvías, carruajes y gente, etc.

MONUMENTOS CONSTRUIDOS BAJO LOS REYES

Cercado Rómulo. —De todos los vestigios que quedaron de las construcciones elevadas bajo los primeros reyes de Roma, los más antiguos son los que pertenecen á los muros del cercado de la ciudad fabricada por Rómulo, descubiertos en el año 1857, en el interior de la iglesia de Santa Anastasia. Estos muros se componen de gruesos pedazos de toba volcánica oblongos ó cuadros muy bien cortados y unidos, sin cimientos.

Prisión Mamertina (Carcere Mamertinus). —Se halla al pie del Capitolio debajo de la iglesia de San José Dei Falegnani. Fué construída el año 640 antes de Jesucristo por Anco Marcio, cuarto rey de Roma: más tarde Servio Tullio la ensanchó añadiéndola una prisión inferior que llamaron Tulliaurum. La escalera que conducía á esta prisión se llama Scalæ Gemonie, por los gemidos que hacían los desgraciados que forzosamente la debían de bajar.

La tradición nos recuerda, ó nos hace saber, que los Apóstoles Pedro y Pablo fueron encerrados ocho meses en esta prisión por orden de Nerón. Allí aún se ve el surtidor que milagrosamente hizo brotar San Pedro para poder bautizar á sus carceleros, Proceso y Martiniano, y á otros cuarenta y siete prisioneros; este surtidor se halla próximo á la columna en donde el Príncipe de los Apóstoles fué encadenado, y allí mismo existen parte de las cadenas que le sujetaban.

Muros de Servio Tullio.—Los primeros restos de estos muros han sido descubiertos sobre el Aventino, poco lejos del Tiber; uno cerca de la iglesia de Santa Prisca, otro en el jardín de los Dominicanos de Santa Sabina; otros muchos se descubrieron últimamente en la fabricación del nuevo barrio del Esquilino, y en la apertura de la calle Nacional de Santa Catalina de Sena.

Cloaca Máxima.—Es un conducto subterráneo que parte del Foro romano y desemboca en el Tiber, cerca de Puente roto, construido para la salida de las aguas y de las inmundicias. Tarquino el viejo fué el primero que hizo ejecutar este trabajo para sacar las aguas estancadas del Velabro, para dar salubridad á la ciudad. Más tarde, su hijo (Tarquino el soberbio), hizo construir una infinidad de conductos secundarios que atraviesan la ciudad en varias direcciones, y vienen á desembocar en el grande canal. No obstante que han pasado veintitres siglos desde su construcción, este conducto aún sirve para su uso. Es de largo trescientos metros, y de alto y ancho doce pies.

MONUMENTOS ERIGIDOS BAJO LA REPÚBLICA

Vía Apia.—Esta vía llamada también censorina, es una de las más bellas vías romanas. Ha sido comenzada por el Censor Appio Claudio hacia el año 311 antes de Jesucristo, continuada por César y terminada por Augusto. Salía de Roma por la puerta Capena, hoy de San Sebastián, pasaba por Capua y acababa en Brindis por una extensión de 558 kilómetros.

Tumba de los Scipiones.—Antes de llegar á la puerta de San Sebastián hay una viña en donde el año 1875 se descubrió el célebre monumento alzado en memoria de los Scipiones. Este monumento se componía de dos pisos; el primero que aún existe, es un grande subterráneo cavado en la peña; no queda nada del segundo que estaba adornado de

medias columnas jónicas y rodeado de nichos que contenían las estatuas de los Scipiones y del poeta Enio que fué sepultado cerca de sus patronos.

Tumba de Cecilia Metella.—Esta tumba que se halla á dos kilómetros de la puerta de San Sebastián es uno de los vestigios más hermosos y mejor conservados que han quedado de la antigua magnificencia de Roma. Se compone de una torre redonda de diecinueve metros cincuenta y ocho centímetros de alta con el pedestal. Esta obra maestra sirvió de modelo para los mausoleos de los emperadores. Ha sido erigida en memoria de Cecilia Metella, hija de Metello y mujer de Crasso.

Tumba de Cayo Publicio Bibulo.—Este monumento sepulcral que se halla en la calle de Marforio, es uno de los mejores conservados que hay en Roma. Se componía de dos pisos pero el primero está enterrado.

Tumba de Marco Virgilio Euriage.—Se halla á la izquierda saliendo por la puerta Mayor. Fué construída en los últimos tiempos de la República.

Teatro de Pompeyo.—Este magnífico teatro estaba en el lugar que ahora ocupan el palacio Pio, en la plaza Campo dei Fiori, las calles dei Chiavari y dei Giubbonari. Este teatro contenía una sala en donde los días de espectáculo se reunían los senadores, y se llamaba curia Pompeya. Allí fué donde Bruto y Casio mataron á Julio César en el año 709 antes de Jesucristo.

Tabularium.—Abajo del Capitolio se ven los restos de este grande pórtico que servía de depósito general de los archivos del Estado.

MONUMENTOS ALZADOS BAJO EL IMPERIO

Anfiteatro Castrense.—Este edificio construído de ladrillo, se halla cerca de la puerta mayor. Por lo que queda, puede reconocerse que constaba de dos pisos; el primero con columnas corintias encajadas en el muro, el segundo

con pilastras del mismo orden. Se llamaba Castrense, porque estaba reservado á las luchas entre los soldados y bestias feroces, y á otros juegos militares que llamaban Ludi Castrense.

Anfiteatro Flavio ó Coliseo.—Ocupa el suelo en donde estaba la piscina de Nerón. Fué edificado por el Emperador Flavio Vespasiano, del cual tenemos dada noticia en otra parte.

ACUEDUCTOS

Acueducto de Alejandro Severo.—Los restos del acueducto que Alejandro Severo mandó construir, para conducir el agua necesaria á sus termas, y que corresponden ahora al de agua Felice, están á milla y media fuera de la puerta Mayo.

Acueducto del Vetus.—En el año 311 antes de Jesucristo los Censores Mario, Curio Centatus y León Papius Cursor condujeron este agua en Roma. Fuera de la puerta mayor se vé una parte del canal de este acueducto, enterrado á mano derecha de la vía.

Acueducto de Appio.—En el mismo año 311, el Censor Appio Claudio hizo construir este acueducto por un surtidor de agua que estaba en la vía de Penestre, á dieciséis kilómetros fuera de Roma.

Acueducto de Claudio.—El emperador Tiberio Claudio, en el año 50 después de Jesucristo, hizo continuar y terminar los trabajos de dos acueductos comenzados 14 años antes por Caligula, é hizo conducir de Sabiaco á Roma, las aguas Claudia y Amene nueva.

Acueducto del agua Feliz.—Se llamó antiguamente alexandrina por el nombre de Alejandro Severo, que fué el primero que la condujo á Roma. Sixto V hizo restablecer los antiguos acueductos, y el agua tomó el nombre de Feliz por él mismo que así se llamaba antes de ser Papa.

Acueducto del agua Julia.—Fué comenzado el año 31

antes de Jesucristo por Augusto, que le dió el nombre de su hijo Julio César. Aun se vé el canal en los muros que se hallan á la derecha, fuera de la puerta Mayor.

Acueducto del agua Marcia.—Los surtidores de este agua se hallan en Arsoli, cincuenta kilómetros fuera de Roma. Los antiguos les consideraban como los más abundantes y de mejor agua. Se concluyó en el año de 145 antes de Jesucristo, por orden del pretor Q. Marcio.

Acueducto de Nerón, sobre el Monte Celio.— En la vía que conduce á San Juan de Letrano y cerca del arco de Dolabella se ven los restos de este acueducto.

Acueducto del agua Tepula.—Toma el nombre del surtidor que así se llama cerca de marino. Ha sido construido en el año 126 antes de Jesucristo. En el muro del cercado, próximo á la puerta mayor, aún se ve el canal de este acueducto.

Acueducto de Trajano (Agua Paola).—Trajano mandó conducir este agua á Roma para uso del Trastévere. Tomó el nombre de agua Paola después de las reparaciones que Paulo V mandó hacer en los acueductos antiguos.

Acueducto del agua Virgen.—El surtidor de este agua se halla entre los caminos de Tivoli y de Palestina. Un acueducto de veintiún kilómetros de largo conduce este agua á Roma. Tomó el nombre de virgen por una joven que hizo ver el surtidor, entonces desconocido, á soldados que tenían sed.

ARCOS DE TRIUNFO

Arco de Constantino.—Ha sido erigido el año 311, en recuerdo de las victorias que este Emperador ganó contra Majencio y Licinio. Las columnas son de orden corintio, las estatuas y bajo-relieves ya formaban parte del arco de Trajano. Está aún bien conservado.

Arco de Dolabella y Silano.—Este arco que se halla so-

Pujar



bre el monte Célio, fué construido en el año 10 de la era vulgar.

Arco de Druso.—Está en la via Appia, algunos pasos antes de las puertas de San Sebastián; fué construido en memoria de las victorias ganadas por Claudio Druso contra los Germánicos. Es todo en trabertino; la bóveda y los adornos son en mármol. Aún se ven dos de las varias columnas de mármol africano que le adornaban. Caracalla se sirvió de este arco para el acueducto que alimentaba sus termas.

Arco de Galieno.—Colocado en el Monte Esquilino, ha sido erigido en el año 270 de la presente era, en honor del Emperador Galieno y de su esposa. Está muy bien conservado.

Arco de Jano Cuadrironte.—Es uno de los arcos que estaban fabricados en varios lugares, para que los vendedores se quedaran en ellos á cubierto. Tiene cuatro fachadas, cada una con un arco. Le adornan doce nichos con estatuas y varias columnitas.

Arco de Pantani.—La unión del antiguo muro del Foro de César y de Augusto, compone el pasage de este arco, que no tiene otro mérito que su antigüedad muy remota.

Arco de Septimio Severo.—En el Foro ha sido construido al principio del siglo III, para recordar las victorias de Septimio Severo y de sus hijos Geta y Caracalla. Es de mármol griego, muy deteriorado por el tiempo destructor.

Arco de Septimio Severo, llamado de los plateros.—Es de forma cuadrada, con un arco solo. Ha sido fabricado á expensas de los banqueros y de los mercantes del foro Boario, y en particular de los plateros, de quienes tomó el nombre.

Arco de Tito.—Ha sido erigido por el Senado y por el pueblo romano en el año 81, bajo el reinado de Domiciano, en honor de Tito, hijo de Vespasiano, para celebrar la conquista de Jerusalén y de la Judea el año 70.

TRES ANTIGUAS BASÍLICAS

La de Constantino.—Fué construída el año 311 de la era Cristiana, por Majencio. Ha sido llamada hasta la mitad del siglo XVIII. Templo de la Paz. Solo la nave septentrional está muy bien conservada, lo restante bastante dañado por el tiempo.

Basilica Julia.—Este magnífico edificio fué comenzado bajo Julio César y acabado por Augusto. Se componía de una grande nave oblonga rodeada al exterior, en la parte inferior, de tres órdenes de pilastras, que unidas entre ellas con arcadas forman un doble pórtico.

Basilica Ulpiana.—Esta era uno de los más suntuosos edificios que el arquitecto Apolodor de Damas había aglomerado en el foro de Trajano.

CIRCOS.

Circo Adriano.—Se halla detrás del mausoleo de este Emperador, llamado el Castillo de Santo Angelo. También se le conoce por el nombre de mole Adriana.

Circo Agonalis de Alejandro Severo.—Ocupaba la plaza ahora también llamada Agonal. No queda de este circo más que las bóvedas que se ven debajo de la iglesia de Santa Inés, de que ya en otra parte hemos hablado.

Circo de Calígula.—Este circo, llamado también de Nerón, fué destruído por Constantino, para elevar en el lugar que ocupaba, la antigua Basílica de San Pedro.

Circo Flamínio.—Fué construído por el cónsul Flaminio; este circo ocupaba el espacio comprendido entre las plazas del Olmo y de Capizucchi.

Circo de Flora.—Estaba en el lugar que hoy ocupa la plaza Barberini.

Circo Máximo.—Situado entre el Palatino y el Aventino.

Dicen que podía contener hasta cuatrocientos mil espectadores.

Las casas y cocheras que aún se ven á los pies del Palatino han sido construídas sobre los restos de las bóvedas y de los corredores que sostenían los escalones del circo.

Circo de Heliogábalo.—Se halla fuera de la ciudad cerca del anfiteatro Castrense.

Circo de Rómulo.—De éste se ven aún restos fuera de las puertas de San Sebastián.

Circo de Salustio.—Se halla á la extremidad del monte Quirinal cerca de la puerta Salara. Este ilustre romano le hizo construir para celebrar en él los juegos anuales en honor de Apolo.

FOROS

Foro de Antonio Pío.—De todos los monumentos que adornaban este foro no queda más que la columna que está en la plaza Colonna.

Foro de Augusto.—Las tres magníficas columnas adornadas de su arquitrabe, que se ven cerca del arco Deipantani, decoraban uno de los lados del Templo de Mars Ultor, que era comprendido en el foro de Augusto.

Foro Boario.—Cerca de las riberas del Tiber, al norte del Palatino y enfrente al Capitolio se halla el foro Boario, así llamado porque servía y aún sirve de mercado para los bueyes.

Foro de Nerva.—Al final de la calle Alexandrina, detrás de la Basílica de Constantino, aún se ven los restos del muro del cercado de este templo, que consisten en dos columnas por mitad enterradas sobrepujadas de un rico arquitrabe adornado de bajo relieves; sobre el arquitrabe se alza un atrio con la figura de Pallas esculpida en bajo relieve.

Foro Olitorio ó mercado de legumbres.—Este Foro estaba adornado de tres templos, bajo de cuyos restos elevaron la iglesia de San Nicolás.

Foro Romano.—Llamado también Campo Vaccino¹, se extiende á la falda del Palatino. Ha sido el lugar más célebre de la Roma antigua por el extraordinario número de magníficos edificios que allí existían, y porque allí el pueblo y el Senado tenían sus asambleas. Se cree que los confines del foro Romano fueran el arco de Septimio Severo, las iglesias de la Consolación y de San Teodoro, las tres columnas que se ven cerca de Santa María Liberatriz, y el templo de la Fortuna. Varios historiadores aseguran que este foro ya existía el año 1084, cuando Roberto Guiscardo saqueó á Roma. Ha servido después para mercado de los bueyes, y por eso tomó el nombre de Campo Vaccino (vacuno).

Foro de Trajano.—Este foro se extendía al lado del de Augusto. El emperador Trajano confió á Apolodoro de Damascia la dirección de los trabajos del mismo. Los pedazos de columna de granito gris que ahora se ven en este foro, son los restos de la magnífica basílica Ulpiana. El mismo emperador había ordenado que erigieran, en el foro que llevaba su nombre, la magnífica columna que aún existe, que él no vió nunca, y que le fué dedicada en el año 114 por el pueblo y por el Senado mientras estaba ocupado en la guerra contra los Partos, durante la cual murió á Selinonte en Cilicia.

Esta columna es de alta cuarenta y dos metros y ochenta y siete centímetros. La estatua colosal de San Pedro que ahora está sobre la columna es obra della Porta.

PÓRTICOS

El de los de Consentes.—En el foro Romano se ven los restos de este pórtico, dedicado á las doce divinidades de Roma.

Pórtico de Octavio.—El emperador Augusto, después de haber acabado la construcción del teatro Marcelo, comenzado por Julio César, hizo elevar alrededor este pórtico, dedicándole á su hermana Octavia. Solamente queda una par-

te de la entrada, cinco columnas, tres pilastras y una cornisa. El arquitecto Bettocoli, lo restauró en el año 1868.

TEMPLOS DE LA ANTIGUA ROMA

Templo de Antonio Pío.—Lo restos de este templo se ven en la plaza di Pietra, cerca de la plaza Colonna. Consiste en doce columnas corintias en mármol blanco estriadas, que sostienen un arquitecabo también de mármol blanco. Estas columnas ahora adornan la fachada de la Aduana.

Templo de Antonio y Faustina, ahora iglesia de San Lorenzo, mirando al foro Romano. Ha sido erigido en el año 147 por decreto del Senado, en honor de Faustina; muerto Antonio añadieron su nombre al de su mujer en la dedicación.

Templo de Baco, ahora iglesia de San Urbano, fuera de la puerta de San Sebastián.—Este edificio estaba adornado de un pórtico sostenido por cuatro columnas corintias de mármol blanco estriadas, que están encajadas en la fachada de la iglesia.

Templo de Ceres y Proserpina.—De este templo no queda más que una parte de la Cella, y diez columnas que están encajadas en los muros de la iglesia de Santa Maria in cosmedin, en la plaza de la Boca della Verita.

Templo de la Concordia.—Se halla en el foro Romano, entre el templo de Vespasiano y la vía del arco de Septimio Severo. Este templo fué construido en el año 388 antes de Jesucristo por Furio Camilo, y consagrado á la Concordia en memoria de las luchas entre los patricios y los plebeyos.

Templo del dios ridiculo.—Se halla fuera de las puertas de San Sebastián. Este templo, que tenía un pórtico sostenido por cuatro columnas, ahora enteramente arruinadas, fué fabricado en tiempo de la segunda guerra púnica.

Templo de Esculapio.—Situado en la isla del Tiber, ha sido elevado después de la peste que arruinó á Roma en el año 461. La iglesia de San Bartolomé está fabricada sobre los restos de este edificio.

Templo de la Fortuna capitolina en el foro Romano.—Este templo, como lo indica su nombre, encerraba el tesoro público. No quedan más que ocho columnas de granito con sus capiteles.

Templo de la Fortuna viril, ahora iglesia de Santa María Egipciaca.—Este es uno de los templos más magestuosos y más antiguos de Roma; fué erigido por Servio Tullio en agradecimiento de haber sido elevado al trono.

Templo de Hércules Custodio.—Cuatro columnas de toba ó piedra volcánica que existen en la cueva y en el patio del convento de Nicolás de Cesarini, son consideradas como restos de este templo, construido por Sila el año 669 de Roma.

Templo del Honor y de la Virtud.—En la vía Apia se ven los restos de este templo, que Marcelo hizo elevar el año 544 de Roma.

Templo de Júpiter Capitolino.—Fué fundado por Tarquino el viejo, y terminado por Tarquino el soberbio su hijo. Estaba en el collado donde ahora está la iglesia de Ara-Cœli.

Templo de Mars Ultor.—(Véase el foro de Augusto).

Templo de Minerva médica.—Esta ruina pintoresca, cuya denominación es falsa, está situada en una viña á la izquierda de la vía de Porta Maggiore (Puerta Mayor).

El Panteón.—Es uno de los más hermosos y grandiosos monumentos antiguos. Agripa lo mandó construir pocos años antes del nacimiento de Jesucristo.

Habiendo sido dañado por un incendio, lo restauraron Adriano, Antonio Pio, Caracalla y el padre de éste, Septimio Severo. Ha sido regalado por el emperador Foca al Papa Bonifacio IV, que lo consagró á la Virgen Santísima y á los Santos Mártires. Las columnas que sostienen el pórtico son de granito, con capiteles muy hermosos. Las columnas de la fachada son de granito gris, menos la que mira á la plaza antigua, las cuales contienen un frontón y una cornisa de dibujo muy bonito. En los nichos están las estatuas de Agripa y de Augusto. El diámetro del templo es de ciento treinta

ta y dos pies, y la altura es de la misma medida. Como todos los templos paganos recibe la luz solamente por la abertura que tiene en medio de la cúpula. Subiendo ciento noventa escalones se llega á ésta. Dos columnas de mármol violado y cuatro pilastras adornan la tribuna del altar mayor, el cual como las seis capillas está en forma de semicírculo en el muro. Un adorno de pórfido rodea al templo. Encima hay como un ático con catorce nichos y la grande cornisa, sobre el cual se apoya la bóveda que forma la cúpula. En las capillas hay otros ocho nichos, y éstos también con un frontón sostenido por dos columnas corintias, ahora reducidas á altares.

El techo estaba cubierto de bronce, Rafael, Sancio, Pierin de la Vega, B. Peruzzi, Anibal, Caracci, y otros célebres artistas están aquí sepultados. Nuestra Señora del Sasso ha sido esculpida por Lorenceti.

Templo de Rómulo y Remo, ahora iglesia de los Santos Cosme y Damián, en el foro Romano.—Las dos columnas de mármol que salen por mitad de tierra á la derecha de la iglesia formaban parte del pórtico de este templo.

Templo de Rómulo, hijo de Majencio.—Se ven los restos de este templo á la izquierda de la vía Apia, cerca de la tumba de Cecilia Metella.

Templo del Sol, construído por Aurelio.—De éste no quedan más que ruinas imponentes, en el jardín del palacio Colonna en la plaza Sancti-Apostoli.

Templo de Venus y de Cupido.—No quedan más que ruinas de este templo, en una viña cerca de la Basilica de Santa Cruz en Jerusalén.

Templo de Venus y Roma.—Por el coliseo se vé la mitad de las ruinas de este templo, la otra mitad se vé en el convento de Santa Francisca Romana.

Templo de Vespasiano, en el foro Romano.—No quedan de este templo más que tres columnas de un estilo perfecto, que sostienen un fragmento de arquitrabe.

Templo de Vesta, ahora iglesia de San Teodoro en el foro Romano.—Aquí las virgenes vestales conservan el fuego sacro y el paladio.

Templo de Vesta, en la plaza de la Bocca della Verita. — No se debe de confundir este templo con el otro de que hablamos antes, que Numa hizo construir en el foro, y en el cual se conserva el paladio. Este debe de enumerarse en la categoría de los templos de Vesta, que pertenecian á las diferentes curias. Del pórtico que rodeaba este templo aún quedan de pie diecinueve columnas estriadas de orden corintio.

TEATROS ANTIGUOS

Teatro de Marcelo. —Fué comenzado por César y acabado por Octavio Augusto, que le dió el nombre de su sobrino. El dibujo es perfecto, tanto que lo toman por modelo. Podía contener treinta mil espectadores.

Teatro de Pompeyo. —Véase la descripción de los monumentos erigidos bajo la República.

TERMAS

La de Agripa. —Próximos al panteón se vén los restos de estos baños, que estaban alimentados por el agua virgen.

Termas de Caracalla ó Antonianas, al principio de la vía Apia. —Fueron construídas en el año 212 de la era cristiana, por el Emperador Antonio Caracalla. Las ruinas de éstas son de las más grandes y de las más imponentes de Roma; constituían una dimensión como un inmenso palacio cuadrado, que medía 341 metros por cada lado, y 1.364 metros de circunferencia; tenían más de veinte salas de recreo y mil seiscientos cuartos para baños.

Las de Constantino. —Han sido las últimas que se destruyeron en Roma. De ellas se ven algunos vestigios en los jardines del palacio Colonna. Tenían ochocientos metros de circuito, y con grande magnificencia.

Las de Diocleciano.—Enfrente de la estación del ferrocarril están los restos de estas magníficas termas, comenzadas por Diocleciano y por Maximiano en el año 302, y terminadas por Valerio y Constantino. Dicen que tenían un circuito de 4.421 metros, y podían recibir 3.200 bañistas al mismo tiempo.

Las de Nerón, llamadas Alejandrinas.—Estaban en el lugar ahora ocupado por el palacio del Senado. Fueron construidas por Nerón en el año 75. Alejandro Severo las hizo engrandecer en el año 229, y entonces tomaron el nombre de Alejandrinas.

Las de Tito.—Estas termas que se hallan cerca del coliseo, fueron elevadas por el Emperador Tito, sobre el lugar que ocupaban la casa y jardines de Nerón.

TUMBAS

El magnífico y grandioso mausoleo de Adriano, ó castillo fuerte del Santo Angel.—Este inmenso máusoleo ha sido edificado por orden del Emperador Adriano, con el objeto de que sirviera de tumba para él y sus sucesores. La base es cuadrada, el mausoleo es redondo. Antiguamente este edificio estaba adornado con muchas estatuas, á los cuatro ángulos de la base había otros tantos grupos de hombres y caballos; se cree también que encima del cornisón sostenido por pilastras, hubiera hermosas estatuas, una de las cuales ha sido hallada en los tiempos de Urbano VII, y ahora se hace ver á Munique de Baviera bajo el nombre de Fauno Barberini. En el museo del Vaticano se conserva la cabeza de la grande estatua en bronce de Adriano que se halla en el lugar ahora ocupado por San Miguel Arcangel. Se cree también que el exterior ha sido incrustado de mármol. Se lee en alguna historia, que el Emperador Honorio redujo este monumento á fortaleza, y que en el año 537 los griegos defendiéndose contra los godos, hicieron pedazos las estatuas, y de éstas se habían servido contra los sitiadores. Pero los daños ma-

yores de este edificio los sufrió en el siglo X, cuando el patricio romano Crescencio, se apoderó de él. Por Alejandro VI el castillo se puso en comunicación con el Vaticano, y en el año 1526 cuando el condestable de Borbón sequeó á Roma, Clemente VII se refugió en él.

Mausoleo de Augusto, en la vía del Pontífice.—Este era un edificio circular de mucha magnificencia, como los restos que quedan hacen ver. Después de haber sido arruinado por Roberto Guiscardo este mausoleo en el siglo XII, se convirtió en una fortaleza ocupada por la familia Colonna, más tarde sirvió para las corridas de toros, ahora sirve para la comedia.

Pirámide sepulcral de Cajo Gestio.—Esta importante Tumba, la mejor conservada de las que quedan en Roma antigua, está situada al lado de la puerta de San Pablo. Tiene la forma de pirámide cuadrangular, por el estilo de las de Egipto.

Una inscripción exterior hace conocer que fué erigida para satisfacer los votos manifestados en el testamento por Cajo Gestio, el cual quiso que sus cenizas fuesen colocadas allí.

Tumba de Lucius Arruntius.—Entre la puerta Mayor y el templo de Minerva médica existen dos Columbarius. Los romanos llaman columbario á los cuartos destinados para depositar las cenizas de muchas personas, construidos ó por los dueños para sepultar sus siervos y libertos, ó por especuladores que vendían los nichos de los mismos.

El primero de los columbarios, situado en el lugar que hablamos antes, ha sido construído por Lucio Arruncio, cónsul bajo Augusto en el año 6 de esta era cristiana, y se compone de dos cuartos.

Tumba de Cneo Pomponio Hila, y de Pomponia Vitaline.—Este columbario situado á la izquierda de la vía Apia, antes de llegar á las puertas de San Sebastiano, ha sido descubierto en el año 1839, en un estado de perfecta conservación. Se vé en él una inscripción en mosaico de Cneo Pomponio Hila, y de Pomponia Vitaline, y muchas otras inscrip-

ciones que se refieren á personajes de la corte de Augusto y de Tiberio.

Tumba de Priscila.—En una viña situada frente á la capilla Domine quo vadis se ven los restos de esta tumba, que fué considerada por mucho tiempo por los Scipiones.

MONUMENTOS DE LA EDAD MEDIA

Casa de Crescencio.—A la entrada de Ponte rotto y frente al templo de la Fortuna viril se eleva una casa antigua toda de ladrillo, adornada en mármoles y de fragmentos de arquitectura de todas las épocas. Ha sido fabricada en el siglo XI por Nicolás, hijo de Crescencio, cuya familia era entonces poderosa en Roma, que hizo de ella una posesión militar. Tres siglos más tarde, es decir, en el año 1377, fué habitada por el último de los tribunos romanos Nicolás Rienci.

Torre del Conti.—Esta torre se eleva en la calle del mismo nombre. Ha sido fabricada en el año 853, más tarde, en el año 1207 Inocencio III, de la familia Conti, la hizo reedificar por Marchionne Arrezo, y en la edad media pasó á ser fortaleza.

Torre delle Milicie.—Véase la inscripción de la iglesia de Santa Catalina de Sena.

VILLAS Ó POSESIONES DE RECREO

Villa Albani, ahora Torlonia, situada fuera de la puerta Salaza. —Ha sido construida hacia la mitad del siglo último por el cardenal Albani, que hizo él mismo el dibujo y confió los trabajos al arquitecto Carlos Marchionni. El cardenal, que era gran conocedor de antigüedades y no perdía ocasión de comprar éstas, llegó á reunir en esta villa un número prodigioso de estatuas, de bajo relieves, de columnas, de inscripciones y de mármoles antiguos, de manera que formó un verdadero museo arqueológico.

Notaremos lo que hay de más precioso. La célebre estatua de Palas, que parece un original griego. El famoso bajo relieve del Antinoó, hallado en la villa Adriana, en Tivoli. Un grande bajo relieve descubierto cerca del arco de Galieno en el año 1764, que se cree representa á Polux que mata á Linceo en venganza de la muerte de Castor, su hermano.

Esta villa queda abierta los martes, desde medio día hasta las cuatro de la tarde á las personas provistas de un permiso que se obtiene dejando su tarjeta en el oficio del palacio Torlonia, en la plaza de Venecia.

Villa Borghese, situada fuera de la puerta del pueblo, á la derecha. Este palacio, que contiene una notable colección de estatuas, está abierto los sábados, de una á cuatro de su tarde en invierno, y de cuatro á siete en verano. Esta villa que es el paseo predilecto de los romanos y de los extranjeros, ha sido construída sobre dibujos de Juan Vissancio, llamado el Flamenco. El palacio contenía una de las más ricas colecciones particulares de Roma, y fué cedido al precio de ocho millones á Napoleón I, por su cuñado el príncipe Camilo Borghese. No obstante, esta villa posee aún una notable colección de estatuas antiguas, aumentadas por nuevas adquisiciones, y por las escavaciones que estos últimos príncipes hicieron ejecutar cerca del Monte Calvi en la Sabina. La estatua más importante de este museo es el simulacro de Anacreonte, que está representado sentado.

Villa Ludovisi, de propiedad del príncipe Piombino, situada en el monte Pincio. Está abierta los jueves, á quien lleva un permiso que se procura obtener por medio de las embajadas ó de los consulados.

Toma su nombre por el cardenal Ludovisi, sobrino del Papa Gregorio XIV, que la hizo construir sobre el terreno que ocuparon los jardines de Salustio. A una magnífica distribución de jardines se añade una cantidad de objetos de arte antiguos muy notables, como estatuas y bustos, de los cuales muchos son de forma colosal, y entre estos, un sátiro ejecutado por Miguel-Angel. Hay tres casitas de campo, la de la izquierda, cuya fachada está adornada de estatuas, de

bustos y de bajo relieves, es arquitectura del Dominichino, la de la derecha contiene una hermosa colección de esculturas antiguas, y un grupo de Plutón que roba á Proserpina, obra del Berminini, y en la tercera, el Guercino pintó en la bóveda la aurora, que es considerada como una de sus mejores obras; además de estos frescos, del mismo artista, hay en ésta frescos de Dominichino y del Zuccari.

Villa Madama, fuera de la puerta Angélica.—Está abierta todos los días. Pertenece como la villa Farnese, al ex-rey de Nápoles. Se vé en ella una muy bonita casa de campo, que ha sido comenzada sobre dibujos de Rafael y terminada después de su muerte por su discípulo Julio Romano, que pintó también el pórtico, el friso de una sala, y una bóveda. En esta obra Julio Romano fué ayudado por Juan de Udina.

Villa Massimi, cerca de San Juan de Letrano.—Esta villa merece ser citada por sus muchas pinturas al fresco que adornan las salas, cuyos sujetos están tomados de la divina comedia del Dante, del Orlando de Ariosto, y de la Jerusalén libertada del Tasso.

Villa Mattei, sobre el monte Celio.—Esta villa, que se eleva cerca de la iglesia de Santa María la Mayor, poseía en otros tiempos muchos monumentos antiguos, de los cuales muchos han sido transportados al Vaticano. El palacio es de arquitectura de Juan del Duca, y en el interior se ven hermosos cuadros de la escuela española.

Villa Medicis (Academia de Francia).—Esta villa ha sido construída en el año 1550 por el cardenal Juan Ricci de Montepulciano, sobre dibujo de Anibal Lippi. Sin embargo, se cree que la fachada de dicho palacio sea de Miguel-Angel.

El Cardenal Alejandro Medici, habiendo venido nombrado para paje de León X, hizo adquisición del palacio y de la villa, hermoseó grandemente el primero, y engrandeció considerablemente la segunda, la cual, aunque se halla en el cercado de la Ciudad, tiene una circunferencia de más de milla y media. La villa y el palacio ahora son de la propiedad del Gobierno francés.

Villa Millini, sobre el monte Mario.—Ahora pertenece á la familia Falconeri. Por la situación que ocupa merece ser visitada por la magnífica vista que se goza de Roma.

Villa Palatina, sobre el monte Palatino. Esta villa lleva el modesto nombre de viña palatina. Se compone de un hermoso jardín, que fué construido á expensas de la familia Mattei, en el principio del siglo XV.

Villa Pamphili-Doria, fuera de las puertas de San Pancracio en el monte Janículo.—Está abierta los lunes y viernes de cada semana. Esta deliciosa villa es una de las más grandes de Roma. Pertenece á la familia Doria, de quien lleva el nombre. Ha sido construida bajo el Pontificado de Inocencio X, por el Algardi. Posee magníficas fuentes con hermosos y caprichosos juegos de agua. Al lado del palacio hay un grande columbarium.

Villa del Papa Julio, fuera de la puerta del pueblo.—Esta casita de campo del Papa Julio III, por la construcción de la cual Miguel-Angel fué consultado, habiendo hecho Vassari los dibujos, tuvo por arquitecto al Vignola.

Villa Torlonia, situada fuera de la puerta Pia.—Visible los miércoles, desde las siete de su mañana hasta las cinco de la tarde, con permiso del Príncipe de Torlonia. Está adornada de preciosas esculturas y de pinturas muy buenas, ejecutadas por artistas modernos.

Villa Wolkonski, situada cerca de San Juan de Letrano y próxima á la Escalera Santa.—Posee un magnífico jardín, por medio del cual pasa el agua Claudia; se ven en ella diferentes fragmentos antiguos. Subiendo á la azotea, se goza de una magnífica vista.

Querido lector; he terminado con el compromiso que tenía contraído de dar algunos detalles, ó reseñar algunos de los muchísimos monumentos que encierra la gran Ciudad, aunque parte de ellos fuesen tomados de algunos documentos de Roma.

Réstame, pues, dar á conocer la despedida de esta populosa Ciudad, y regreso á nuestra Patria, pero antes daremos á conocer la

BIOGRAFÍA

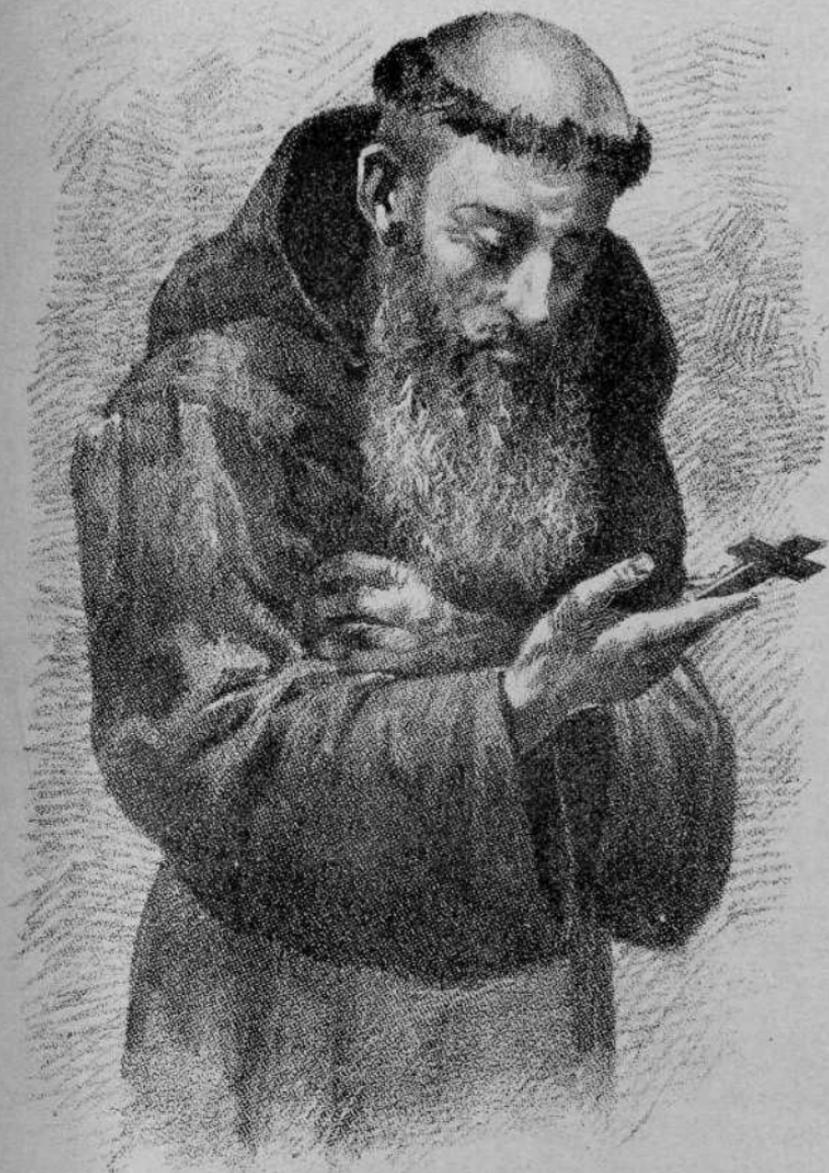
DEL

Beato Fray Diego José de Cádiz,

BEATIFICADO EL DÍA 22 DE ABRIL DE 1894.

Religioso capuchino, natural de Cádiz, en el año 1743, que mereció ser llamado el Apóstol de Andalucía. A los catorce años tomó el hábito en el convento de Capuchinos de Ubrique, y desde su noviciado se distinguió por sus elevadas virtudes; y lo notable es que, habiendo sido de cortos alcances antes de éstos, apenas tomó el hábito hizo grandes progresos en los estudios. En 1767 fué ordenado de presbítero y se dedicó á la predicación con tanto fruto y edificación de los fieles, que parecía se le había concedido el don milagroso de la palabra para mover los corazones y convertir los pecadores. Por todas partes donde predicaba se veían los frutos saludables de su misión, y hay quien dice que se le había concedido el don de lenguas. Desgraciadamente, la envidia y la calumnia se cebaron en él para perderle, y le delataron al gobierno, el cual le impidió predicar en adelante y dió orden al provincial de Capuchinos para que lo confinase en un convento fuera del Arzobispado.

Fray Diego fué desterrado á Cáceres, sin hacer gestión alguna para justificarse; pero bien pronto el mismo gobierno le levantó el destierro, autorizándole para que predicase sin temor. Así lo hizo sin fatigarse jamás, y los pueblos acudieron á escucharle como á un oráculo, como á otro San Vicente Ferrer. En medio de esta vida laboriosa no le faltaron honores y distinciones: muchísimos Arzobispos y Obispos le nombraron teólogo y definidor sinodal: muchísimos



EL BEATO FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

BEATIFICADO EL DÍA 22 DE ABRIL



Cabildos y entre ellos el de Valencia, le eligieron dignidad ó canónigo: muchas Universidades le dieron el honor de catedrático: muchas ciudades le incorporaron en sus Ayuntamientos, y las reales Maestranzas le admitieron por honor entre sus distinguidos capellanes.

Sin embargo, tantos honores y distinciones no lograron hacerle olvidar su sencillez, y en todos sus actos daba pruebas de sincera modestia y profunda humildad.

El mayor de los sinsabores que experimentó fué haber denunciado la Inquisición algunos de sus escritos. Fray Diego tomó la pluma para vindicarse, pero no pudo concluir la obra por haberle sorprendido la muerte en Ronda el año 1801. Cambioso y Verdes, hablando de este venerable, dice así: «fué de ingenio agudo y perspicaz, de una memoria inmensa, pronto en sus acciones, amabilísimo en su trato, su cuerpo era alto, derecho y airoso, su color blanco y sonrosado, la cabeza bien formada, cara aguileña, el pelo negro, hermosos ojos, la nariz recta y delgada hasta su final, boca regular, la dentadura muy unida y blanca. Para la predicación estaba adornado de voz clara, ametalada y dulce, lengua limpia y expedita, expresión natural y sencilla, pero elegante, propia y para todos acomodada.

Pero es más apreciable el elogio que hizo de él nuestro Santísimo Padre León XIII, en un discurso con motivo del decreto sobre su canonización, como veremos después.

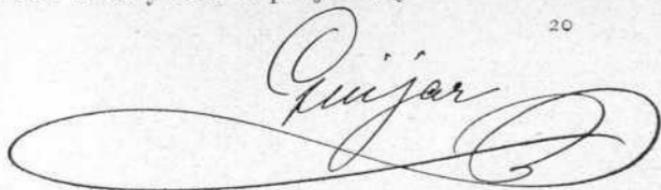
DECRETO PARA SEVILLA

de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios Fray Diego José de Cadiz, Sacerdote profeso de la orden de Menores Capuchinos del Seráfico Padre San Francisco de Asis.

SOBRE LA DUDA.

«Si consta de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y con el prójimo, y también de las car-

Quijar



dinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza, y de sus anejas, en grado heróico, en el caso y para el efecto de que se trata».

Entre las muchas cosas en que se distingue la generación española, debe de contarse como una muy especial la de haber producido muchísimos campeones sobremanera beneméritos, por haber defendido los intereses de la religión católica, y adalides denodados para confundir la desatentada audacia de sus impíos enemigos.

Entre estos adalides puede contarse á la conclusión del pasado siglo, el venerable Diego José, que habiendo nacido de noble linage, en Cádiz, ciudad del reino de Granada, pasó los primeros años de su integérrima vida en prodigiosa austeridad, y en el ejercicio de las demás virtudes cristianas. Deseando empero llegar á la cumbre de la más sublime perfección, alcanzó ser admitido en la ínclita familia de los frailes Menores Capuchinos del Seráfico Padre San Francisco, donde como arbol fructífero plantado junto á la corriente de las aguas, floreció, de modo que al mismo tiempo de vestirse con la humildad exterior del áspero hábito del Seráfico Padre, se revistió igualmente de sus costumbres, especialmente del abrasado amor á la cruz de Cristo, y del espíritu de su ardiente caridad. Esta caridad en tanto grado penetró su corazón, que aun siendo de tardo ingenio y no teniendo bastante expedita locución fué elegido sin embargo, por especial providencia del Señor, para el ministerio de anunciar á los pueblos la verdad Evangélica, viéndose transformado repentinamente en un nuevo apóstol. Anhelando con indecible ardor la sola gloria de Dios y la salvación de las almas, nunca abandonó la oración, el ayuno, los viajes y los trabajos, para predicar en todas partes el Evangelio de la penitencia para la remisión de los pecados, recorriendo á este intento los pueblos y las ciudades de casi toda la nación ibérica. A sus sermones acudía inmensa multitud de hombres de todas clases de la sociedad, y extirpaba con su poderosa palabra las malas doctrinas y los vicios, y enseñaba á todos el camino recto del

Cielo. Enriquecido con los preciosos dones de la divina libertad, derramaba como lluvia las palabras de su sabiduría, y como si fueran fuego, incendiando también los corazones empedernidos, de modo que nadie podía resistir al espíritu con que hablaba.

Por esto se le miraba y se le tenía generalmente por varón Santo enviado por Dios, y como otro Santiago ó Vicente Ferrer, dado para la salud de España.

Y prosiguiendo en los trabajos de su admirable apostolado, consumido más por la caridad y celo por el honor divino, que por falta de fuerzas; después de haber recibido fervorosamente los Sacramentos de la iglesia, murió santísimamente en el ósculo del Señor, en Ronda, población de la diócesis de Málaga, el día 24 de Marzo de 1801, á la edad de 58 años.

La grande fama de santidad que había adquirido en la opinión de los hombres, durante su vida, se difundió más y más después de su dichosa muerte, con especialidad en España. De vuelta la paz á la religión y al Estado, se instruyó proceso por la autoridad ordinaria en el Arzobispado de Sevilla, y después de aprobados, el Sumo Pontífice Pío IX (de santa memoria), firmó de su propia mano la Comisión de la introducción de su causa el día 15 de Enero de 1863.

Expedidas después letras remisoriales, se formaron procesos Apostólicos tanto en el Arzobispado de Sevilla como en el Obispado de Málaga. Aprobada su validez, y cumplidos otros requisitos que debían proceder según las Constituciones Apostólicas, se procedió al severo examen de las virtudes en la Sagrada Congregación de Ritos, cumpliendo con las tres informaciones acostumbradas. Primeramente en las juntas antepreparatorias, el 12 de Junio del año 1877, celebradas en los salones del Reverendísimo Señor Cardenal Capalti, impedido entonces por conformidad. Después en la reunión preparatoria verificada en el palacio Pontificio del Vaticano el 3 de Febrero de 1880.

Ultimamente en las mismas habitaciones vaticanas en la

congregación general tenida en presencia de Nuestro Santísimo Padre León XIII, el día 24 de Mayo en el año anterior 1883.

En esta congregación el mismo reverendísimo cardenal Domingo Bartolini, prefecto de la Congregación de Sagrados Ritos, sucesor del cardenal Anibal Capalti, relator (ya difunto, de buena memoria), propuso la siguiente duda: «Si constaba (ciertamente) de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y el prójimo y así mismo de las cardinales, Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y sus anejas en grado heroico en el caso y para el efecto que trata?» Y los reverendísimos cardenales y padres consultores declararon su parecer guardando para ello el orden debido; mas Nuestro Santísimo Padre suspendió declarar su juicio supremo y suplicó á todos los presentes que dirigiesen con él fervientes súplicas al Señor, pidiéndole se dignase comunicarle del tesoro de su divina sabiduría más abundantes luces y seguro acierto en tan grave negocio.

Finalmente, Nuestro Santísimo Padre llegado este santo día del domingo de Septuagésima, habiendo ofrecido piadosísimamente la Hostia saludable en su capilla privada, llamó á presencia en el salón más noble del mismo palacio Vaticano al mencionado reverendísimo cardenal Domingo Bartolini, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos y relator de esta causa, juntamente con el R. P. Agustín Caprara, promotor de la Santa Fe, y á mí el infrascrito secretario, y puestos todos tres en su presencia los declaró: «Constaba de las virtudes teologales Fe, Esperanza y Caridad para con Dios y el prójimo y también de las cardinales Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza y sus anejas, del venerable siervo de Dios Diego José de Cádiz, en grado heroico, en el caso y para el efecto de que se trata, y mandó publicar este decreto y colocarle en las actas de la Congregación de Sagrados Ritos. Día 10 de Febrero del año 1884.

Domingo cardenal Bartolini, prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos, lugar del sello † Lorenzo Salvati, secretario de la S. C. de R.

DISCURSO DE SU SANTIDAD

con motivo del decreto sobre el venerable
Diego José de Cádiz

De la lectura de los decretos aparece claramente cuántas y cuan grandes fueron las virtudes del venerable siervo de Dios, Diego de Cádiz; y Nos nos sentimos regocijados al haberlas glorificado declarándolas heróicas y confirmándolas con el sello de nuestra suprema autoridad.

Lo que más admiración nos causa en la vida del venerable Diego de Cádiz, es la fuerza portentosa de su milagrosa palabra, por medio de la cual se han reproducido los asombrosos prodigios de los tiempos apostólicos.

Este humilde franciscano no estaba dotado de grandes talentos, ni de cualidades ni recursos especiales, y sin embargo sabía llevar tras de sí en toda España multitudes inmensas, á las que mantenía durante horas enteras suspendidas de sus inspirados labios.

Donde quiera que se encontrara, las gentes se agrupaban conmovidas y ansiosas de oírle, y su voz sencilla y penetrante cautivaba los corazones y arrastraba á la multitud, produciendo los más saludables efectos para los individuos, para la familia y para la sociedad. De suerte que hasta los funcionarios públicos venían á recibir sus consejos y exhortaciones, y el mismo soberano de España le pedía á menudo luces y oraciones para el buen gobierno de su reino.

Tan cierto es que la palabra divina anunciada con dignidad, no solamente ilumina las inteligencias y purifica los corazones, sino que al mismo tiempo es fecundísima en frutos de bienestar para la sociedad. Donde quiera que esta palabra puede esparcirse libremente, las verdades del Evangelio resplandecen con vivísima luz, y por ella se vé revivir entre los pueblos el sentimiento del orden, del deber y de la justicia.

He aquí, queridísimos hijos, un alma elegida en la que resplandecen virtudes heróicas, que Nos presentamos hoy al mundo, y que ha producido el bello jardín del claustro sagrado, bajo la disciplina del Seráfico Patriarca de Asis.

Pero el mundo no comprende nada de esto, y es porque en el odio profundo de que está animado contra las órdenes religiosas, tiene enablada contra ellas una guerra loca é impía, así Nos lo decimos, porque lo que quieren es poner la mano sacrilega sobre estas santas instituciones queridas é inspiradas por Dios, que son el ornamento y gloria de su iglesia, y que por sus obras han merecido muchísimo de la religión y de la humanidad. Y esto no basta; y después de suprimidas las familias religiosas, van todavía sin sombra de motivo hasta turbar la tranquilidad de sus miembros aislados y hasta llenar de amargura y de angustias siempre renovadas, los últimos días de su vida.

También es este para Nos un motivo de indecible tristeza, y no nos queda otro consuelo que suplicar al Señor con fervorosas oraciones que se digne refrenar la creciente audacia de sus enemigos y contener sus insensatos y culpables designios.

Entre tanto, para que vuestra confianza en Dios aumente y se robustezca, recibid queridísimos hijos, la bendición apostólica que á todos os damos con toda la efusión de nuestro corazón.

Dignidades ó títulos del V. P. Diego José de Cádiz.

Ya que ahora el Supremo Jeraarca, el Vicario de Cristo en la tierra declara heróicas las virtudes del venerable Fray Diego José de Cádiz, parécenos oportuno, dice el diario de Sevilla, publicar la lista de los títulos, honores y condecoraciones de que á porfía le colmaron la iglesia, las comunidades religiosas, los cabildos eclesiásticos y seculares, los cuerpos colegiados, las órdenes militares, los institutos de la nobleza y el trono, emulando unos á otros el manifestarle respeto y

admiración, y pagando tributo á esas mismas virtudes que tan alto hoy ensalza el maestro y doctor infalible, el sucesor de Pedro.

Excusamos decir que el santo y humilde capuchino jamás usó ningún título profano, y que estos que hoy sirven para patentizar la unánime opinión de sus contemporáneos respecto á su virtud y merecimientos, solo fueron otros tantos medios de que el venerable ejercitase su profunda humildad y cristiana obediencia.

He aquí el largo catálogo de aquellas distinciones:

Era el venerable Fray Diego José de Cádiz, Capellán y Vicario general de la armada de Su Magestad y Reales ejércitos á consulta de la Cámara de Castilla. Examinador Sinodal de los Obispos de Córdoba, Jaén, Málaga, Cádiz, Ceuta, Guadix y Almería, y de la Abadía de Alcalá de Henares, consultor en divinas y humanas letras y ciencias por Decreto de Carlos III. Doctor en Artes, Sagrada Teología y Jurisprudencia por las Reales Universidades de Sevilla, Granada, Valencia, Osuna y Gandía. Maestro graduador del Sacro Monte y de San Pelagio en Córdoba. Canonigo y Dignidad de la santa iglesia de Jaén, y honorario de la Patriarcal de Sevilla y de la de Zaragoza. Uno de los consultores extraordinarios de la santa romana Inquisición, sita en Bolonia, por concesión del Santo Padre Pío IV. Grande de España cubierto, honorario, por Su Magestad Católica con calidad de Príncipe. Obispo electo de Santander, que renunció. Calificador de la suprema y general Inquisición y su segundo Comisario, en virtud de santa obediencia. Predicador de la Corte y Consejo privado de Sus Magestades. Capellán de las Reales Maestranzas de Caballería de Sevilla y Granada y Maestrante de la Ronda. Prefecto honorario de la Suprema Junta Decana de los Gabinetes de España, Roma y Nápoles. Custodio definidor, Cronista providencial y Censor honorario. Viceprior de las cuatro Cartujas. Subregente de las Academias de Oratoria y Bellas Letras. Defensor de la Fe por gracia y nombramiento de los Excmos. Sres. de Malpica. Caballero

gran Cruz de Carlos III, honorario. Gentil hombre de Cámara de Su Magestad, honorario. Caballero de las órdenes militares de Santiago y de San Juan. Hayo de honor de los Serenísimos Infantes Príncipe de Asturias y de Parma, y Princesa del Brasil. Compatrono y tutor por el Príncipe de la Paz, de todas las Escuelas y obras Pías de Extremadura y Estados de Medinaceli. Caballero veinticuatro de Sevilla y Córdoba. Regidor perpétuo de Cádiz. Caballero Jurado de Écija, Jaén y Málaga. Segundo Apóstol, dignidad Cardenalicia de la insigne Catedral Compostelana. Autorizado por varios Sres. Obispos para poder conceder en beneficio de los fieles tantas indulgencias, cuantas ellos pudieran otorgar en su diócesis. Fué llamado oráculo del siglo y venerado como varón de virtudes y portentos.

El 24 de Marzo de 1801, voló su alma al Cielo, acaeciendo su glorioso tránsito en Ronda, cuando contaba 58 años menos seis días de edad.

EL MENSAJERO SERÁFICO.

Amaneció por fin el día 19 de Abril, en el que como ya sabíamos (por nuestro dignísimo primer jefe de esta provincia de Valladolid, Excmo. Sr. Marqués de la Solana, y por los anuncios fijados en varias partes, en particular en las dos grandes columnas del suntuoso pórtico del Vaticano); los peregrinos de Madrid, Valladolid, Zamora y otras provincias, sin ninguna detención habíamos de estar en la estación de Trastévere, y dicho se está que teníamos que ser puntuales á las diez de su mañana, hora en que se nos citaba.

Todos como es de suponer, teníamos arreglado de antemano nuestro pequeño equipaje, para cuando llegase la hora señalada no nos quedaba, pues, otra cosa que hacer que ir á prosternarnos por última vez al suntuosísimo sepulcro donde reposan las venerandas cenizas del Príncipe de los Apóstoles.

Y digo última vez, porque la inmensa mayoría de los

que allí nos hallábamos, no tendríamos la dicha de volver á venerar este sepulcro, aunque la esperanza solo se pierde con la vida. En efecto, amaneció aquel día, como he dicho, que no sé cómo llamarle, si de alegría ó de tristeza, porque claro está; ¿quién que se halle fuera de su patria, muy distante de su querida familia, que sabe va á regresar á su seno, no siente una especie de singular placer? ¿y quién que se halle en la populosa ciudad santa, en la que tantos recuerdos y grandes maravillas se encierran, y que al quinto día de su estancia, cuando apenas ha comenzado á saborear, digámoslo así, los encantos y grandezas sin cuento que allí hay, y en ese día señalado tiene sin más dilación que emprender el camino de regreso, no siente una especie de tristeza? A pesar de lo quebrantado que estaba cuando nos retiramos la noche anterior á descansar, y lo tarde que era, apenas pude conciliar el sueño, pensando en que teníamos que dejar aquella ciudad que tantas impresiones había quedado en nuestra mente, alternando con los recuerdos lisongeros de nuestra inolvidable familia, como igualmente en las consecuencias que pudieran seguirse en un viaje tan largo, y mayormente en la travesía del muy agitado Mediterráneo. Todo eso no fué obstáculo alguno para que, como he dicho, siguiendo mi costumbre tan antigua, á los primeros destellos de la mañana abandonase el lecho después de haber dado gracias á Dios en unión de mis buenos compañeros, dejándoles que descansaran algún tiempo más aunque este fuese corto. ¡Con qué alegría y ligereza bajé las ciento once escaleras que había hasta descender á la puerta de salida, á pesar de mis cincuenta y dos años, mayormente cuando tañía la campana de la vecina iglesia de San Celso, según descendía por aquellas dilatadas escaleras de piedra, con un tañido tan vibrante que me parece tenerle entre los oídos. Una vez en la calle tan temprano, que apenas se distinguía el día, dirigí mis primeros pasos á la mencionada iglesia, donde oí la primera Misa, recibí el divino Pan Eucarístico á manera de despedida en aquel pequeñito pero suntuosísimo templo, á imitación del viajero prevenido que antes se

prepara de todo lo que le es más necesario y útil para su jornada.

¡Con cuánto placer recuerdo todas estas cosas! Cuando entraba por la mañana tan temprano en aquel recinto para oír la santa Misa y al mismo tiempo comulgar. En la primera mañana, como ya en otra parte he dicho, entré como un poco receloso; lo primero por ser extranjero y verme solo, lo segundo porque era tan temprano y entre gente desconocida... pero ¡ah! me equivoqué grandemente cuando vi con qué amabilidad me ofrecían sus reclinatorios, como allí tienen por costumbre.

No pensé como debía y ni aun siquiera me acordé que los católicos de verdad como dóciles ovejas, todas sin distinción de reinos, sexos, ni condiciones no son más que un solo rebaño y no reconocen más que un solo Pastor supremo que hace las veces de Cristo Jesús en la tierra, y de consiguiente tienen todas el mismo pasto para su alimentación espiritual.

Muy bien de gente de ambos sexos (de los naturales) asistían al santo sacrificio á pesar de ser tan temprano; yo puedo decir que en las cinco mañanas que asistí, me parecía hallarme entre gente conocida, y que estaba allí con toda confianza, como pudiera estar entre amigos.

Terminada la primera Misa, llegaron mis compañeros de hospedaje á tiempo que se daba principio á la segunda, y terminada que fué, nos retiramos en compañía con dirección al hospedaje, pues en este día, como ya estaban los patronos al corriente de nuestra salida que sería á las diez de la misma mañana, tuvieron por necesidad, y contra nuestra costumbre, servirnos el desayuno á las seis, hora en que llegamos de la ya referida iglesia de San Celso.

Terminado este frugal alimento, en el muy breve tiempo que nos restaba hasta nuestra retirada, claro está que le teníamos que aprovechar cuanto mejor nos fuera posible, y sin pérdida de él pasamos el Tiber por el grandioso puente de Santo Angel, junto al enorme é imponente castillo del mismo nombre, (cuya explicación queda hecha en

el sitio que le corresponde), con dirección á la estupenda mole del Vaticano, y prosternarnos por última vez ante aquel luminoso foco de luz, que despide cual perenne antorcha el sepulcro del Santo Apóstol Pedro.

En efecto, llegamos con nuestro cuerpo donde ya hacia mucho tiempo que estaba nuestro espíritu, al precioso jardín, principio y fundamento de las riquísimas flores de todas las virtudes, que con sus más bellos aromas, embalsaman y circundan toda la redondez de la tierra... quiero decir, para todos aquellos que no han perdido el sincero afecto de la fe, la esperanza y caridad.

¡Con qué placer deben recordar todos los peregrinos aquella última visita, como despedida, al primero de los templos de la cristiandad, donde tantos héroes de virtud y santidad se han considerado dichosos, teniendo como gracia especial, pisar sobre aquel riquísimo pavimento, y donde según la tradición y las escrituras era el lugar donde tantos mártires derramaron su sangre como valientes soldados de Cristo, á manos de los verdugos mandados por los crueles Nerones, y que allí mismo eran sepultados!

Yo, por lo que á mí toca, recuerdo aquella última visita con tanto placer, que mi pensamiento se deleita y se embriaga con una dulzura sin igual, cual la abeja en su delicioso panal.

Nuestra última entrada y despedida en aquel día no fué con aquella alegría y entusiasmo que los días anteriores; los días que nos han precedido llevábamos la esperanza y la convicción de que íbamos á tener (como tuvimos) la dicha de ver al gran León XIII, no como quien va á ver á un hombre de más ó menos categoría ó dignidad, sino bien convencidos de que, en aquel venerable anciano, en primer lugar veíamos al representante de Cristo-Jesús en la tierra, como Maestro de la verdad infalible; en segundo lugar le contemplábamos como el sucesor de Pedro y pastor universal de la grey de Cristo con todo el poder y potestad que recibiera de Jesucristo el primero de los Apóstoles, y en tercer lugar, como á un Padre cariñoso,

dispuesto siempre ha impetrar del Cielo los auxilios divinos á favor de sus hijos.

Por eso digo que, en esos días, nuestra memoria por tales acontecimientos era lisonjera y agradable; nuestra estancia en aquel suntuosísimo templo, con tanta aglomeración de peregrinos, entusiasmados y llenos sus pechos de amor hacia su cariñoso padre, imposible de guardar aquel respeto y veneración que son debidos á la casa y templo donde mora el Dios omnipotente. Por esa razón, como en otra parte he dicho, nunca entré en ningún templo no siendo con el respeto y veneración que á la casa y templo del Señor corresponde, y en estos días pasados me ví así como obligado por una fuerza interior, no sólo á hablar cuando así lo exigían mis buenos hermanos, sino á prorrumpir en calurosas y entusiastas exclamaciones y á derramar lágrimas de alegría.

¡Cuán diferente es nuestra entrada en este día en aquel grandioso templo, conjunto de tantas maravillas! Páreceme ver en este momento á tantos hermanos nuestros que sin duda pensaron como yo y antes que yo llegaron, páreceme verles, repito, rodeando al suntuosísimo sepulcro del Príncipe de los Apóstoles como corderos obedientes, de rodillas y en ademán suplicante dirigiendo sus preces al Altísimo por intercesión de su discípulo amado. ¡Qué magnífica lección, digna de ser imitada! ¡Cuántas súplicas por la salud del santo Padre, por su libertad y poder temporal y demás fines de la iglesia santa! En aquel momento daba principio en varias capillas la santa Misa por sacerdotes peregrinos, que tuvieron la grande dicha de celebrar el santo sacrificio en la primera iglesia del mundo, y también allí oímos Misa de despedida; luego como la gente era poca recorrimos con algún despacio las suntuosas capillas, admirando tanta grandeza y maravillas como allí hay.

Concluída la tarea de nuestras visitas, como la hora no se hacía esperar, me fuí por última vez al sepulcro del Santo Apóstol Pedro, me enteré con despacio de tan grande magnificencia, no pudiendo descender al magnífico subte-

franco por estar cerradas las puertas de la magnífica verja dorada, pero no obstante, desde arriba vi perfectamente su grandeza y sus noventa y tres lámparas, de arriba abajo colocadas con gran simetría formando un hermoso contraste.

Por fin me arrodillé ante aquel sepulcro venerando, y una breve oración fué mi despedida, quedando allí depositada una lágrima y juntamente los afectos de mi corazón.

Con todo el recogimiento y respeto posible, y afectado nuestro corazón por el sentimiento de nuestra tan temprana salida, nos retiramos de la grande, hermosa y magnífica Basílica, de eterna memoria para los peregrinos españoles, sin nunca cansarnos de contemplar sus grandezas presentes y sus victorias antiguas.

Bajamos despacio sus setenta y siete dilatadas y hermosas escaleras, y en su riquísima y grande plaza cuyo hermoso pavimento queda descrito, allí al pie del grandioso obelisco que tanto se presta para la contemplación por haber sido como un testigo mudo de tanta sangre de mártires derramada por los Césares, Augustos y Nerones, y haber servido posteriormente de adorno en sus jardines que ocupaban el mismo terreno que hoy ocupa el Vaticano, y ahora con voces muy elocuentes publica las victorias de la religión santa, ostentando en su colosal altura el signo glorioso de nuestra redención.

Ya eran las nueve cuando regresamos á nuestro hospedaje, teniendo siempre presente la hora de nuestro regreso. Nuestros patrones que estaban aguardando, mientras bajamos nuestro pequeño equipaje prepararon lo necesario para servirnos la comida antes de salir.

Terminada que fué, ínterin nos despedíamos muy afectuosamente de aquella buena gente, uno de la familia marchó á buscar un coche. Nuestros buenos amigos y compañeros de hospedaje de la provincia de Valencia no se hallaban á nuestra despedida, porque para ellos que no tenían que salir hasta el día siguiente, no era hora de comer, y en este supuesto nos despedimos de ellos á la hora del desayuno con todo el afecto de sinceros amigos. Eran las diez y

algunos minutos cuando llegó el cochera y con un apretón de manos y un afectuoso adiós nos retiramos de la casa de nuestros bondadosos patronos.

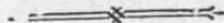
Poco tiempo tardamos en llegar á la estación de Trastévere, pues iban al trote largo ó más bien á todo escape los caballos, de suerte que á las diez y media ya estábamos entre gran parte de nuestros hermanos peregrinos allí reunidos, y á las once ya estaban todos, sin faltar ni uno. El día estaba despejado con un hermoso cielo azul, el sol radiante y sin molestarnos con el calor de sus luminosos rayos, el paisaje que ofrecía á nuestra vista, como ya referí á nuestra llegada, encantador y ameno con sus perfumados valles y amenas praderas de un verde obscuro, matizado por la variedad de flores campestres, todo en fin, convidaba á los peregrinos españoles y contribuía á hacerles agradable el corto tiempo que tardaron en preparar los trenes.

¿Qué alegre y de grato recuerdo para los peregrinos debe de ser todo esto? pareceme ver aquel pequeño ejército tomar asiento, cada cual en el coche donde mejor le parecía, ó porque allí fuesen reunidos sus parientes, conocidos y amigos más íntimos; pero nos parecía que el tren tardaba en ponerse en marcha y, en su mayoría vuelven á descender, y por una coincidencia rara, ó bien por entretener el tiempo, todos se diseminan buscando caprichosas y muy raras piedrecitas en aquel grande espacio que comprenden los alrededores de la estación, y habiéndolas encontrado en gran número, este hallazgo al parecer infundía alegría en los ánimos de los peregrinos.

Sin duda con este pueril entretenimiento olvidaban las impresiones causadas con la triste despedida de aquella ciudad inolvidable y de nuestros simpáticos patronos. Todas estas cosas, es cierto, afectaron bastante el corazón tierno y compasivo de los peregrinos, ¿cómo negarlo? ¡Ah! La afectación ó pesar que sentían en su amante corazón, ello mismo lo dice, provenía del amor, pero de ese amor puro y santo que ama sin interés ni egoísmo, sin otras miras particulares más que por complacer al objeto amado, mayor-

mente cuando este objeto es correspondido fielmente á las finezas del amante. En efecto, á varios compañeros peregrinos oí expresarse así: venimos con el corazón lleno de dolor al considerar el gran número de peregrinos que hemos acudido á ver á Nuestro Santo Padre León XIII, conformándonos solo con visitarle sin pretender siquiera pedir su libertad; nuestra sangre hubiéramos derramado con gusto por conseguirla si necesario hubiese sido. ¿Qué vale le hayamos dado algún consuelo con nuestra visita como buenos hijos, y él nos haya recibido con paternal cariño como verdadero y amoroso padre, sino hemos obrado con aquel amor sincero del hijo que ciegamente ama á su buen padre, que viéndole en prisiones, no perdona ningún sacrificio aunque éste sea derramando hasta la última gota de su sangre, hasta conseguir su libertad? Y respondían otros: cierto es lo que dices, pero hemos obrado como hijos prudentes; día vendrá, quizás esté cercano, que Dios omnipotente que, sin voces arregla las cosas, llevándolas al fin para que las creara, haga con los carceleros del Santo Padre actual lo que en otro tiempo hizo con los del Príncipe de los Apóstoles, que caiga la venda que cubre sus ojos, y entonces reconozcan en aquel venerable anciano el representante único y verdadero del que es autor de cuanto existe en el cielo y en la tierra, y del mismo que quiso morir con tantas afrentas en una cruz, y por consiguiente, le reconozcan como Supremo Pastor, con toda potestad temporal, y como Maestro infalible de la verdad.

A mí, decía otro, me dá pena recordar conque gracia sonreía dándonos su bendición, y como si nos quisiera á todos abrazar tendía sus débiles brazos, poniéndose de pie cuando le llevaban en la silla gestatoria, y me llenaban de gozo y entusiasmo aquellos prolongados vivos al Papa-Rey. ¡Cuántas lágrimas se derramaron mezcladas con el pesar y la alegría más sincera.





CAPÍTULO IV

Arranque del tren de la estación de Trastévere — Llegada á Civita-Vecchia.—Embarque en el puerto del mismo nombre.—Llegada y desembarque en el de Valencia.

ENTRETENIDOS en nuestra pueril tarea de buscar piedrecitas, como ya quedo indicado, estábamos los peregrinos, cuando sonó con estrepitoso ruido el silbato de la máquina que nos tenía que llevar hasta la estación de Civita-Vecchia, y al ruido de aquella aguda corneta, el batallón, digámoslo así, de la gran milicia de Jesucristo, tan diseminado como se hallaba, no tardó, sin faltar uno, en volver á ocupar sus asientos en los respectivos coches. Pero ¡ah! no era aquel silbido tan tremendo el precursor para que el tren arrancase veloz, como el meteoro cruza el espacio, era tan solo una voz preventiva, para que todos estuviésemos alerta en aquel solemne momento de partir, porque estando fuera de su patria, hubiese sido triste que, por descuido hubiese quedado en tierra alguno, y mayormente estando por el medio el temible Mediterráneo.

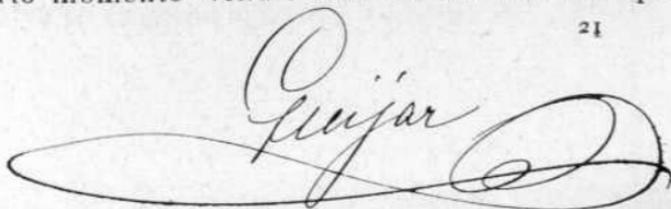
Por eso digo que al primer toque de prevención, los mi-

licianos de Jesucristo, poco versados en los toques de las marchas terrenas, creyeron que aquel era el momento de partir, cada cual con la agilidad del corzo se precipita á ocupar su correspondiente asiento.

Pocos minutos se pasaron cuando se oyó un segundo aviso, que también era como punto de atención, pero aquella vez era para los peregrinos como una gran voz de sus jefes que les mandaba ser obedientes y estar preparados para no caer en la gravísima pena de quedar en tierra y fuera de su patria. Mirando todo esto con un poquito de atención, en particular entre verdaderos creyentes católicos (como decíamos en nuestra introducción). ¡Cuán bien se presta á la meditación del viaje eterno! ¡Cuántos llamamientos y toques en nuestros corazones nos dá Dios á cada uno!... ¿Qué son las horas que sin cesar pasan... sino voces de la corneta, y voces muy elocuentes que nos dicen?... hombre pecador, prepárate que el tiempo es muy breve, y al dar la hora solemne de partida para el eterno viaje sino estás prevenido, te quedarás en tierra, y en tierra ajena y ¡ay de tí si te quedas en tierra! ¡Contempla que después de quedar en tierra ajena hay de por medio un terrible Mediterráneo, cuyo abismo no tiene fin y nunca jamás podrás llegar á tu reino!

Estas y otras muchas consideraciones, muy útiles por ser ciertas, se pueden sacar del viaje que estamos narrando, y ojalá que muchos hermanos nuestros que viven tan descuidados como si esto no fuera verdad, supieran aprovechar tan importantes reflexiones, pero como el asunto de que tratamos no es de esa índole, volveremos al que nos ocupa.

En el momento en que se dejó oír un tercer silbido de la máquina, ya se nos daba á conocer que era el último aviso, pero en este tiempo aparece un joven italiano vendedor de periódicos, escritos en español, ofreciendo el discurso pronunciado el día anterior en el Vaticano, por el Eminentísimo Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés, y la respuesta dada por el representante de Su Santidad, y en aquel corto momento vendió cuantos llevaba. Tan pronto



concluyó de pitar la máquina (según costumbre), cuando un empleado agita la campanilla con bastante agilidad, y á la hora de las once y treinta y cinco minutos, el tren tomó movimiento. En aquel momento, puesto ya el tren en marcha, nos despedíamos con entusiasmo de los amables individuos de la Junta organizadora que tuvieron la amabilidad de salir hasta allí, para despedirnos en el andén, como también de los muchos italianos que salieron con el propio objeto, nosotros con un afectuoso adiós y agitando los pañuelos, y ellos correspondiendo con la mayor fineza.

Entre los más entusiastas vivas al Papa-Rey, por una y otra parte, perdimos de vista aquella buena gente que nos despedía con muestras de simpatías, y aquella inolvidable ciudad de Roma, que tantos recuerdos ha quedado grabados en la mente de los peregrinos españoles.

El tren, con la velocidad que camina por aquella tierra, que regularmente es mayor que aquí, iba acortando las distancias por momentos.

Ya que el tren se había internado en la profundidad de aquellos hermosos valles y verdes praderas, los peregrinos silenciosamente y muy satisfechos de haber cumplido con la misión que se les había encomendado, consideraban que muy pronto tendrían término las fatigas y sobresaltos, que jamás faltan en los viajes largos; iban, digo, contentos, y si se quiere divertidos, contándose unos á otros las emociones que habían experimentado al retirarse de la casa de sus amables patronos, oyendo á muchos elogiarlos y á ninguno quejarse de ellos.

A medida que el tiempo transcurría, el tren con sus pasos de incansable gigante, iba salvando valles y cerros; de cuando en cuando se ofrecían á nuestra vista amenos paisajes, bien una grande y vasta llanura cubierta de hermosos sotos, que con la frondosidad de sus alamedas recreaban nuestra vista, ora un alto cerro cubierto de frondosas encinas, entre las cuales se veían multitud de ganados domésticos, ó bien amenos valles de agricultura, con unas sementeras bastante adelantadas. Los peregrinos, en su

mayoría, se divertían cantando himnos que con su melodía hacían agradable el tiempo.

Estábamos á la mitad ó más del trayecto que media entre Roma y Civita-Vecchia, cuando ya se iba costeano el mar.

¡Triste espectáculo para muchos peregrinos! digo triste espectáculo para muchos, porque á los que son más cobardes ó tímidos se les ponía, con tal recuerdo, de manifiesto toda su ferocidad, recordando en el momento de verle los días pasados, cuando todo era angustia y dolor, y cuanto que habían pasado, mayormente, aquella inolvidable noche en el golfo de León. ¡Qué hermoso y cuán deliciosa vista ofrece el mar! decían algunos. ¿Si estuviera así como ahora, durante la travesía? Verdaderamente que cuando le divisamos é íbamos cerca de él, por estar muy próxima la vía férrea, era una vista encantadora la que ofrecía.

El día, como ya se ha dicho, estaba resplandeciente y sereno, ni una nube se veía en el despejado firmamento, la mar, hermosa cual un montón de ricas perlas con un horizonte lejano... dejábase ver una inmensa llanura... que con la poca brisa que corría, ponía sus cristalinas aguas ligeramente rizadas, dando de ese modo el esmalte más precioso que los más diestros dibujantes jamás supieron imitar. Con el mar tan tranquilo qué bien vamos á embarcar, decían algunos poco versados en la furia conque éste se levanta al menor soplo del viento, á lo cual otros más prácticos respondían; todavía tardamos algunas horas, y en ese tiempo que media no se puede responder cómo estará, porque el mar es semejante á un león, que al parecer está en la jaula tranquilo, pero á muy poco que se le toque, es bastante para que en su furor muerda los barrotes de ésta y asuste á cuantos presencian su enojo. Pues bien, esto mismo sucede con esa calma del mar al menor soplo del viento, cuyas bromas ya habéis tenido ocasión de contemplar en nuestra venida.

Mientras estos diálogos agradables tenían lugar, el tren que, como ya se sabe, no aguarda á nadie, dejaba cerros y

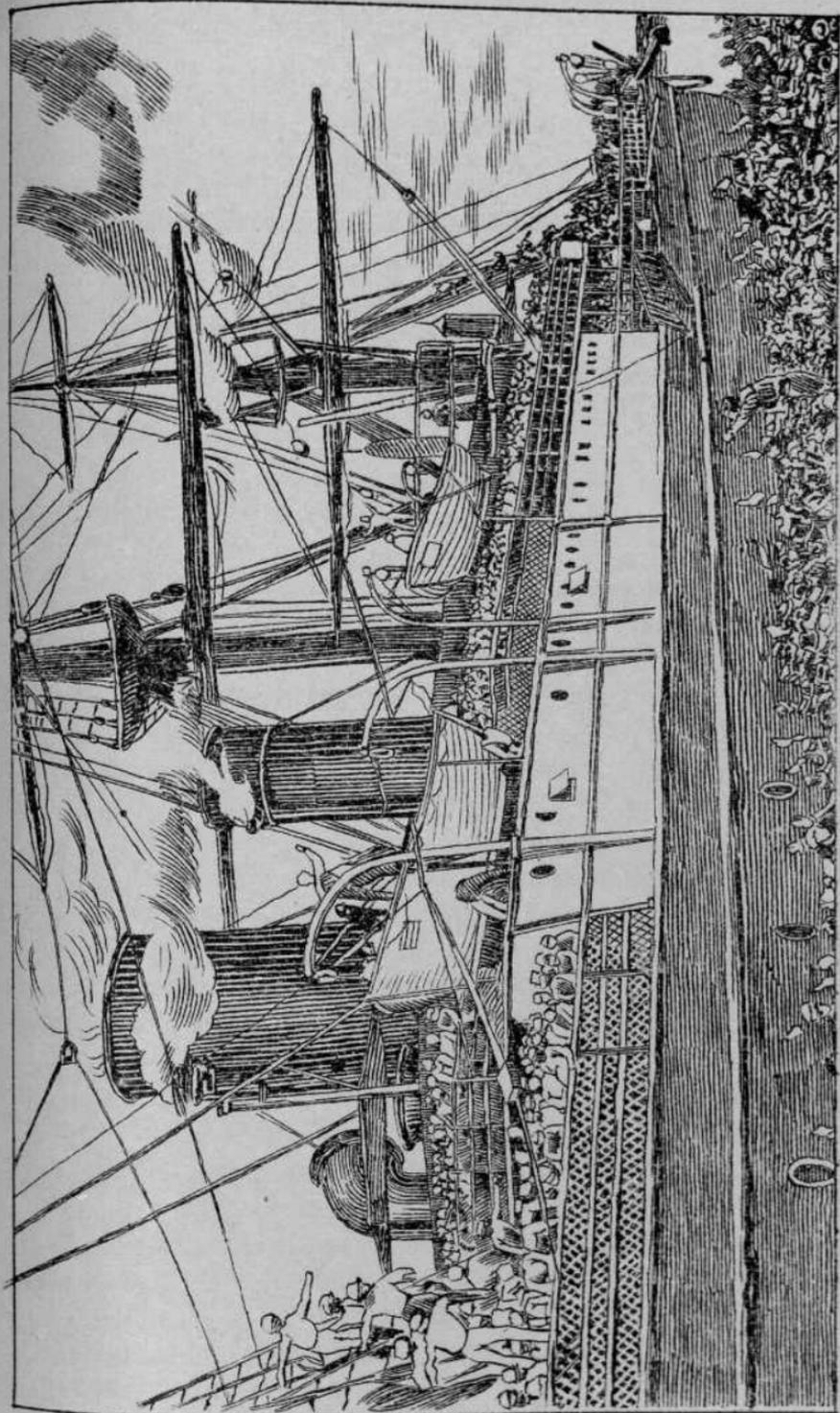
valles atrás con mucha rapidez, de suerte que á las dos próximamente llegamos á Civita-Vecchia.

Estaban los andenes de la estación llenos de gente de aquella población, que por curiosidad queria ver á los peregrinos espagnolos como en su lengua dicen, pero en su mayoría jóvenes de ambos sexos, por cierto galantes y muy agradables. Las tropas italianas puestas á los lados del camino en el trayecto que media de la estación al muelle donde teníamos que embarcar, que es corto. Poco tiempo estuvimos en tierra, porque ya estaba dispuesto el magnifico y elegante vapor León XIII, que era el destinado á llevarnos á las playas valencianas, en el cual embarcamos todos los de Valladolid, Madrid, Zamora y Ávila, sin la menor novedad, pero no con el mar tan bonancible y sereno como apareció á nuestra vista desde el tren.

¡Cuán diferente se mostraba ahora! ¡ya le habían azotado los vientos, y cual león furibundo, encrespaba sus olas! ¿Quién diria que era el mismo que contemplábamos tan hermoso hacía tres horas ó poco más?

A los primeros que tuvieron la suerte de embarcar, poca impresión les pudo causar, aunque ya iba un poco picado, pero los últimos que entramos en la barcaza ó lancha, pasamos mal rato, pues poco versados como estábamos en el combate de ese terrible elemento, dicho se está que teníamos que pasar nuestro miedo correspondiente, ¿á qué negarlo? estando ya cerca del vapor parecia que las olas en su furia amenazaban envolvernos entre sus abismos, unas veces subiendo la lancha arriba y otras bajando con vertiginosa rapidez, viéndonos pues, entre dos columnas ó grandes cuevas de agitadas aguas.

El puerto de que ahora hablamos, debe de ser de menos fondo que el de Valencia, como ya tengo expuesto en otra parte, porque bien lo prueba el que, en el de Valencia se embarca y desembarca sin necesidad de lancha alguna más que una barcaza entre el vapor y la orilla, y aquí el Vellver que nos llevó, ancló como á unos cien metros ó más de la orilla, siendo un vapor más bien pequeño que grande, y



EL VAPOR LEON XIII

BIBLIOTECA PONTIFICIA

VALLADOLID

hoy el León XIII que nos recibe en su seno, es mayor, y se halla á una distancia de más de doscientos metros, de suerte que con el mar tan agitado, es imponente, es terrible el navegar en una débil lancha, particularmente los que estamos poco acostumbrados á semejantes luchas. Yo por mí puedo decir que no era miedo el que sentía, porque jamás le sienta, bien sea porque no comprenda el peligro, ó bien por mi habitual confianza en la divina Providencia, acordándome de aquella sentencia de Jesucristo: tus cabellos están contados y no caerá uno sin la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos.

Por fin llegamos con bastante trabajo al ya referido vapor, dando gracias á Dios tan pronto como nos vimos arriba en la cubierta, porque por las escaleras no se subía con mucha libertad á causa del equipaje y lo mucho que azotaba el aire.

Admirado quedé al verme sobre cubierta y tendiendo la vista en todas direcciones, al ver gente á tanta distancia pareciéndome como imposible fuese un solo vapor, tanto que pregunté á mis buenos compañeros y hermanos que ya hacía un buen rato que estaban allí, diciéndoles: ¿aquella gente que se vé allá lejos está en otro vapor ó es todo uno? y habiéndome respondido afirmativamente, bajé mi pequeño equipaje al camarote y volví á subir tocado de la curiosidad de verle y pasearme desde popa á proa.

En efecto, unos cuantos compañeros y yo, tuvimos ese gusto de darnos un buen paseo, como quedo indicado, y al mismo tiempo medir su latitud y longitud. Ya que estamos sobre el magnífico y elegante vapor León XIII, antes de que leven anclas tendré la satisfacción de hacer una pequeña reseña del magnífico vapor que nos ocupa, en el cual tuvimos la suerte de hacer la travesía. Es uno de los mejores que hoy se conocen, por sus grandes dimensiones; mide de largo ciento veintiocho metros y de ancho catorce cincuenta. Veníamos en él los de Madrid, Avila, Zamora y Valladolid, pudiéndose colocar aunque fueran otros tantos. Su capitán amable, con su médico y su buen servicio de marineros muy

simpáticos, de la manutención y trato ni uno tendrá queja ninguna; tiene su buen salón para los de primera y segunda, bien amueblado y con piano bueno.

Según yo observé en varias ocasiones, nada dejaba que desear en buenos servicios; una hermosa capilla, donde todas las mañanas celebraban varios sacerdotes, y los peregrinos acudíamos á oír la santa Misa, á excepción del día 20, primera mañana, á causa de los efectos del mareo. El mar muy terrible hasta después de haber pasado el golfo de León, gracias á Dios y al gran vapor donde íbamos, pues si hubiésemos ido en el Vellver como en la primera travesía nos hubiéramos visto más apurados aún, porque el viento era muy fuerte y el mar estaba peor, como veremos según se vaya detallando lo ocurrido en cada día, que es como sigue.

A las cinco menos cuarto empezaron las maniobras para salir del puerto, donde trabajó mucho la marinería, el capitán desde el puente, el práctico y demás que le acompañaban en un pequeñito vapor, que con mucha ligereza pasaba de un lado á otro, dando voces de mando. Cerca de dos horas duraron estas maniobras, en las cuales unos y otros trabajaron mucho, hasta que pudo salir, pues parecía que caminaba y venía á estar siempre en el mismo sitio. A mi modo de pensar, era la causa hallarse la mar tan picada, pues el aire venía contrario y demasiado fuerte, y en aquel pequeño espacio sacudían las olas con mucha fuerza.

Serían las siete menos cuarto cuando tomó fuerza suficiente y salimos del puerto, lo que deseábamos por momentos, pues se nos hacía bastante pesada la operación, y mientras esto tenía lugar nos sirvieron la cena, que hicimos con bastante apetito por ser la primera que se tomaba á bordo. Cuando comenzó su rumbo con la marcha acostumbrada, ya hemos dicho que eran las siete menos cuarto, que allí ya es más de noche que de día, el aire cada vez más fuerte según nos íbamos internando en alta mar, pero aunque las olas venían con fuerza, el vapor, que pudiéramos llamarle gigante, las desafiaba incansable. Mucho sentí cuando á nuestra retirada del puerto entraban muchas lanchas pesca-

doras, que eran azotadas con gran fuerza por el aire y combatidas por las olas, que para ellas venía viento en popa. No me ha parecido justo el dejar atrás estas frivolidades, que aunque no son del caso no dejan de tener algún interés, por haberse presentado aquella tarde tan tempestuosa, y á la hora que nosotros salíamos; aquellas lanchas, en gran número, venían acosadas por el mal temporal, y acaso para ellas imprevisto. Digo que lo sentí mucho, y mis buenos compañeros también tendrían lástima de aquellos infelices, que hacen como aquí los obreros, que todo el día trabajan en el campo removiendo la tierra para ganar el mezquino pedazo de pan, y cuando por la tarde sobreviene un mal temporal, vienen como acosados á buscar el abrigo de sus casitas y familias sin acordarse de lo mucho que han trabajado y sudado, pues aunque han sufrido tanta fatiga, de nada se acuerdan más que de llegar pronto, antes que la tormenta les coja en el campo. Y esto no lo digo como el novelista que cuenta las aventuras según se le presentan en su mente, sino por experiencia propia, porque también siendo joven removía la tierra con el azadón y la regaba con el sudor de mi frente. Por eso he dicho que me daba lástima, acordándome de lo que á mi me había sucedido en la tierra; así estos, acosados por recio vendaval, corrían á buscar el seguro asilo, quebrantados de luchar con los dos terribles elementos, para ganar también el mezquino pedazo de pan.

¡Cuántas y cuán terribles luchas tiene el hombre que vencer, lo mismo en el mar que en la tierra, durante el período corto de la vida! Pero los que más impresión me hicieron fueron los niños y jóvenes de poca edad, que cada lancha llevaba arriba en la extremidad del palo, á una altura colosal, y que en las continuas sacudidas que daba parecía tocaban en el agua, los cuales llevaban por todo abrigo una mala camisa y peor pantalón.

Ya iba la noche tendiendo su crespón negro cuando fuimos avisados de que daba principio al santo Rosario, al cual asistimos todos ó la inmensa mayoría, y terminado que fué, como el aire soplaba con gran fuerza á la vez que bastante

frío, la mayoría nos retiramos á descansar á nuestros respectivos camarotes.

En efecto, aquella noche aunque soplabá el viento y el mar estaba furioso, no fué obstáculo para que impidiese el descanso, fué noche para los peregrinos buena, se durmió perfectamente, allí no se sentía á nadie sobre cubierta más que á los marineros que trabajaban en sus maniobras, sin otro ruido que el que producían las altas vergas combatidas por el viento, y el crugir de la nave luchando siempre con las furiosas olas.

Muy temprano, antes de amanecer el nuevo día, ya en muchos peregrinos se sentían los efectos del mareo; yo como en el otro viaje, me encontraba entonces bien, y cuando fué de día me subí á cubierta deseoso de ver en qué estado se hallaba el mar, y á dónde llegábamos. El mar cuando amaneció el día 20, ya no se parecía al de la tarde y noche anterior, pues si bien no estaba tranquilo del todo, por lo menos no estaba imponente, un poquito picado y nada más.

El sitio en que nos hallábamos no era otro que entre los dos abismos, sin verse más que agua y cielo. Serían las siete de la mañana cuando divisamos aunque desde lejos, las costas de Cerdeña, pasamos próximo á sus islas, causando la alegría que es consiguiente, y todos sobre cubierta contemplando con mucho placer la tierra que tanto desea el navegante. Temprano nos sirvieron el café, que tomamos muy bien, y serían las diez cuando nos sirvieron la comida, pero fué en vano, pues era imposible tomar alimento á causa de estar la mayoría mareados, siendo arrojada la mayor parte de ésta al mar; á esa hora perdíamos de vista las islas de Cerdeña, y nos íbamos aproximando al peligroso paso del golfo de León; todos teníamos algún recelo solo al recordar la terribilísima situación en que nos puso cuando á la ida le pasamos. Serían las doce cuando se dió principio al paso del peligroso golfo, por momentos parecía que el mar se ponía furioso con el terrible vendaval que soplabá; la grande nave donde íbamos á pesar de sus colosales dimensiones, parecía una débil caña, siendo juguete de las encrespadas olas.

En este día, los peregrinos estaban en su mayoría en los camarotes sufriendo los efectos del mareo, no oyéndose, por tanto, ruido alguno que pudiera distraernos. Como mis mareos eran diferentes de los de mis compañeros, pues no consistían más que en una pesadez en la cabeza que no me dejaba andar sino con mucho cuidado, aunque me duraba poco, me solía subir sobre cubierta, con el afán de ver si descubría tierra, pero vana ilusión, no veía más que las terribles olas estrellarse contra el vapor, y el cielo muy encapotado, por lo que volví á tomar posesión del camarote y me entregué al sueño, que todo lo hace olvidar.

Eran las cuatro y media cuando nos sirvieron la cena, que fué, como la comida, arrojada al mar, por el mal estado en que los peregrinos nos encontrábamos, por ser cada vez más fuertes los mareos.

A esta hora nos hallábamos en medio del golfo, y eran mucho más terribles las sacudidas de las furiosas olas, dando golpes muy grandes de babor á estribor, que ponían á los peregrinos en lamentable apuro, pero el vapor era de mucha más resistencia que el Vellver, y aunque los ánimos estaban algo decaídos por las consecuencias del mareo, que se aumentaba según la mar empeoraba, se conocía que no causaba la consternación que á la ida.

Al anochecer se rezó el santo Rosario, acudiendo pocos por no poder salir de sus madrigueras. Desde las ocho á las once eran tan terribles las sacudidas, que por mucha calma que tuviese el hombre más fuerte, le hacían perder el reposo, no atreviéndose nadie á estar en sus camarotes, reuniéndose unos con otros para hablar del asunto que nos interesaba, cual era el de salir de lance tan apurado. Las soberbias olas eran tales, que subían por encima del vapor cubriendo en gran parte la cubierta. Un compañero peregrino que la necesidad ó la curiosidad le hizo subir á cubierta, sobre las ocho, bajó al momento lleno de terror; le preguntaron qué le había sucedido, y parece que le oigo decir todo asustado: ¡me he librado milagrosamente!... me aproximé al lado de estribor para ver las olas que venían con tanta fuerza y, en

el instante, sin poderme retirar llegó una que llenó de agua toda la cubierta sin darme cuenta de nada porque me vi envuelto por unos segundos entre el agua, y para que me creais mejor ved como estoy de mojado. Entre las diez y las once, como hemos dicho, fué lo más recio de la tempestad; en esas horas, nuestro digno presidente el señor marqués de la Solana y el M. I. Sr. D. José Hospital, dignidad de Deán de la Santa iglesia Metropolitana de Valladolid, no dejaban de consultar con el capitán sobre el estado en que nos hallábamos, y aunque el peligro era grave, iban con frecuencia por nuestros departamentos infundiendo ánimo en los más abatidos, y aumentando el valor á los menos tímidos. ¡Cuánto vale en esos momentos de peligro un amigo generoso que, aunque él se vea en la misma situación olvidándose de sí mismo, dirige palabras de consuelo atendiendo más á las necesidades ajenas que á las propias!

Entre otras palabras consoladoras decian estas: ¡ánimos hermanos! ¡No tengáis pena ni os aflijáis por estar el mar bastante agitado, que Dios nuestro Señor es el autor de él y de todas las cosas, y nos sacará del peligro, como en otro tiempo sacó á su pueblo de Israel de la esclavitud de los egipcios! Nosotros somos su pueblo, en nosotros se conserva la Religión santa; ¿por qué hemos de temer? ánimos pues, tened confianza en su Providencia, que no nos abandonará, y además venimos en uno de los mejores vapores que tiene la compañía, éste ha sido comprado poco ha, y el Sr. Marqués de Comillas ha tenido á bien que nosotros seamos los primeros católicos que vengan en él. Al poco tiempo volvían diciendo, el peligro, según el Capitán y hombres prácticos que tripulan, ya desaparece, y muy pronto se terminará el mal paso del golfo y tendremos bonanza. En efecto, á la una de su mañana ya tuvimos la suerte de ver la embarcación más sosegada. Doce ó trece horas duró el terrible paso del golfo, en las cuales no pudimos descansar con tranquilidad, pues aunque muchos no salían de sus camarotes, era porque no podían á causa del mareo. Luego que cesó la tormenta, causada sin duda por el recio vendaval

que reinó durante el peligroso paso, todos dábamos gracias á Dios. ¡Cuán agradecido es el corazón humano cuando se vé en peligro que le amenaza! y ¡cuán pronto se olvidan los beneficios que ha recibido cuando ya se vé libre!

En estos momentos de angustia y de peligro, era el ver y oír rezar y confesar el santo nombre de Dios, siendo invocado con el más sincero corazón; allí, repito, era ver cuántos que de la oración se olvidan, y que sólo recurren á ella en las necesidades, la solicitud con que se asían á ella como á única tabla de salvación, porque comprendían que el peligro era grande, ¿y lo harán así ahora? ¡ah! ¿es que ahora no estamos en aquel peligro del golfo, donde crugían las olas furibundas cuando se estrellaban contra el vapor? Esto ó muy parecido responderían algunos si fuesen preguntados. ¡Infelices, podríamos muy bien decirles! ¿Conque, porque las turbulentas olas de este mar que atravesamos no se vean tan palpables como aquellas, que por fin eran de agua y no podían matar más que la vida del cuerpo, os parece que son estas menores que matan la vida más noble, más rica y más duradera, por ser eterna, que es la vida del alma?

Mucho siento el meterme á predicador, dando consejos, estando yo por desgracia más necesitado de ellos; mis buenos lectores sabrán dispensarme, pero estando todo esto tan palpable no he podido pasarlo en silencio. En esta noche que vamos narrando, ¡cuánto trabajarían los pobres marineros! siempre afanando y haciendo maniobras que espanta sólo el presenciarlas; bien ganan el pedazo de pan que comen, siempre puestos en el peligro, obedeciendo ciegamente las órdenes de su capitán. ¡Cuántas consideraciones se podrían sacar de todo esto! pero me temo ser molesto por un lado, y por otro que no es de esa índole la presente obrita, recuerdo todo esto porque me compadezco, en gran manera, de los que así trabajan y sufren, por experiencia propia.

Así que cesó la tormenta, deseosos del descanso, todos nos retiramos á nuestros camarotes con bien marcada ale-

gria, unos entonando un himno y la mayoría dando gracias á Dios por habernos devuelto la tranquilidad que tanto deseábamos, y que poco ha pedíamos á grandes gritos.

La mayor parte de las conversaciones recaían sobre el mismo tema; si según venimos en el magnífico vapor León XIII, nos hubiese tocado venir en el Vellver, mal nos hubiéramos visto, porque en él nos vimos muy apurados, y aunque muy malo estaba entonces el mar, en este paso del golfo, no hay duda que ha estado ahora mucho peor, y debido á la potencia del vapor no nos ha causado tanto terror. Verdaderamente que, tanto en esta vez como en la otra, nos hemos visto en un terrible compromiso y ha sido un verdadero milagro el salir salvos de tan inminente peligro. Sin duda el Dios omnipotente ha querido probar nuestra fe, haciéndonos ver cómo es dueño y Señor de todo cuanto existe y tiene ser.

Como llevo explicado, ya el resto de aquella inolvidable noche ó más bien la mañana del siguiente día, así que cesó la tormenta nos retiramos á descansar, y como toda la noche la pasamos en vela, esperando el resultado de aquella triste escena, dicho se está que descansamos bien, con la tranquilidad que pudiera hacerlo cualquiera en el seno de su familia.

Amaneció el día 21, y bien de mañana se corrió la voz por los departamentos, que daba principio la santa Misa, y en efecto, muchos aunque temprano, dirigimos nuestros primeros pasos á la capilla, oímos el santo sacrificio de la Misa y en ella recibimos el pan Eucarístico á las cuatro y media. ¡Cómo pudiera yo hacer participantes á todos mis lectores de la inmensa alegría que inundaba nuestros corazones! Verdaderamente que me siento entusiasmado, como verdadero creyente, en todos los actos de nuestra veneranda Religión, pero con especialidad en estos solemnes momentos, donde la consideración de las grandezas del Ser eterno se miran bajo el prisma de la verdadera fe, y donde se contempla á Dios lleno de misericordia para con la vil criatura á quien saca de los inminentes peligros del naufr-

gio, porque si el hombre en todas ocasiones recibe grandes beneficios de su Creador, ¿con cuánta más razón estando en medio del Mediterráneo?

Por eso en este día oyendo la santa Misa acercándonos á la sagrada Comuni3n, y considerando que no se perdía tiempo en nuestro viaje, entre los dos terribles abismos, arrodillados con humildad y reverencia, adorábamos al Dios Sacramentado, hecho hombre por nuestro amor. ¿Si en la tierra el verdadero creyente se anonada ante la presencia del Dios Sacramentado, porque se reconoce indigno de estar en su adorable presencia, qué seria en aquel dilatado templo donde por doquiera que tienda su mirada no ve más que peligros que le amenazan? Si mira á la vasta extensión de los cielos, materialmente no ve más que un abismo, pero abismo incapaz de sondear; pero si con los ojos de la fe ó del espíritu le mira ¡ah! entonces cuán diferente le parece, allí contempla el inmenso palacio donde mora el Dios de las eternidades. Si dirige su vista á la superficie de las aguas que le rodean por todas partes, contempla un terrible abismo que, mirándole materialmente, está dispuesto á sumergirle á cada instante en sus profundidades, ¡pero cuán diferente es si le contempla con los ojos de la fe! entonces le puede (si quiere) contemplar como á un mónstruo furioso, sí, pero mónstruo que obedece con facilidad á la imperiosa voz de su divino Autor que le dió leyes, y á Él respeta como si fuese un manso cordero.

Por eso digo que es éste un magnífico templo donde se piensa y meditan las grandezas de su divino Autor, donde el hombre se recoje en sí mismo y reconoce su pequeñez é impotencia, confesando una vez más la grande omnipotencia de su Creador.

En este día ya amaneció el mar algo más sosegado, no del todo por el viento que reinaba, si bien con poca fuerza. Los peregrinos todos restablecidos de los mareos, comenzaban á animarse, se formaban corrillos en varios sitios sobre cubierta, donde se contaban con mucha gracia, historias y cosas para entretener el tiempo; en otros se cantaban los

hermosos himnos de la peregrinación, en particular en donde se reunían las jóvenes peregrinas, y algunos otros jóvenes que con mucha gracia y música, atraían bastante concurrencia. Los congregantes de San Luis Gonzaga, de Madrid, simpáticos jóvenes muy graciosos, siempre en derredor del Rev. Padre Sanz, como su director, con buen humor improvisaban algunas divertidas composiciones, y dirigían elocuentes discursos, en que manifestaban un extraordinario talento, y en recompensa de su buen humor eran muy apreciados de todos; los obreros les daban entusiastas vivas, en fin, ya parecía que salíamos del letargo en que la noche antes yacíamos postrados; todo era animación, todo alegría, si alguno de los más acometidos por el mareo se mostraba triste, tenía en torno suyo siempre amigos que le divertían, hermanos cariñosos que le hacían sonreír, animándole con dulces y cariñosas frases.

Verdaderamente que estas son las diversiones íntimas y paternas de verdaderos hermanos, fraternidad verdadera de la que tanto alardean los mal llamados liberales y republicanos que la pronuncian sólo con los labios y su corazón dista mucho de dar la mano á su hermano caído. ¡Bendita Religión del divino Crucificado que tu sola eres la que enseñas el camino, la verdad y la vida, porque así lo dijo tu divino Fundador Cristo Jesús!... ¡Qué lección tan sublime! ¡Qué lección tan verdadera!

A poco de amanecer este día dimos vista á las islas Baleares, y después entre nueve y once, costeamos las de Mallorca y Menorca. A esa hora el viento, que al parecer dormía, se levantó con bastante fuerza, y el mar, como es consiguiente, muy agitado, haciendo disolver los divertidos grupos de peregrinos el recio y frío vendaval que soplabá; unos se fueron á buscar abrigo en los pisos interiores, y los más al abrigo de las habitaciones que lleva el vapor en medio sobre cubierta, allí formando un solo grupo como imitando á las laboriosas abejas cuando se ven atacadas de algún temporal frío, que se agrupan todas en derredor del rico panal.

Serían las doce de su mañana cuando arreciaba más y más el vendaval, tomando el mar colosales proporciones, sus olas se encrespaban cual gigantesca montaña, y la nave, con su grande potencia, cortando las intranquilas olas que contra ella venían impetuosas á estrellarse.

¡Nunca jamás en las dos travesías contemplé el mar tan furioso como en este momento! Porque, si bien es cierto que en la ida, en el Vellver, nos vimos en grande apuro en el mal paso del golfo, y lo mismo ó más furioso en la noche anterior, no fué como ahora, donde muchos por curiosidad, sin temor al frío ni á la fuerza del fuerte vendaval, salíamos á los lados de estribor y babor, no sin llevar nuestras correspondientes caídas, porque era tanto lo que podía el fuerte empuje de las olas que ponían el vapor de medio lado, de suerte que sin tener apoyo no era posible tenerse de pie. Con todas estas sacudidas, aunque bastante imponentes, parece que ya nos íbamos acostumbrando, y mayormente cuando se consultaba á los marineros sobre el caso, y decían que no había ningún peligro porque era la parte más tranquila del Mediterráneo, y que no duraría más que algunas horas, que solo en el golfo ofreció peligro, saliendo cierto cuanto decían, como veremos.

Seria muy poco más de la una y media, cuando hubo un cambio que no esperábamos tan pronto, cesando casi por completo aquel aire tan violento. El mar ya más tranquilo, y de consiguiente el magnífico vapor gallardo, y digámoslo así, como orgulloso de haber luchado y vencido á su terrible enemigo, marchaba sin trabas que le molestasen, haciendo muy veloz su curso.

En los viajeros todos, con aquel repentino cambio, volvió á renacer la alegría, de suerte que parecía una resurrección, nadie sentía molestia alguna, lo pasado como si no hubiese existido, los recuerdos eran agradables pensando que en aquella misma tarde pisaríamos la tierra donde se puso á prueba nuestra paciencia hacia diez días, con los insultos más groseros y soeces que suelen usar los partidarios de esa maldita libertad moderna, y donde traidoramente fuimos

apedreados por las sectas infernales... ¡peregrinos indefensos, sin más armas que la señal de la cruz que ondeaba en nuestros pechos! (1)

Dirán mis lectores, y con razón fundada, ¿todos estos recuerdos debían de infundirles terror? A lo cual respondo, todo al contrario, por dos cosas: la primera, porque los verdaderos amantes de Jesucristo y de consiguiente de su Religión santa, de todos los tiempos, sexos y condiciones, no han temido, ni temen ni temerán á sus enemigos, aunque estos sean tantos como las arenas de las playas. Lo segundo, porque ya en Roma supimos que el nuevo gobernador tenía tomadas sus medidas correspondientes; pues al primero, causa primordial de lo ocurrido, ya sabíamos le habían sustituido; de consiguiente, nada de todo eso era obstáculo para que turbase nuestro buen humor, cuando en breves horas llegásemos al puerto, en donde cantaríamos con el fervor posible un himno en acción de gracias al Todopoderoso. A las cuatro y treinta y cinco minutos de la tarde, cuando el mar estaba tranquilo, habiendo perdido ya aquel aspecto imponente, que causa terror á los que, como nosotros hizo experimentar sus iras... cuando tan hermosa estaba con sus ondulaciones pausadas siendo el encanto de los peregrinos... cuando unos la contemplaban y otros alegremente se divertían... aparecen á nuestra vista, aunque muy lejos, las costas deseadas de Valencia.

Un clamor general gritó ¡tierra!... ¡tierra!... Sí, en efecto, tierra es, y tierra de nuestra España donde tuvimos la dicha de nacer, y donde nuestros padres nos han enseñado á adorar á ese Dios omnipotente que mora en las alturas. Esa es la tierra donde nos esperan nuestras queridas familias y amigos, esa tierra á quien hace pocos días dimos el adios más sincero, y que hoy volvemos á su seno llenos de salud como de ella salimos, sin haber tenido el menor ac-

(1) La cruz que se nos mandó quitar, cuando estuvimos en el vapor nos la volvimos á poner. Fuimos á traición apedreados porque ya estábamos en el vapor, y éste en marcha.

cidente ninguno de tantos como de ella salimos, por una gracia especial que jamás sabremos corresponder.

¡Con qué poco se conforma el hombre que ha perdido la salud, sólo con recobrarla se considera feliz, el preso su libertad, y el navegante cuando consigue, aunque de lejos, ver la tierra ó el puerto donde ha de darse fin á las terribles consecuencias que pueden originarse en una navegación, aunque esta sea corta! Lo digo, porque no puedo pasar en silencio la alegría y la grande animación que allí entre los peregrinos reinaba tan sólo con ver la tierra de muy lejos. Todos dábamos gracias á Dios por habernos sacado de tantos peligros como en los dos viajes de la mar nos habían amenazado, y estando tan cerca el puerto íbamos á llegar pronto á nuestras casas llenos de salud, fortalecidos en la fe, y orgullosos (si así puedo expresarme) de haber cumplido con la alta misión que se nos encomendó visitando á nuestro santo Padre en la populosa ciudad de Roma, llamada en otros tiempos la señora del mundo por las muchas victorias conseguidas en las conquistas por sus feroces caudillos.

Entre tanto que este regocijo se saboreaba á nuestro placer, la nave seguía intrépida su rumbo, y cuando ya estaríamos á poco más de una legua, vimos venir hacia el vapor otro vaporcito pequeño, en el que venía una comisión del gobierno con orden para el capitán de que anclase á una milla, y no hiciese el desembarque hasta la mañana siguiente.

En efecto, el capitán obedeciendo las órdenes superiores, ancló á distancia poco más ó menos de una milla, á las seis en punto. Los peregrinos lo sentimos al ver frustrados nuestros planes, pues hubiésemos deseado hacer noche en Valencia, unos por saludar á personas conocidas, de parientes, amigos, etc., etc., y otros por ver aquella hermosa ciudad, pues acaso muchos no volveríamos por allí más.

No nos quedó otro recurso más que la conformidad, pero todo eso no fué ningún impedimento para que se pasase una noche divertida, cantando himnos y en animadas conversaciones haciendo corrillos por todas partes del dila-

Pujar

tado vapor. Ya la noche comenzaba, cuando se presentó el Juzgado de Valencia, para tomar declaraciones sobre lo ocurrido en el Wellver cuando de aquel puerto salimos. Fueron llamados varios de los que prestaron auxilio á los que resultaron heridos, presentando Indalecio García un pañuelo que conservaba empapado en sangre, cuando prestó auxilio al herido de más gravedad en la cabeza, llamado Jacinto Hebrero, los dos de Valladolid. El Juzgado quería quedarse con el pañuelo empapado en la sangre, y el Indalecio le suplicó tuviera á bien dejársele para tenerle como un trofeo, ó más bien un testimonio mudo que, con elocuencia, manifestase al mundo entero las cobardes agresiones de que habíamos sido objeto en la católica Valencia, por los miserables enemigos de nuestra santa Religión.

En efecto, el Juzgado comprendió ser justa la petición que hacia el declarante, y levantando acta de ello se le devolvieron, quedando el Indalecio muy complacido con ser depositario de ese recuerdo tan grato y tan satisfactorio de la inolvidable peregrinación. El Juzgado después de tomadas las declaraciones que les hacian falta, para esclarecer lo ocurrido en aquel día memorable, se retiró en el vaporcito que allí le aguardaba.

Los peregrinos en aquella noche llenos de gozo por estar ya, digámoslo así, fuera del peligro, y próximos al término de una feliz peregrinación, olvidándose de todo, y no acordándose de lo ocurrido al salir de Valencia, de lo que solo nos acordábamos para compadecernos de aquellos seres desgraciados, que no viven más que del odio y la venganza contra sus semejantes, dejándose guiar de unos cuantos que con apariencias de sus redentores les tienen embaucados, siendo el juguete de sus caprichos, obedeciéndoles ciegamente aunque para ello tengan que sacrificar lo más noble que el hombre tiene, su conciencia é... iba á decir su felicidad eterna, pero como esto es lo primero que les robaron, la rica joya de la fe, nada creen, nada esperan, y... dejémosles de una vez como cosa perdida y nada más... que Dios se apiade de ellos... y... ¡quién sabe lo que en su di-

vina sabiduría tendrá dispuesto! acaso mañana ú otro día se les caiga la venda que les ciega y digan como el buen ladrón cuando estaba en el infame patibulo pendiente en la cruz: verdaderamente tu eres el hijo de Dios vivo, ten misericordia de nosotros! Que así sea.

Con esto hemos dejado el hilo de la narración comenzada y es justo que á ella volvamos. Decíamos que olvidados los peregrinos de todo lo ocurrido en su viaje, con respecto á los peligros de que hemos estado cercados, en esta noche todo era júbilo y diversiones inofensivas que hacian reanimar á los más débiles. Se dió principio por no dormir en los camarotes, sacando el pequeño equipaje sobre cubierta; la causa principal era que estando poco acostumbrados á ir embarcados, el tactillo que despide la embarcación de la brea nos hacía mal efecto, lo segundo que la noche era una de esas que convidan al viajero con su claridad y hermosura á una contemplación prodigiosa... La luna, ese luminar que encanta en las soledades más silenciosas, y que con su ploteado resplandor alegra al caminante, y es, digámoslo, la reina de la noche, estaba entonces en la mitad de su carrera, y sin ninguna nube que á manera de crespón negro, quisiera intentar siquiera empañar sus luminosos rayos, que rectamente venían á descansar sobre la cubierta del vapor, alumbrando de este modo la habitación que muchos habíamos elegido para dormitorio de aquella célebre noche. La habitación para dormir y descansar en aquella noche no podía ser más apropósito, que cual salón bien concurrido, estaba lleno de corrillos de hermanos y verdaderos amigos, que se divertían con bonitas canciones, en otros se pronunciaban discursos improvisados, en otros se reía á placer, pero con esa risa que no tiene mezcla con el engaño y la mentira, salida de pechos nobles llenos de confianza y de cariño, contando historietas y cuentos instructivos; de suerte que, este salón nada tenía que desear, el hermoso techo tachonado de resplandecientes estrellas y en los intermedios un fondo azulado al que en nada son comparables las pinturas de arte de los hombres, pues allí jamás llegó su pincel, y en

el medio de todas estas grandezas y maravillas, y en lo más alto de este techo, pendiente la hermosísima lámpara colocada por la mano omnipotente del Eterno, y que como ya hemos dicho es la reina y señora que preside la noche. ¡El mar! esa inmensa reunión de cristalinas aguas, encauzadas con mano fuerte y sabiduría infinita por el divino artífice. ¡El mar! ese gigante soberbio lleno de furor y que muy frecuente amenaza envolver cuanto en su paso encuentra entre sus profundos abismos, llenando de pavor y miedo al más diestro piloto, y de terror y confusión á todos los que viajan por él. Ese mismo mar que acabamos de describir, tan furioso en otra noche, como para darnos el parabién ó una buena despedida se muestra ahora manso, humilde cual un simple arroyuelo, siendo el encanto de los peregrinos que se complacen en tender sus miradas sobre aquella vasta extensión, que bien podríamos compararle á un grande espejo rizado por las ondulaciones producidas por la ligera brisa que corre de un extremo á otro, también podríamos compararle á un grande espejo adornando el salón que hemos descrito, donde se reflejan los millares de millares de resplandecientes estrellas que circundan el espacio infinito del firmamento, juntamente con los plateados rayos de la luna.

¡El aire! Ese vendaval soberbio que, con su ligereza y rapidez, pone en consternación, no solo á los navegantes en el mar, sino también en la tierra, que en los arrebatos de su ira troncha y arranca los más corpulentos árboles, y derriba las fortalezas más inexpugnables. ¡El aire! Ese terrible huracán, tan temido de los hábiles marinos y, que en ocasiones con su furor ha desmantelado los más fuertes buques y vapores, sembrando el terror entre los tripulantes, y ese vendaval que también á nosotros nos hizo temer en el paso del golfo, á la ida y vuelta, y aún este día de las diez de su mañana hasta la una y media de la tarde, ese mismo aire repito, en esta noche está como dormido, así como para querernos despedir, ó más bien, para querer acabar de perfeccionar el hermoso cuadro de esta inolvidable noche, pues como ya hemos dicho, solo una ligera brisa era la que venia á dar á

nuestras frentes produciendo en el mar esas ondulaciones que los marineros llaman, y con razón, mar rizada.

Ahora bien, á la vista de este hermoso cuadro, aunque imperfectamente dibujado por la cortedad de mi torpe entendimiento, ¿quién no admira y glorifica al divino Hacedor de todo cuanto existe? En una corta travesía, digámoslo así, hemos visto y experimentado contratiempos muy peligrosos, que han hecho poner en prueba nuestra fe, esperando siempre con la mayor resignación en su divina Providencia, y con especialidad en su bendita Madre y nuestra abogada, nuestra esperanza, nuestro refugio y todo nuestro consuelo, á quien con toda confianza invocábamos como Madre y Señora nuestra del Carmelo, en los apuros en que nos vimos en la noche del 12 de Abril en medio del Mediterráneo, y en el mismo sitio el día, ó más bien, la noche del 20. ¿Y cómo no confiar en una Madre que es tan poderosa, siendo la Reina de los cielos y de la tierra? Si las madres naturales viendo á un hijo suyo en un peligro, ó próximo á perecer en él, no perdonan medio alguno, hasta el sacrificio, para sacarle del precipicio, y esto aunque el hijo sea muy indigno, qué no hará esa Madre tan amante de sus hijos, y á la vez tan poderosa, siendo la dispensadora de todas las gracias que el Eterno la confiara?

Volvamos al vapor León XIII, y como ya hemos dicho, veremos á tanta multitud de peregrinos, valientes hasta el heroísmo, contemplando el magnífico cuadro que acabamos de describir. Si miran al hermoso cielo sembrado de brillantes estrellas, y en el medio á la reina y señora de la noche alumbrándoles con plateados reflejos, le consideran grande é infinito, como grande é infinito es el Dios eterno que en él mora, pues es como el palacio ó alcazar fabricado por sus divinas manos, y como creen con fe verdadera, le rinden los afectos de su corazón como á soberano Señor y Dios omnipotente. Si miran al anchuroso y dilatado mar, por el lado del saliente, también quedan absortos, al contemplar la inmensidad de sus cristalinas aguas, y la armonía y concierto que reina en todas las cosas, y dan gracias al

divino Hacedor de todas ellas. Si miran por el lado del poniente, ven un cuadro hermoso sí, pero les recordaba lo que no quisieran recordar. Dirán mis lectores, ¿ésto es, pues, un enigma? Pero yo se lo diré más claro, y quedarán satisfechos.

Como venimos por el saliente en busca del poniente, donde se halla España, dicho se está, que al anclar el vapor como á una milla del puerto de Valencia, que se halla al lado del poniente, y mirando por allí, se veía el hermoso cuadro que á nuestra vista ofrecía el puerto, con tantas luces, y también la población, que era muy bonito el contraste que ofrecía á la vista, pero nos recordaba al mismo tiempo el desengaño sufrido en la triste despedida de aquel puerto en el día 14, por los malvados hijos espúreos de la noble Valencia, ó mejor dicho, de los enemigos de todo buen gobierno, y de consiguiente, de nuestra santa Religión.

Aquella célebre noche, última á bordo como ya he dicho, se descansó demasiado poco, eran ya más de las once y todavía seguían los peregrinos en sus animadas conversaciones, paseando de un lado á otro unos, otros en corrillos, y otros varios escuchando cómo tocaban el piano y entonaban graciosas canciones los de primera y segunda. Pero era menester darle al cuerpo algún descanso, pues se sabía que, muy temprano, estarían varios señores Sacerdotes celebrando el santo sacrificio de la Misa, y era preciso oirla, lo primero por ser Domingo aquel día y obligación para todos, y lo segundo, que muchos tenemos ya antigua costumbre de madrugar para oirla. Pero lo poco que descansáramos tenía que ser al sereno, sobre cubierta, en el salón ya descrito, por lo menos la mayoría, y cada cual improvisó una cama en el sitio que mejor le parecía ó donde podía, algunos más atrevidos la improvisaron en la capilla; de estos fueron tantos como ella pudo contener. Mas según la noche avanzaba se produjo un aire, no fuerte, pero bastante frío, por lo cual los que estábamos fuera, le sentíamos algo más que lo que era conveniente.

A las tres de la mañana dió principio la santa Misa, en la

que comulgamos muchos. Los buenos hermanos que habían elegido la capilla para dormitorio, no hicieron mala elección, porque estaba bien esterado su pavimento con felpos de pelote, y con buenos bancos alrededor, bien tapizados, en una palabra, que hicieron la elección mejor que los que preferimos ver las estrellas desde la cama. ¡Qué lástima que los señores Sacerdotes, tan madrugadores, se hayan preparado para celebrar tan pronto! me creo dirían los que allí se hospedaron. Claro es, que éstos al tomar posesión del improvisado dormitorio dirían, hemos acertado como ninguno, pero no pensaron que era Domingo, y que antes del desembarque se tenían que celebrar en aquella hermosa capilla tantas Misas como Sacerdotes iban en el batallón de Cristo, ó escuadrón de la fe, y aunque lo pensaran no creerían fuese tan de mañana. ¡Qué desgracia para el que no tiene costumbre de madrugar! Lo digo así, porque ya estaban celebrando y los buenos hermanos estaban aún acostados, y se conocía que no tenían ganas de dejar la cama de su voluntad, siendo necesario hacerlos levantar casi á la fuerza, causándoles no poca desazón.

En aquella mañana de eterna memoria ¡qué alegría inundaba mi corazón al ver á tantos hermanos y compañeros como cogían en la capilla, con devoción edificante oyendo la santa Misa! Apenas se terminaba una, se daba principio á otra, y así sucesivamente sin interrupción hasta las seis de su mañana que se empezó el desembarque, celebrando dos Sacerdotes á un tiempo, pues había dos altares.

¡Cuán bello y hermoso era el magnífico cuadro que allí se presentaba á nuestra vista; los señores Sacerdotes celebrando, y los peregrinos asistiendo, con aquel fervor y devoción que solo entre espíritus celestiales podía tener comparación; y en su mayoría recibiendo al dulce Jesús, en el Augusto Sacramento! ¡Cuán diferente es el cuadro que presentan los incrédulos y malos cristianos en sus festines y reuniones!... ¡Aquí adorando, reverenciando y recibiendo en divino manjar, como alimento de los fuertes, en gran convite, al dulcísimo Redentor, Rey de reyes y Señor de los

que dominan!... Y allí... ultrajando todo lo santo y divino, blasfemando su Santo Nombre... y... basta... basta!... porque la sangre se hiela en las venas al contemplar cuadro tan degradante!

Amaneció este día claro y sereno, el mar continuaba tranquilo, el firmamento despejado, y los peregrinos rebosando alegría á la consideración de tan bello panorama, pues parecía sonreír toda la naturaleza.

Serian las cinco cuando se presentó en el vapor un comandante de carabineros, con dos ó tres números en su compañía, no pude averiguar la comisión que fueron á desempeñar, el caso es que, entre nosotros se decía que en la aduana teníamos que pagar bastante por los objetos religiosos que de Roma traíamos, y que tal vez vendrían con ese objeto, y no pudo ser así, pues luego que desembarcamos nadie nos preguntó por nada, pasando libremente todo cuanto llevábamos. Poco después de las cinco levaron anclas, y se puso el vapor en movimiento, y entró en el puerto, aproximándole á la orilla para desembarcar cómodamente, como así fué.

Todos los peregrinos en grandes grupos, preparados con sus equipajes, para salir cuanto antes les fuese posible, llenos de júbilo á pisar tierra española, pero se pasó todavía cerca de una hora sin dar comienzo el desembarque. Muchos pensaban como yo y decían: ¿Cómo no vienen á recibirnos los alborotadores que nos despidieron á pedradas? No hay aquel tumulto de gente que, parecía se habían vuelto locos y escapado del manicomio. ¿En qué consiste que está el Grao desierto? ¡Ah! es que hay nuevo gobernador decían otros, y aquel que consintió tanta infamia, dejando en plena libertad á toda clase de gente perdida, ganó con no cumplir como debiera con su honroso cargo, la destitución, y el que le ha á sustituido tendrá en cuenta lo que á aquel le sucedió. A las seis y algunos minutos dió principio el desembarque, con mucho despacio, pues duró hasta cerca de las ocho.

Pero, el corazón se parte de dolor al considerar un poco detenidamente la entrada en nuestra patria... Quisiera echar

un velo y cubrir la ingratitud conque se nos recibe, pero cómo ocultarlo; mis lectores dirían y con sobrada razón, prometió ser fiel narrador de un célebre viaje como este ha sido, pero nada más ha puesto en su escrito de manifiesto, lo que le ha parecido conveniente y ocultado lo que no quiere que se sepa, y por lo tanto no dejaré de insertarlo, pese á quien pese.

Lo ocurrido á nuestra llegada al Grao, ó más bien desde que se dió el primer paso en tierra española, fué, el que se nos trató... ¡quisiera callarlo! ¿pero cómo, si es verdad?... Se nos trató como á... ¡criminales! ¡Como si fuéramos unos apestados y quisieran evitar el contagio! O bien, como si viniéramos de presidio de cumplir alguna condena, ó pasaríamos á terminarla en otro. ¿Y si no, qué significa desde el primer paso hasta meternos dentro del andén en el Grao, ir entre dos filas de fuerza armada? Señor gobernador de Valencia, ¿es así como se trata á la gente de honradez, y que indefensos veníamos de tierra ajena, donde hemos dejado bien puesto el pabellón de nuestra patria, y dado pruebas en Italia de nuestra honradez y cordura, como buenos católicos y españoles? ¿ó es que tenéis miedo á los enemigos del buen orden y de nuestra santa Religión?

En cuanto á lo primero, digo que se nos ha tratado como á criminales, siendo escoltados hasta encerrarnos dentro de los almacenes del andén; más todavía, estando allí encerrados más de una hora, con guardias á las puertas que con toda severidad como al criminal, se prohibía salir aún al que se sentía fatigado por la sed, que terrible nos asediaba.

Cuanto á la segundo, ¿no sois la primera autoridad, con poder bastante para contener á los enemigos del orden, en caso de rebelión? ¿ó es que en Valencia las leyes sancionadas por la nación no tienen la fuerza suficiente para aplicárselas á los infractores? Verdaderamente, que es buena la previsión, pero no tanta que se convierta en opresión del honrado vecino.

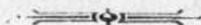
¡Jamás habrán presenciado los siglos una cosa semejante, poniendo presos á los verdaderos amantes del orden y de la

patria, á los hombres laboriosos y honrados, y dejando en plena libertad á los verdaderos enemigos de ella, y de consiguiente enemigos del buen orden y de la justicia!

Verdaderamente que mirado todo esto con un poquito de detención, no censuro al nuevo Gobernador, como quedo indicado, por la previsión de tener fuerzas preparadas para hacer temer á los enemigos del buen orden, sino porque toda esa previsión se convirtió en opresión y tiranía contra los honrados peregrinos, pues en el tiempo que allí nos tuvieron encerrados, á muchos la sed y otras necesidades les apremiaban, sin dejarles los guardias ni siquiera poner un pie fuera de aquella improvisada prisión.

A los guardias más inmediatos á mi les dije que por qué la ejercían con tanto rigor, y fuí contestado que era orden del Gobernador.

Nuestros dignos jefes trabajaron cuanto les fué posible para ver si podían conseguir que pudiéramos entrar en la ciudad, mediando los grandes conocimientos que allí tenían, pero todo fué inútil.





CAPÍTULO V

Salida de la estación de Valencia.—Llegada á Madrid.—Un día de estancia en Madrid.—Salida de Madrid.—Llegada á Valladolid.—Conclusión.

LAS súplicas y protestas que nuestros jefes hicieron, todo fué en vano, se organizó el tren, y después de haber estado en aquella improvisada prisión más de una hora, como ya se ha dicho, custodiados por fuerza armada, como lo pudiera estar una cuadrilla de malhechores, el tren arrancó de aquella tierra ingrata en busca de otras de más hospitalidad, á las nueve de su mañana. No tardamos en dar al olvido lo ocurrido en Valencia, volviendo á nuestro buen humor.

¡Lo que tienen siempre los verdaderos católicos, como discípulos del gran Maestro Cristo-Jesús, perdonando á sus enemigos! No me detendré á dar cuenta á mis lectores de aquel jardín encantador que ofrece el campo valenciano, con sus naranjos llenos de frutos y sus variados limoneros sus arrozales imitando á los estanques de agua, sus acequias por donde ésta corre, ni tampoco de sus frondosos viñedos ni

del conjunto que forma su lozanía y su bonito esplendor, porque en lo escrito en el viaje de ida he dado cuenta muy bien detallada de ello; solo me concretaré á decir lo ocurrido en algunas estaciones, haciendo mención de todas hasta nuestra llegada á Madrid. La salida del tren, del Grao, hemos dicho que fué á las nueve de la mañana, pero antes de llegar á dar frente á Valencia retrocedió, á mi juicio sería porque quedarían algunos peregrinos en tierra, y tendrían que poner más coches, el caso es que, pasaron con todo eso más de treinta minutos, hasta que volvió á ponerse en marcha.

Hay que advertir que cuando veníamos entramos por la estación de Valencia, y ahora nos llevan por otro ramal sin entrar en la susodicha estación, pasando directamente á la estación de Alfafar. (¡Si tendría miedo el Sr. Gobernador á los enemigos del orden, cuando nos llevan por vías indirectas, ocupadas de trecho en trecho por parejas de la Guardia civil!...) nada de particular ocurrió en esta estación, mayormente siendo tan corta la parada.

Saliendo de ésta se llega en poco tiempo á la de Catarroja, donde la mayor parte de los peregrinos bajamos de los coches con el objeto de proveernos de naranjas, pues había muchas, y era digno de presenciar el cuadro que ofrecía tanta gente comprándolas, reinando gran confusión por el poquito tiempo de que se podía disponer, resultando que unos las pagaban y no tenían tiempo de cogerlas, y otros viceversa las cogían y no las pagaban, á causa de no poder atender los vendedores á tantos á un tiempo, pero lo más bonito de este cuadro era, cuando la máquina empezaba á pitar, abandonándose todo para no quedarse en tierra.

No íbamos del todo mal los que veníamos en el primer tren, pues si alguno hubiese quedado, podía servirse del que venía detrás, siendo muy corta la distancia entre uno y otro, ocurriendo con frecuencia que cuando uno salía de una estación, solía llegar el otro á la anterior, y en varias ocasiones se vieron bastante cerca. Desde esta estación se llega en poco tiempo á la de Silla, donde ocurrieron las mismas escenas con las naranjas. Saliendo de ésta se llega

pronto á la de Benifayó, que también había de este fruto aunque poco. De esta estación se vá á la de Alginet, en la que nos recompensaron de la ingrata acogida y despedida de Valencia, los honrados y buenos alginetinos, que en gran número se hallaban en la estación, y con especialidad los jóvenes de ambos sexos, por la circunstancia de ser Domingo. . . ¡Cuántos vivas al Papa-Rey y á la peregrinación española! ¡Cuánto entusiasmo se advertía entre aquellos honrados vecinos por nuestra santa Religión! Nosotros los peregrinos, les correspondíamos también con cariñosas ovaciones, y mucho más con un recuerdo eterno en nuestros corazones. Entre vitores y estrepitosos vivas salió el tren de entre aquella buena gente, llegando en breve tiempo á las de escasa importancia de Alcira, Carcagente, Puebla Larga, y la de Manuel, en ésta, la parada fué mayor que lo de costumbre, pues siendo un apeadero nos extrañó que fuera de cuarenta minutos; no se la verdad del objeto que la motivó, pero se decía que era por esperar al tren que venía detras, y así debió de ser, porque cuando se le vió á una distancia de dos kilómetros se puso en marcha el primero.

Como ya llevábamos algunas horas de camino, viendo que se prolongaba bastante la parada, los peregrinos en gran mayoría descendimos de los coches y nos divertíamos con bastante placer paseando por aquellos campos áridos, sin tener apenas vegetación, formando un terreno desigual y pendiente, teniendo por toda vegetación muchos cantuesos, gratos por el buen olor que despedían.

Bonito espectáculo ofrecían á la vista tantos peregrinos diseminados por aquellas pendientes laderas, y mucho más cuando la máquina empezó á pitar como señal de prevención, corriendo todos á cual más, para ocupar sus respectivos asientos. Como ya se ha dicho, así que el otro tren se aproximó, este arrancó con bastante velocidad, recorriendo en poco tiempo el largo trayecto que hay de ésta á la de Játiva, y después á la de Alcudia. Esta como la de Alginet, estaba llena de gente deseosa de ver á los valientes por-

tadores de la fe. ¡Qué entusiasmo! ¡qué vivas! ¡cuánta satisfacción se reflejaba en aquellas sencillas gentes! Parecía que querían leer en nuestro rostro las impresiones que nos había causado la visita al santo Padre, preguntando sin cesar deseosos de noticias, y que nosotros, con amabilidad, procurábamos satisfacer.

Arrancó el tren entre grandes manifestaciones de alegría, despidiéndonos afectuosamente de los buenos alcudenhos. De ésta se llega á la de Montesa, y seguidamente á la de Vallada, y después está la de Mogente. Esta estación, que toma nombre del inmediato pueblo, siempre ocupará, como sus honrados vecinos, un puesto preferente á las demás poblaciones de nuestro tránsito en la memoria de los peregrinos, por su buen recibimiento á la ida, como ya queda explicado en su sitio correspondiente.

En este día, sería la una de su tarde cuando llegamos allí; no tenían la magnífica banda de música como á nuestra ida, pero estaban reunidos en número extraordinario la mayor parte de sus vecinos sin distinción de clases, y aunque no tenían música que con sus armoniosas notas hicieran agradable el corto tiempo de parada, conservan como nosotros, el precioso instrumento que recibieran del divino Hacedor, la lengua, ese instrumento armonioso y sonoro cuando se le emplea en las alabanzas del Señor, ó en favorecer á nuestros semejantes, que son los dos fines para que se nos ha dado. En este día, los buenos mogentinos no sabían cómo expresar los sentimientos de amor que abrigan en su pecho á favor de la santa Religión, y lo hacían con calurosos vivas al Vicario de Cristo, á la peregrinación y á todos los buenos católicos del mundo entero, llenos de entusiasmo santo. ¡Cuánto hubieran deseado estas buenas gentes que en vez de ser la parada de cinco minutos, se prolongase todo el día y aun su noche! ¡Qué diferencia tan pasmosa entre éstos y los valencianos! Y se me ocurre una pregunta con respecto á la enorme diferencia de unos y otros: ¿En qué consiste esa diferencia que entre los vecinos de esos dos pueblos existe? á lo que se puede responder

sin temor de equivocarse: Es porque los honrados vecinos de Mogente, no tienen redentores de la humanidad, como se titulan los partidarios de la *Bandera Federal* y la maldita *Antorcha*, sino que aquí no conocen más que un Redentor y esie es Cristo crucificado, y tienen presentes aquellas palabras que dijera á sus apóstoles «amaros los unos á los otros».

Allí en Valencia como en todas las capitales, abundan por desgracia de la sociedad y del individuo, esos falsos redentores, que con sus palabras huecas de libertad y fraternidad fingidas, y mientras disfrutan de los elevados puestos que han conseguido con el concurso de los infelices que han engañado y que siguen sus falsas doctrinas, estos se hallan en su mayoría acosados por el hambre y otras vicisitudes que sería largo de contar, y les tienen pendientes de su voluntad, engañándoles con que día llegará en que todas las riquezas que hay sobre la tierra se repartan por igual, pues todos tenemos el mismo derecho, y sin advertirlo, se burlan de los infelices que tienen la desgracia de seguir sus perversas doctrinas.

Los de Mogente, como todos los católicos de verdad, tienen, ó mejor dicho, tenemos al divino Redentor Cristo Jesús, enseñando en toda su vida, desde la cuna hasta la cruz en que espirara, dándonos en ésta aquel grande ejemplo, de perdonar y rogar por sus enemigos. ¡Ejemplo sublime que nos dió el divino Maestro de la verdad desde aquella Cátedra sagrada de la cruz! ¿Y qué hacen aquellos maestros del error, sino enseñar desde sus cátedras el odio y la venganza contra todo el que posee, contra todo lo que no va conforme con sus máximas, y contra todo lo santo y bueno? He aquí, á mi modo de pensar, la grande diferencia que existe entre los unos y los otros. Por eso los de Valencia, que son discípulos de tales maestros (1), obran conforme

(1) Mis lectores tendrán en cuenta que no me dirijo á la católica y culta Valencia, sino á la Valencia descreída, y por consiguiente enemiga de la religión.

á las enseñanzas que de ellos han recibido, con odio el más refinado, y si posible fuese con la muerte y destrucción de sus semejantes. Por eso persiguen con tanto odio á la Religión santa, á sus ministros, y á todos los que tenemos la dicha de no ser contagiados con sus errores; pero á quien dirigen sus envenenadas flechas con todo el encono que les sugiere el infierno, es al Pastor supremo que, con tanto acierto y sabiduría, dirige la navecilla de Pedro, porque en su acalorada mente dicen: heriremos al Pastor y las ovejas se dispersarán. Por eso en nuestra ida pretendían impedir el que las fieles ovejas fuesen á visitar al Pastor, el infierno entonces les atormentaba con sugerencias malignas, y ya que no lo pudieron impedir, en su furor desenfrenado no entienden que su dignidad la arrastran por el lodo más repugnante, apedreando á indefensos peregrinos ya embarcados y en marcha el vapor. Al contrario los de Mogente, y la mayoría de los pueblos de nuestro tránsito, que con sus manifestaciones públicas y con sus entusiastas vivas, bien á las claras ponen sus buenos deseos de participar del goce que disfrutaban los hijos de la fe, cuando en tan crecido número nos reunimos para visitar á nuestro santo Padre, como supremo Pastor y vicario de Cristo en la tierra.

¡Cuánto debieron sentir aquellas buenas gentes la despedida de los peregrinos! Los cinco minutos que el tren para en esta estación transcurrieron con brevedad, y el tren cumpliendo con el deber que el maquinista le impone, no tiene reflexión de si son enemigos ó amigos, emprendiendo su apresurada marcha sin ninguna consideración.

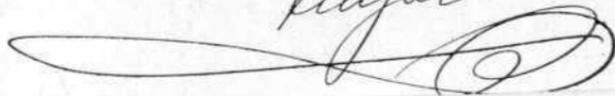
Entre atronadores y entusiastas vivas salió el tren de aquella inolvidable estación, llegando á la de Fuente la Higuera, en que también nos esperaba un inmenso gentío que nos entretuvo muy cómodamente el poquito tiempo de parada. Desde ésta sigue la de La Encina, llegando después á la de Almansa, donde fuimos obsequiados con muchos vivas por la multitud de sus honrados vecinos, que en gran número estaban en dicha estación. Sigue la de Alpera y después la de Villar, estando cerca la de Chinchilla, en

todas estas encontramos muchos de sus habitantes que no cesaban de aplaudir con vivas y halagüeñas frases.

Desde ésta se llega á la de Albacete, que también estaba muy concurrida, en particular de divertidos jóvenes de ambos sexos, y no pocos vendedores de navajas y herramientas de corte, que como mis lectores no ignoran, Albacete tiene fama en tales instrumentos, pero como los peregrinos y católicos no sabemos, ni debemos esgrimir otra arma que la Fe, Esperanza y Caridad, la venta fué nula y de ningún valor, y por tanto, los vendedores tuvieron poco éxito en su comercio, retirándose desconsolados. Sólo entre los jóvenes tenían un alegre festín, en el que también tomaban parte varios jóvenes peregrinos.

Nos despedimos de aquella gente divertida y alegre con vivas y cantando el himno de la peregrinación. Ya eran las cuatro y cuarto cuando el tren arrancó de Albacete, llegando en breve tiempo á La Gineta, y luego á La Roda. Así que salió el tren de ésta, como ya declinaba la tarde y la noche estaba pronta á sorprendernos, varios de mis compañeros de coche opinaron que sería bueno antes de hacerse de noche, rezar el santo Rosario, y nada más justo que pagar ese corto tributo á la que es Madre de Dios, Reina del Cielo y de la tierra, y de consiguiente nuestra amorosa Madre la Virgen Santísima. Convenidos todos en ello, dejando las animadas conversaciones los unos, y las alegres canciones los otros, faltaba únicamente elegir el director, unos decían sea el más viejo, y siendo así, recaía la elección sobre mí, y verdaderamente, aunque indigno, no hacían mala elección por estar muy acostumbrado á esto toda mi vida; pero no faltó quien dijo: habiendo un Sacerdote entre nosotros, no está bien que sea director un seglar, y todos convenimos que sí, dirigi la vista á todos los viajeros y no veía Sacerdote alguno, hasta que descubriéndonos se dió principio al Rosario, entonces ví con sorpresa que lo era un simpático joven de 24 años que no representaba tener 18, y era el que estaba á mi derecha, precisamente el peregrino con quien más conversaba, llegando hasta á comer en su

Guixar



compañía, no sabiendo que era Sacerdote, y ni aun lo pensé por parecerme tan joven.

Una vez terminado el santo Rosario, recayó la conversación entre los dos sobre el particular, haciéndole notar al joven Sacerdote la sorpresa de que había sido víctima. Lo primero que le dije: perdone usted señor cura si en algo le he faltado, aunque no acostumbro á faltar á mis semejantes, pero bien pudiera haber ocurrido alguna falta en alguna palabra más ó menos licenciosa, pues como le he creído seglar, nada tenía de particular, llevando ya diez horas en su compañía.

Muy amable él me refirió algún rasgo de su historia que, aunque muy joven, tenía que contar. Entre otras cosas me dijo: juzgué algo incómodo viajar con sotana, y por eso vengo de traje seglar, pero en la maleta llevo mi traje de sacerdote, siendo casualmente de Valladolid. Con esta amigable conversación llegamos á la estación de Minaya; en ésta, la noche fué ya cubriéndose de su crespón negro, teniendo que servirnos de la luz artificial. Llegamos á las ocho y veinticinco á la de Villarrobledo, cuya estación bien se comprende que está próxima á la población, y que debe de ser ésta bastante grande y donde sin duda reside alguno de los maestros que dejamos en Valencia, ó por lo menos, que con las mismas enseñanzas dirige y enseña á sus alumnos. Lo digo porque por los frutos se conoce el árbol, y no puede dar el espino higos, ni el olmo peras. Los jóvenes que pululaban por aquella estación según he dicho, debían estar educados perfectamente en la mal llamada libertad ¡Y cómo no! hace falta ser muy liberales, digo, muy libertinos, para que con esa falsa libertad apedreasen los últimos coches del tren, rompiendo varios cristales de las portezuelas, hiriendo á dos indefensos peregrinos, recorriendo todo el tren é insultando con el mayor cinismo y descaro el más insolente y desvergonzado. Aquí fué otra prueba más de nuestra sensatez y cordura, porque á sus insolentes habladorías les contestaban los peregrinos con el más profundo silencio que, más pudiera decirse que los coches iban llenos de seres inanimados, que de hombres llenos de vigor y energía bastan-

te para contrarrestar á los libertinos que tanto se adhieren á esa desenfrenada libertad, propia de bandidos y criminales. ¡Qué será de la pobre España si á tal semilla no se la pone el freno que la corresponde! Tus hijos predilectos, tus verdaderos hijos, que de veras te aman, patria querida, se verían precisados á vivir encerrados como los antiguos hermanos nuestros en las Catacumbas de Roma. Yo estaba dispuesto á llamar la atención de los guardias civiles que por allí cerca se paseaban haciendo la vista gorda, como vulgarmente decimos, (1) pero me hice la cuenta de que lo mejor era no hacerles caso por dos cosas: la primera, porque once minutos que era la parada se pasaban luego, y la segunda porque, para el necio no hay mejor respuesta que el desprecio. Demasiado poco son once minutos, pero se me hacían demasiado largos, no por el miedo que, como ya he dicho, no le conozco, pero sí por no oír á aquella horda que pudiéramos llamar salvaje más bien que de hombres civilizados, y mayormente teniéndose por sabios del presente siglo.

¿Cuándo se ha visto ni oído que se hayan juntado los católicos para insultar á nadie, y en particular á hombres que viajan indefensos? ¡Que no pueda el hombre honrado usar de los derechos que le concede la verdadera libertad y las leyes sancionadas por la nación! ¡que tenga que ir siempre escoltado por fuerza armada!

¿A dónde iremos á parar si los gobiernos y autoridades no toman las medidas necesarias para enfrenar ese libertinaje?

Tocó la máquina el tremendo pito, en señal de que, en breve tiempo, saldríamos de la cafrería, y en efecto, se puso en marcha, dejando á los villaburrianos complacidos de su inmoralidad, y no tardamos en llegar á la de Socuéllamos, y después á la de Záncara, que pasamos sin novedad, llegando después á la estación de Criptana de la que, con muy

(1) Mucho lo siento no haberme enterado de sus nombres y apellidos, para haber publicado la grave falta que en su servicio los tales guardias cometieron, así como los de Valencia el grande servicio que prestaron con infatigable celo al embarcar á nuestra ida.

breve parada, salió llegando enseguida á la de Alcázar de San Juan, donde la parada fué de quince minutos, y aunque eran más de las diez, había mucha gente, y si bien no hubo ovaciones por ser ya la hora poco á propósito, se comprendió, por su buen aspecto, que la gente era amable y muy atenta. La mayor parte de los peregrinos descendimos de los coches, porque sabido es que cuando se hace un viaje largo, se agradece mucho bajar á tierra, bien para mitigar la sed, ó para pasearse, aunque esto sea muy breve. De esta estación salimos algún tanto agradecidos por el buen comportamiento de aquellos vecinos, llegando enseguida á la estación de Quero, ésta es un apeadero, donde fué solo dos minutos la parada, llegando después á la de Villacañas, estación muy buena en la que, así como en las sucesivas, no se encontró más gente que la del servicio. Se llega luego á la del Romeral, de ésta á la de Tembleque, y después al apeadero titulado Huerta.

Como eran ya más de las doce, dicho se está que nada se oía que llamase la atención, porque ya se comprende que á tales horas los viajeros rendidos se entregan al sueño en las improvisadas camas que en tales noches alquilan, sirviendo unos á otros de almohadón, y cuando el que lleva la carga se cansa, luego alterna descansando sobre su hermano, que sin ningún pesar recibe aquella incomodidad con afecto de cariño. ¡Cuánta incomodidad y malestar se pasa en un largo viaje, particularmente de noche! pero con paciencia, y no solo con paciencia, sino hasta con muestras de alegría se sobrelleva cuando los que viajan reunidos, como nosotros los peregrinos, forman como una gran familia, cuyos corazones laten á un tiempo mismo en un mismo deseo.

¡Cuán difícil es poder reunir una familia tan numerosa de diferente modo de pensar que el nuestro, porque allí sus corazones no laten á un mismo compás, piensan cada uno de distinto modo, y rara vez concluyen sus festines, viajes ó reuniones sin que tengan que lamentar desgracias, pues entre éstos tienen lugar las envidias, y hasta los rencores más groseros y repugnantes!... ¿Y eso es lo que ellos llaman

ilustración, sabiduría, fraternidad . . y . . . qué se yo cuantas cosas más . . . como saben mis lectores? Sigamos nuestro viaje y dejémosles con su sabiduría y su fraternidad.

La siguiente estación es Villasequilla, y después se encuentra la de Castillejo, en donde ya se advertía el crepúsculo matutino cuando á ella llegamos. Siguió el tren hasta la de Aranjuez, de donde pasamos viendo ya la clara luz del nuevo día 23. ¡Qué mañana más hermosa, tan serena y apacible, aunque algún tantico fresca! A la salida de esta estación, ya reflejaban los rayos del sol, que libres de todo celaje que pudiera empañarles, se tendían por aquellos hermosos campos bien cultivados, como ya dijimos á nuestra ida, con sus sementeras muy crecidas, viniendo á reflejar sobre ellas las gotas del rocío, que parecían menudas perlas. Muy distraídos en la contemplación de aquella risueña mañana primaveral, absortos con la magnificencia y hermosura que presentaban los campos revestidos de sus mejores galas, con especialidad á la salida del astro dorado, llegamos á la estación de Ciempozuelos. Algunos peregrinos se apearon en esta estación con objeto de tomar el desayuno, pero como la parada en estas de última clase no son más que de dos minutos, dicho se está que tuvieron que volver enseguida á sus respectivos coches, sin poder efectuar sus deseos. Viene luego la de Valdemoro, estando cerca la que sigue, que es Pinto. El aspecto risueño y hermoso que presentaban los campos entre estas estaciones, y mejor dicho hasta Madrid, es envidiable, la vista de aquellas grandes vegas cubiertas de tanto verdor y lozania, matizadas por los rayos del sol, es indescriptible; para mí que la mayor parte de mi vida la he pasado en los campos, en trabajos manuales, y de consiguiente acostumbrado á verlos en las mañanas de primavera, nada tenía de nuevo, pero como hace algunos años que estoy en el taller, dicho se está que me complacía al verlos. Cuántos de los que allí íbamos que jamás han visto tanto esplendor, quedarían como absortos al contemplar en aquella mañana hermosura tanta. Pero al contrario los peregrinos de Madrid que, como he dicho eran

la mayor parte de los que veníamos en aquel coche, estaban muy distantes de pensar como nosotros, su conversación no era otra que la de su amada familia que, en breve tiempo, llegarían á abrazarse con ella; para aquellos buenos compañeros ya no había cosa que les llamase la atención.

Con tales conversaciones agradables, y con el bello panorama que contemplábamos, llegamos á la estación de Getafe, en la que á los peregrinos de Madrid se les advertía la alegría en sus corazones. ¿Y cómo no? Habían estado en la gran ciudad de Roma, habían visto y contemplado con sus ojos al gran León XIII, habían visto grandes cosas, atravesado dos veces el Mediterráneo, y en las dos habían experimentado su furia y su bonanza, habían estado entre los peligros de los ingratos liberales de Valencia, y en fin, viéndose ya libres de los peligros que un largo viaje puede ocasionar, sanos y buenos al lado de sus queridas familias, justo era que se complaciesen y se diesen el más cumplido parabién y cantasen un himno en acción de gracias al Dios tres veces santo.

A nosotros los de Valladolid y su provincia, todavía nos parecía prñto el saborear esas delicias, porque sabíamos que hasta el siguiente día no tendríamos esa dicha, y quién sabe, estábamos aún bastante retirados... pero no obstante, ya sentíamos también parte de esa felicidad que, en ciertas ocasiones, embriaga el corazón, sabíamos que estábamos lejos y que bien pudiera ocurrir un lance de los que por desgracia suceden con harta frecuencia, pero la esperanza en Dios, como autor de todo lo grande y bueno, siempre sale al encuentro de cualquiera otro pensamiento que no sea agradable.

Salimos de esta estación con mucha alegría, porque luego llegábamos á Madrid, como en efecto llegamos sin la menor novedad, á las ocho y doce minutos de su mañana. El anchuroso andén de la estación del Mediodía, estaba lleno de gente, en su mayoría, según era de suponer, parientes y amigos de nuestros compañeros de la Corte, que con toda la efusión de su alma los estrechaban entre sus bra-

zos, y mientras estas tiernas escenas de cariño tenían lugar, llegó el tren que venia detrás, por lo que se acabó de completar aquel animado cuadro del más sincero y acendrado amor.

No tardó en quedar desalojado aquel grandioso andén, pues todos los que eran de allí, se retiraron con sus familias en dirección á sus casas. Solos en un grupo los de Valladolid, esperábamos las órdenes oportunas de nuestro dignísimo Jefe superior el Sr. Marqués de la Solana, que con su habitual actividad no tardó en aparecer entre sus queridos peregrinos, y con la amabilidad que le caracteriza nos dijo: Peregrinos, todo el día de hoy estaremos en la Corte, procurando evitar todo compromiso, cada cual puede andar por donde le parezca más conveniente, cuidando estar á las nueve de la noche en la estación del Norte, porque á esa hora sale el tren que nos ha de llevar al término de nuestro viaje.

Concluidas que fueron estas lacónicas palabras, todos, quien más ó menos, rebosando de alegría, nos retiramos á buscar alojamiento para pasar el día visitando y viendo la coronada villa, pues la mayoría nunca habíamos entrado en ella. Yo tuve la suerte por un lado y la desgracia por otro, pero no, no lo atribuyo á desgracia como he dicho tan de repente, es lo siguiente: cuanto á la suerte, lo digo porque en compañía de cuatro amigos y hermanos de la V. O. T. fui en casa de un pariente de uno, donde nos obsequiaron con mucha amabilidad, estando todo el día muy tranquilos, pero he dicho desgracia, porque para la primera vez que tenía ocasión de estar en Madrid, me sentía algo disgustado á causa de un grano en la nuca, siéndome bastante molesto, particularmente en este día, pero no obstante nuestra primera ocupación fué oír la santa Misa, hacer algunas visitas y pasear por varias calles de la Corte.

Poco puedo decir de esta capital, primera de nuestra España, y lo digo con sentimiento porque tuye necesidad de irme á la casa-alojamiento, y no volví á salir hasta que fué la hora para dirigirme á la estación.

¡Cuánto lo sentí! ¡Qué deseos tuve siempre de entrar en Madrid y ver sus monumentos! Cuánto hubiese escrito de esa gran población de nuestra querida patria, pero sin embargo me resigné con los decretos de la divina Providencia. En recompensa, mis amables amigos y hermanos no entraron en casa más que para cojer el pequeño equipaje ¡Cuánto gozaron según me contaron! Uno de los compañeros y hermanos renunció á ir con ellos, tan solo por hacerme compañía. Dios le premie tan noble acción, pues yo, de mi parte, me reconoceré siempre deudor de tan grande sacrificio.

La tarde iba declinando y se aproximaba el tiempo de partir, para dar término á nuestro viaje en la mañana del siguiente día. Nos despedimos de nuestros amables y hospitalarios patrones, y salimos con dirección á la estación. En poco tiempo nos reunimos todos los peregrinos, y en aquel rato disfruté de su amigable conversación, en la que me refirieron todo lo que habían visto en la capital de España. Ya el tiempo se pasó, la máquina hizo la primera señal de prevención, y todos nos apresuramos para tomar asiento por última vez, porque en él se terminaba nuestro viaje. En efecto, pitó por fin la máquina y se puso en marcha.

Excusado es decir que la alegría de vernos ya dando término á nuestro azaroso é impresionable viaje, se ponía en nuestro rostro de manifiesto, pues era noche que se nos había de pasar con la mayor brevedad. Eran las nueve y cuarto cuando arrancó el tren de la estación de Madrid, siguiendo su ruta con buena marcha. La primera estación que se halla, como ya saben todos los que por esa línea han viajado, es la de Pozuelo, iremos nombrando las demás como una curiosidad, pues muchos no estarán al corriente de ellas. Sigue la del Plantío, después Las Rozas, Las Matas, Torreldones, Villalba, Las Chorreras y el Escorial.

En ésta se apearon varios peregrinos que tenían concluído su viaje, por ser vecinos próximos de allí. La máquina siguió su curso, llegando en breve tiempo á las estaciones de Zarzalejo, Robledo, Santa María de la Alameda, Las Na-

vas, Navalperal, Herradón, La Cañada y Avila. En ésta, á pesar de la hora, había mucha gente que, sin duda, salían á esperar á sus deudos y amigos que abrazaban con efusión. Los de Valladolid seguíamos tranquilos, durmiendo unos sobre otros, como suele hacerse cuando van muchos, sobre todo cuando hay verdadera confianza. Salimos de Avila y no tardó en recorrer las siguientes: Mingorria, Velayos, Sanclidrian, Adanero, Arévalo, Palacios de Goda, Ataquines, Gomeznarro y Medina del Campo. Al llegar á ésta ya se conocía el crepúsculo matutino, y la mayoría de los viajeros, sacudiendo la lana del colchón, como suele decirse, descendieron de los coches, dándose el parabién de estar ya tan cerca de nuestra amada ciudad. Cuando el tren salió de Medina ya se veía con bastante claridad, y parecía que la nueva mañana del día 24, por cierto martes, y quince de nuestra partida, se presentaba clara y serena, aunque algún tanto fría.

Arrancó el tren de ésta, llegando con brevedad á Pozaldez, entonces ya el sol con sus hermosos rayos, venía á dar un realce esmaltado con el rocío de sus campos. Dejemos pues, de hacer relaciones que á nada conducen, y anticipemos las alegrías conque los seres queridos nos aguardaban desde muy temprano en la de Valladolid, y así es que, puesto el tren en marcha, en muy poco tiempo recorrió las estaciones de Matapozuelos, Valdestillas y Viana. Cuando llegó á ésta, decíamos: gracias á Dios ya estamos en la estación última y podemos contarnos en casa, tanto que los peregrinos no nos determinábamos á descender de los coches, porque decíamos; la parada es de dos minutos y no hay tiempo para nada, pero no contábamos conque nuestra capital de Castilla la Vieja también tiene hijos muy parecidos á los de Valencia, y que también tienen profesores que los han enseñado á pitar y otras cosillas más. Pasaron los dos minutos, y cinco más, y el tren sin tener movimiento. ¿En qué consistía estar tanto tiempo parados en esta insignificante estación? ¿Habría sufrido la máquina alguna avería? ¿Cómo será ésto? Viendo que pasaban diez y quince

minutos sin saber nada, todos ó la mayor parte descendimos y nos diseminamos por los alrededores de la pequeña estación, y entonces se supo que el celoso Gobernador de Valladolid, por evitar un trastorno que muy facilmente hubiese sucedido en el orden público, telegrafió á Viana, haciendo saber que nuestros paisanos y amigos, obreros de la estación, en compañía de algunos otros que... es mejor callar, deseosos de recibirnos con gran música, hermana de la de Valencia, nos esperaban agrupados en la estación, y que, para evitar algún caso desagradable, no partiese de allí hasta que los obreros de la estación no entrasen en los talleres.

También tuvimos noticia de que el día antes, en gran número, nos aguardaban á la llegada del tren de las seis de la tarde; y ¡qué desgracia cuando llegó el tren y supieron que los peregrinos estaban en Madrid! ¡Cómo ha de ser, dijeron, paciencia! Lo aplazaremos para mañana, que no dejarán de venir en el tren de las seis. ¡Pero chico...! si hoy hubiesen llegado... con el número de pitos que juntamos, todos á cual más llenos de libertad! ¡Y no sólo eso hombre, que hoy no hay nadie de autoridad aquí en la estación, y podíamos con mucha... con toda la libertad del mundo entero, habernos divertido con nuestros pitos! Chico, si tú vieras éste que tengo yo, es una maravilla, parece un pito de una máquina. Pues ese tuyo no vale nada en comparación de los que hicimos ayer en el taller. ¡Qué terrible silba! ¡Qué lástima que lo tengamos que aplazar! Pero se me ocurre una cosa, y es la siguiente: Entre los peregrinos también les hay que... que tienen la sangre colorada y... Cá, eso no tiene que ver nada, porque somos nosotros muchos más... Sí, pero también hay que contar que para cada peregrino vendrán lo menos seis á recibirles, entre parientes y amigos, y sería un poco serio. Lo que yo siento es que no han venido, lo demás es un cuento, que no hay quien pueda evitar el que cada uno haga lo que quiera, para eso estamos en tiempo de liber...tad. Y en eso de tocar los pitos ¿qué inconveniente puede haber, no les han silba-

do en Valencia? Y además, es ya casi ley de la nación... ¿no silbaron á Cánovas y Sagasta, y eso que son los principales gobernantes de la nación, y á otros muchos que sería largo enumerar? Lo dicho, no hay ningún inconveniente, porque en España ya es moda la chifladura. Y además ¿quién los ha mandado ir á Roma á esa cuadrilla de beatos y fanáticos, dejando abandonados sus quehaceres y sus familias? ¡Qué lástima que el vapor no se hubiese ido á pique! Vaya chico, hasta mañana, á ver si madrugamos, que muy bien puede venir el tren antes de las seis, que lo que hoy no hemos podido realizar, mañana será el primer desayuno que tengamos, ¡pero fuerte!

Este diálogo, según me han enterado, le sostenían dos jóvenes algo retirados del tumulto de gente, y en general, era la conversación de la tarde del día antes de nuestra llegada, pero no contaban mis buenos compañeros conque en aquel día los peregrinos estaban, sino orgullosos, porque el orgullo no tiene cabida en ellos, por lo menos llenos de una santa alegría, acabando de rematar su obra en la gran villa y corte de Madrid. Digo que rematando su obra, porque en Roma no se hizo otra cosa más que ver y contemplar grandiosidades y maravillas, que jamás ni aun habíamos soñado de ver en nuestra vida, y llegamos á la capital de España, y por no perder la costumbre nos dedicamos en este día á contemplar los monumentos que ésta encierra, y que no transcribo por ser muy conocidos.

Además, tampoco contaban conque así que llegamos á Madrid, nuestro dignísimo Jefe el Sr. Marqués, telegrafió á Valladolid, haciendo saber á este Gobierno nuestra estancia en Madrid y la hora de nuestra salida y llegada á esta nuestra capital. Y aquí tienen ya el cómo en aquella tarde aunque supieron la agrupación de gente en la estación, se mostrase el Gobierno previsor de Valladolid indiferente, pues el celo y actividad que á este dignísimo Gobierno distingue en el buen desempeño de sus funciones por lo que toca al buen orden público, era de esperar que hubiese tomado con anticipación sus medidas correspondientes.

Por eso cuando el tren llegó á la estación de Viana, en la mañana ya citada, este dignísimo Gobierno teniendo noticias de que los obreros de la estación y otros, esperaban agrupados en la misma con el objeto de poner por obra los planes del día anterior, concibió el bello y acertado plan de telegrafiar á Viana, para que el tren no saliese de dicha estación, hasta que los obreros no fueran llamados por la campana al cumplimiento de sus habituales tareas en los talleres. ¡Disposición sabia, digna de loores y aplausos á un Gobierno que sabe por tan buenos medios evitar el desorden de una población pacífica y honrada! Porque ¿quién sabe si pensando divertirse, porque una silba, según mi parecer, es una broma, hubiese habido algún atrevido, que raras veces faltan, que del silbato pasara al órgano? ¡Triste hubiese sido entonces el resultado de la música! Orgullosó puede estar un Gobierno previsor que cumple fielmente con el muy pesado cargo que tiene, para mantener el buen orden y la justicia sin malquistarse con ninguno de sus subordinados.

Reciba, pues, de los peregrinos la más cordial y sincera enhorabuena.

Cuarenta minutos estuvo el tren parado en Viana aguardando que los obreros de la estación entrasen á trabajar en los talleres que, como ya hemos dicho, estuvieron la tarde antes esperando nuestra llegada en gran número, provistos de sus correspondientes pitos, sin duda para tener el placer de no ser menos que los compatriotas valencianos. Supongo que en muchos hubiese sido puramente una broma, pero otros, según me han enterado, iban dispuestos á todo lo que hubiese salido, por lo menos así lo indicaban sus preparativos. Pero no habiendo venido en esa tarde, hoy por la mañana repiten la escena, agrupándose en grandes proporciones en el andén. ¡A qué tiempos hemos llegado! ¡Tener que estar detenidos por temor á nuestros semejantes, tan solo porque estos entiendan al revés la hermosa libertad, desfigurándola con sus abusos!... De ese modo que la practican, no es libertad... es... li... bertinaje, es opresión... es tiranía... Y es... cualquier cosa menos libertad.

Transcurrido el tiempo dicho, el tren se puso en marcha y, en breve tiempo, llegó á la deseada estación de Valladolid, en la que nos esperaban (como era de suponer), los seres queridos que con tanto dolor nos despidieron cuando emprendimos nuestro viaje, con todo cariño nos saludamos con amor paternal y, unos y otros, llenos de regocijo y con satisfacción la más cumplida, nos dábamos el parabién por haber tenido la dichosa suerte de vernos otra vez á su lado sanos y libres de tan arriesgados compromisos, como en quince días que duró nuestra ausencia tuvimos, encontrándoles también á ellos con la más perfecta salud. Todo el andén estaba lleno de gente, en su mayoría de las familias y amigos de los peregrinos, aunque también había gran parte de curiosos que lo tienen por costumbre y que constituye una parte de su alimento. De estos eran no pocos, de los obreros de la estación; había bastantes de los que tanto se habían afanado para proveerse de su correspondiente pito, pero como la unión es la que hace la fuerza, como han experimentado muchos ganaderos que, cuando un lobo ó dos acometen á sus ganados, con pocos perros eran dispersados éstos, pero muy difícil en caso contrario, porque descaradamente á pesar de los perros y de los guardas, conseguían sus malignos deseos, pues una cosa parecida ocurrió aquí; viendo que eran en menor número que los adictos de los peregrinos, muy en silencio observaban y callaban teniendo sus pitos en el bolsillo, en la más perfecta quietud. De suerte que, éstos de necesidad aparentaban tener virtud. Digo de necesidad porque nadie es tan tonto que no conozca la ridiculez en que se pone en caso semejante.

La entrada en Valladolid fué á las siete y algunos minutos de la mañana del día 24 de Abril, de eterna memoria para los peregrinos y sus queridas familias que, confundidos unos con otros, por algunos momentos no se podía dar un paso por la grande affluencia de gente de toda clase de la sociedad. Autoridades y respetabilísimas personas por su dignidad, nuestros cariñosos amigos, los obreros del Circulo en gran número, todos mezclados nos saludábamos y con

grande entusiasmo y amor nos dábamos un afectuosísimo abrazo, y con toda efusión del alma se mezclaban los apretones de manos, parecía que así les habíamos de comunicar ó transmitir las impresiones que traíamos del azaroso y arriesgado viaje que, en aquellos solemnes instantes tan felizmente terminábamos.

Con cuánta frecuencia se les oía á nuestros queridos amigos decir: ¡Quién hubiese podido tener la dichosa suerte de haber podido haceros compañía, y haber disfrutado de lo que vuestros ojos han visto! ¡Gracias á Dios que, con tanta felicidad os ha sacado de los peligros del mar y de los compromisos de Valencia! ¡Qué felicidad!

¡Qué dicha habéis tenido! En el Circulo nos reuníamos todas las noches, rezábamos en la capilla el santo Rosario, y rogábamos á Dios por vosotros, y allí con mucha amabilidad leían las cartas y nos daban noticias de todo, según los partes telegráficos que mandaban y recibían. Para poder hacer una relación detallada de las alegrías de esta llegada entre los peregrinos, sus familias queridas y demás parientes y amigos hacía falta una pluma con más elocuencia y sabiduría que la de esta indigna criatura. ¡Quién me la diera para poderlo trazar según mis buenos deseos, y eternizar en cuanto fuese posible la memoria de esta inolvidable peregrinación!

Pasados unos momentos, y luego que la gente fué saliendo del andén y pudimos andar con alguna libertad, nuestros primeros pasos fueron dirigidos á donde ya estaba nuestro espíritu, no como los mundanos, ó esos hombres (que por desgracia abundan), incrédulos ó de esos filósofos modernos, que cuando han conseguido algún triunfo, lo muestran con orgías y pasatiempos con lujo el más refinado y fiestas licenciosas. Nosotros habíamos conseguido un triunfo grande, haciendo resaltar más y más las verdades que nuestro redentor Cristo-Jesús dejó reveladas á su iglesia; en una palabra, veníamos de hacer pública manifestación ante el mundo entero, quince mil obreros españoles, de adhesión y de cariño al Vicario de Jesucristo en la tierra, al inclito, al gran sabio León XIII,

arriesgando para conseguirlo nuestra propia vida, y en este dichoso día teníamos la suerte feliz de pisar en nuestro suelo natal, llenos de salud, sin haber tenido la menor desgracia; porque, ¿quién no se admira al ver que hemos salido de nuestra España más de quince mil y volvemos todos al seno de nuestras familias sin faltar uno solo? esto es grande, esto es maravilloso, esto es digno de eternizar su memoria.

Por eso los peregrinos en esta mañana, así que dan los primeros pasos, no les dirigen al festín y á la orgía... les dirigen á dónde... á dar gracias á Dios por tan grandes beneficios, como hijos creyentes y de verdadera fe. ¿Y cómo no ser así? ¿no es bastante todavía lo que llevo dicho? Pues hay más, pero siento mucho ser molesto y voy á terminar, pues ya comprendo que mis lectores saben muy perfectamente cuántas grandezas encierra este viaje transcendental.

Marchábamos todos mezclados en perfecta armonía con dirección á la Santa Iglesia Metropolitana á dar gracias al Dios omnipotente, á manera del patriarca Noé cuando salió del arca, en la cual se había librado de perecer en las aguas del general diluvio, y lleno del espíritu santo, levantó un altar, dando gracias al Todopoderoso. Pues bien, nosotros que veníamos de lejanas tierras, entre tantos peligros en medio de las encrespadas olas del Mediterráneo y salido ilesos del diluvio de piedras de Valencia, y de los proyectos frustrados de nuestros compatriotas y amigos de Valladolid, ¿cómo no corresponder á tantas finezas de amor?

Sin orden de procesión, por no llamar la atención á los enemigos de la Religión santa, caminábamos en un inmenso grupo llenando los anchurosos paseos del Campo Grande, contando cada uno los sucesos ocurridos en nuestro viaje, y los que aquí se habían quedado manifestando los sobresaltos y temores de que habían sido víctimas durante nuestra ausencia, con las noticias de Valencia y el peligroso paso del golfo.

Embebidos en estas tiernas emociones llegamos á la catedral, donde nos esperaba nuestro amadisimo Prelado con el Gobernador civil, el Sr. Presidente de la Diputación, el

Sr. Alcalde presidente de este municipio y demás autoridades y acompañamiento. Allí, todos postrados de hinojos ante el augusto Sacramento del altar, le dimos gracias por la felicidad conque se terminaba tan grande como solemne acontecimiento.

Se cantó un solemne Te-Deum, y seguidamente la Salve á la Santísima Virgen, terminando tan solemne acto con el himno precioso, que fué el cántico favorito de los peregrinos durante su azaroso viaje.

Todos, ó en su mayoría, así que se terminó este acto que dejo indicado, agrupados como hermanos alrededor de nuestro dignísimo jefe y presidente, nos retiramos con dirección al Círculo con objeto de quedar allí depositado el signo predilecto del mismo Círculo, la hermosa bandera que con nosotros llevamos, y que hoy, como signo precioso, volvemos al punto de donde salió, pero con mucho más esplendor que cuando salió, por traerla bendecida por el Papa y haber tenido la dicha de ser tremolada allá, en medio del Mediterráneo, y en la primera iglesia del mundo, en la grandiosísima Basilica del primero de los Apóstoles (San Pedro).

En el Círculo reinó una animación completa, llena de expansión y de alegría. ¡Esta es la verdadera fraternidad! ¡este es el retrato perfectamente modelado de la verdadera familia! Esta es la imagen viva de la verdadera libertad, de que tanto alardean los llamados liberales, que sólo en los labios la tienen para mancillarla, ó cuando menos para abusar de ella y con su pretexto insultar vergonzosamente á sus semejantes, resultando entonces en vez de un rasgo honroso de libertad, un vergonzoso sarcasmo ó una ignominiosa tiranía. Júzguenlo como mejor les plazca, yo la libertad la aprecio cuanto pudiera apreciar un verdadero tesoro, pero no esa libertad que vociferan los falsos sabios del mundo, que la quieren sí, pero es nada más para ellos, queriendo que los demás estén bajo sus plantas, díganlo sino los liberales de Valencia, los de Valladolid y los de todas partes.

Los verdaderos liberales no apedrean á nadie ni insultan

con palabras, obras y cuanto está á su alcance, en una palabra, yo, cuando se juntan para mofarse de sus semejantes, no puedo menos de compadecerme y decir... esta buena gente tiene perdido el juicio y no saben lo que hacen. Pues ahí tenéis una prueba bien clara y evidente de la verdadera libertad. ¡Quince mil hombres que se han reunido! todos con el mismo fin, todos con el mismo latido en su corazón, todos con aquel amor de verdaderos hermanos, en nuestra patria lo mismo que en patria extranjera, lo mismo en los peligros del mar que en las tristezas y alegrías. ¡Lo que hace la Religión santa! Milagro bien manifiesto, y sino que se reúnan quince mil hombres por espacio de quince días, de otro modo de pensar, y entonces veremos si concluyen la fiesta en paz; lo más probable sería terminar con odios y venganzas, ó acaso de otro modo más lamentable que no me atrevo á decir.

Las expansiones y fiestas en el Círculo fueron breves, á causa de que los peregrinos, motores de estas alegrías, tenían que descansar de tantos días que llevaban mezclados con alegrías y sobresaltos, y era preciso dar al cuerpo el descanso de que se veía privado hacia tiempo, por eso con todo el corazón lleno de santo entusiasmo se dió por terminada tan gran fiesta con un ¡viva el Papa! ¡viva el pueblo honrado de Valladolid! Terminada esta fiesta, el R. P. Marcelino de la Paz, celebró en la capilla del Círculo el santo sacrificio de la Misa. Muchos peregrinos y también varias señoras nos quedamos para oirla, ofreciéndola al Todopoderoso y á la Santísima Virgen en acción de gracias por las victorias conseguidas en tan memorable y entusiasta viaje.

Gracias mil sean dadas á Dios omnipotente, por el inestimable beneficio que se ha dignado concedernos á todos, y en particular á tantos obreros, que sin recursos propios hemos tenido la dichosísima suerte de ver al Vicario de Jesucristo en la tierra, al gran sabio León XIII, con ayuda del óbolo de tantos protectores, que tan de veras se interesaron por nosotros, á quienes con todo el afecto de nuestro corazón y efusión de nuestra alma, damos las más expresivas gracias.

Voy á terminar esta obrita, en la que con muchos desvelos

Quijar

he logrado ser fiel cronista de un viaje que tantos recuerdos ha dejado en el corazón de los peregrinos. Conozco lo imperfecto de mi pobre composición, pero tengan en cuenta que el que lo ha escrito no tiene más estudios que el trabajo cotidiano en el taller machacando hierro para proporcionar para sí y su familia un mezquino alimento, como dejo indicado en el prólogo, con esta consideración espero que mis ilustrados lectores sabrán ser indulgentes con este obrero, perdonando las faltas que en ella encontrarán, que seran muchas, pero todas ajenas á mis buenos deseos, porque más bien pudiera decirse que lo he escrito con el corazón que con la pluma.

Quisiera haber sido un sabio para narrar un viaje tan transcendental, pero esto, á mi modo de pensar, lo pueden suplir mis buenos deseos, pues tanto ha sido mi amor y entusiasmo, que, animado para escribir el por tantos títulos heroico y felicísimo viaje, no he dudado dar á mi pobre y sencillo escrito el precioso y noble título de *Un viaje á Roma en peregrinación obrera española, ó sea el Triunfo de la Religión*.

Terminaré en este momento, pero no sin dar las más expresivas gracias y un viva con todo el afecto de mi sincero corazón, al Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra; á nuestro amadísimo Prelado el Eminentísimo é Ilustrísimo Sr. D. Antonio Maria Cascajares y Azara, Cardenal-Arzbispo de esta Archidiócesis; á la dignísima Junta Diocesana y su presidente Excmo. Sr. Marqués de Alonso Pesquera; al Excmo. Sr. Marqués de Comillas, que tantos sacrificios ha hecho para poderla llevar á debido efecto; á nuestro amadísimo Jefe de peregrinación Excmo. Sr. Marqués de la Solana y presidente de nuestro Círculo Católico, y á tantas y tan piadosas Señoras y demás Protectores, que con su óbolo han contribuido para llevar á cabo un viaje que será eterno en nuestra memoria, y que tanto consuelo ha llevado al anciano venerable, prisionero en Roma por la astucia maligna de los enemigos de nuestra santa Religión. ¡Quiera Dios sea para engrandecimiento de ésta y para mayor honra y gloria suya y de su Santísima Madre! Así sea.





Á LA ASUNCIÓN
DE LA
SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Con negro manto de apiñadas nubes
Robó la noche su esplendor al día,
Y envuelve en luto y silenciosa calma
La plácida región de Palestina.
Ni una lumbre destella de los montes:
Ni un rumor en los valles, ni una brisa;
Ni del can vigilante en las cabañas
El ladrido de alerta se atendía.
Muda, como la tumba en el desierto,
Se pierde en sombras la Ciudad deicida;
Presagio de su estrago y de la afrenta
De su raza dispersa y maldecida:
Y hasta el Jordán, cuyo fragor profundo
Retumba del Sinaí en las colinas,
Cual si fuese la voz de tantos siglos,
Hondamente grabados en su orilla;
Ora lleva sus aguas silencioso
Por la yerma llanura de asfaltita,
Y al saludar de lejos el alcázar
Que corona del Sión el alta cima,
Ora no escucha el eco lastimoso
Del arpa de David, que entre las ruinas

Los quebrantados mármoles al aura
De la callada noche repetían.
Sólo bajo sus pórticos truncados
Vaga doliente el ¡ay! de la agonía,
Y el ¡ay! de los Apóstoles gimiendo
Derredor al sepulcro de María...
Mas súbito rasgándose los Cielos,
Franqueó la Eternidad sus anchas puertas,
Y á torrentes inundóse el espacio
De esplendorosa luz... Quedó suspensa,
Pasmada la creación... y en el momento
Vióse la Virgen sobre nubes de oro,
Cual brillante metëoro,
Lanzarse de la Tumba al firmamento.

Y cabe la sepultura
Todos cayeron de hinojos
Cuajado el llanto en sus ojos,
De sorpresa y de estupor.

Mas un destello divino
Radió su atónita frente;
Y alcanzaron en su mente
La magnífica ascensión.

De la Santísima Virgen,
Cuya angélica hermosura
Brilla más que la natura
Con tanto y tanto esplendor.

Y así turbados siguiendo
Sus velocísimas huellas,
Al cruzar de las estrellas
Por la distante región.

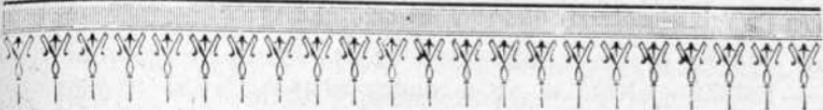
Mil y mil soles vieron en sus órbitas
La inmensidad ceñir de los espacios
Y con raudales de oro y de topacios
Otros mil y mil mundos alumbrar.
Y con ellos la tierra cual un átomo
Despreciable en tan vasto poderío,
Por el piélago inmenso del vacío
Navegaba rodando sin cesar.
Mas apenas la Virgen de la atmósfera
Se elevara, rasgando el puro ambiente,

La infinidad de soles de repente
Precipítase en torno á su beldad.
Y en mil arcos triunfales por el ámbito
La corona ya alumbran en su vuelo;
Y arde en sus llamas el azul del cielo
Que trasparente así la eternidad.
Y allá en su seno, el resplandor purísimo,
La mansión de la gloria deslumbraba,
Y un monte de trofeos se elevaba
Ante el inmenso pórtico eternal;
Y en la cúspide al vuelo de los Ángeles
El alma, enseña de la Cruz, ondea
Roto á sus pies el cetro de Judea
Y del César la púrpura imperial.
Y apenas entre las palmas de los mártires
El trono de David se percibía;
Dilatándose en torno la armonía
De la espléndida corte celestial,
Que recibe y aclama en dulces cánticos
Por reina de los Cielos á María;
Y á sus plantas el orbe repetía
Los acentos del mísero mortal ...
¿Dónde vas Señora nuestra,
Madre de Dios, Virgen pura?
¿Cómo en tanta desventura
Nos podéis desamparar?
Ven con tus hijos, oh Madre,
Madre amorosa, á la tierra
Ven, que sin tí nos aterra
¡La muerte y la eternidad!...
Mas no: que por dispensarnos
Desde allí mayor consuelo,
Unió la tierra y el Cielo
Con su divina ascensión.
Allí esconde nuestras culpas
En su amoroso regazo:
Allí detiene su brazo
La cólera del Señor.
De allí enfrena del Averno
La perseverante saña;

De allí vierte sobre España
Benigna predilección.
¡Ay! sin ella, patria mía,
Siglos y siglos luchando
Contra el poderoso bando
Del árabe vencedor,
¿Quién sostuviera tu aliento
Tu prodigiosa constancia?
¿Quién la indómita arrogancia
Del cristianismo español?
Que refugiado á una gruta,
Ya rendido á la agonía,
Invocando de María
La celeste protección
Rompe y vence, y rebasando
Los lindes del hemisferio,
Sus altares y su imperio
Por dos mundos extendió.. ?
Alzad, alzad del sepulcro,
Vencedores de Lepanto:
Volved á entonar el canto
De Zaragoza en loor.
¡Ay! no: que al buscar en vano
Vuestra patria y vuestros nietos,
Hallaríais sus esqueletos,
Hallaréis su corrupción...
Mas aún así, Santa Virgen,
Miserables, desvalidos,
Vuestros serán los latidos
Últimos del corazón.
Y aunque viéramos el mundo
Todo en escombros deshecho,
Tendréis, Señora, en el pecho
De cada fiel, un altar.
Que doquiera resplandecen
Vuestras virtudes divinas;
Y podremos sobre ruinas
Prosternarnos y llorar.

De la Madre de Dios.





CRONOLOGÍA DE LOS PAPAS

DESDE SAN PEDRO HASTA NUESTRO PADRE LEÓN XIII,

QUE ACTUALMENTE RIGE Y GOBIERNA LA SANTA IGLESIA.

San Pedro fué electo el año 33 y muerto el 66; le sucedió San Lino, electo el 66 y muerto el 78.

San Anacleto, electo el 78 y muerto el 91.

— Clemente, electo el 91 y muerto el 100.

— Evaristo, electo el 100 y muerto el 109.

— Alejandro I, electo el 109 y muerto el 119.

— Sixto I, electo el 119 y muerto el 127.

— Telesforo, electo el 127 y muerto el 139.

— Igiaco, electo el 139 y muerto el 142.

— Pío I, electo el 142 y muerto el 157.

— Aniceto, electo el 157 y muerto el 168.

— Sotero, electo el 168 y muerto el 177.

— Eleuterio, electo el 177 y muerto el 192.

— Victor, electo el 193 y muerto el 202.

— Ceferino, electo el 202 y muerto el 219.

— Calixto I, electo el 219 y muerto el 222.

— Urbano I, electo el 223 y muerto el 230.

- San Ponciano, electo el 230 y muerto el 235.
- Antero, electo el 235 y muerto el 236.
 - Fabiano, electo el 236 y muerto el 250.
 - Cornelio, electo el 251 y muerto el 252 (1.^{er} Anti-papa).
 - Lucio, electo el 252 y muerto el 253.
 - Estéfano I, electo el 253 y muerto el 257.
 - Sixto II, electo el 257 y muerto el 259.
 - Dionigi, electo el 259 y muerto el 269.
 - Felice, electo el 269 y muerto el 274.
 - Eutiquiano, electo el 275 y muerto el 283.
 - Cajo, electo el 283 y muerto el 296.
 - Marcelino, electo el 296 y muerto el 304.
 - Marcelo I, electo el 308 y muerto el 310.
 - Eusebio, electo el 310 y muerto el 310.
 - Melquiades, electo el 311 y muerto el 314.
 - Silvestre, electo el 314 y muerto el 335.
 - Marcos, electo el 336 y muerto el 336.
 - Julio I, electo el 337 y muerto el 352.
 - Liberio, electo el 352 y muerto el 366.
- Felix II, electo el 355 y muerto el 365 (2.^o Anti-papa).
- San Dámaso, electo el 366 y muerto el 384 (Ursino A. P.)
- Siriaco, electo el 384 y muerto el 398.
 - Anastasio I, electo el 398 y muerto el 402.
 - Inocencio I, electo el 402 y muerto el 417.
 - Zósimo, electo el 417 y muerto el 418.
 - Bonifacio I, electo el 418 y muerto el 422 (Eulalio A. P.)
 - Celestino I, electo el 422 y muerto el 432.
 - Sixto III, electo el 432 y muerto el 440.
 - León I, electo el 440 y muerto el 461.
 - Hilario, electo el 461 y muerto el 468.
 - Simplicio, electo el 468 y muerto el 483.
 - Felix III, electo el 483 y muerto el 492.
 - Gelasio, electo el 492 y muerto el 496.
 - Anastasio II, electo el 496 y muerto el 498.
- Sinmarco, electo el 498 y muerto el 514 (Lorenzo A. P.)
- Ormisa, electo el 514 y muerto el 523.
- San Juan I, electo el 523 y muerto el 526.

- Felix IV, electo el 526 y muerto el 530.
Bonifacio II, electo el 530 y muerto el 532 (Dióscoro A. P.)
Juan II, electo el 535 y muerto el 535.
Agapito I, electo el 535 y muerto el 536.
Silverio, electo el 536 y muerto el 538.
Vigilio, electo el 538 y muerto el 555.
Pelagio I, electo el 555 y muerto el 560.
Juan III, electo el 560 y muerto el 573.
Benedicto I, electo el 574 y muerto el 578.
Pelagio II, electo el 578 y muerto el 590.
San Gregorio I, electo el 590 y muerto el 604.
Sabiniano, electo el 604 y muerto el 606.
Bonifacio III, electo el 607 y muerto el 607.
Bonifacio IV, electo el 607 y muerto el 615.
San Deodato I, electo el 615 y muerto el 618.
Bonifacio V, electo el 618 y muerto el 625.
Onorio I, electo el 625 y muerto el 638.
Severino, electo el 640 y muerto el 640.
Juan IV, electo el 640 y muerto el 642.
Teodoro I, electo el 642 y muerto el 649.
San Martino I, electo el 649 y muerto el 655.
Eugenio I, electo el 655 y muerto el 657.
Vitaliano, electo el 657 y muerto el 672.
Deodato II, electo el 672 y muerto el 676.
Dono I, electo el 676 y muerto el 678.
Agaton Taumaturgo, electo el 678 y muerto el 682.
San León II, electo el 682 y muerto el 683.
Benedicto II, electo el 684 y muerto el 685.
Juan V, electo el 685 y muerto el 685 (Pedro Teodoro A. P.)
Conone, electo el 685 y muerto el 687 (Teodoro Pascualo A. P.)
Sergio I, electo el 687 y muerto el 701.
Juan VI, electo el 701 y muerto el 705.
Juan VII, electo el 705 y muerto el 707.
Sisinio, electo el 708 y muerto el 708.
Constantino I, electo el 708 y muerto el 715.
San Gregorio II, electo el 715 y muerto el 731.
Gregorio III, electo el 731 y muerto el 741.

- Zacarías, electo el 741 y muerto el 752.
Estéfano II, electo el 752 y muerto el 752.
Estéfano III, electo el 752 y muerto el 757.
San Pablo I, electo el 757 y muerto el 767.
Constantino II, electo el 768 y muerto el... Anti-papa.
Estéfano IV, electo el 768 y muerto el 772.
Adriano I, electo el 772 y muerto el 795.
San León III, electo el 795 y muerto el 816.
Estéfano V, electo el 816 y muerto el 817.
San Pascual I, electo el 817 y muerto el 824.
Eugenio II, electo el 824 y muerto el 827 (Cisimo) Anti-papa.
Valentino, electo el 827 y muerto el 827.
Gregorio IV, electo el 828 y muerto el 844.
Sergio II, electo el 844 y muerto el 847.
San León IV, electo el 847 y muerto el 855.
Benedicto III, electo el 855 y muerto el 858 (Anastasio) Anti-papa.
Nicola I, electo el 858 y muerto el 867.
Adriano II, electo el 867 y muerto el 872.
Juan VIII, electo el 872 y muerto el 882.
Marino I, electo el 882 y muerto el 884.
Adriano III, electo el 884 y muerto el 885.
Estéfano VI, electo el 885 y muerto el 891.
Formoso, electo el 891 y muerto el 896.
Bonifacio VI, electo el 896 y muerto el 896.
Estéfano VII, electo el 896 y muerto el 897.
Romano, electo el 897 y muerto el 897.
Teodoro II, electo el 898 y muerto el 898.
Juan IX, electo el 898 y muerto el 900.
Benedicto IV, electo el 900 y muerto el 903.
León V, electo el 903 y muerto el 903.
Cristóforo, electo el 903 y muerto el 904.
Sergio III, electo el 904 y muerto el 911.
Anastasio III, electo el 911 y muerto el 913.
Landone, electo el 914 y muerto el 914.
Juan X, electo el 914 y muerto el 928.
León VI, electo el 928 y muerto el 929.
Estéfano VIII, electo el 929 y muerto el 931.

- Juan XI, electo el 931 y muerto el 936.
León VII, electo el 936 y muerto el 939.
Estéfano IX, electo el 939 y muerto el 943.
Marino II, electo el 943 y muerto el 946.
Agapito II, electo el 946 y muerto el 955.
Juan XII, electo el 956 y muerto el 964 (León) Anti-papa.
León VIII, electo el 964 y muerto el 965.
Benedicto V, electo el 965 y muerto el 965.
Juan XIII, electo el 965 y muerto el 972.
Benedicto VI, electo el 972 y muerto el 974.
Bonifacio VII, electo el 972 rigiendo como Anti-papa, restablecido el 984 y muerto el 985.
Dono II, electo el 974 y muerto el 974.
Benedicto VII, electo el 975 y muerto el 983.
Juan XIV, electo el 983 y muerto el 984 (Bonifacio VII).
Juan XV, electo el 984. y muerto el 985.
Gregorio V, electo el 996 y muerto el 999.
Silvestre II, electo el 999 y muerto el 1003.
Juan XVI, electo el 1003 y muerto el 1003.
Juan XVII. electo el 1004 y muerto el 1009.
Sergio IV, electo el 1009 y muerto el 1012.
Benedicto VIII, electo el 1012 y muerto el 1024 (Gregorio) Anti-papa.
Juan XX, electo el 1024, abdica el 1033.
Benedicto IX, electo el 1033, abdica el 1044 (Silvestre) Anti-papa
Gregorio VI, electo al 1044, abdica el 1046.
Clemente II, electo el 1046 y muerto el 1047 (Benedicto IX, muerto el 1048).
Dámaso II, electo el 1048 y muerto el 1048.
León IX, electo el 1048 y muerto el 1054.
Victore II, electo el 1054 y muerto el 1057.
Estéfano X, electo el 1057 y muerto el 1058 (Benedicto X) Anti-papa, muerto en 1059.
Nicola II, electo el 1058 y muerto el 1061.
Alejandro II, electo el 1061 y muerto el 1073.
Gregorio VII, electo el 1073 y muerto el 1085 (Onorio) Anti-papa, muerto en 1080.

- Victore III, electo el 1086 y muerto el 1087 (Gilberto A. P. 1086).
Urbano II, electo el 1087 y muerto el 1099.
Pascual II, electo el 1099 y muerto el 1118 (Alberto, Teodorico é Maginulfo A. P.)
Gelasio II, electo el 1118 y muerto el 1119 (Mario Bourdin A. P.)
Calixto II, electo el 1119 y muerto el 1124.
Onorato II, electo el 1124 y muerto el 1130
Inocencio II, electo el 1130 y muerto el 1143 (Anacleto A. P.)
Celestino II, electo el 1143 y muerto el 1144.
Lucio II, electo el 1144 y muerto el 1145.
Eugenio III, electo el 1145 y muerto el 1153.
Anastasio IV, electo el 1153 y muerto el 1154.
Adriano IV, electo el 1154 y muerto el 1156.
Alejandro III, electo el 1159 y muerto el 1181 (Pascuale, Calixto, Inocencio A. P.)
Lucio III, electo el 1181 y muerto el 1185.
Urbano III, electo el 1185 y muerto el 1187.
Gregorio VIII, electo el 1187 y muerto el 1187.
Clemente III, electo el 1187 y muerto el 1191.
Celestino III, electo el 1191 y muerto el 1198
Inocencio III, electo el 1198 y muerto el 1216.
Onorato III, electo el 1216 y muerto el 1227.
Gregorio IX, electo el 1227 y muerto el 1241
Celestino IV, electo el 1241 y muerto el 1241.
Inocencio IV, electo el 1243 y muerto el 1254.
Alejandro IV, electo el 1254 y muerto el 1261.
Urbano IV, electo el 1261 y muerto el 1264.
Clemente IV, electo el 1265 y muerto el 1268.
Gregorio X, electo el 1271 y muerto el 1276.
Inocencio V, electo el 1276 y muerto el 1276.
Adriano V, electo el 1276 y muerto el 1276.
Juan XXI, electo el 1277 y muerto el 1277.
Nicola III, electo el 1277 y muerto el 1280.
Martino IV, electo el 1281 y muerto el 1285.
Onorato V, electo el 1285 y muerto el 1287.
Nicola IV, electo el 1288 y muerto el 1292.
Celestino V, electo el 1294, abdica el 1294.

Bonifacio VIII, electo el 1294 y muerto el 1303.

Benedicto X, electo el 1303 y muerto el 1303; transporta la santa sede á Aviñon.

Clemente V, electo el 1305 y muerto el 1314.

Juan XXII, electo el 1316 y muerto el 1334. (Pedro de Golviere Anti-papa).

Benedicto XI, electo el 1334 y muerto el 1342.

Clemente VI, electo el 1342 y muerto el 1352.

Inocencio VI, electo el 1352 y muerto el 1362.

Urbano V, electo el 1362 y muerto el 1370. (La santa sede retorna á Roma).

Gregorio XI, electo el 1370 y muerto el 1378.

Urbano VI, electo el 1378 y muerto el 1386 (á Roma).

Clemente VII, electo el 1378 y muerto el 1394 (á Aviñon).

Benedicto XII, electo el 1394 y depuesto en 1398, repuesto el 1403 y muerto el 1405.

Bonifacio IX, electo el 1398 y muerto el 1404.

Inocencio VII, electo el 1404 y muerto el 1406.

Gregorio XII, electo el 1406 y depuesto el 1409.

Alejandro V, electo el 1409 y muerto el 1410.

Juan XXIII, electo el 1410, abdica el 1415. (Benedicto 1424).

Martino V, electo el 1417 y muerto el 1424 (Clemente VII).

Eugenio IV, electo el 1431 y muerto el 1447.

Nicola V, electo el 1447 y muerto el 1455.

Calixto III, electo el 1455 y muerto el 1458.

Pío II, electo el 1458 y muerto el 1464.

Paolo II, electo el 1464 y muerto el 1471.

Sixto IV, electo el 1471 y muerto el 1484.

Inocencio VIII, electo el 1484 y muerto el 1492.

Alejandro VI, electo el 1492 y muerto el 1503.

Pío III, electo el 1503 y muerto el 1503.

Julio II, electo el 1503 y muerto el 1513.

León X, electo el 1513 y muerto el 1521.

Adriano VI, electo el 1522 y muerto el 1523.

Clemente VII, electo el 1523 y muerto el 1534.

Paolo III, electo el 1534 y muerto el 1549.

Julio III, electo el 1550 y muerto el 1555.

- Marcelo II, electo el 1555 y muerto el 1555.
Paolo IV, electo el 1555 y muerto el 1559.
Pío IV, electo el 1559 y muerto el 1565.
San Pío V, electo el 1566 y muerto el 1572.
Gregorio XIII, electo el 1572 y muerto el 1585.
Sixto V, electo el 1585 y muerto el 1590.
Urbano VII, electo el 1590 y muerto el 1590.
Gregorio XIV, electo el 1590 y muerto el 1591.
Inocencio IX, electo el 1591 y muerto el 1591.
Clemente VIII, electo el 1592 y muerto el 1605.
León XI, electo el 1605, y muerto el 1605.
Pablo V, electo el 1605 y muerto el 1621.
Gregorio XV, electo el 1621 y muerto el 1623.
Urbano VIII, electo el 1623 y muerto el 1644.
Inocencio X, electo el 1644 y muerto el 1655.
Alejandro VII, electo el 1655 y muerto el 1667.
Clemente IX, electo el 1667 y muerto el 1669.
Clemente X, electo el 1670 y muerto el 1676.
Inocencio XI, electo el 1676 y muerto el 1689.
Alejandro VIII, electo el 1689 y muerto el 1691.
Inocencio XII, electo el 1691 y muerto el 1700.
Clemente XI, electo el 1700 y muerto el 1721.
Inocencio XIII, electo el 1721 y muerto el 1724.
Benedicto XIII, electo el 1724 y muerto el 1730.
Clemente XII, electo el 1730 y muerto el 1740.
Benedicto XIV, electo el 1740 y muerto el 1758.
Clemente XIII, electo el 1758 y muerto el 1769.
Clemente XIV, electo el 1769 y muerto el 1774.
Pío VI, electo el 1775 y muerto el 1799.
Pío VII, electo el 1800 y muerto el 1823.
León XII, electo el 1823 y muerto el 1829.
Pío VIII, electo el 1829 y muerto el 1830.
Gregorio XVI, electo el 1831 y muerto el 1846.
Pío IX, electo el 1846 y muerto el 1878.
León XIII, que actualmente rige y gobierna la santa iglesia, fué electo el 1878.





ALABANZAS Á LA SANTÍSIMA VIRGEN

HABIENDO tenido ya terminada mi sencillita obra presente, y por consiguiente tener más tiempo para dedicarme en lecturas piadosas, que es mi mejor pasatiempo, he aquí que tuve ocasión de leer un hermoso libro titulado el *Mensajero Seráfico*, regalo que me hizo un querido hermano terciario, en el cual ví estas alabanzas dedicadas á la Purísima é Inmaculada Madre de Dios, sacadas por el V. P. Fray Ignacio de Monzón (capuchino); fué tal el regocijo que mi pobre corazón sintió al leerlas, que me ha parecido bien añadirlas á mi obrita, para que de este modo mis queridos lectores participen de la inmensa alegría que debe sentir todo hijo de tan querida Madre y Señora.

El citado capuchino al dar una copia de estas alabanzas á su distinguido amigo el doctor Paterna, le dijo estas palabras: Tome usted estas alabanzas de Maria Santísima, nuestra Madre, Reina y Señora; digáselas con toda atención, devoción y cuidado todos los días, si quiere alcanzar grandes favores de su soberana, piadosa y grande protección, que yo, aunque indigna criatura y pecador, así lo hago... Y el citado

doctor D. Francisco Martínez Paterna, las recibió muy gustoso y las escribió en su libro titulado *Antigüedades de Orihuela*; y así se han propagado hasta nuestros días.

Sálvete Dios, Reina y Madre;
sálvete Dios, Reina Hija
del Padre Eterno, y Esposa
del Espíritu de vida.

Sálvete Dios Madre suya;
sálvete Dios Madre mía;
sálvete Dios Madre nuestra,
pues que por todos suplicas.

Madre que por todos ruegas,
Madre que por todos miras,
Madre que á todos abonas,
Madre que á todos abrigas.

Lucero de la mañana,
alba del sol que nos guía,
arco del cielo que al hombre
las paces le pronosticas.

Arcabuz por donde pasan,
como por medio y porfía,
las gracias y los favores
que al mundo se comunican.

Madre de Dios, que de Dios,
para Dios fuiste escogida;
sola pues, sola pariste,
al claro sol de justicia.

Virgen que solo al nombrarte,
recibe el alma alegría,
por la esperanza que tiene
de verse en tu compañía.

¿Qué entendimiento, qué lengua
podrá alabarte, María?
¿O á qué compararemos,
tu beldad tan peregrina?

Eres la escala del cielo,
puerta de la gloria misma,
más agradable que el sol,
y más que la luna linda

Eres norte al navegante,
plátano de excelsa lima,
ciprés del monte Sión,
rosa en Jericó nacida.

Eres el huerto cerrado,
ciudad de Dios escogida,
pozo de bienes sin cuento,
flor que nunca se marchita.

Palma encumbrada y hermosa,
para que de premios sirva,
la gran torre de David,
llena de armas divinas.

Eres el trono de Dios,
la navé de nuestras Indias
el templo donde se acoge
quien huye de la justicia.

*P. . .
Luzar*

Eres la casta Judit
que á sus ciudadanos libra;
la sapientísima Estér
que los perdones confirma.

Eres la fuerte Jael
que á capitanes derriba,
la Abigail con sus ruegos
aplaca de Dios la ira.

Eres la justa Raquel
que los simulacros pisa,
y Raad que desde el cielo
los exploradores guía.

Eres del pobre riqueza,
del desamparado estima,
del afligido consuelo,
y del cobarde osadía.

Eres del flaco valor,
descanso del que camina,
gloria del que vive en pena,
lumbre del que está sin vida.

Del aljófar, perlas, corales,
partes que la Arabia envía,
eres provechosa mar
que es lo mismo que María.

Eres la piedra preciosa
que la tierra humilde cría,
eres el noble diamante
de más precio y más estima.

Eres entre flores, rosa,
tan agradable y tan linda,
que excedes á la azucena,
flor de extraña maravilla.

Eres tornasol divino
que siempre al claro sol mira,
gozando en los cielos gloria,
y en la tierra paz y vida.

Entre cuantos animales
tenemos de que hay noticia,
eres la humilde cordera,
sin pecado y sin malicia.

Entre las aves que son
de variedad infinita,
eres la garza real
cuyos plumajes admiran.

Entre los peces del mar
que en tal copia multiplican,
eres la ballena grande
cuyo poder no hay quien mida.

Entre los bienes del campo,
por quien todos se fatigan,
eres trigo, Virgen bella,
que sustentas nuestra vida.

De los edificios eres
que la fama solemniza,
el alcázar de Sión
por quien los justos suspiran

Entre los signos del cielo
que á favores nos incitan,
eres la virgo y la Madre
de las fecundas espigas.

Entre los planetas siete,
eres el sol que se aplica,
al subimiento más alto,
que dá luces infinitas.

Eres entre los metales
de las abundantes minas,
el oro. á quien los demás,
como á su Señor se inclinan.

Entre los sublimes montes
eres por tu cumbre altiva,
el Atlante, á quien el viento
no se atreve á sus cenizas.

Eres la mujer fuerte
tan rara y tan peregrina,
que de tí el Espíritu Santo.
hace demanda y pesquisa.

Eres la dulce pastora,
la esposa tierna y querida
por quien Dios enamorado,
canta canciones y liras.

La de los cabellos de oro,
claros ojos, frente lisa,
la de los labios de grana,
la de las rojas mejillas.

La de las cuerdas razones,
la de palabras de almíbar.
la del cuello de cristal,
la toda en extremo linda,

La que humillada al mensaje,
que el paraninfo le dicta,
hizo humano y hombre á Dios,
con la respuesta de un ¡fiat!

La que al nuevo precursor,
digo á San Juan Bautista,
santificó visitando
á su dulce amada prima.

La que parió al Redentor
en Belén, ciudad divina,
en una choza entre pajas,
y entre estrellas cristalinas.

La que presentó en el templo
la ofrenda más pura y limpia,
y la que después en él
halló su prenda querida.

La que del Hijo en el huerto
lloró la sangre vertida,
la que sintió sus azotes,
dados con dureza inícuca.

La que vió ya traspasada
con la corona de espinas,
la cabeza de su hijo
con lágrimas excesivas.

La que le vió levantado
en la cruz, muerto y sin vida,
la que en su resurrección,
gozó su inmensa alegría.

La que subiendo á los cielos
le hizo á los cuarenta días,
y que al Espíritu Santo,
vió bajar en llamas vivas.

La que puso en su Asunción
las supremas jerarquías,
la coronada por Reina
de la Trinidad divina.

¡Oh! Virgen, cuánto mereces
ser amada, ser querida,
por la nobleza que tienes,
por los favores que inspiras.

Eres de huérfanos Madre,
eres de los muertos vida
y refugio de afligidos,
de todos maestra y guía.

Báculo de los caídos,
de los ciegos clara vista,
fortaleza de los flacos,
de los tristes alegría.

Ejemplo de las casadas,
continencia de las viudas,
castidad de las doncellas,
y limpieza de las limpias..

Pues ¿quién de tí no se ampara?
¿Qué alma en tí no se anida?
¿Qué mujer está de parto
que tu nombre no apellida?

¿Qué navegante en el mar,
qué cautivo en Berbería,
ó que triste aprisionado,
no se encomienda á María?

A tí claman los enfermos
en medio de sus fatigas,
á tí los atormentados
te llaman en sus desdichas.

Tú, como Madre piadosa,
á todo pobre te inclinas,
á todo triste consuelas,
cualquier tormento mitigas.

¿Qué persona te ha llamado
en su mental agonía,
que no la hayas socorido,
siendo su fe pura y viva?

A tí van cojos y mancos,
que naturaleza lucía,
para que cuides por ellos,
con misericordias ricas.

¡Cuántos por tí están gozando
de aquella gracia infinita
que sin tí fueran á dar
en aquellas llamas vivas!

Pues á todos favoreces,
sanas, amparas, ayudas,
socorres, y de ninguno
que á tí se ofrece, te olvidas.

Pues para todos se extiende
tu clemencia sin medida,
sin olvidar á ninguno
de aquellos que en tí confían.

Pues tus templos están llenos
de milagrosas insignias,
heróicas hazañas tuyas,
y dulce esperanza mía.

Socorre entre los demás
está mi alma afligida,
que á tí, Señora te llama
entre pecados cautiva.

Perdona dulce Señora,
por tu bondad mi osadía,
que por enfermo me atrevo
á pedirte medicina.

A tí, y á mí Dios me acuso,
que he sido y soy todavía,
un archivo de pecados,
un albañal de inmundicias.

Yo soy la misma soberbia,
yo soy la misma malicia,
y entre todas las maldades,
no hay maldad como la mía.

Yo soy la misma flaqueza,
la miseria y la desdicha,
y en mí solamente cabe,
cuanto mal se determina.

Conozco haber recibido
de tu mano tan cumplida
mil mercedes y favores,
Reina clemente y benigna.

Conozco haber sido ingrato
á mercedes tan subidas,
por cuyos ingratos golpes
mil infiernos merecía.

Mas es tanta la bondad
que en tí Dios te comunica,
y tiene comunicada,
que te excedes á tí misma.

Pues sin mirar mis pecados
con mil mercedes me obligas;
á dar la vida por tí,
y aun si tuviera mil vidas.

¡Oh, bendígante los cielos,
con todas sus jerarquías,
dén-te alabanzas los santos:
la Trinidad te bendiga!

Los confesores te alaben,
todos los mártires digan,
patriarcas y profetas:
¡Viva el honor de María!
¡Viva tu honra y tu gloria!
¡Viva tu valor y estima!

¡Viva tu virginal pecho!
que yo me alegro que vivas.
¡Viva tu gran santidad!
¡Viva tu bien y alegría!

¡Viva tu grande bondad
santa y comunicativa!
¡Viva tu excelente estado!
¡Y tus alabanzas vivan!

Goza el ser Virgen y Madre,
de quien eres Madre é hija,
goza el ser llena de gracia,
y para Dios escogida

Madre de Dios, Virgen Santa,
luz del alma y gloria mía,
espejo claro y sin mancha
en quien mi alma se mira.

Pues con tus heroicos hechos,
tienes mi alma rendida,
y de tu amor dulce, santo,
está prendada y herida.

No permitas que yo pierda,
tu maternal compañía
ni me falten tus favores
en mi postrera agonía.

Y cuando el sumo Juez
cuentas de mi vida pida
y mi alma esté aguardando,
el golpe de su justicia.

Cuando con severidad
á mi alma se le pida.
el descargo y no le tenga
por ser tanta mi malicia.

Suplico á tu Magestad
que en la presencia divina
seas mi dulce abogada,
pues de abogada te dignas.

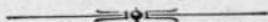
Que si tu amparo me falta
en el día de su ira,
¡ay, Dios! ¿Qué será de mí
sin tu presencia, María?

Solo en pensarlo, Señora,
se entristece el alma mía
y el corazón y las carnes
se aflige y atemoriza.

¡Oh plenitud de los santos!
¡Oh maestra y Madre mía!
¡Oh archivo de auxilios
que Dios al hombre le envía!

Suplico á tu Magestad
que á mi alma pobrecilla,
la favorezcas y ampares,
pues en tí mi bien estriba.

Amén.





ÍNDICE.

Páginas

PORTADA.

Dictamen del Censor.	5
Licencia para su publicación.	7
Soneto al autor.	9
Dedicatoria á la Santísima Virgen del Carmen.	11
A mis amadísimos lectores.	13
La voz del Papa.	19
Introducción ó motivo del viaje del autor y preparación de los peregrinos de Valladolid.	21

CAPÍTULO I

Salida de Valladolid.	28
Llegada á Madrid.	34
Salida de Madrid.	36
Discurso del Excmo. Sr. Marqués de Alonso P'equera, presidente de la Junta diocesana.	37
Llegada á Valencia.	51
Llegada al Grao.	52
Sucesos ocurridos en el Grao.	55

CAPÍTULO II

Salida del Puerto de Valencia en el vapor Vellver y sucesos ocurridos á la salida.	67
Paso del golgo de León ó sea la noche del 12 de Abril.	82
Misa cantada sobre cubierta y su explicación.	92
Himno de los peregrinos de Valladolid.	99
Himno de los peregrinos de Madrid.	100
Himno de los peregrinos de Zamora.	101
Llegada al puerto de Civita-Vecchia y descripción del desembarque.	111
Himno en acción de gracias después de salir á tierra.	117

CAPÍTULO III

Arranque del tren de Civita-Vecchia y llegada á Roma, etc., etc.	121
Explicación de la gran plaza de San Pedro.	132
Iglesia de San Celso, su explicación.	140
Primera entrada en el Vaticano.—Impresiones que causa y una pequeña explicación.	143
Segunda entrada en el Vaticano y visita al Santo Padre y efectos que causó su sagrada presencia.	153
Visita á la Basílica de Santa María la Mayor, y una pequeña reseña de sus grandezas.	170
Visita al Padre general de la V. O. de San Fraecisco de Asís.	171
Visita á la gran Basílica de San Juan de Letrán y una reseña de sus grandezas.. . . .	173
Visita á la Escala santa y su explicación.	176
Visita al antiguo Circo romano y su reseña.	178
Visita á la gran Basílica de San Pablo y su reseña.	180
Visita á las Catacumbas y su explicación.	181
Tercera visita al Vaticano, una pequeña reseña y descripción de la fachada del mismo, y una reseña del interior del palacio Vaticano.	189
Gabinete de los Papiros.	195
Descripción de la gran Basílica de San Lorenzo.	197
Descripción de la torre y cúpula del Vaticano.	202
Recepción del Santo Padre á los peregrinos el día 18.	208
Discurso leído delante del Santo Padre por el Emmo. Sr. Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés.	211
Respuesta de Su Santidad traducida en español.	215
Carta mandada á Roma por el Secretario del Círculo Católico de Valladolid.	226
Continuación de la explicación del palacio Vaticano y del museo Chiaramonte.	229
Sala del Milagro y patio del Velvedere.. . . .	230
Sala de los Bustos y gabinete de las Máscaras.. . . .	231
Sala redonda y Sala á Cruz griega.	232
Museo Egipciano, y salas de imitación y de los Papiros.	233
Museo Etrusco Gregoriano.—Salas de los broncees, de las pinturas y de Constantino —Galerías de los candelabros, de los tapices y mapas.	234
Sala de Eliodoro y de Atenas.	235
Sala del incendio de Borgo y de la Inmaculada Concepción.	236
Bautismo Lateranense y Basílica de Santa Cruz en Jerusalén.	237
Explicación de la gran Basílica de Santa Maria la Mayor y su historia.	238
Explicación de la Basílica de San Pablo.	240
Iglesias de San Pablo de las tres fuentes, Santa Maria Scala Coeli y de San Andrés della Fratte.. . . .	243

San Andrés del Quirinal.	244
San Antonio de los portugueses, iglesia de los Santos Apóstoles, y de San Agustín.	245
Iglesia de San Bernardo, Capuchinos ó sea Santa María de la Concepción y de San Carlo á Catinari.	246
Iglesias de San Carlos, al Corso, y de Santa Cecilia en Trastévere.	248
Iglesia de San Clemente y de San Crisógono.	249
Iglesia de Santo Domingo, y de San Sixto, iglesia de San Estéban Redondo, Santa Francisca Romana ó Santa María la nueva.	250
Iglesia de San Francisco Agripa, ídem de San Gregorio.	251
Iglesia de San Ignacio.	252
Iglesia de Jesús.	253
Iglesias de San José Dei Falegnani, de Santa Inés, fuera de muros y de San Juan de los Florentinos.	254
Iglesias de los Santos Lorenzo y Dámaso, de San Lorenzo en Lucina y de San Luis de los Franceses.	255
Iglesias de San Marcelo en el Corso, de San Marcos y de Santa María de los Ángeles.	256
Iglesia de Santa María in Araceli.	257
Iglesias de Santa María en Aquiro, de Santa María en Campitelli, de Santa María en Domingo y de Santa María sobre Minerva	258
Iglesia de Santa María de Monserrat.	259
Iglesia de Santa María del Pueblo.	260
Iglesias de Santa María de la Escalera, de Santa María en Trastévere y de Santa María en vía Lata.	261
Iglesias de Santa María de la Victoria, Foro Olitorium, de San Nicolás de Tolentino y de San Onofre.	262
Iglesias de San Pancracio, San Pantaleón y San Pedro en Montorio.	263
Iglesias de San Pedro Advinculis y de Santiago.	264
Iglesia de San Sebastián	265
Iglesias de San Silvestre al Quirinal, de San Silvestre en Capite, de la Santísima Trinidad de los Montes y de la Santísima Trinidad de los peregrinos.	266
Iglesia de la Santísima Trinidad, calle Conditte.—Palacio Senatorial.	267
Palacio de los Conservadores.	269
Palacio Letrano.	270
El Museo Sacro.—Museo de la Academia de San Lucas.—Palacio Alt-temps.—Palacio Altieri.—Palacio Barberini.	271
Palacio Borchese.—Palacio Borchese, llamado también el Cimbalo Borchese —Palacio Bonaparte.—Palacio Braschi.—Palacio de la Chancillería.—Palacio Chigi.	272
Palacio Circiapoci.—Palacio del Colegio Romano.—Palacio Colonia.—Palacio de la Consulta.—Palacio Corsini.	273

Palacio Costaguti.—Palacio Doria.—Palacio Falconieri.—Palacio Farnese.	274
Palacio Farnesina.—Palacio Madama.	275
Palacio Massimi.—Palacio de Monte Citorio.—Palacio Panfilii Doria. Palacio de Propaganda Fide.—Palacio del Quirinal, llamado también de Monte Caballo.	276
Palacio Rospigliosi.—Palacio Ruspoli.—Palacio de la Sapiencia.—Palacio Sciarra.	277
Palacio Spada.—Palacio Torlonia.—Palacio de Venecia.	278
Plazas más notables.	279
Monumentos construídos bajo los Reyes.	285
Monumentos erigidos bajo la República.	286
Monumentos alzados bajo el Imperio.	287
Acueductos.	288
Arcos de Triunfo.	289
Tres antiguas Basílicas.	291
Circos.	291
Foros.	292
Pórticos.	293
Templos de la antigua Roma.	294
Teatros antiguos.	297
Termas.	297
Tumbas.	298
Monumentos de la edad media.	300
Villas ó posesiones de recreo.	300
Biografía del Beato Fray Diego José de Cádiz.	304
Decreto de beatificación y canonización.	305
Discurso de Su Santidad con motivo del decreto sobre el venerable Diego José de Cádiz.	309
Dignidades ó títulos del venerable P. Diego José de Cádiz.	310
Día 19 de Abril, ó sea la salida de Roma.	312

CAPITULO IV

Arranque del tren de la estación de Trastévere.—Llegada á Civita-Vecchia.—Embarque en el puerto del mismo nombre.—Llegada y desembarque en el puerto de Valencia.	320
---	-----

CAPITULO V

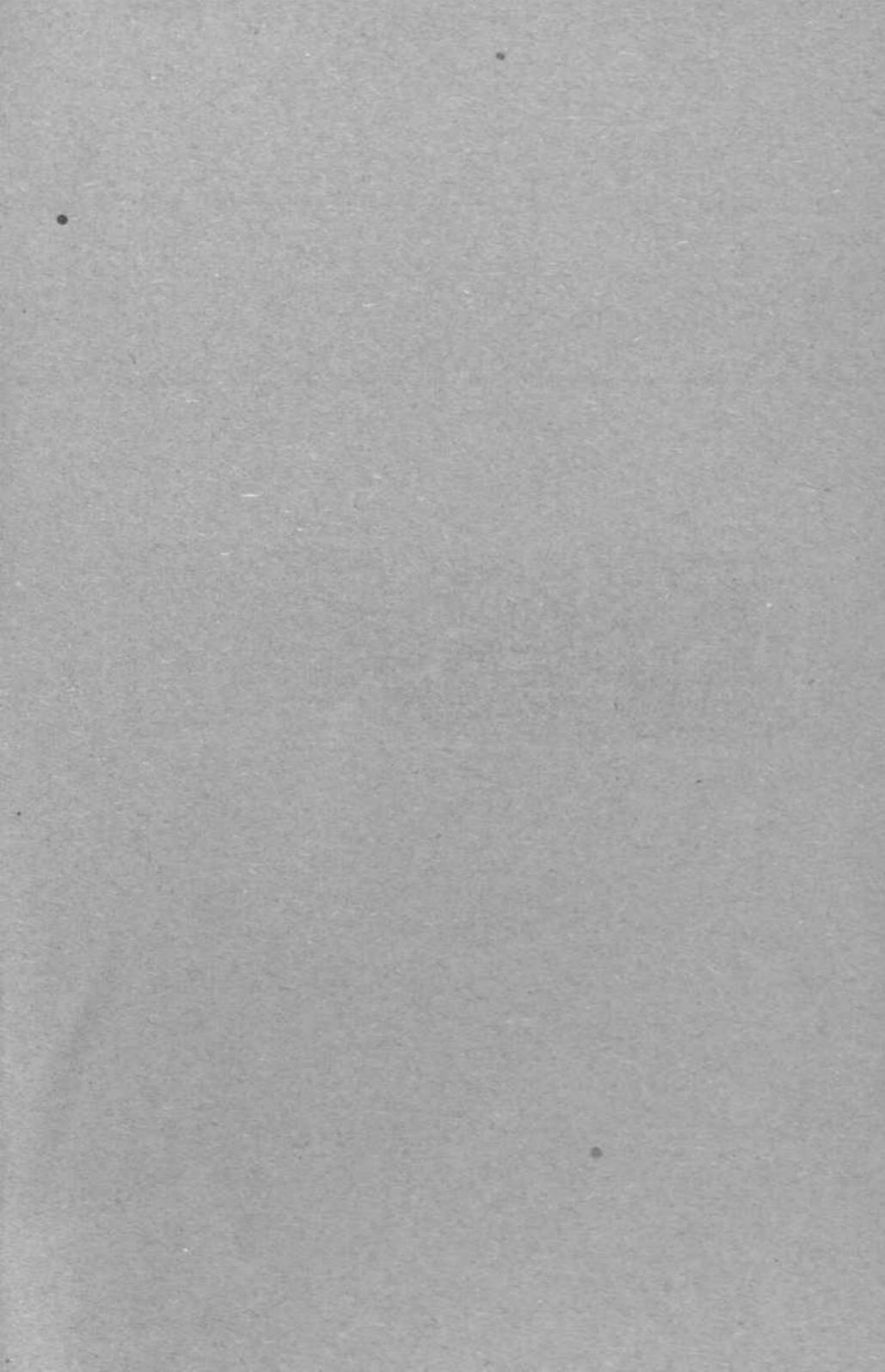
Salida de la estación de Valencia.—Llegada á Madrid.—Un día de estancia en Madrid.—Salida de Madrid.—Llegada á Valladolid.—Conclusión.	346
A la Asunción de la Santísima Virgen.	371
Cronología de los Papas desde San Pedro hasta N. S. P. León XIII, que actualmente rige y gobierna la santa iglesia Romana.	375
Alabanzas á la Santísima Virgen.	383



PLANTILLA PARA LA COLOCACIÓN DE LÁMINAS

	<u>Páginas.</u>
1. ^a El obrero Santiago Guijar y Velasco, autor de esta obra.	2
2. ^a Nuestra Señora del Carmen.	10
3. ^a El Papa León XIII.	18
4. ^a D. Antonio María Cascajares y Azara, Eminentísimo Sr. Cardenal-Arzbispo de Valladolid.	26
5. ^a Excmo. Sr. Marqués de Alonso Pesquera, Presidente de la Junta Diocesana.	36
6. ^a El vapor Vellver.	66
7. ^a El M. I. Sr. D. José Hospital y Frago, Deán del Cabildo Metropolitano de Valladolid.	82
8. ^a Emmo. Sr. Cardenal de Sevilla D. Benito Sanz y Forés.	112
9. ^a Excmo. Sr. Marqués de Comillas D. Claudio Bru.	117
10. Vista de la gran plaza de San Pedro y fachada del Vaticano.	134
11. El Beato Juan de Ávila, Beatificado el día 15 de Abril.	160
12. El Beato Fray Diego José de Cádiz, Beatificado el día 22 de Abril.	304
13. El vapor León XIII.	324



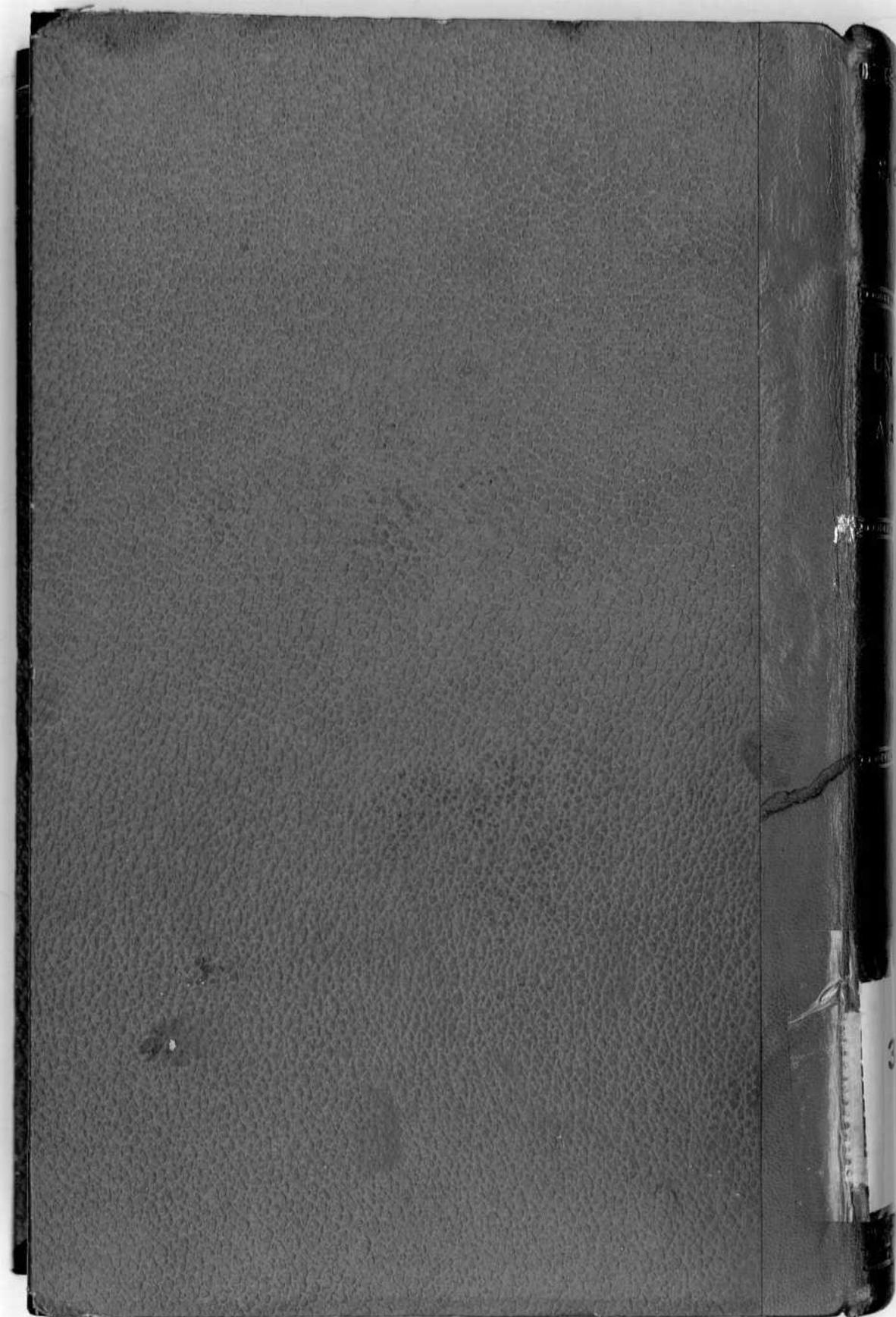


SL 3629

2679



10000161947





S. GUIJAR



UN VIAJE
A ROMA



SL
3629

